

Kábala y psicología

המחזור השנתי

חשוון | כסלו | טבת | שבט | אדר | ניסן | אייר | סיון | תמוז | אב | אלול | חשוון

חורף | אביב | קיץ | סתיו

המחזור השנתי הוא מחזור חיים ומוות. כל חודש מביא עמו תועלת ופגעה. חודש אדר הוא החודש הטוב ביותר, שבו נולדו דוד המלך ויחזקאל הנביא. חודש אדר הוא החודש של שמחה ושל חיים.

חודש אדר הוא החודש של שמחה ושל חיים. חודש אדר הוא החודש של שמחה ושל חיים. חודש אדר הוא החודש של שמחה ושל חיים.

El autor examina la psicología como el estudio del mundo arquetípico equidistante entre la tierra y el cielo, o entre nuestro componente físico y la memoria prenatal de la que procedemos. El estudio se sitúa dentro del sistema de la Kábala, que considera el origen de todos los seres humanos y su composición divina, espiritual y física. «Entre los polos de la simple conciencia física y la comprensión total se extiende el gran espectro de la experiencia humana, que todas las tradiciones esotéricas dividen en los reinos del cuerpo, el alma, el espíritu y la Divinidad. La psicología se ocupa, sobre todo, del mundo de la mente, que tiene acceso al cuerpo, contiene el alma, está penetrado por el espíritu y tocado por la Divinidad.»

Un texto que ilumina los procesos psicológicos que se establecen al relacionar la dinámica del Árbol de la Vida con las teorías de Jung y Freud. Se incluyen los problemas del individuo en desarrollo, así como los de la locura y la experiencia mística. *Kábala y psicología* es un libro que no sólo interesa a los kabalistas, sino también a los psicólogos que desean explorar el simbolismo del Árbol de la Vida como un entramado para el viaje hacia el Sí-mismo.

Z'ev ben Shimon Halevi está considerado como una personalidad mundial entre los expertos en la Kábala. Autor de numerosos libros sobre el tema, su obra ha sido traducida a muchos idiomas.

Colección Psicología
Editorial Kairós

ISBN 84-7245-189-5



9 788472 451896

OTROS LIBROS KAIRÓS:

Mario Satz

SENDEROS EN EL JARDÍN DEL CORAZÓN

Poética de la kábala

Uno de los más destacados especialistas sobre la kábala profundiza en los treinta y dos senderos de la sabiduría propuestos por el sistema kabalístico. Libro elegante y brillante, recomendado para todo aquel interesado en el tema.

Mario Satz

ARCA DE ROCA

Ensayos para una sensibilidad ecológica

Interdisciplinar, holístico, poético, mágico puente entre las enseñanzas y la sabiduría de la tradición sagrada y el arte de estar en armonía con la naturaleza. Observamos que la sensibilidad ecológica no dista mucho de la profundidad espiritual.

Joseph Campbell

LOS MITOS

Y su impacto en el mundo actual

Mundialmente reconocido como la máxima autoridad en la materia, J. Campbell nos revela en este esclarecedor libro cómo los mitos que motivaron a sociedades pre-científicas, tanto de Oriente como de Occidente, resultan fascinantemente relevantes para nuestra sociedad actual.

Ken Wilber

LOS TRES OJOS DEL CONOCIMIENTO

La búsqueda de un nuevo paradigma

El eminente teórico de la psicología transpersonal ofrece en este brillante libro una crítica de la religión tradicional, de la moderna filosofía materialista y de la *New Age* populista, apuntando hacia una mayor comprensión trascendente de nosotros mismos y del universo.

Sallie Nichols

JUNG Y EL TAROT

Un viaje arquetípico

Prólogo de E. Eskenazi e Introducción de L. van der Post

Esta innovadora obra presenta una detallada y penetrante interpretación del tarot mágico en términos de la psicología arquetípica de Jung. Considerando los arcanos mayores como un mapa que describe el viaje hacia la autorrealización, Sallie Nichols nos ofrece diversas técnicas para utilizar las cartas y adquirir concienciamiento práctico en el camino.

Alan Watts

LAS DOS MANOS DE DIOS

Partiendo de la idea junguiana de que los mitos son categorías universales de la psique humana, Watts realiza un estudio antológico acerca de los mitos de polaridad, donde aparecen conceptos contrapuestos, y nos muestra como la percepción dual del mundo es más una consecuencia de las formas del pensamiento y el lenguaje que de la vivencia en sí.

OTROS LIBROS KAIROS:

Carl G. Jung
PARACÉLSICA

Dos ensayos exquisitos, *Paracelso como médico* y *Paracelso como fenómeno espiritual*, para adentrarnos en la persona y la filosofía de uno de los más grandes pensadores del Renacimiento por uno de los padres de la moderna psicología profunda.

Idries Shah
LOS SUFIS
Introducción de Robert Graves

Esta es sin lugar a dudas la obra más importante que se ha escrito para el público occidental sobre sufismo. Para sus seguidores, el sufismo es la tradición secreta que se halla detrás de *todo* sistema religioso o filosófico. Gracias al enorme impacto que ha tenido esta obra en todo el mundo, I. Shah ha sido internacionalmente reconocido como la máxima autoridad sobre la materia.

Ralph Metzner
LAS GRANDES METÁFORAS DE LA TRADICIÓN SAGRADA
Las transformaciones de la conciencia y la naturaleza humana

Esta obra preciosa describe, a través del lenguaje de los símbolos, los procesos de la transformación de la conciencia, con referencias al mundo de los sueños, a la poesía, al arte, a los grandes escritos místicos, la mitología, las tradiciones esotéricas, chamánicas y yóguicas, sin olvidar las formulaciones de la antropología y la psicología transpersonal.

Ken Wilber
EL ESPECTRO DE LA CONCIENCIA

Con la brillantez que le caracteriza, Wilber esboza su teoría espectral de la conciencia. Desde su prisma, disciplinas tan dispares como el hinduismo Vedanta, el cristianismo, la terapia Gestalt, el budismo, la kábala, la mística o la psicósíntesis, no hacen más que hablarnos cada una de una diferente "longitud de onda" de conocimiento.

K. Wilber, R. Sheldrake, S. Levine, C. Tart,
C. Wilson, S. Grof, S. Krippner y otros
¿VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE?
Edición a cargo de Gary Doore

¿Qué es la muerte? ¿Sobrevive a la muerte algún aspecto clave del ser humano? ¿Qué nos dice la sabiduría perenne y la ciencia moderna acerca de la supervivencia? ¿Qué tienen que decir al respecto las experiencias fuera del cuerpo o cercanas a la muerte? Prestigiosos pensadores en los campos de la conciencia, la psicología, la biología, la parapsicología, el chamanismo o las tradiciones espirituales exploran todas estas cuestiones. El resultado es fascinante. "El mejor libro en su género" (*De la crítica internacional*).

KÁBALA Y PSICOLOGÍA

Z'ev Ben Shimon Halevi

KÁBALA Y PSICOLOGÍA

Prólogo de Mario Satz

editorial **K**airós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona

Título original: KABBALAH AND PSYCHOLOGY

Traducción: Jordi Fibla

Imagen cubierta: Adam Kadmon, Polonia, s. XIX

© 1986 by Warren Kenton

© de la edición española:

1988 by Editorial Kairós, S.A.

Primera edición: Septiembre 1989

Sexta edición: Abril 2010

ISBN-10: 84-7245-189-5

ISBN-13: 978-84-7245-189-6

Dep. Legal: B-14.209/2010

Fotocomposición: Beluga y Mleka, s.c.p. Córcega, 267. 08008 Barcelona

Impresión: Índice. Fluvà, 81-87. 08019 Barcelona

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

Para Rebeka

PRÓLOGO: VISIÓN DEL VERBO Y LA ESCRITURA EN LA KÁBALA HEBRAICA

En la formación de todo lenguaje articulado, como de toda escritura, el ojo presenta al oído la futura música de sílabas y palabras que la rueda de los siglos molerá para almacenar en el granero cardíaco del ser humano el pan continuo de la cultura: la historia, el mito, la continuidad microcósmica que desde el neolítico hasta la arqueología hacen del hombre, además de un ser que habla, uno que escucha con devoción su propio eco imaginando un sentido celeste a lo que él mismo ha contribuido a revelar. La relación entre el ojo y lo divino, se sabe, es obra del misterio de la luz. Pero la relación entre el oído y la sombra pertenece tanto a la penumbra de la memoria colectiva como a la de la escritura. Desde el cuneiforme a los sellos babilonios y asirios, el negativo de los trazos pasará a desnudarse en la arcilla cocida. Inventada la escritura, el verbo adquiere un poder resurrector. Hasta el momento previo, todo es cómputo o música. Después, todo es orden y armonía. Que los lingüistas modernos (Chomsky) quieran ver estructuras matemáticas en el lenguaje, no indica que pueda así suprimirse el equívoco de los vocablos ni la relatividad del significado en relación con el significante. En otras palabras, que la tragedia máxima, como bien pareció intuirlo Sócrates al sospechar de la escritura, Lao Tse al desconfiar de que lo nombrable pudiera abarcar todo el espectro de lo innombrable, Moisés al destruir las primeras Tablas de la Ley, la tragedia única y maravillosa sigue siendo, ahora como antes, la

distancia variable entre lo oral y lo escrito. Aquello que San Pablo ejemplificó con «el espíritu y la letra».

He titulado esta breve introducción al libro de Halevi de modo ocular, en razón del valor escatológico de las profecías a la vez que teniendo en cuenta los límites de la visión. La diferencia esencial —por lo menos en un sentido lato— entre la cultura hebraica y la cultura griega reside en que, mientras la primera ordena el espacio y el tiempo de modo acústico, la otra lo hace de modo escultórico. Trataré de aclarar esto una y otra vez a lo largo de estas páginas. Partiendo del concepto herderiano del «espíritu de lugar o de la tierra», del damero cultural como una prolongación de la topografía sobre la que se asienta una comunidad dada, vemos que, desde la península de Sinaí hasta el desierto de Judea, arena y piedra equilibran soledad y silencio. Este dato nos permite señalar la primera etimología reveladora; «verbo» o «logos» es en hebreo *davar*. Agregándole el sufijo de la letra *mem*, que indica, entre otras cosas, procedencia, esa palabra se transforma en *midvar*, que significa «desierto».

Establecida así la relación morfológica del verbo con el desierto y comprendiendo lo que de implacable tiene el sol sinaítico, toda vida sobre su superficie es mimética o se oculta. Características ambas que reaparecen muchas veces en la cultura hebrea: al afirmar como virtud máxima lo invisible, todo lo visible es reflejo y toda palabra, la articulación de un sentido evanescente. De allí a la dialéctica profeta/sacerdote o bien desierto/ciudad, no hay más que un paso cuantitativo. Al desierto se va por inspiración; a la ciudad se regresa para concretar lo inspirado. Por otra parte, desde el punto de vista arquitectónico, cuando el nomadismo tribal de la época de los Jueces sedimenta lentamente en la monarquía davídica y la aparición del Templo de Salomón, lo visible vuelve a reflejar lo invisible en la denominación del sanctasanctorum: la palabra *dvir*, que designa ese *locus*, vuelve a remitirnos al origen de la primera palabra, *davar*, santificada ahora por la aparición de la letra *iod*, que —de acuerdo con la tradición kabalística—, además de ser el punto o nodo de creación primigenia, encie-

rra los misterios de las manos y, en consecuencia, de la década o sistema decimal.

El núcleo de la cultura, lo invisible, la majestuosidad y al mismo tiempo el rigor del desierto y la roca viva perdurarán, en medio de las construcciones templarias, por detrás de los querubines y lámparas sagradas en el misterio de esas pocas palabras. Común es que los grandes profetas comiencen su prédica diciendo *davar Elohím alai*, «la palabra de Dios es enviada a mí». Común es que se instalen en los secos *wadis* de Judea o en la desértica Tekóa como Amós, y que desde allí regresen al logos primigenio. La mineralización óptica que establece el desierto engendra leyes escritas por un «viento» que es a la vez «espíritu», *rúaj*. Todo se reseca, todo desaparece rápidamente; pero, al mismo tiempo, nada permanece más tiempo que la piedra y la arena, nada eterniza más el transcurso de las horas que un paisaje en donde el paroxismo de lo móvil es el espejismo. La determinación y el voluntarismo abstracto, esencial, que después volverá a rememorar, y de modo más intenso, Mahoma, siquiera por las variables circunstancias históricas que hicieron la vida de Israel tan azarosa como asombrosa, no impiden a este pueblo proyectarse hacia el futuro, hacia la epifanía final de la historia y la trascendencia de la vida humana. Sin Israel, el verbo cristiano no tendrá sentido. Sin el cristianismo ¿existiría Israel actualmente? Y esto nos sitúa otra vez en medio de la concepción paulina, del *pneuma* contra *ta grámata*.

¿Cuándo, entonces, es el verbo sílice, cuándo es agua viva? ¿Qué significa la circuncisión del corazón y qué la salvación? Hasta San Pablo, versado en las Escrituras como buen fariseo, a ningún profeta se le ocurría diferenciar entre el espíritu y la letra. Por lo menos no del mismo modo. El caso de Jesús —la encarnación del verbo— es un ejemplo: ninguna *iota* o *iod* será cambiada. Pero Pablo no sólo cruza hacia otras lenguas —y habla todos los idiomas importantes de la época— sino que vuelve a concebir el espíritu como algo esencialmente aéreo, metafísico (el único pecado irreparable, había establecido el Maestro, es aquel contra el Espíritu Santo); y relativiza de tal

modo lo escrito que, a no ser por la voluntad férrea del autor del Apocalipsis y la labor sistemática de los Primeros Padres, difícilmente los Evangelios hubieran llegado hasta nosotros en su perfecta estructura cuaternaria. Aquel gran orador sabía muy bien lo que decía al desplazar el acto físico, carnal, del pacto abrahámico, hacia una zona meramente simbólica. «Circuncisión» o *miláh* tiene una *iod* más que «palabra», que procede de la misma raíz, *miláh*. Así, del gesto a su intención, de lo formal a lo conceptual, Pablo destila o mejor dicho despega espiritualmente dos mitades de un fenómeno: revela una permanencia pero oculta —temporalmente— una intención. Intención, por decirlo así, que siguiendo la senda del mártir Akiva, tenía el propósito de horadar como gota de agua el espesor calcáreo de los siglos. Comunicar al mundo gentil en un metalenguaje lo que para los judíos era lenguaje.

En cierto sentido, sólo fe y conversión son válidas en el mundo del espíritu, ya que, al entrar en el plano de la demostración lógica, inmediatamente caemos en el credo *quia absurdum est*. La digresión paulina nos sirvió justamente para comprender hasta qué punto las estructuras hebraicas seguían operando en la mente del apóstol. Los griegos, que de modo apolíneo y en la época de Pitágoras llegaron a una concepción espermática del logos, no habían percibido como los judíos que la continuidad histórica de un pueblo es tanto producto de su pasado como de su voluntad de futuro. De allí que los oráculos délficos sean sincrónicos pero no transcrónicos. Nadie en el mundo helénico hubiera podido saltar los siglos que van del Génesis al Evangelio de Juan para afirmar una continuidad a través del verbo. Nadie, tampoco, entre todos los pueblos del mundo antiguo, había llegado a concebir un universalismo teocéntrico e invisible como el de Israel. Que esto es producto tanto de una insistencia ética como de un peculiar lenguaje, es indudable. El porqué no lo sabemos o se nos escapa en su sentido último. El porqué tiene mucho que ver con la Kábala o Sabiduría secreta.

El «exilio», que curiosamente es en hebreo *galut*, lleva también implícita una clave verbal establecida por lo que encubre

y descubre la «ola» gal, pues pareciera que ciertas verdades sólo son perceptibles en el naufragio (Libro de Jonás) o la separación del lugar natal. La distancia entre los cuerpos, o entre el cuerpo y su sombra, tan bien marcada por las profecías y visiones de Ezequiel, que vivió en el exilio, conlleva un conocimiento especial: el que muta regreso por pertenencia. Desde Babilonia los judíos comprenden (y los exiliados babilónicos eran la élite o *intelligentzia* que supo asimilar con singular capacidad el elevado pensamiento mesopotámico) que existe una especie de verdad ética independiente del lugar y el tiempo, aunque deba, en todos los casos, referirse a un punto dado, en este caso la historia nacional de un pueblo.

La dolorosa fecundidad de este primer exilio prueba fehacientemente y a través del Talmud, hasta qué punto los judíos supieron conciliar su origen con el medio ambiente en el que circunstancialmente se hallaban. Es por eso que, además de pretenciosa y nefasta, la condena cristiana que hace del segundo exilio, en el 70 d. de C., una maldición teofánica, no es solamente falsa por cuanto los judíos ya estaban fuera de su territorio nacional, sino y además porque muchos contemporáneos del naciente «Nuevo Israel» seguían viviendo tranquilamente en la tierra de sus antepasados sin tomar demasiado en cuenta lo que ocurría en algunas zonas del país. Sin embargo, hay que decirlo, la historia ni se detiene ni es del todo lógica.

La referencia geográfico-histórica nos sirve para develar el diorama sobre el que irá a tejerse una de las obras más importantes del pensamiento de la Kábala hebrea: el *Sefer Yetziráh* o *Libro de la Formación* que, aunque compuesto tal vez en medio del esplendor ptolemaico de la Alejandría de los primeros siglos de nuestra era, brota por primera vez trenzado a los comentarios del talmudista mesopotámico Saadia Gaón, en el siglo x d. de C. Allí, en ese texto increíble, se revelan por vez primera aspectos cosmológicos y hasta antropológicos que explican, a la vez que el sentido del alfabeto y en consecuencia del lenguaje, el valor de los números y las direcciones del espacio en la creación del cosmos. Otro detalle singular: com-

puesto en el momento más efervescente de la dinastía abbásida, el comentario de Saadia está en árabe. El texto sobre el cual habla, en hebreo. Sobre ese modelo la cultura judía sobrevivirá en medio de las más negras tormentas y tempestades humanas los dos mil años repartidos por el mundo, desterrada y no obstante eso persistente: guardará con celo el verbo hasta que, de pronto y gracias al esfuerzo de varios estudiosos de los siglos xix y xx, a cuya cabeza se halla el genio del renacimiento de la lengua hebrea: Eliezer Ben Yehuda, se cumplan las profecías de los grandes profetas y la letra se convierta nuevamente en espíritu. Hasta que lo desencarnado encarne.

¿Por qué, entre las tres o cuatro lenguas que los judíos querían implantar como la oficial del joven estado hebreo, eligieron precisamente el idioma de la Biblia? Tal elección ¿tiene, acaso, que ver con las profecías, y en especial con una de las denominaciones de Dios, llamado el Nombre? También los musulmanes conocen la expresión *B'smilah*, cuyo origen es el *Hashem* bíblico, el Nombre. La proximidad entre esa palabra y la de «semita», *shemi* en hebreo, podría traducirse como «mi nombre» e indica, además, una relación dialéctica entre un pueblo y un Dios que se da, principalmente, a través de lenguaje. Lo nombrado, el nombrador y el lazo de la red que extienden sobre la realidad están hechos de la misma sustancia. Al dilucidar este parentesco lingüístico entendemos la razón —por así decirlo— mística implícita en la elección de la lengua bíblica para el uso cotidiano del moderno Israel. La otra, no por más real menos fantástica, estriba en que las setenta comunidades diaspóricas conservaban todas el Libro de los Libros y la casi intacta tradición de un origen común y un eventual momento mesiánico en el que serían reintegradas de la periferia del exilio al eje que durante siglos las hiciera girar.

La fuerza, cohesión íntima y magia dialógica de un pensamiento como el de Buber sería inexplicable sin la existencia del hebreo y la larga «cadena de las generaciones» o *sheshelet hadorot* (existe en la Tradición sufi un término similar, aunque más esotérico en su significado); sin la ayuda de quienes man-

tuvieron vivo un mismo cuerpo espiritual bajo distintos ropajes y épocas. Analizando solamente una de las claves que encierra su estudio—el de Buber—llamado *Yo y Tú*, metáfora de la relación Dios-hombre, y al retraducirlo al hebreo y ver su aspecto numérico: Yo es *Akí* y tú es *Atá*, y después de sumar los valores adscritos a cada letra de ambas palabras, obtenemos para el Tú de Dios el múltiplo 7 (incluyendo la letra *vav*, que equivale a la y, conjunción entre ambas personas), y para el hombre también 7. Convertida la suma, 14, en letras otra vez, escribimos la palabra *iad*, que significa «mano». De allí a la hermandad entre los hombres, a la idea de comunidad tal como la vislumbraron los profetas, tanto como a la actuación conjunta del verbo (pensamiento) y la mano (acción) con el fin de llegar a ese equilibrio armónico entre el Creador y la criatura, sólo existe la equidistancia previa del número siete, el más misterioso de los números, que sintetiza las seis direcciones espaciales y el centro. De allí, también, el valor concedido al sábado o *sabbath* y al encuentro del hombre con lo divino. Pues cuando lo divino en el hombre y lo humano en Dios—a través de la mano y el verbo, por el obrar y el pensar—se encuentran, cuando la *conjunctio oppositorum* se produce, entonces, la igualdad florece entre cielo y tierra su único tallo universal.

Sabemos que la relación del hombre con lo numinoso no es nunca cuantitativa. Si Moisés la padece al no poder ver de frente a la Divinidad y circunscribirla, y Cristo es «antes de que Abraham fuese», esa relación alude a un ordenamiento espiritual parecido al que experimentan los cristales que son atravesados por un haz de luz y que por difracción producen dos tipos de rayos: el ordinario, situado entre los ejes de una esfera; y el extraordinario, que adquiere el aspecto de un elipsoide o huevo. En suma: se trata de dibujar una eclíptica continua entre la rotación de nuestros actos y la traslación circunstancial de Dios, con el propósito de dar sentido a lo absurdo o alimentar el ancestral vacío del alma con el agua transparente de la sabiduría. Pero lo cristalino en nosotros es invisible, subyace a nivel elemental, en la composición misma de nuestras células, y por ello hay que viajar muy hondo y

muy hacia dentro para que —transportando el haz de luz de nuestra experiencia— podamos iluminar en las profundidades y con el rayo doble, el resplandor de nuestro propio rostro en el momento en que es tocado por la gracia. La virtud de la luz es su homogeneidad a través del cristal; la del cristal, la verdad de la esfera pascaliana en la quietud, y el mito del huevo original al emerger del caos. Verdad y mito, yema y clara, núcleo y superficie son círculos concéntricos por los que el pensamiento asciende el paciente anillo que los años gestan bajo la corteza del Árbol de la Vida. A su vez, el Árbol de la Vida es el lenguaje —en este caso el lenguaje hebreo— que desde sus raíces anuncia la misma savia, la misma sustancia.

Para la tradición kabalística —y hasta cierto punto también para su complementaria la rabínica—, caras esotérica y exotérica de una misma realidad, toda la Biblia es un solo verbo desdoblado infinitas veces. Cada nombre participa del Nombre, al mismo tiempo que cada signo terrestre tiene su correspondencia celeste. Cuando Dios llama a Bezalel, en hebreo Betzalel, el más hábil de los artesanos, para que construya la *menorá* o «lámpara» de siete brazos que constituye el más antiguo de los símbolos hebraicos, está señalando varias cosas simultáneamente: en principio, que almendros y manzanos tienen azahar y esperanza en medio del invierno (época de floración de esos árboles en toda la región del Mediterráneo oriental) y que de la «sombra» o *tzel* surge lo «divino» o *Él*. Simultáneamente, al situar lo creado en el mundo de la sombra, o más bien del reflejo, sucede que también el lenguaje lo es, de ahí que la tradición oral diga que lo que hay que comprender en la lectura de la Biblia sea el espacio blanco entre las letras, o bien lo que éstas perforan en la página. Perspectiva que vuelve absoluto a Dios y relativo al hombre; absoluto al espíritu y relativa la materia. Si, por ser *el* Nombre, Dios es todo lo que nombra, en la sucesiva extensión del lenguaje por el conocimiento podemos llegar a sumar de nuevo todos los nombres alcanzando finalmente la identidad entre lo evocador y lo evocado. Este principio, aunque aparentemente tautológico —ya que llegar al fin del lenguaje por medio del len-

guaje no puede ser más paradójico— goza de inmenso prestigio tanto entre los kabalistas como entre los rabinos. La *jokmáh* o «sabiduría» no es un simple ejercicio acumulativo que debe realizar la memoria. El más acariciable de los objetivos, desde la época de los profetas hasta los jasidim polacos del siglo xvi, fue el de transformarse en un *baal shem* «un dueño-del-nombre». Es decir, en aquel que no sólo conoce las virtudes y sinuosidades del lenguaje, sino también sus poderes terapéuticos. En otras palabras, alcanzar la encarnación del verbo. Pero el dominio que hay que ejercer sobre lo nombrable—distinto al de Dios, que nombra para crear— es aplicable la restauración, a la reintegración del hombre al seno de las tradiciones comunitarias, puesto que el mundo ya ha sido creado conjuntamente con la Ley y lo que se exige al ser humano es la colaboración y el respeto por lo que le precede en la escala biológica.

Hasta tal punto el verbo en la cultura hebraica es, a la vez que visión, «signo», se evidencia en la palabra que traduce este último vocablo al hebreo: *ot*. Compuesta de tres letras, simbólicamente importantísimas, puesto que son, respectivamente, la *alef* o primera en el orden alfabético; la *vav* que simboliza el día en que fue creado el hombre; y finalmente la letra *taf*, que cierra el alfabeto. La ubicación mediatriz del hombre situado entre el principio y el fin de las cosas que tienen realidad para él (dentro de la esfera de lo nombrable), equivale a lo que en su discurso apocalíptico San Juan de Patmos hará decir a Jesús: «Yo soy alfa y omega, principio y fin». Frase ininteligible desde el punto de vista griego, ya que ninguna de estas letras tenía, en la cosmología helénica, significado previo. Si sumamos ahora los valores de las tres letras mencionadas (*alef*: 1; *vav*: 6; *taf*: 400 = 407 = 11), y volvemos por la exégesis llamada guematría —una de las tres o cuatro claves de la lectura bíblica que enuncia la Kábala— que consiste en revertir los números a letras, obtenemos la sílaba *ia* (*iod alef*), uno de los nombres de Dios. Por medio de este ejemplo realizamos dos procesos, el de rotación humana y el de traslación divina: el signo se convierte primero en letra (otro de sus significados) y, después del trabajo personal, en realidad numinosa.

Pero si, no contentos con esta escala (nada más apropiado que la utilización de una metáfora musical para describir las operaciones kabalísticas que, mediante el lenguaje, realiza el espíritu), reducimos el 11 a la cifra 2, y ésta a su correspondiente letra, obtenemos la *beth*, que, como ya dijimos, comienza el primer versículo del Génesis. De aquí nace, pues, la idea de que el mundo fue creado por el lenguaje y que toda eventual transformación dependerá de la ubicación y sentido alfabético de sus partes constituyentes.

¿Por qué el hombre aparece al sexto día y no antes ni después? ¿Por qué lo sitúa entre el comienzo y el fin de la notación lingüística, como si él no fuera un signo más entre todos los signos posibles? Aunque no todos los misterios deban ni puedan ser explicados, pueden enunciarse algunas sugerencias en torno a este día, llamado por la Biblia *iom yav*.

Dijimos antes que el siete era en cierto sentido el número, el centro de la esfera inscrita en el cubo de lo real, de la materia. Las seis caras —incluyendo el eje nadir/cenit— representan lo visible, la dimensión de lo encarnado, que en el plano geométrico se traduce en una estructura tridimensional. El centro, el camino hacia el centro, ese tránsito que conduce al hombre del tiempo a su cesación, pero también a lo invisible de la cuarta dimensión, es el sendero hacia Dios, que, como ya dijimos, rodea al hombre con Su presencia en reposo el día sábado. De modo tal que en la percepción del tiempo, al completarse su ciclo, lo divino aflora como una suerte de espejo giratorio que repitiera la creación *ad infinitum*: transcurrirán las estaciones y los días, soplarán los vientos de la vida y de la muerte, pero, en medio de todo ese fluir constante, un punto servirá al hombre como nexo entre su ser celeste o arquetípico —Adán Kadmón de la Kábala— y su ser terrestre o histórico, un punto que es la unidad del proceso dialéctico símbolo del Uno o Dios. Al sumarse los seis días de la semana, las labores, el ámbito de lo manifestado, a la cámara hueca de lo inmanifiesto o séptimo día, el trece brota como un número clave, de la relación macromicrocósmica.

Así como en torno a Jesús, los doce apóstoles cristianos se

corresponden con las antiguas doce tribus; así como las horas se reparten en la esfera mediante un múltiplo idéntico y así como el espacio astrológico tiene sus doce signos rodeando un eje, así también el número trece es el no-número, la implantación de la aguja que sustenta sus operaciones, puesto que 13 es, tradicionalmente, la versión numérica de la palabra *Ejad* (*alef*: 1; *jet*: 8; *daleth*: 4 = 13) que significa Uno o Único. Naturalmente que el ejercicio de estas múltiples combinaciones no deja de ser instrumental: a nosotros nos corresponde hallar la música, tocar las cuerdas y notas necesarias para que la melodía que suena desde el cielo, y abundantemente, ocupe poco a poco la caja de resonancia de nuestro corazón. Ése es el sentido cristiano de «seguirse a uno mismo», y también el sentido judío de estar relacionado con una de las tantas letras de la Biblia, aquella que nos corresponde y debemos hallar.

Aquí es donde cesa el dogma, donde la letra se espiritualiza nuevamente. Sin embargo —como bien hiciera notar Keyserling en uno de sus ensayos—, para expresar al mundo primero hay que absorberlo, ingerirlo en la hostia simbólica o la tradición literaria («hasta que se cumpla lo que está escrito»). A partir de la formación del Talmud —libro que es, en su doble versión, la jerosdimitana y la babilónica, un extenso y profundo compendio de opiniones y comentarios sobre la Biblia—, esta actitud determinará no solamente el carácter del pueblo judío sino también su respeto por la herencia de los antepasados y la innovación —asimilada luego por la cultura islámica y también por el cristianismo patrístico— de tomar lo escrito y no lo viviente como paradigma. Ya en Alejandría el filósofo Filón había ahondado el sentido parabólico y alegórico de las Escrituras, pero es en el período talmúdico —entre los siglos II y V d. de C.— que se constituirá una suerte de «mandarinato» modelo que acompañará al espíritu judío hasta la época del Iluminismo europeo.

Gracias a esa actitud conservadora, los judíos formaron una cultura que abarca aproximadamente cuatro mil años. El hebreo, lengua que con el latín y el griego era, hasta hace ape-

nas un siglo, sagrada, es considerada todavía hoy como integral de las fuentes clásicas de la cultura occidental.

Prolongando aquella actitud grecorromana atenta al fenómeno que naciera con los presocráticos Parménides o Anaxágoras —actitud que los romanos conquistadores y sistemáticos implantaron en la mayor parte del mundo conocido en su época—, actualmente toda nueva especie animal o vegetal clasificada, todo descubrimiento físico o químico cuantitativo debe sujetarse —aunque no sea más que de un modo convencional— a la taxonomía establecida por los idiomas latino y griego. Mientras que, nos parece, el elemento judío sigue presente en lo cualitativo, puesto que, al establecer la idea motriz del hombre como imagen de Dios —singularmente democrática a pesar de las formaciones de clase que suele apeteer la historia en sus distintas reencarnaciones y movimientos—, al dar primacía a lo inconmensurable sobre lo mesurable, las puertas del futuro, más cerca del primer concepto que del segundo, otorgan al judaísmo una flexibilidad sorprendente para entrar y salir de los límites materiales impuestos al ojo por el radio de lo visual. No obstante la visión etnocéntrica a la que tal perspectiva puede conducir, a pesar de los peligros que acarrea —vanidad, orgullo, omnipotencia—, es evidente que vive en el corazón de cada hombre como el más precioso de sus sueños. Si míticamente Cristo supera a los héroes clásicos como Hércules o Dionisos, es seguramente gracias a su pura humanidad, a la pasión recorrida entre su nacimiento y su muerte. A que en él, la imagen y semejanza, la hidra múltiple, el enemigo, la samaritana, confluyen en un inmenso torbellino de amor y de dolor sublimado y ¿qué hay más convincente que el amor y el dolor? Seguramente nada.

Los profetas que tenían la capacidad de ver el futuro, de predecirlo, están muy ligados al funcionamiento gramatical de la sexta letra alfabética, la *vav*. Como vimos, su número es el que señala el Génesis para la creación del ser humano. La *vav*, además de utilizarse indistintamente para las vocales *o* y *u* que se escriben en medio de ciertas palabras, es un puente o conjunción intervocálica que equivaldría, en castellano, a la *y* griega.

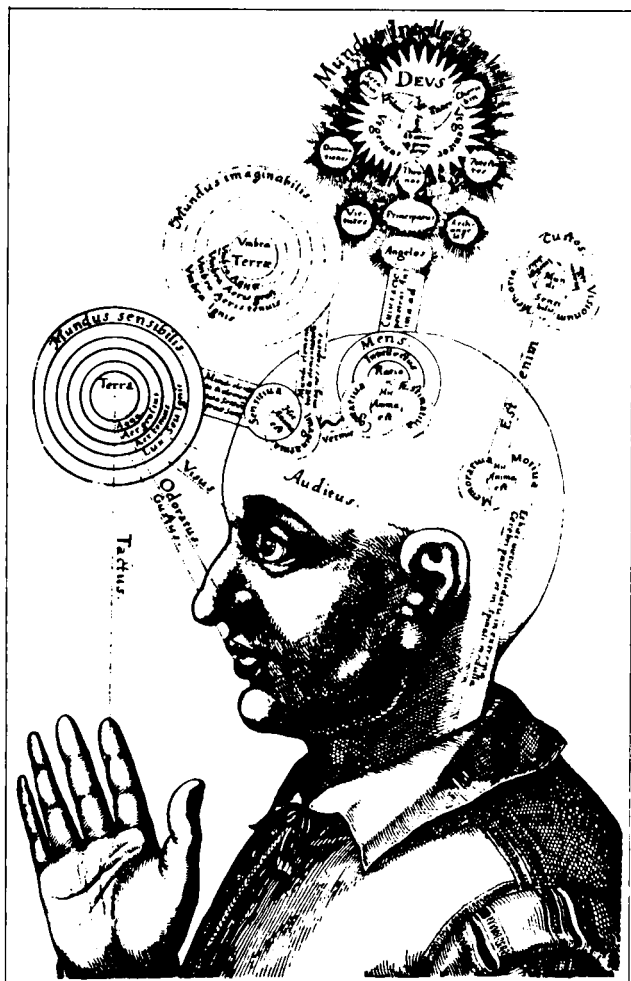
Al mismo tiempo, siendo articulable —según su puntuación diacrítica— hacia el futuro o hacia el pasado, existen en realidad dos *vavim*: la *vav ha-ipúj*, que cambia el tiempo de la oración; y la *vav ha-jibur*, que simplemente une dos segmentos de la misma frase. Si trasladamos esta doble funcionalidad al plano humano, es fantástico observar cómo coincide con el trabajo profético o creador de los hombres que hacen estallar los significantes de la lengua de su tiempo, engendrando así significados que serán motivo de comprensión, es decir, de nuevos significantes, muchos siglos después. Lo dicho por Moisés es reinterpretado por Ezequiel; lo dicho por Isaías, leído por Jesús en una sinagoga de Nazareth. Y ello porque la profecía está en realidad abierta a todos los hombres pero «no todos oyen ni todos ven». De ahí que la salvación no sea automática. Para los judíos toda redención es colectiva, comunicativa, y pasa al mismo tiempo por una tierra dada: Israel. Es algo que se hará al fin de los tiempos, cuando Su Nombre sea Paz.

El primer «hombre», *Adam*, fue hecho del polvo de la «tierra», que es *adamá*. A su vez, entre ambos hay un pacto doble: el de la *alef*, que representa la Divinidad, y el de la partícula *dam*, que significa «sangre»... ¿No explica esta relación lingüístico-simbólica la ligazón de una cultura determinada por el suelo original? Dice el *Zohar* que en el principio del mundo la luz era tan intensa que podía verse de un extremo a otro del cosmos sin interferencias. Tal Edad de Oro, profetiza Simón bar Yojai —personaje principal del texto mencionado— será también la de la epifanía final. Este pensamiento, formulado en el siglo XIII, estaba ya enunciado en Zacarías como alusión a ese sábado cósmico del orden universal, de la justicia transparente, en el que la opacidad será un mal recuerdo, pues la verdad será evidente como el aire y el cielo. La verdad, que también arraiga en el verbo y el alfabeto, la «verdad» o *emet*, se compone de la primera letra del alfabeto, de la letra media y de la final: alcanzados los extremos, la tensión de los polos encontrará su centro. Transcurrida la noche, amanecido el día, descubierto el horizonte, la esperanza será innecesaria porque

todo estará en su sitio y lo que vea el ojo hablará al oído. Luz y música serán idénticas.

Z'ev ben Shimon Halevi, cuyo nombre profano es Warren Kenton, pertenece a esa escuela de kabalistas ingleses que se inicia con William Blake, Robert Fludd y John Dee el alquimista, y que llega hasta la generación de Yeats, Crowley y Mathers, fundadores de la famosa *Golden Dawn*. A diferencia de ellos, Halevi se mantiene en una línea más ortodoxa. Crece con sus libros, atemperados —como éste— por el buen uso de la psicología analítica junguiana y los aportes freudianos al campo del desarrollo humano. Crece y en su crecimiento *moderniza* la antigua sabiduría de la Kábala para acercar a su lector a aquello que los maestros llaman fuentes de aguas vivas, el venero de nuestra propia tradición. Los oídos están listos para recibir este mensaje; para unir, una vez más, la constante de lo eterno a las variaciones del tiempo. La más reciente psicología transpersonal a los postulados iniciáticos de la Kábala en un nuevo entramado gnogeológico capaz de cicatrizar muchas de nuestras heridas, la principal de las cuales es la causada por la ignorancia de nuestra propia matriz cultural. Que Halevi contribuya a esa unión honra a Inglaterra, en donde aún hoy, como en Francia e Italia, Holanda y Alemania, vuelve a estudiarse, en la Kábala, un método, un arte, un camino hacia el corazón de uno mismo.

MARIO SATZ



1. LA MENTE Y LOS MUNDOS

En este grabado del siglo XVII, Robert Fludd, que estaba familiarizado con la Kábala, muestra los diversos niveles de conciencia. Los sentidos mundanos se relacionan con la naturaleza, mientras que el mundo de la Forma se percibe por medio de la imaginación. El nivel intelectual, que corresponde al Espíritu, se basa en el Árbol sefirótico, que es el modelo del Macrocosmos del Universo y el Microcosmos del Hombre.

PREFACIO

Cuando Adán y Eva salieron del Edén, iniciaron un proceso de encarnación y comprensión de los motivos de su existencia. Esta situación se reproduce en cada ser humano, al conocer nuestro carácter físico y saber cómo difiere de esa otra realidad de la que venimos. La mayoría de las personas olvidan pronto esta memoria prenatal, pero algunas tratan de regresar a ese estado del alma mediante la introspección. La psicología es el estudio de este mundo arquetípico que se cierne entre la tierra y el cielo, y la Kábala es una tradición espiritual que sitúa los complementos interior y exterior de la psique en el contexto de la realidad más amplia. Estos cuerpos de conocimientos antiguo y moderno, cuando se combinan, pueden exponer la naturaleza y el objetivo de nuestro descenso a la materia, a medida que el Yo de cada individuo recorre un nivel tras otro para unirse al Yo divino que, a través de nuestros ojos, contempla su propio reflejo.

Londres, verano de 5745.

INTRODUCCIÓN

La psicología es la ciencia de la mente. La palabra de raíz griega «psique» significa alma o lo que no es el cuerpo, sino el componente invisible de una persona. En tiempos prehistóricos, la muerte se consideraba como el momento de la división entre el cuerpo y lo que animaba a éste. En todo el mundo se reconoce este fenómeno y la gente se afana por aplacar u honrar a la inteligencia que ha partido de este mundo. Todo el que ha visto el cadáver de una persona a la que conocía bien experimenta la misma sensación de ausencia total, no sólo de vida, sino de esa esencia particular que hizo a la persona única. Este reconocimiento de una dimensión invisible pero palpable del ser humano debió de suscitar los primeros interrogantes sobre lo que cobraba vida al nacer, poseía determinado carácter durante la vida y desaparecía al morir. Así empezó la psicología.

En las primeras etapas de la vida humana en la Tierra, la preocupación principal era la de aprender a sobrevivir. La gente tenía que adaptarse a la integración de los cuatro elementos, utilizar las plantas y relacionarse con los animales. Por primitivos que fuesen estos primeros seres humanos, su conciencia era de orden muy diferente a la de cualquier otro ser con el que pudiera encontrarse en la selva. No sólo observaban los cambios que se producían en la naturaleza con el paso de las estaciones, sino que registraban y cotejaban la experiencia de una manera que no estaba al alcance de ninguna

otra especie. Los animales podían reaccionar a una sequía migrando o hibernando para evitar sus dificultades, pero éste era un instinto innato completamente inconsciente en el nivel individual. Los seres humanos veían los ritmos de la tierra como pautas recurrentes y luego como principios a partir de los cuales se formaban una imagen del universo en el que vivían. Los más inteligentes y juiciosos de estos primeros chamanes proyectaron sus conclusiones en mitos que explicaban los procesos del mundo que les rodeaba. Esas especulaciones incluían el origen de la especie humana, de dónde venía y cuál era su destino. Se sabe que bastantes de ellos tenían una experiencia de revelación en la que se les mostraba la situación de la humanidad desde una dimensión superior. Una de tales personas fue Enoch (*Génesis*, V), el cual, según la leyenda kabalística, está en el origen de varias tradiciones esotéricas que transmiten iluminaciones místicas.

Cuando surgió en Egipto y Mesopotamia la primera civilización, existían cosmologías completas sobre el mundo que se hallaba detrás de los hechos mundanos de la vida cotidiana. Los cataclismos periódicos de la guerra, los terremotos o las hambrunas se aceptaban como expresiones del estado de ánimo de los dioses y diosas que habitaban en el reino invisible del que la gente procedía al nacer y al que retornaba cuando moría.

Los grandes sacerdotes y los reyes podían influir en los acontecimientos mediante sacrificios y hazañas, pero, en última instancia, los mundos superiores dirigían a los inferiores, porque nadie, excepto quizá los místicos y los magos, comprendía las leyes de esos niveles invisibles.

Ahora bien, mientras el nacimiento y la muerte eran dramáticos puntos de salida y entrada de la región desconocida y, en consecuencia, tenían un gran interés para todo el mundo, ciertos individuos se interesaban especialmente por lo que ocurría entre ambos extremos. Observaban que la mayoría de la gente se limitaba a existir, sin tener más objetivo que el de la supervivencia; otros eran más expansivos y dominantes, mientras que otros se retiraban o trataban de tener una vida inte-

rior, ya fuera bajo la locura o mediante el contacto ex profeso con los reinos invisibles. Estas observaciones condujeron a la especulación sobre los tipos de personas, los temperamentos y el destino, que es la configuración correcta de una vida cuando la naturaleza particular de una persona interactúa con las condiciones en las que ha nacido.

Los judíos y los griegos fueron los primeros en el mundo occidental que consideraron metódicamente estas cuestiones. Aunque influidos por las visiones del universo persa e indio, el enfoque judío era básicamente profético, mientras que el griego aplicaba el análisis intelectual. Ambos consideraban el lugar de la humanidad en el universo y examinaban la actividad del individuo. Los relatos de la Biblia y las leyendas griegas tratan de gentes que se relacionan con mundos sobrenaturales. En cada tradición, ciertos personajes encarnan un vicio o una virtud humanos sometidos a prueba, y así Jacob y los héroes como Ulises experimentan un desarrollo, mientras que otros individuos a su alrededor deambulan inconscientemente por el drama de la existencia. El tema de la evolución interior se da en todas las mitologías, a medida que los individuos se esfuerzan por salir de un grupo tribal y llegar a convertirse en personas que no sólo viven en el mundo mundano, sino que participan conscientemente en el proceso cósmico de la manifestación divina. Moisés y Mahoma fueron ejemplos de seres humanos altamente desarrollados que no sólo podían hablar con la gente ordinaria, sino también conversar con los seres de mundos superiores y con Dios.

Entre los polos de la simple conciencia física y la comprensión total se extiende el espectro de la experiencia humana, que todas las tradiciones esotéricas dividen en los reinos del cuerpo, el alma, el espíritu y la Divinidad. La psicología se ocupa sobre todo del mundo de la mente, que tiene acceso al cuerpo, contiene el alma, es penetrada por el espíritu y tocada por la Divinidad.

Este libro es un intento de colocar el estudio de la psicología dentro del sistema de la Kábala, que considera el origen de todos los seres humanos y su composición divina, espiritual y

física. Prestaremos una atención especial a la psique y al gran viaje de destino que todos efectuamos al descender a la encarnación y retornar luego por donde vinimos. No obstante, a fin de comprender y fusionar las disciplinas de la psicología y la Kábala, debemos examinar la historia de nuestra situación presente en cada nivel. Esto significa extraer los elementos más importantes de cada tema y entretelar su pertinencia, a fin de elaborar una síntesis que nos ofrezca nuevas visiones de ambas disciplinas. Nos basaremos en diversas escuelas de pensamiento, no sólo para presentar una visión general, sino también para cubrir todas las etapas y niveles de desarrollo. Como es natural, habrá omisiones de algunas áreas, debido a la limitación de espacio y de mi propia experiencia. Sin embargo, si esta obra pone en contacto al kabalista y al psicólogo, habrá cumplido su objetivo.

1. LA OBSERVACIÓN

Antes de los antiguos griegos, no existía un estudio sistemático de la psique en el mundo occidental. Se reconocía la presencia del alma, pero lo que se sabía, o bien estaba confinado a las escuelas esotéricas, como la de Eleusis, o bien formaba parte del folklore. Esa información podría radicar en la observación de apariciones de muertos, el significado de los sueños y los relatos de las aventuras entre los dioses. Nos han llegado fragmentos de conocimiento, pero suelen tener forma alegórica y requieren una interpretación en el lenguaje de nuestro tiempo. En aquel momento de la historia, el hombre occidental se hallaba todavía en la fase supersticiosa de desarrollo, en la que los fenómenos inusuales se observaban pero no se comprendían, de modo que lo natural y lo sobrenatural se confundían. Ejemplo de ello es la creencia en los dioses del Inframundo y en que el alma, después de la inhumación del cuerpo, descendía al dominio de esos dioses.

Cuando los griegos entraron en contacto con las civilizaciones más antiguas y mucho más avanzadas, gracias a sus campañas de conquista y comercio, se produjo una alquimia cultural a través de la cual la inteligencia racional de los griegos entró en ignición y se fusionó con las religiones y la experiencia filosófica oriental de la muerte. Además de los contactos con las civilizaciones persa e india y de la conexión con los egipcios, se dio también el encuentro entre las culturas helénica y judaica que preparó el terreno para el cristianismo y

el Islam. El impacto de esta interacción estimuló no sólo un acercamiento a la cosmología, sino también a la psicología, cuando los griegos empezaron a examinar sus propios mitos y extraer una razón de ser a la estructura y la dinámica del macrocosmos y el microcosmos del universo y la humanidad.

Alrededor del siglo VI antes de la era común, es decir, a. de C., la ciencia griega había llegado a la conclusión de que existe una clara diferencia entre sentido y razón, puesto que la mente sintetiza lo que el cuerpo percibe. De la misma manera, la noción de temperamentos diferentes fue observada y relacionada con los cuatro elementos, en una fórmula muy estimada por los filósofos místicos, la de que «lo que hay abajo es igual a lo que hay arriba». Alrededor del siglo V a. de C., la escuela pitagórica diferenció entre la psique y el cuerpo, al que veían como una prisión del alma, mientras la persona estaba encarnada. Creían que la vida es un proceso de aprendizaje a medida que el alma se afana hacia la libertad interior, la purificación y la inmortalidad, en su transcendencia del ciclo de nacimiento, crecimiento, vejez y muerte.

Las escuelas que no se interesaban tanto por el aspecto del desarrollo se centraban más en cuestiones pragmáticas; y aquí llegamos a la gran división entre los enfoques platónico y aristotélico, que han dividido el estudio de la psicología hasta nuestros días. Platón siguió la línea mística, pues consideraba que el universo emergió de un reino invisible como una manifestación, mientras que Aristóteles, el científico, observó que estos reinos más sutiles eran inherentes al mundo material, y veía la psique como el compendio o esencia de un cuerpo vivo, mientras que Platón lo percibía como un organismo no físico que podía renacer una y otra vez después de la muerte.

En un nivel más detallado de observación de la psique encarnada, los griegos empezaron a diferenciar diversas funciones de actividad, tales como la nutritiva, la sensitiva y la racional, que correspondían a los niveles vegetal, animal y humano de la persona. También se preocuparon por la moralidad de la psique y los diversos impulsos del cuerpo cuando entraban en conflicto. Reconocieron, además, el lento proceso

de los impulsos primitivos que se organizaba en acciones conscientes complejas, así como el principio del deseo y su satisfacción en los sueños, cuando las facultades superiores estaban dormidas y los apetitos más bajos se podían liberar sin sufrir la condena social. Muchas de estas conclusiones primeras se incorporan a los diversos sistemas a que dio lugar la visión helénica de la psique. Por ejemplo, los estoicos consideraban una impresión sensorial como un despertar de la conciencia de la psique, distinguían entre imaginación y alucinación y diferenciaban una convicción subjetiva de una realidad objetiva. También llegaron a la conclusión de que la razón innata que hacía comportarse a los animales de una manera determinada debería definirse como «instinto», que es algo muy diferente de la capacidad de conciencia que tiene el ser humano, basada en un conocimiento interno de las leyes del universo.

El efecto del helenismo entre los judíos y, más tarde, las visiones cristiana e islámica de la psique fue enorme. Filón, un judío que vivía en Alejandría hacia la misma época en que nació Jesús de Nazaret, se proponía amalgamar la revelación de la Biblia con el pensamiento griego. Expuso muchos de los temas contenidos en las escrituras como alegorías de la realidad, relacionando diversos personajes bíblicos con ciertas cualidades y niveles de desarrollo. Los pensadores judíos más radicales continuaron este proceso, pero no fue incorporado al punto de vista más ortodoxo hasta haber pasado por las versiones neoplatónicas del cristianismo y el Islam, en cuya época la psique había sido examinada y definida con gran detalle. La aceptación plena tuvo lugar cuando la Kábala salió de su aislamiento tradicional para oponerse a la lógica filosófica que atraía y amenazaba a la fe incondicional, no sólo la *intelligentsia* del judaísmo, sino las del Islam y el cristianismo en el inicio de la Edad Media.

En esta crisis entre razón y revelación se examinó a fondo la naturaleza de la psique, y diversos místicos hablaron abiertamente de los muchos componentes, funciones, problemas y resoluciones relacionados con la vida interior. En la casa de estudios rabínicos, la celda monástica y la escuela sufi se ha-

blaba del alma y se exploraban todos sus aspectos y niveles, hasta que se disipó el impulso creativo y las universidades se convirtieron en meros centros de repetición e información basados en lo que habían dicho los antiguos maestros medievales. Hay entonces un vacío y es preciso esperar al Renacimiento para que la psicología vuelva a entrar en actividad, cuando las mentes inquisitivas la abordan con una mirada nueva. Los estudios del anatomista Vesalius, en el siglo xvi, eliminaron muchas ideas antiguas, como la de que la psique dependía del cuerpo, y los observadores de la sociedad, como Maquiavelo, que escribió un tratado práctico para los príncipes, arrinconaron el ideal académico de que la gente era intrínsecamente noble. En aquella época de oportunismo político estaba muy claro que el lado primitivo de un ser humano podía predominar, y esto condujo a una nueva formulación de la psicología y sus implicaciones, y a estudios de los efectos de la sociedad sobre el individuo.

Por el contrario, los filósofos como Thomas Hobbes avanzaron en otra dirección y elaboraron un método mecanicista: consideraban, por ejemplo, que los sueños estaban causados exclusivamente por factores externos. Este método concordaba con la influencia de Galileo, quien había destruido la antigua imagen del mundo y todo su misterio con la mecánica celeste. La Edad de la Razón, que se basó en estos puntos de vista, encontró la oposición de los platónicos de la época, como la escuela de Cambridge, con Henry Moore al frente, pero estaban desfasados. Incluso Newton, un místico de primer orden, tuvo que ocultar el hecho de que la mayor parte de sus notas trataban de cuestiones religiosas. En apariencia, pocos estudios psicológicos verdaderos se efectuaron durante los siglos xvii y xviii, si bien se trabajó mucho en el método mecanicista y teórico, lo cual condujo a numerosas conclusiones de carácter empírico.

El racionalismo extremo de este período ocasionó una reacción, desde las construcciones más pedantescas de la teoría hasta una fascinación ciega por lo irracional, como el proceso magnético del mesmerismo. En una era obsesionada por

el estilo exquisito y el perfeccionamiento de la maquinaria, la locura no se comprendía y era tratada del modo más bárbaro. A nadie se le ocurrió examinar la psique del individuo hasta que emergió la conciencia social, y a fines del siglo xix había ya numerosas escuelas de psicología; algunos estudiaban desde un punto de vista fisiológico, mientras que otros consideraban los aspectos sociológico, funcional y de la conducta. Las escuelas como la Gestalt exploraban los efectos del entorno en la psique, en contraste con los procedimientos analíticos que entonces se desarrollaban para sondear la estructura de la mente.

De esta confusión de investigaciones científicas surgió Freud, quien abrió el mundo del inconsciente con sus fuerzas poderosas que permean la conciencia para influir en el individuo sin que él lo sepa, y son las causantes de las neurosis, psicosis y ocasionales comportamientos irracionales en las personas consideradas normales. La contribución de Freud a la psicología occidental fue enorme. No sólo volvió a descubrir aquello de lo que habían hablado las escuelas esotéricas durante siglos, sino que empezó a sistematizar la mente de una manera científica, aunque tropezó con una considerable resistencia entre sus mismos colegas. Jung, su colega más joven, que había elaborado sus propios puntos de vista sobre la psique, adoptó la postura platónica, enfrentada al método aristotélico de Freud. Vio que si bien la psique tenía sus impulsos primitivos, también estaba sometida a una influencia más profunda que procedía de los niveles superiores del inconsciente. Así, el ego de la psique inferior estaba separado del Yo que supervisaba los procesos de desarrollo descritos en textos y mitos espirituales.

Hoy en día, en Occidente hay un gran interés por lo esotérico, y ello ha llevado a muchas personas a reconocer que la psicología es un requisito previo antes de pasar al estudio del espíritu y lo divino. Éste es el punto en que pueden encontrarse la psicología y lo esotérico, adaptarse mutuamente e iniciar una alquimia de síntesis para nuestra era. Pero antes de que este proceso pueda iniciarse, hemos de considerar la idea de la revelación como una fuente de conocimiento.

2. LA REVELACIÓN

En cierto sentido, la historia de la Kábala carece de importancia, porque su enseñanza esencial ha sido la misma a través de los siglos. Sólo su forma ha cambiado con el transcurso del tiempo. El contenido de la Torah, como se la llama tradicionalmente, trata del origen, naturaleza y objetivo del Universo y el lugar de la humanidad en un proceso divino mediante el cual Dios se contempla a Sí mismo en el reflejo de la Existencia. Éste es un tema omnipresente en la Biblia y todos los sistemas esotéricos surgidos de ese círculo de seres humanos que pueden percibir la dimensión transpersonal de la realidad. Una cultura puede adornar y en ocasiones oscurecer la enseñanza, pero su presencia se percibe en los rituales, las devociones y la metafísica de todos cuantos buscan un significado a la vida, e incluso aquellos que sólo tienen una apreciación supersticiosa de lo que se encuentra tras la superficie del mundo físico.

Los gnósticos originales, o «aquellos que saben», fueron quienes tuvieron un acceso directo al conocimiento superior, por medio de la realización de acciones correctas, la plegaria devota o la contemplación profunda. También lo podía revelar la enseñanza de alguien que, por experiencia mística personal, supiera qué hay más allá de la mente ordinaria y percibiera sus niveles superiores y su funcionamiento. Por desgracia, como han observado los místicos, siempre existe el problema de describir lo indescriptible. Por ello son tantos los que han

tenido que reducir sus percepciones a términos mundanos, a fin de transmitir algo de esas dimensiones más refinadas y sutiles. Los siguientes acontecimientos legendarios dan una idea de esta clase de realidad.

Según la tradición judía, Enoch («el iniciado»), que vivió en el alba de la humanidad sobre la tierra, fue un individuo muy distinto a la gente de su tiempo. No había olvidado su origen en el Paraíso para sumirse en la carne, y vivió recluso, reflexionando sobre los motivos por los que los seres humanos habían sido encarnados. Otros antes que él habían leído el *Libro de Raziel* (Los secretos de Dios), que le había sido dado a Adán y explicaba las razones de la existencia, pero Enoch deseaba conocer por sí mismo, y por ello llevó una vida de intensa actividad interior, cuyo resultado fue su ascensión. Tuvo una visión en la que subía a las regiones superiores de la existencia y veía cómo eran. Allí le mostraron el pasado, el futuro y las almas de quienes aún no habían nacido, así como las de los muertos. Vio también el reino angélico del Paraíso, con su multiplicidad de formas que son los arquetipos del mundo material inferior, y el reino celestial de los arcángeles que vigilan y supervisan los procesos creativos del Universo, antes de ser llevados a presencia del Sacro Uno en el Mundo Primordial de la pura luz. Según la tradición, el arcángel Gabriel le dijo entonces: «No temas, Enoch. Ven conmigo y mira el rostro del Señor.» Pero Enoch se postró ante el Único y le adoró, aunque la Voz de la Divinidad le dijo: «No temas. Levántate y permanece eternamente ante mi Rostro.» Entonces Miguel, el capitán de las Huestes de Dios, alzó a Enoch y le quitó su túnica terrena (su aspecto físico), le ungió con óleo sagrado y le vistió con su indumentaria celestial: había llegado a ser igual a las criaturas angélicas que le rodeaban, y que le enseñaron la Torah. Durante treinta días y treinta noches Enoch permaneció en este estado de exaltación de la conciencia, registrando todo cuanto escuchaba y veía. Luego el Sacro Uno le habló de los secretos que ni siquiera los arcángeles conocían... la razón de la caída de Lucifer y por qué se produjo el pecado en el Edén. También le informaron sobre el origen de Adán, la

manifestación de los Mundos, y le mostraron el gran telón que cuelga ante el Trono del Cielo, cuyos hilos representan todas las generaciones de la humanidad. Después de esta revelación le pidieron que descendiera a la realidad de la Tierra y enseñara sobre todo aquello hasta que le llamaran a ocupar permanentemente su lugar en los mundos superiores.

Después de haber transmitido lo que pudo a los suyos (su escuela), les dijo que difundieran este conocimiento, sin ocultar nada a quienes desearan conocer de veras. La tradición nos cuenta que entonces quedó envuelto en una oscuridad, invisible a los ojos humanos. En ese momento, en el mismo mes, día y hora de su nacimiento, fue llevado al cielo superior. Cuando la oscuridad se disipó, la gente vio que «no estaba», como dice la Biblia, que se había desencarnado sin tener que pasar por el procedimiento natural de morir y abandonar un cadáver.

Mientras sus hijos le levantaban un monumento funerario en el lugar de su partida de la tierra, Enoch pasaba por las diversas etapas de la ascensión, llamadas en la Kábala estancias inferior y superior. Aquí se encontró con las huestes angélicas y arcangélicas de los Mundos de *Yetziráh* y *Briah*, o Formación y Creación, que al principio no se mostraron amistosas con aquel intruso terrenal, pues debemos comprender que hasta entonces ningún ser humano había alcanzado su pleno potencial. Enoch fue el primero, y de no haber sido por la protección divina, algunos seres angélicos podrían haberle perjudicado, pues estaban bastante celosos del lugar especial que ocupaba la humanidad en el plan de la existencia. Este problema había causado la caída de Lucifer, el arcángel de mayor rango, cuando se negó a reconocer la superioridad de Adán, que era la imagen más perfecta del Sacro Uno.

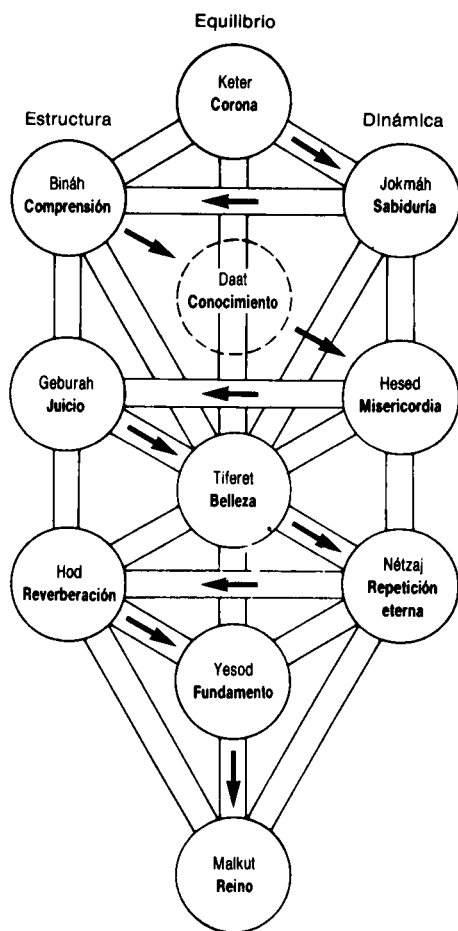
Ahora Enoch llenaría el espacio vacante en el Séptimo Cielo, que es el punto más cercano al Rostro de la Divinidad, y así, cuando llegó a este nivel el fuego del mundo de *Azilut*, o Emanación, le transfiguró y adquirió la condición humano-angélica de Metatron, que conlleva el título de «aquel que tiene el nombre de Dios». Como tal, Enoch se convirtió en

Gran Maestro de toda la humanidad, la fuente de todas las tradiciones esotéricas. En Egipto fue reconocido como Tot, en Grecia como Hermes Trismegisto y en la Biblia como Melquisedec. En condición de tal inició a Abraham en los secretos de la existencia. Más tarde apareció como Elías, quien también carecía de padres terrenos. En la tradición kabalística aparece en momentos cruciales para instruir o enseñar a la gente en situaciones difíciles, cuando es preciso pasar por alto las leyes del nivel terreno con alguna finalidad superior. Esto es lo que recibe el nombre de milagroso y se revela en la preservación de individuos que han de realizar determinadas tareas espirituales en circunstancias peligrosas.

La historia de Enoch pertenece a una clase de realidad diferente. En el nivel de la naturaleza sólo los sentidos pueden percibir, pero esto se reduce siempre al momento presente, por lo que sólo lo evidente es probable. No obstante, la psique que habita el cuerpo puede ir más allá, reconocer otros niveles y unir los diversos fenómenos para dar algún sentido a la situación que cambia continuamente, detectando ritmos y pautas no sólo en el mundo exterior, sino también en el interior del cuerpo y en los procesos psicológicos de emoción y pensamiento puro como en los recuerdos que tienen su origen en el pasado cercano o remoto. Éste es el reino de la psique que actúa como intermedio entre las dimensiones externa e interna de un ser humano y esa otra realidad sugerida por la leyenda de Enoch.

Enoch representa el desarrollo completo de cada nivel en un individuo, que abarca desde el físico, pasando por los de la conciencia psicológica y espiritual, hasta el divino, que está presente en cada uno. Esto conduce a la premisa, que debe aceptarse por lo menos provisionalmente, de que en las partes más profundas de la psique hay áreas inconscientes que no sólo contienen recuerdos de esta vida, sino de toda la humanidad, a pesar de que el cuerpo posee un conocimiento inherente adquirido a lo largo de millones de años de evolución física. La Kábala lleva esta noción incluso más allá, al decir que un ser humano es una versión en miniatura del Adán pri-

mordial, que es el modelo de todo lo existente. De modo que cada individuo es como un holograma, un microcosmos de la totalidad del Universo. Aquí seguimos la línea platónica y empezamos por establacer el grandioso diseño de la Existencia de acuerdo con la Kábala, a fin de que podamos encajar algunas conclusiones de tipo aristotélico en un esquema general, efectuando una mezcla equilibrada de lo empírico y lo místico.



3. EL ÁRBOL SEFIRÓTICO

He aquí la secuencia de los *Sefirot* tal como se despliegan en el Destello para formar las dos columnas externas de la función activa y pasiva con la columna central de la conciencia. Los veintidós senderos describen la relación entre Sefirot específicos, y las tríadas muestran su interacción combinada. Los nombres hebreos y su significado esencial son traducciones aproximadas.

3. LOS ORÍGENES

¿Cómo describir lo que no tiene sustancia ni forma? ¿Cómo podemos hablar del origen de todo lo existente? Los místicos de todas las tradiciones concluyen que sólo puede hacerse una cosa: transmitir una aproximación de lo que es y lo que será. Los kabalistas han recurrido a muchos artificios para expresar el origen de la Existencia. Algunos utilizaron el símbolo de una nuez, con su fruto y su cáscara, otros contaron fábulas acerca de cómo el Sacro Uno deseó ser conocido, mientras que otros construyeron modelos metafísicos que, según ellos, sólo daban una ligerísima idea de la Realidad. En este libro utilizaremos una composición de diversos puntos de vista sostenidos por los kabalistas a través de los siglos, a fin de esbozar una imagen coherente de nuestro marco de referencia.

Según ciertos rabinos, Dios deseaba contemplarse a Sí mismo, y por ello de la *Ain*, o Nada, emergió un punto del que se retiró lo Absoluto, dejando así un espacio para que la no-existencia se convirtiera en ser. Entonces, lo que es *Ain Sof*, o Todo Absoluto, rodeó ese espacio con lo que se ha llamado la *Ain Sof-Or*, Luz-Sin-Fin, que penetró desde la periferia del lugar de la no-Existencia hasta su centro, en una serie de diez radiaciones. Estos *Sefirot*, como se les llamó, se desplegaron en una secuencia instantánea para establecer una configuración que sería el paradigma de todo lo que sería nombrado, creado, formado y hecho en la Existencia. Este reino de luz, compuesto de conciencia pura, sería el reflejo del Sacro Uno y,

como tal, a la vez revelaría y ocultaría lo Absoluto en una imagen de Divinidad.

El mundo de lo que está «al lado de» este reino de Emanación, llamado *Olam Ha Atzilut*, se hallaba en continuo proceso de devenir, a medida que emanaba de la primera *Sefirá* o manifestación, la *Keter* o Corona. Esta *Keter* superior, la Corona de Coronas, se asocia con el nombre divino de EHYEH ASHER EHYEH, o YO SOY EL QUE SOY, que muestra el intento del Absoluto de contemplarse a Sí mismo en el reflejo de la Existencia. La siguiente secuencia de *Sefirot* son los aspectos diferentes de la Manifestación, que se despliegan y componen una eterna Unidad de los Atributos Divinos. Así, la Corona es el punto del Origen, mientras que las dos siguientes constituyen el contrapeso activo y pasivo del Intelecto Divino. Éstas reciben los nombres de *Jokmáh* y *Bináh*, o Sabiduría y Comprensión, y junto con *Keter*, la Corona, forman la Tríada Celestial de la que hablan las enseñanzas esotéricas. Aquí están los principios de equilibrio, expansión y contracción a medida que el flujo Divino es emitido y retenido entre la conciencia, la dinámica y la estructura. En la antigua China esto se conocía como el Tao, Yang y Yin, y en la India, los principios de Sattva, Rajas y Tamas.

Por debajo de esta Tríada Celestial está la llamada no-*Sefirá* de *Daat*, que separa los llamados *Sefirot* inferiores de la Construcción de los tres Celestes. En la Edad Media se le llamaba el velo o abismo ante el Rostro de Dios, pero la idea moderna de «agujero negro», como los que se encuentran entre universos, podría dar un sentido a su misterio y función. Se dice que cuando el Sacro Uno lo deseó, el impulso que irradiaba de los Celestes cruzó el lugar oscuro de *Daat*, que significa Conocimiento, para proseguir el proceso de expansión, contracción y equilibrio en el siguiente nivel de la Emoción Divina. Aquí los *Sefirot* *Hesed*, *Geburah* y *Tiferet* actúan como Misericordia, Rigor y Belleza, como los aspectos expansivo, unificador y controlador del Corazón de la Imagen de Dios. El par siguiente, *Hod* y *Nétzaj*, continúan la secuencia como los *Sefirot* prácticos de Acción, y, en efecto, se considera que las

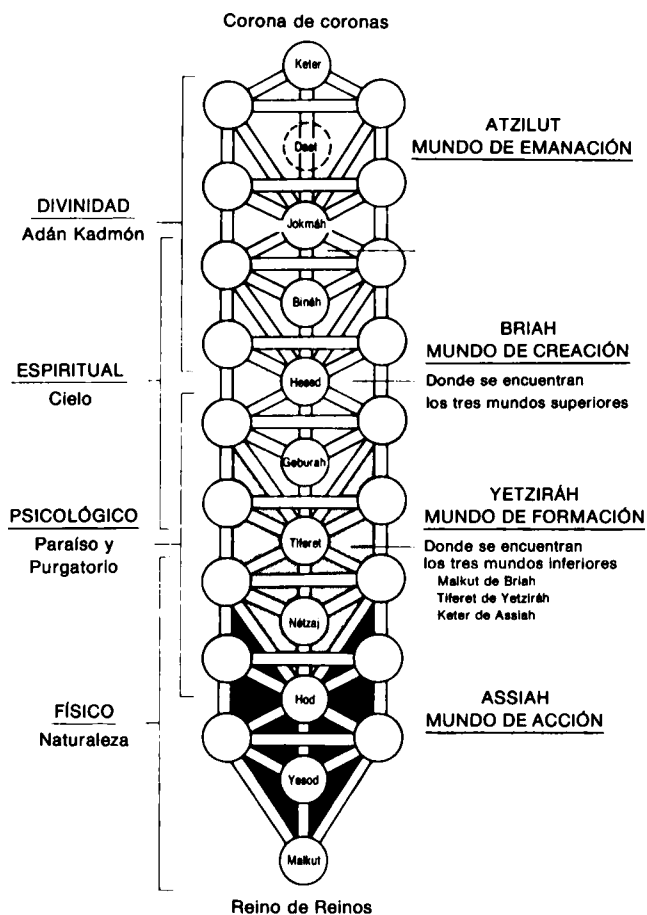
Huestes de Dios emanan de esos dos, cuyos nombres tienen su origen en las palabras hebreas que significan «reverberar» y «repetir eternamente». Estos *Sefirot*, Gloria y Eternidad, como se les llama en ocasiones, se relacionan con los aspectos rutinarios de las vibraciones y ciclo que gobiernan los tres mundos inferiores que han de emerger del Mundo Primordial de *Atzilut*.

El último par de *Sefirot* es vertical y central, y actúa como el fundamento y la resolución de los procesos Divinos. Sus nombres son *Yesod*, que significa Fundamento, y *Malkut*, o Reino, que contiene todo lo que ha acarreado el Rayo de la Corona. *Yesod* puede considerarse como el lugar donde la imagen puede ver su propia imagen, como el ego de la psique que puede imaginarse a sí mismo. *Malkut*, como receptáculo de todo lo existente, ha sido llamado a veces el Cuerpo del Divino. La complejidad y sutileza de los *Sefirot* se incrementa a causa de los llamados veintidós senderos existentes entre los Atributos Divinos, relaciones específicas que unen las tres columnas de lo que algunos han llamado el «Árbol de la Vida», según una simetría que contiene todas las Leyes de la Existencia. El candelabro de siete brazos, o *Menorah*, en el Tabernáculo y el Templo, es una versión temprana del Árbol con sus dos lados, la columna central, seis brazos y sus cuatro entronques, más los veintidós adornos. Ésta era la base del diagrama del Árbol de la Vida, utilizado en los círculos rabínicos de la España medieval.

Los antiguos kabalistas no sólo veían este primer mundo en forma de Árbol o candelabro, sino también como la imagen de un ser humano, que es el reflejo más completo del Divino. Esta imagen del Adán Kadmon u Hombre Primordial, era como una síntesis de los *Sefirot*, pues expresaba su unidad, función y radio de operación en los miembros, cuerpo y cabeza, así como los diversos niveles de pensamiento, emoción y acción del Divino. Lo más importante de todo es que esta imagen humana se creía dotada de una conciencia que podía reflejarse en sí misma, y así cumplía la voluntad de Dios de contemplar a Dios en la comprensión adánica de Quién con-

Kábala y psicología

templaba a Quién, lo cual era el objetivo de la Existencia. Sin embargo, en este punto de la manifestación, Adán sólo era consciente de la unidad del Mundo Primordial, y no había ninguna diferenciación o experiencia del existir, sino una inocencia absoluta. Tal estado significaba que no existía ningún conocimiento, ni el conocer ni el ser conocido. Todo estaba solamente en potencia. Si se hubiera prolongado indefinidamente esta situación, entonces la imagen del Divino nunca habría sido consciente de que era un reflejo, y no habría existido la comprensión de Quién era Quién. Los mundos inferiores se crearon, formaron e hicieron para que el Adán Kadmon partiera y luego regresara con la conciencia de lo que era, es y será. En este proceso espiritual desplegado a través de todos los diversos niveles de la realidad, YO SOY EL QUE SOY se contempla a sí MISMO en los reflejos de Adán. El diagrama kabalista de la Escala de Jacob describe los cuatro mundos interpenetrados que componen la plena extensión de la Existencia. Ésta es la Sacra Base, el fundamento de nuestro proyecto.



4. LA ESCALA DE JACOB

En este esquema los cuatro mundos están colocados como Árboles que se interpenetran y forman un gran Árbol que se extiende desde la primera Emanación hasta la última manifestación. Cada mundo es un Árbol completo en sí mismo, con puntos esenciales donde pueden converger las realidades diferentes. Éste es el emplazamiento macrocósmico de la Existencia.

4. LA ESCALA DE JACOB

El primero de los tres mundos inferiores que emerge del reino del Mundo Primordial de la Divinidad se llama *Briah*, el Mundo de la Creación. Surge en el seno del *Atzilut*, de modo que la superficie inferior o mitad de la Emanación se oculta tras la superficie superior de la Creación. Así, hay lugares donde los *Sefirot* del mundo superior coinciden con los del mundo inferior, en una interpenetración de distintas realidades. Este principio es aplicable a todos los mundos posteriores y permite su interacción, como el aire que se disuelve en el agua y el agua que se evapora en el aire. Más adelante veremos que tales puntos de confluencia entre niveles son esenciales para la experiencia y el desarrollo.

La Corona de la Creación surge de la *Sefirá* divina de la belleza, que se llama también el lugar de YAHVEH ELOHIM, el Creador. Esta *Keter briática*, aunque es un eco de la *Keter* de *Atzilut*, tiene una cualidad muy diferente, puesto que señala el principio del tiempo y el espacio. La Biblia habla de los siete días de la Creación, que describen las fases del despliegue cósmico, cuando los *Sefirot* crean un universo según el modelo del Mundo Divino superior. Mundo que es de un orden inferior, de una naturaleza más densa y compleja, y en el que las leyes de *Atzilut* y *Briah* se combinan e interactúan. En una dimensión que está alejada de su origen, las «cosas» empiezan a aparecer y moverse, pues ahora, tras haber emergido del Mundo Eterno de la Unidad, la potencialidad puede empezar a dife-

renciarse en situación y duración, y así los firmamentos superior e inferior están separados; aparece la tierra y emergen las plantas y los cuerpos celestiales que señalan las estaciones. Se crean las aves, los peces y las bestias, y finalmente el Adán *briático*, la imagen espiritual de la Divinidad. Aquí está el Mundo Cósmico de las Ideas, el lugar donde la esencia de todo lo que es surge en el Universo, como los pensamientos en la mente de Dios.

De lo que se llamó tradicionalmente el Trono del Cielo en el que se sienta el Adán Divino de *Atzilut* emerge el tercer mundo de *Yetziráh* o Formación: sale del seno de *Briah*, de manera que su *Keter* corresponde al *Tiferet* de la Creación y el *Malkut* de *Atzilut*. Es aquí donde confluyen los tres reinos superiores. La cualidad de *Yetziráh* es como la del agua; la de *Briah* se equipara al aire y *Atzilut* al fuego. Este simbolismo nos da cierta idea del carácter de los cuatro mundos. El fuego irradia, el aire mueve y el agua adopta formas diferentes, mientras que la tierra representa la cualidad tangible del mundo más bajo y sólido. La zona de fluidez de *Yetziráh* adopta la posición intermediaria entre lo físico y lo espiritual y divino. Se dice también que es el nivel emocional de la Existencia, del que *Briah* es el aspecto intelectual y *Atzilut* el nivel de la conciencia pura. La cualidad de *Yetziráh* se expresa en las diversas descripciones del Paraíso con todas sus variadas formas y tamaños, colores, sonidos y visiones que se experimentan allí. Las ideas creativas de *Briah* y Voluntad del *Atzilut* se manifiestan formalmente cuando las leyes de los niveles superiores se combinan e interactúan con *Yetziráh*. Este mundo tiene un interés especial en nuestro estudio, pues es el hábitat de la psique y todos los arquetipos, o dioses, demonios y ángeles, como los llamaban los antiguos.

El mundo más bajo en la escala de Jacob se denomina *Assiah* o Mundo de la Acción y los Elementos, y en él, el influjo combinado de todo cuanto sucede en los mundos superiores se manifiesta en la realidad fugaz, momento a momento, de lo concreto; los estados de los sólidos, líquidos, gases y radiaciones son el resultado de todo lo que ha sucedido en los mundos

superiores. Ejemplo de ello es el efecto del sol en la atmósfera, cuyos vientos agitan el océano y luego precipitan lluvia sobre la tierra. Las ideas *briáticas* y las formas *yetziráticas* producen las fuerzas por medio de las que surgen los minerales, las plantas y los animales en el mundo elemental de *Assiah*. La ciencia moderna considera la materialidad como el soporte, formado por partículas móviles, de la existencia física, pero no sus orígenes. Todo cuanto observamos con los sentidos está constituido por una vasta y sutil combinación de los mundos concentrados en el espectro material.

La Kábala ve la interacción de los Mundos como los procesos gemelos del descenso y el ascenso, o Creación y Evolución. La Voluntad de lo Absoluto se pone en práctica en el impulso descendente de la conciencia a través de los Mundos, para alcanzar su radio máximo en la densidad de la materialidad. Al llegar ahí, gira y empieza a reflejarse en crecientes etapas de conciencia, en metales, minerales, plantas primitivas y desarrolladas, animales inferiores y superiores, los cuales, a su vez, amplían la conciencia de la Naturaleza a medida que se refina y añade niveles más inteligentes a sus especies, que, por su parte, refuerzan la capacidad de la tierra y, en consecuencia, del sistema solar.

La noción de que los planetas y los astros son seres vivos es muy antigua, y los científicos, al observar las características de los cuerpos celestes, han reparado en su parecido con los organismos vivos. Por ejemplo, el ritmo electromagnético del sol, de 11 a 22 años, se ha considerado como el punto del sistema solar, que es como una célula dentro del cuerpo de la Vía Láctea, que, a su vez, tiene las cualidades de una criatura en la orilla cósmica de un océano de realidad superior.

El concepto esotérico de que «lo mismo que hay arriba está abajo» se observa en el microcosmos del cuerpo y el macrocosmos de la tierra. Ambos contienen enormes poblaciones de criaturas, cada una de las cuales realiza su tarea en una cadena ecológica, ya sea en los intestinos o en los ríos, o bien en los pulmones y los bosques, que respiran para el cuerpo y la tierra, respectivamente. Si esta ley es válida, entonces entra

dentro de lo razonable especular —si uno carece de experiencia directa— que existen también criaturas que habitan en los mundos superiores. La lógica de los sentidos negará esa posibilidad, pero pensemos que esa misma facultad de la llamada razón creyó durante milenios que la tierra era plana, y negó la existencia de las bacterias hasta que fue posible verlas a través del microscopio. A mediados del siglo XVIII la realidad de las entidades no físicas todavía se aceptaba en Occidente, pero en la Era de la Razón se negó su presencia, se suprimió o se racionalizó bajo el catálogo de los fenómenos subjetivos. Sin embargo, algunos psicólogos modernos han empezado a reconocer que no todo aquello con lo que se encuentran es un producto del inconsciente. Unos pocos incluso reconocen la intrusión y la interferencia desde los reinos invisibles, y esto abre una puerta que ha estado herméticamente cerrada durante siglos en el estudio de la psicología.

Según la tradición kabalística, hay muchos niveles de seres. Algunos, por ejemplo, son responsables de vastas operaciones, tales como el desarrollo galáctico. Éstos son los grandes espíritus o arcángeles. Otros, de un orden inferior, actúan como intermediarios y realizan tareas específicas, como vigilar los planetas o las especies de plantas y animales. Otros, en fin, se ocupan de asuntos más rutinarios, tales como los ciclos climatológicos o el mantenimiento de áreas determinadas, como lagos o montañas. A éstos se les consideraba como los antiguos dioses de la naturaleza o devas en la tradición india.

En la Kábala los seres angélicos y demoníacos se definen con frecuencia desde el punto de vista del *Árbol sefirótico*. Algunos, como los responsables de las enfermedades o las migraciones, por ejemplo, trabajan en columnas opuestas, una para estimular el proceso de expansión, otra con la función de refrenar a la columna opuesta, de modo que siempre se mantenga un equilibrio. No obstante, hay seres que podrían operar de manera vertical, uno arriba y otro abajo, llevando a cabo un intercambio de flujo recíproco, tal como el cíclico proceso anual de manifestación en primavera y de disolución en otoño,

cuando las estaciones cambian de hemisferio. Estas criaturas, como las de los mares y las junglas terrestres, forman parte de una ecología celestial que mantiene un campo de conciencia en su nivel, como una bandada de gaviotas expresa la mente de la Gran Gaviota que reside en el Mundo de la Creación. Estos seres angélicos y demoníacos son los arquetipos de la dinámica, la estructura y el mantenimiento. Dentro de los mundos de *Briah* y *Yetziráh* existen por derecho propio y hay que contemplarlos de la misma manera que a la flora y la fauna del mundo físico, porque dentro de sus reinos son muy auténticos y poderosos.

La existencia de toda una jerarquía de seres que viven en los mundos superiores es algo que aceptan la mayor parte de las tradiciones espirituales, aunque adopten diferentes formas culturales. En la Kábala, esas huestes se ven desde el prisma de la Escala de Jacob, con cada orden limitado a un nivel específico, de la misma manera que la ballena y la lombriz están confinadas en sus hábitats. Pero la especie humana se considera totalmente independiente, porque tiene su origen en *Atzilut* y no está limitada a ningún mundo particular.

5. LOS SERES HUMANOS

Los seres humanos no son como las demás criaturas existentes, porque proceden del Mundo de la Emanación y no de la Creación. Aunque en la Biblia se diga que Adán fue creado el sexto día, debe recordarse que, según la Kábala, el Adán Kadmon existía antes de la Creación. La aparición de un Adán espiritual en *Briah* es otra manera de presentar la idea de la imagen divina en el nivel siguiente e inferior. Como tal, el Adán *briático*, como último ser creado, representa la imagen de la perfección espiritual. Esto no pudo aceptarlo Lucifer, el arcángel superior, y de ahí su caída. Como hemos dicho, su lugar fue ocupado más tarde por Enoch, el primer hombre que regresó del descenso a la materia y transfiguró su experiencia de todos los mundos en la realización de sí mismo para convertirse en Metraton. Enoch-Metraton señala el principio de un vasto proceso en el que el Adán Kadmon es transformado por la humanidad desde un estado de inocencia al de la experiencia. Según la tradición, cuando el último ser humano haya nacido y comience su ciclo de iluminación, entonces el Mesías, el ser más perfecto de la Humanidad encarnada, se manifestará en la tierra a todo el mundo, porque el Adán Kadmon estará próximo a la plena conciencia. Esos últimos días del Tiempo Final están aún lejanos, según se nos dice. Entretanto, la humanidad debe continuar su proceso de desarrollo individual y colectivo mientras avanza entre su suerte y su destino.

Según algunos rabinos, todos los seres humanos empeza-

ron a existir como *Nitzotzot*, o chispas dentro de la imagen radiante del Adán Kadmon. Otros van más allá y dicen que las distintas personas se originaron en partes específicas de la anatomía de ese Adán, y algunas proceden de los brazos o piernas, otras de la cabeza u órganos tales como el hígado o los ojos. Ésta es una manera simbólica de definir la cualidad y la tarea en el destino de ese átomo humano de la Divinidad. Así, hay quienes se interesan por la acción, mientras que otros se rigen principalmente por la emoción o el intelecto. Cada uno de nosotros tenemos nuestra raíz en una célula determinada del cuerpo de Adán, y representamos el papel de esa unidad con relación a un sistema particular dentro de la organización del *Árbol sefirótico*. Otros rabinos añaden que hay chispas justas, injustas y comunes, es decir, que en el contexto del Árbol hay personas con una fuerte inclinación a la progresión o la regresión, mientras que a las más ordinarias les interesan los procesos rutinarios de la existencia. En este aspecto hemos de distinguir cuidadosamente. Por ejemplo, el simbolismo de proceder de la línea de Caín, opuesto a Abel (los dos hijos de Adán), significa que uno expresa la justicia más que la misericordia en su cadena de vidas. Los antiguos griegos tenían la noción de hombres comunes y hombres fuera de lo común, es decir, los que tenían un objetivo especial y los que llevaban a cabo las tareas generales. El sistema de castas indio parece que tuvo en su origen la misma idea, respecto a los privilegios y obligaciones de cada nivel; el superior y más avanzado era el que tenía la mayor responsabilidad. La división en sumos sacerdotes, sacerdotes, levitas e israelitas tiene la misma connotación en la Biblia.

La tradición kabalística describe cómo esas chispas o átomos del Mundo de la Luz son enviados a la Creación para que participen en un vasto ciclo de autorrealización. Una descripción gráfica de este proceso es la imagen de un ser humano que sale de *Atzilut* y entra en el Séptimo Cielo con el grito de «YO SOY» al acceder al universo espiritual. Aquí la energía se añade a la conciencia, y se produce la primera diferenciación, a medida que el fotón de la Divinidad es consciente de que se

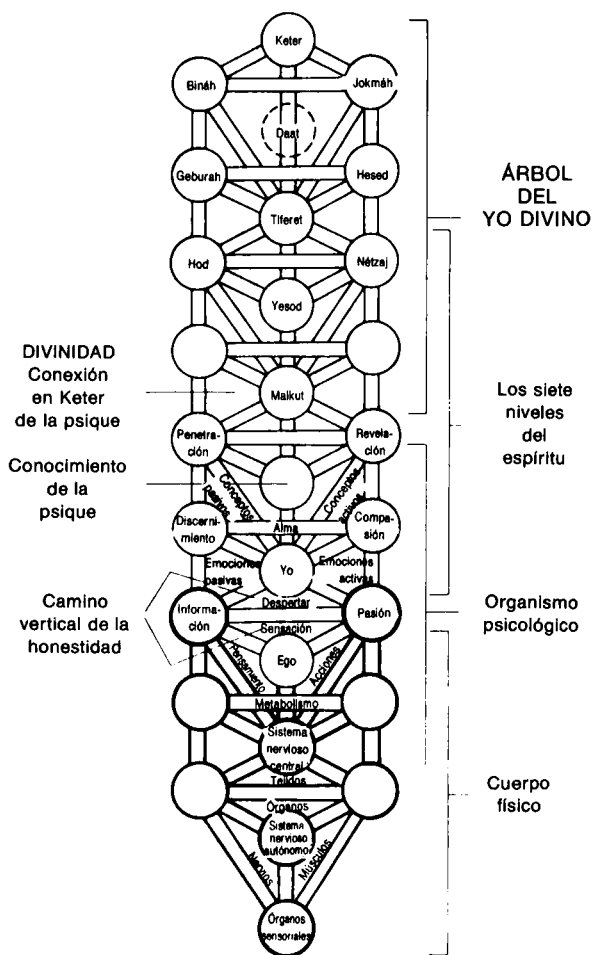
mueve en el espacio y el tiempo. El contraste entre esta dimensión cósmica y la Eternidad debe ser enorme, y muchos tratan de regresar a la brillantez de la que proceden. No obstante, la velocidad y densidad de la Creación, más el impulso que les puso en movimiento, los hace descender a través de los Siete Niveles de Espiritualidad hasta un lugar llamado la Tesorería de las Almas, que está situado bajo el Trono del Cielo. Expresiva manera alegórica de decir que han salido de *Briah* y ahora están recubiertos por una forma en el reino de *Yetziráh*.

Según los kabalistas, ahí aguardan hasta que nacen, y parece haber una secuencia definida de llegadas y partidas entre la parte superior y la inferior del mundo físico. Nadie se mueve sin un motivo, pues eso sería contrario a todo el sistema de la Existencia, fundado en leyes que controlan una progresión ordenada. Al igual que la construcción de un edificio o la gestación de un niño, cada fase debe proceder según un plan que permite la emergencia, tanto de lo particular como de lo general, en el lugar y momento adecuados. Así, mientras las chispas individuales experimentan el descenso al espíritu, la psique y el cuerpo como un acontecimiento muy personal, la verdad es que todo está cuidadosamente coordinado con otras chispas, las cuales podrían proceder de la misma raíz, para apoyar, oponerse o facilitar el desarrollo de esa entidad humana concreta. La *Pargod*, o gran telón que Enoch vio colgando ante el Trono del Cielo, representa el gran diseño del destino humano. De la misma manera que la trama de hilos se entrelaza en el tejido, así un espíritu humano teje su destino cósmico a través de muchos sinos. Algunas de estas configuraciones son complejas y producen numerosos encuentros, mientras que otras pueden experimentar sólo unas pocas, pero profundas, conexiones, que ayudan a los individuos a relacionar su potencial y jugar un papel vital en la Existencia.

Algunos sostienen que al principio del Gran Ciclo actual o *Shemitah*, sólo unos pocos seres humanos fueron encarnados sobre la superficie de la tierra. Éstos se multiplicaron y murieron, es decir, regresaron a los mundos superiores antes de renacer como los hijos o los nietos de sus hijos. De esta manera

la población humana del planeta ha aumentado en número y experiencia hasta que posiblemente hay más gente viviendo en el cuerpo de la que hay en *Yetziráh* o *Briah*. Según la tradición existe un número fijo (*Esdras*, II, 4.36). Se espera que la explosión demográfica de la población se estabilice. De la misma manera que la gente viene y va, así el flujo y reflujo de los vivos y los muertos establece un ritmo de generaciones, como el de una marea, que influye en la historia de acuerdo con el karma personal y colectivo. Así, el infame holocausto de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, sirvió para el objetivo cósmico e individual de crear el estado de Israel. Se ha dicho que muchos que murieron en las cámaras de gas han renacido en ese país con la profunda convicción de lo que «nunca debe volver a suceder», y por ello el recuerdo personal y colectivo de una vida anterior convierte a la generación actual de israelíes en una nación en armas.

A lo largo de los milenios se ha delimitado un campo de normativas fatales, basadas en relaciones kármicas y etapas de desarrollo, que no sólo afectan al individuo, sino también a los grupos que comparten las mismas ideas religiosas, las asociaciones espirituales, así como los marcos sociales y culturales. Estas conexiones personales y colectivas forman parte del organismo de la humanidad y afectan en gran manera a los lugares de nacimiento de los individuos y a las personas a las que conocen y con las que se emparejan. Así, la ley del premio y el castigo determina las condiciones en las que se ve inmersa la gente y la lección que han de aprender antes de volver a los mundos superiores, a través de la muerte, para recapitular y descansar antes del renacimiento. Este proceso se conoce como las *Gilgulim*, las Ruedas de Encarnación. Más adelante nos ocuparemos de él en detalle, pues tiene una importancia directa para el estudio de la psicología. Pero antes hemos de examinar la teoría kabalística de los cuatro mundos y ver cómo se corresponden con los diversos niveles en el interior del ser humano.



5. LOS CUATRO NIVELES

Cada individuo vivo tiene cuatro niveles de realidad en su interior. El cuerpo físico forma la base natural para cruzar el mundo exterior, mientras que la psique es el organismo intermediario del vehículo espiritual con su dimensión divina. El conjunto constituye un ser humano completo, capaz de llegar a la conciencia en todos los mundos.

6. LOS CUATRO NIVELES

Al analizar la composición de un ser humano desde un punto de vista aristotélico o empírico, empezamos por establecer la estructura y la dinámica del cuerpo, el cual está formado por cuatro elementos: sólidos, líquidos, gases y radiación. Tiene también cuatro niveles de actividad: mecánica, química, electrónica y consciente. Vemos, pues, los cuatro mundos reflejados en el plano físico. Desde el punto de vista del Árbol, tenemos la interacción de las columnas externas en estructura y dinámica, con la columna central que actúa como eje de la conciencia dentro del organismo. Así, existe un nivel mineral de conciencia en los procesos de la vida, una percepción social y ambiental en el nivel animal del cuerpo, y una dimensión humana, puesto que la persona puede ser consciente de cosas situadas más allá de lo que detectan sus sentidos, como la capacidad de ser consciente de la propia conciencia, que, según nos dicen, es una capacidad exclusivamente humana.

Si observamos con más detalle el Árbol del cuerpo, veremos que sigue el modelo del Árbol superior de los *Sefirot*, pero en el nivel físico de la realidad. Así, el *Malkut* del cuerpo contiene los cuatro elementos y los órganos sensoriales que miran hacia afuera para percibir sólidos y líquidos, mediante el tacto y el gusto; los gases mediante el olfato y el oído; la radiación mediante todos ellos, en especial, por la vista. También aquí observamos el principio de la interpenetración de los niveles,

pues el gusto, por ejemplo, es una mezcla de sólido y líquido, y el oído una combinación de vibración gaseosa y radiación.

El triángulo que rodea a *Yesod*, o fundamento del sistema nervioso autónomo que rige los procesos rutinarios, está formado por los músculos, en el lado activo del Árbol físico, y por los nervios en el lado pasivo o receptivo, mientras que la triada horizontal de órganos situados por encima procesan lo que penetra a través de *Malkut*. Más allá del sendero que se extiende entre *Hod* y *Nétzaj*, o los principios voluntario e involuntario, de los que son ejemplo la escucha selectiva y el ritmo cardíaco, se encuentra la triada del tejido, donde los elementos ingeridos abandonan el nivel mecánico y entran en el químico, representado por los procesos que se relacionan con la formación de estructura o la liberación de energía. Estas resolución y disolución están controladas por la triada *Geburah-Tiferet-Hesed* del metabolismo, que está regido por el sistema nervioso central en el eje del Árbol corporal.

La zona superior del Árbol corporal se compone de las triadas laterales que controlan los procesos eléctricos positivos y negativos y que, por ejemplo, aceleran o desaceleran diversas funciones, como la acción muscular y las ondas cerebrales. La gran triada central de *Binah-Tiferet-Jokmah* contiene el campo electromagnético del cuerpo, que incluye frecuencias tan sutiles que ninguna máquina puede detectar, pero que los individuos con capacidad de percibir el aura del cuerpo pueden percibir. Este fenómeno no es tan misterioso como parece, pues la mayoría de las personas reaccionan ante alguien que tiene un campo áurico perturbado, percibiéndolo como una atmósfera peculiar que envuelve a esa persona. En este esquema, *Binah* y *Jokmah* representan la forma organizativa del cuerpo y el principio vital que lo activa.

La *Keter* del Árbol del cuerpo, en nuestro esquema, corresponde simultáneamente a la *Tiferet* de la psique y al *Malkut* del Espíritu. Aquí vemos cómo el ser humano puede percibir los tres mundos inferiores. Esto significa que una persona no sólo puede conocer a través de los sentidos, sino también ser consciente de las dimensiones psicológica y espiritual de la reali-

dad. De la misma manera que el cuerpo reacciona ante el mundo físico, así el organismo psicológico experimenta el Mundo de la Formación y el Vehículo Espiritual, el Mundo de la Creación. Sin embargo, aunque su interacción permite a la persona ser consciente de las tres realidades, la mayoría de la gente sólo es consciente de la dimensión física. En general, los niveles superiores están confinados al inconsciente, hasta que se produce un choque como la muerte o una crisis de desarrollo que plantean la cuestión del significado de la vida. A ello nos referiremos más adelante.

Para ser precisos, la mayoría de la gente vive en la zona entre las funciones inferiores y las facultades psicológicas superiores. Desde el punto de vista del Árbol, no se enteran de los procesos autónomos del cuerpo por debajo del sistema nervioso central del *Tiferet*, y no son conscientes de los acontecimientos que tienen lugar más allá de la *Tiferet* de la psique. De este modo, la superficie superior del cuerpo y la superficie inferior de la psique operan en el mismo nivel pero en realidades diferentes. En el centro de esta interacción de la percepción de mundos diferentes está el lugar *Daat*, o Conocimiento del cuerpo, y el *Yesod*, o Fundamento de la psique. Aquí el intercambio de datos físicos y psicológicos se presenta en una imagen inteligible gracias al ego, que puede ser consciente del dolor corporal o del estado de ánimo de la psique. En la mayoría de las personas el ego es la forma de conciencia principal: percibe a través de los sentidos y puede reconocer y diferenciar los pensamientos de los sentimientos; puede iniciar acciones, recordar acontecimientos pasados, ocuparse de aspectos rutinarios, como la conducción de automóviles, y seleccionar aquello con lo que el cuerpo y la mente pueden relacionarse. Esto es posible debido a los numerosos factores que comentaremos. Por el momento nos ceñiremos al esbozo, a la estructura general desde el punto de vista del Árbol, a fin de confeccionar un vocabulario básico.

Las tríadas que rodean el ego del Árbol psicológico están formadas por el pensamiento, en el lado positivo, y la acción en el activo, con la sensación en la tríada que corresponde a

los órganos en el Árbol físico inferior. Esto tiene su motivo, pues existe una relación basada en el principio de «lo mismo que hay arriba está abajo» entre las tríadas de un Árbol y de otro. Así, la sensación se asocia con órganos como el estómago y el corazón, mientras que el pensamiento se relaciona con los sistemas nerviosos, y la acción con la tríada de los músculos. Estas correspondencias son importantes para la interacción del cuerpo y la psique, ya sea a través de la sensación que precipita el pensamiento y luego la acción, o mediante alguna otra combinación. De aquí surge el mecanismo de los trastornos psicosomáticos cuando la psique y el cuerpo resuenan en los dos Árboles.

Sobre la línea del umbral que se extiende entre *Hod* y *Nétzaj* de la psique, que representan los procesos voluntario e involuntario de la mente, se encuentra la tríada del Despertar, donde los datos recogidos por *Hod* y el poder de *Nétzaj* entran en contacto con el Yo de la *Tiferet* psicológica. Aquí la conciencia se eleva, y uno percibe que es consciente, todo resulta claro y existe una lucidez que permite sentir la parte inferior de la psique, sobre todo el ego, con plena objetividad. Esto puede suceder durante un momento dramático, o cuando uno se encuentra en un estado de tranquilidad fuera de lo corriente, que le permite ver el cuerpo y el mundo físico desde otro lugar.

Precisamente es lo que ocurre cuando el centro de gravedad consciente pasa del ego orientado a la sensualidad al reino de *Yetziráh*, cuando se completa desde la *Tiferet* del Yo. Desde aquí el inconsciente puede adquirir conciencia, pues aparecen de repente recuerdos, impulsos y censuras que normalmente no se reconocen, a medida que las tríadas laterales de los complejos emocionales y conceptuales revelan su contenido. Éstos, como se verá en el diagrama, se dividen en activos y pasivos, es decir, en las experiencias emocionales e intelectuales que forman la estructura y los aspectos dinámicos de la psique. Un ejemplo de complejo pasivo puede verse en ciertas disciplinas aprendidas de niños, como la de no expresar las emociones o la de aferrarse a determinados valores. Un com-

plejo activo puede adoptar la forma de entusiasmo por la música o un ideal político.

La tríada anímica de la psique define la zona del libre albedrío. Aunque todas las demás tríadas realizan tareas importantes, no obstante están sometidas a leyes definidas. El cuerpo debe obedecer esas leyes o morir, pues la parte principal de la psique es inconsciente y, en consecuencia, inaccesible para elegir. Sólo cuando una persona está centrada en el Yo, aunque sólo sea por un momento, puede alterar las normas de su vida. Esto se debe a que la tríada anímica no forma parte del mundo inferior de la Naturaleza ni del reino superior del Espíritu. Es por completo independiente de ambos, aunque tiene la conexión de *Tiferet* con la *Keter* del cuerpo y *Malkut* en el Espíritu. El Yo es el lugar donde los tres mundos inferiores confluyen en la psique.

La tríada *Binah-Jokmah-Tiferet* de la psique es una mezcla de la parte superior de *Yetziráh* y de la parte inferior de *Briah*. Aquí el individuo se relaciona con la dimensión espiritual. Así, en lo profundo del inconsciente hay una conexión con el mundo transpersonal de la Creación. Este aspecto cósmico revela la relación del individuo con lo universal, y en él la chispa divina que es impelida a través del espacio y el tiempo es retenida por el Espíritu que anima la psique viviente dentro del cuerpo físico. Así pues, el momento y el lugar de nuestro nacimiento no son accidentales, como tampoco lo es la forma de nuestro destino, el cual, bajo las leyes psicológicas, es tan exigente como las que rigen el cuerpo que le proporciona unas características y unos límites claros. Esto es así porque, según la tradición kabalística, la Divinidad observa a cada uno de nosotros a través de la conexión divina en la *Keter* de la psique, donde los tres mundos superiores coinciden en la *Tiferet* de *Briah* y el *Malkut* de *Atzilut*. Como dicen los sufíes, «Dios está más cerca de nosotros de lo que estamos nosotros mismos». Esto completa el esquema general del Árbol psicológico. Más adelante expondremos los detalles.

Cada uno de nosotros es la imagen de Adán Kadmón, y en el interior de cada ser humano se encuentran, en miniatura,

Los cuatro niveles

todos los niveles de la Emanación, la Creación, la Formación y la Acción. Hemos sido originados desde el Absoluto con un objetivo claro, y nos han sido dados cuatro vehículos que nos permiten actuar en todos los mundos. Tras haber bosquejado nuestro marco de referencia, vamos a examinar ahora el tema de la reencarnación, que tiene una profunda influencia en la psicología del individuo.

7. LA TRANSMIGRACIÓN

La noción de reencarnación existe en muchas culturas, y se ha sostenido desde antiguo. El hecho de que el segundo Concilio cristiano de Constantinopla, en 553, la declarase una herejía, aunque no de manera oficial, y de que no tenga lugar en la doctrina islámica, no la invalida, pues son muchos los ejemplos que atestiguan su realidad. Fue aceptada ampliamente en Oriente, y entre los druidas celtas en Occidente. Platón la reconoció, lo mismo que los gnósticos y los esenios. Orígenes, uno de los primeros doctores de la Iglesia, observó que esa idea era la única explicación posible de ciertas escrituras, y muchos otros pensadores llegaron a la conclusión de que era la razón por la que algunas personas son afortunadas y otras desdichadas en su vida, al margen de sus acciones buenas o malas. El razonamiento que sustenta esta idea es que la reencarnación se consideraba como la compensación del equilibrio personal y universal diferido, en una secuencia continua de vidas que se adaptaban a cada destino según los méritos de la persona. De este proceso emergieron las lecciones a aprender sobre las leyes de la Existencia y el objetivo del destino de cada persona.

Hay personas que recuerdan vidas pasadas, y de ello existen abundantes pruebas. Algunas no son más que vagas sensaciones sobre determinado lugar o período, pero también hay quien tiene unos recuerdos claros y precisos. Por ejemplo, cierto general norteamericano pidió a su chófer que se des-

viara del camino trillado durante una campaña en el norte de África, para contemplar un antiguo campo de batalla. Cuando le preguntaron cómo sabía tanto de lo ocurrido allí, replicó que había estado presente en la época, y siguió diciendo que había sido soldado en todas sus vidas a través de los siglos. En otro caso, un niño indio afirmó que era de otro pueblo mucho más al norte y que había sido asesinado por su esposa y el amante de ésta, y enterrado en un lugar determinado. La investigación posterior reveló que el nombre del pueblo y del hombre eran auténticos, y que realmente había sido asesinado tal como describía el niño. Puede argumentarse que las anécdotas y los hechos pueden transmitirse a través del chismorreo o pueden ser un material absorbido de manera inconsciente, pero si bien esto es cierto, la cantidad de hechos que no podrían ser conocidos por la persona que recuerda una vida pasada es considerable. Un ejemplo es el de una mujer que recordaba una antigua cripta de determinada iglesia, la cual se descubrió más adelante cuando se reparaba el edificio.

En fecha más reciente, los investigadores han cotejado recuerdos de vidas pasadas de una manera metódica, utilizando la técnica de la regresión hipnótica. Con este método se hace retroceder a la persona hasta antes del nacimiento, hasta una zona de la memoria que, en algunos casos, contiene imágenes de extraordinaria claridad. Para muchos, el momento de la muerte es todavía muy real. Una persona, por ejemplo, recordaba vívidamente haberse caído del mástil de una tienda: tenía unos cuarenta años y se hallaba en un mercado del antiguo Iraq. Otro recordaba haber muerto a causa de un tumor intestinal en la Inglaterra del siglo xi, y otro de viejo, en la Normandía del siglo xvi, tras una dura vida de soldado. Algunas personas recuerdan vidas anteriores sin necesidad de que las hipnoticen. Un individuo reconoció las calles de cierta ciudad vieja en cuanto llegó a ella, y otro tuvo el vago recuerdo de yacer bajo los cascotes de una casa, a la que los cosacos habían prendido fuego. Como es de esperar, los aspectos ordinarios de la vida se olvidan, o más bien se funden en una sensación general, mientras que los momentos más dramáti-

cos están profundamente grabados en la memoria. Esto sugiere que la psique, o por lo menos una parte de ella, sobrevive a la muerte física y sigue reteniendo la experiencia a través del periodo posterior a la muerte y en la próxima vida.

Un investigador que utilizaba el método de la regresión exploró una secuencia de catorce vidas de la misma persona. Primero le hacía entrar en un estado de conciencia que le separaba de su cuerpo físico. Cuando esto sucede, el funcionamiento de la psique se libera de las represiones prácticas, como en los sueños. Luego el hipnotizador centró la atención de la persona mediante una serie de preguntas de sondeo, que exploraban el tiempo y el lugar. El resultado fue una serie de periodos históricos en los que la persona había vivido y que oscilaban desde el 2000 a. de C. hasta el siglo xx. El detalle de las condiciones de algunos periodos es asombroso, como el vestido y las costumbres. A veces la persona tenía una elevada categoría social y otras ocupaba una posición humilde. En una vida estaba anonadado porque su joven esposa se moría; en otra se casaba con la hija de una familia rica, y en otra vivía en el Líbano y disfrutaba de su profesión de mercader mientras estudiaba con un sabio de la localidad. Más tarde se vio en Grecia, donde tenía una relación homosexual con un romano, y en otra época en una aldea de América Central, alrededor del año 1300 de nuestra era. Durante ésta y las vidas posteriores, en unas ocasiones era un hombre y en otras una mujer (el investigador observó que una persona tendía de un modo predominante a ser hombre o mujer). El sujeto de este experimento vivió en Portugal como mujer y en Italia como hombre, donde no se llevaba bien con sus aristocráticos vecinos. Más tarde fue una muchacha galesa que murió de parto tras una relación con un marino español, y aún podía sentir la culpabilidad y la vergüenza de este incidente. Estos recuerdos, así como su apego a una determinada cuchara de madera cuando llevaba la vida de un campesino francés, dejaron marcas profundas, lo mismo que sus sentimientos sobre las colonias americanas que perjudicaron su negocio cuando era un comerciante inglés de lanas en el siglo xviii. Detalles como

éstos, y muchos otros, apuntan a la existencia de un banco de recuerdos inconscientes almacenados en alguna parte profunda de la psique.

Desde un punto de vista kabalístico todo esto es teóricamente muy factible. El vehículo *yetzirático* de la psique es, en principio, exactamente como el cuerpo, pero en una realidad diferente; es decir, de la misma manera que el organismo físico puede almacenar la experiencia de una sola vida y la evolución de sus habilidades e instintos, así la psique puede conservar recuerdos antiguos y recordar a la vez los acontecimientos de la vida presente. La psique es tan compleja y sutil como el cuerpo y realmente procesa pensamientos, sentimientos y acciones de la misma manera que hace el cuerpo con los cuatro elementos. Los sueños, por ejemplo, forman parte del sistema de digestión de la psique. Pero los recuerdos más profundos son como la grasa o el alcohol, están ocultos en los recovecos inconscientes de la psique y sólo emergen en situaciones especiales, que liberan lo que está ahí encerrado. Tales acontecimientos tienen lugar durante el análisis y ciertos ejercicios kabalísticos. En la mayor parte de los análisis, la persona sometida al mismo sólo retrocede hasta el momento del nacimiento, aunque algunos llegan más allá, a la situación prenatal, de lo cual se deduce que aquello con lo que uno nace es mucho más que una tipología genética.

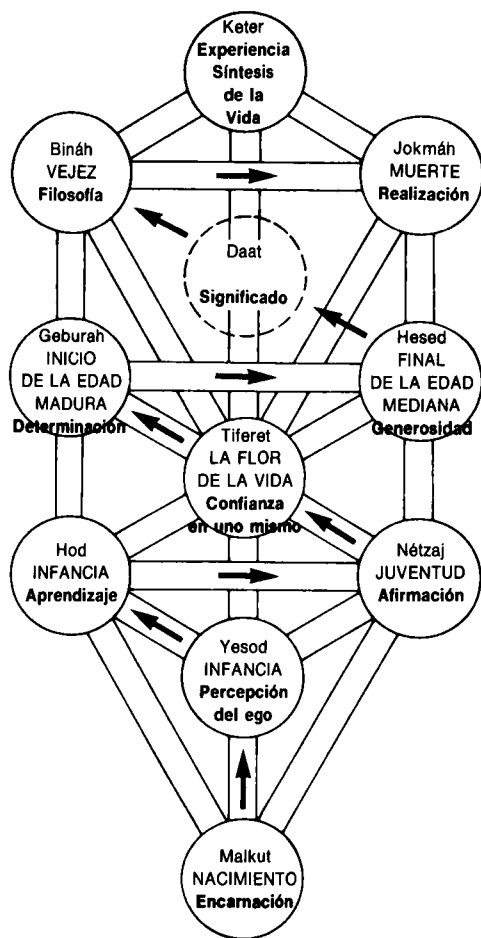
La Kábala tiene en cuenta esta visión más amplia. Según la tradición, el proceso de *Gilgulim* es una «rotación» de vidas. También se le llama *Ha'atakah* o «transferencia». El concepto, que recibe la denominación general de «transmigración», apareció por primera vez en el siglo XII entre los kabalistas del Mediodía francés, después de que se les opusieran las escuelas más convencionales de Iraq. Esto no es nada fuera de lo corriente, pues los académicos nunca pueden aceptar aquello que no pueden probar. El argumento de lo *déjà vu*, o lo «ya visto» como una distorsión perceptiva, es el más usado para refutar recuerdos de «reacción tardía», pero el volumen de los recuerdos de vidas anteriores pesa mucho más que esta conclusión basada en los sentidos.

Según la Kábala, todos los seres humanos se originaron de distintas partes de Adán Kadmón. Esto presta a cada uno una cualidad y tendencia particulares, de modo que podemos sentirnos inclinados por temperamento hacia esta o aquella *Se-firá*, tríada o columna. Por otro lado, según la tradición, los individuos descienden en grupos de clase similar, los cuales permanecen conectados en los niveles superiores, a medida que pasan por los mundos inferiores para encarnarse de vez en cuando y realizar sus tareas individuales. Se han escrito libros sobre estos grupos, sus relaciones, sus destinos colectivos y su identidad a lo largo de una secuencia de vidas. Ciertos kabalistas han identificado a los más evidentes en diferentes papeles históricos. Por ejemplo, en el *Libro de Esther* vemos que el patriarca Jacob regresa como Mordecai, mientras que en el siglo xvi el rabino Isaac Luria era considerado una reencarnación del gran rabino místico Simeón ben Yohai de la época romana.

En algunos casos la transmigración se considera como un castigo correctivo por las divergencias en una vida anterior, y en otros como un proceso continuo de perfección. Entre algunos kabalistas se consideraba un privilegio ser encarnado, a fin de ayudar al Sacro Uno para realizar plenamente al Adán Kadmón a través de su experiencia. Aquí constatamos la apreciación de los niveles, pues diversas etapas de desarrollo humano tienen diferentes necesidades y situaciones a fin de evolucionar. Algunas personas requieren unas condiciones holgadas después de unas experiencias duras, mientras que a otras les ocurre lo contrario. Ciertos individuos tienen que sufrir a causa de su mala conducta en una vida anterior, y otras padecen con ellos a fin de ayudarles. Muchos individuos buenos soportan a personas absolutamente malvadas a fin de sacarlas del sumidero kármico. Este proceso se denomina a veces con la palabra hebrea *Ibbu*, y puede aplicarse para encarnar o desencarnar a los individuos que realizan tales tareas.

Todas estas posibilidades sugieren una situación compleja. Cada vida humana tiene su raíz divina, nivel espiritual y

karma psicológico, que constituyen la parte oculta del iceberg de la vida corriente. Se nos dice que la razón de que sean tan pocas las personas que recuerden acontecimientos de sus existencias previas es que vivimos y tenemos nuestro ser en el hoy. Nuestras vidas pasadas, como ayer y el año pasado, son el fondo del presente, pues, como observó un gran kabalista, «a cada día le basta con su mal». En realidad, el «ahora» es el único momento y lugar en el que podemos actuar. La encarnación es necesaria porque la carne nos da el poder para afectar a todos los mundos y colaborar en la educación de Adán Kadmon a través de la serie de hados que componen la cadena de nuestro destino. Las transmigraciones forman parte de un gran diseño, pero están cuidadosamente planeadas para darle al individuo la máxima posibilidad de desarrollo. Éste es el factor prenatal en cualquier psicología esotérica.



6. EDADES Y FASES DEL DESARROLLO

Aquí la progresión desde el nacimiento hasta la muerte y más allá sigue la secuencia sefirotica, y cada Sefirá indica una etapa de crecimiento físico y psicológico. Las cualidades de las diversas posiciones muestran cómo maduran el cuerpo y la psique, de acuerdo con la Ley Divina y el principio cósmico, a medida que el individuo asciende por el Árbol.

8. LOS HADOS Y EL DESTINO

En el momento en que una persona nace, es decir, respira por primera vez y es separado de la madre, queda sometida a las leyes de la Naturaleza. Esto se debe a que, al nacer, el cuerpo físico se manifiesta finalmente en el *Malkut* de *Assiah*, el más inferior de los cuatro mundos, después de pasar por la secuencia descendente de la gestación. Después de producir el vehículo físico, que permite a la entidad que lo habita existir en el mundo natural, el proceso se invierte y comienza el regreso desde la materialidad del cuerpo a través de las diversas etapas de desarrollo, madurez y vejez hacia la muerte. La primera etapa, tras revestirse con el *Malkut assiático*, es *Yesod* o la etapa de los primeros años de vida; a la que sigue *Hod*, o la infancia, y *Nétzaj*, que se relaciona con la juventud. *Tiferet* señala el punto en que una persona alcanza su plena forma física, mientras que las etapas de *Geburah* y *Hesed* corresponden al principio y el final de la edad madura. *Daat* inaugura la fase en la que uno piensa en la muerte, al experimentar los síntomas de mortalidad. El período *Binah* es el principio de la vejez, y *Jokmáh*, la época de la vejez avanzada, llega antes de que el individuo llegue a la *Keter* y muera, dejando que el Árbol corporal se disuelva en sus elementos *assiáticos*.

Las etapas *sefiróticas* de la vida reflejan las eras planetarias del antiguo arte de la astrología, que muchos kabalistas consideran como el estudio de la influencia del mundo *yetzirático* sobre la psique. Como es evidente que una serie de principios

universales actúan tanto en el cuerpo como en la psique, se consideró que el horóscopo elaborado para el momento del nacimiento contenía la clave de cada hado y que su relación se fijaba como el primer aliento. Esto lleva a la idea de que el hado es la pauta resultante de una vida, en la que un individuo concreto, como un karma determinado y en un entorno específico, pasa por las diversas fases de desarrollo físico y psicológico. Visto de esta manera, el hado es una combinación muy compleja de factores que operan en muchos niveles. Por esta razón, algunos consideran que el hado es simplemente lo que le sucede al cuerpo; otros lo consideran como la historia de la psique, y otros lo perciben como una combinación de ambos, pero sólo en el nivel del ego y del condicionamiento, mientras que otros sólo tienen en cuenta la vida interior y la separan de la realidad física. El hado contiene todos estos factores, que son la situación física, sus aspectos psicológicos y sus dimensiones espiritual y divina. Pocos los ven como una unidad que produce exactamente las condiciones adecuadas para la realización de cada individuo en su etapa particular de evolución.

A fin de dar una idea general de la secuencia del desarrollo, vamos a poner algunos ejemplos de las etapas planetarias y *sefiróticas* que pueden extenderse por una encarnación y sus cualidades. Una persona que no ha progresado más allá de la fase terrestre o *Malkut* de encarnación, por ejemplo, no se desarrollará ni dominará los elementos, y así le preocupará la seguridad física, mientras que el individuo en una fase lunar o *yesódica* de desarrollo podría ser infantil y egocéntrico en todos sus tratos con el mundo. Los de la etapa mercuriana de *Hod* suelen ser eternos estudiantes, siempre en busca de novedad e información, mientras que los de la etapa *netzajiana* o venusiana suelen actuar durante toda su vida como lo hicieron en su juventud, orientada hacia los placeres. Los que están en el planeta solar, o de la plenitud de las fuerzas, en *Tiferet*, suelen tener una gran confianza en sí mismos, a menos que hayan perdido su orgullo o lo hayan modificado las pruebas del hado, mientras que las personas que se encuentran en la

fase marcial o *Geburah* suelen vivir sometidas a un constante apremio, hasta que aprenden a dominarse y dedicar sus esfuerzos a fines más importantes. Los que están atascados en *Hesed*, o fase jupiteriana, pueden ser personas generosas en exceso que tratan de obtener amor o respeto por medio de sus dádivas, y muchos de los que han alcanzado la etapa de *Daat*, o plutónica, viven preocupados por la muerte y el más allá. Otros, en la fase *Binah* o saturniana, envejecen prematuramente, y pueden haber adquirido una profunda comprensión o carecer de ella. Los que están en la fase uraniana de *Jokmáh* suelen regirse por visiones que tanto podrían ser iluminaciones profundas como manifestaciones de locura. Finalmente, aquellos cuyos hados tienen la cualidad de *Keter* o Neptuno presentan con frecuencia una intensa dimensión en su hado, la cual puede ser auténtica en algunos y una mera ilusión en otros.

Como veremos, cada una de estas etapas tiene diferentes posibilidades, que están determinadas por dos factores críticos. El primero es el elemento del libre albedrío por parte de la persona, como respuesta a su situación, y el segundo es el propósito de ese hado individual con relación a la lección que la persona puede haber aprendido acerca del lugar que ocupa en el Universo. Los antiguos rabinos decían: «Ningún gorrión se cae si no está escrito en el Cielo.» Y también: «¿No están contados todos los cabellos de tu cabeza?» Es decir, que todo ocurre según el gran designio y todo se tiene en cuenta. Este concepto se simbolizó con el gran telón colgado ante el Cielo, cada uno de cuyos hilos, que representa el destino de un individuo, está formado por segmentos que siguen la secuencia *sefirótica* de arriba y viceversa. En algunos casos, es posible que completar una etapa requiera muchas vidas; en otros el proceso puede avanzar rápidamente en una sola vida, de lo cual tenemos un ejemplo en Buda. Naturalmente, el plan de conjunto es demasiado vasto para que la mayoría de la gente pueda reconocerlo en una fugaz vida media de setenta años, pero muchos individuos han sentido o visto, en momentos cruciales de su vida, que su existencia tiene algún propósito.

No pocos han percibido realmente cuál era su destino y lo han seguido. Estas personas son muy distintas al resto de la humanidad, que en general olvida por completo sus objetivos personales y cósmicos y sólo trata de sobrevivir y multiplicarse. Sin embargo, hay millones de personas con hados de tipo *Hod* y *Nétzaj* y aparecen como grandes descubridores y empresarios creadores e innovadores, mientras que personas avanzadas y centradas en *Tiferet* actúan como líderes en todos los niveles. De manera similar, quienes se encuentran en la etapa *Geburah* se manifiestan en diversas disciplinas, como soldados profesionales o abogados, mientras que quienes cultivan el *Hesed* se encuentran con frecuencia en comunidades religiosas o se dedican a obras de caridad. Los individuos que tienen un *Daat* poderoso pueden ser los videntes de su generación. Las personas con una *Binah* bien desarrollada suelen estar al frente de grandes organizaciones, mientras que los individuos con *Jokmáh* pueden ser generadores de ideas de laboratorio o partidos políticos. Los iniciados *Keter* se encuentran a veces en monasterios y asilos, pero no se les suele ver en la vida ordinaria, aunque es indudable que están ahí para proporcionarle la dimensión divina. Todos éstos son tipos bien dotados de individualidad, los cuales, preciso es decirlo, pueden ser buenos como malos.

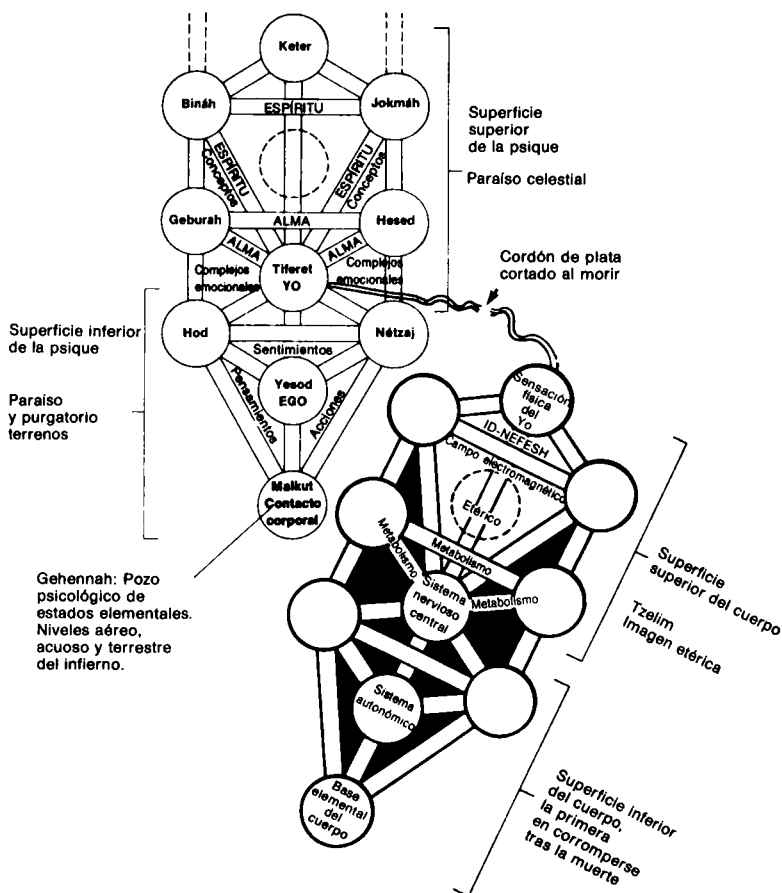
Todo ser humano tiene libre albedrío, pero pocos lo usan plenamente. La mayoría de las personas prefieren elegir, y su elección consiste en someterse a una de las funciones. Esto significa que se dejan gobernar por su cuerpo o su ego, o que les domina uno de los otros *Sefirot*. Mucha gente no ha pasado de la etapa *yesódica*, y así les gobierna aquello que la sociedad les impone, a lo que se conforman como niños adultos. Este juicio puede parecer duro, pero si uno considera la historia humana y cómo la mayoría deja que otros dirijan sus vidas, resulta fácil concluir que la individualidad auténtica y madura es realmente infrecuente.

El propósito de cada hado es crear las condiciones para que emerja esa individualidad. Esta idea se basa en el reconocimiento de que nada ocurre en la existencia sin un motivo y que ningún acontecimiento carece de importancia. Si la or-

ganización del embrión humano puede producirse en una secuencia perfecta en la que cada etapa de desarrollo tiene lugar en el momento adecuado para crear, formar y hacer que miles de millones de células se dispongan en un organismo tan complejo, entonces es razonable pensar que el plan del hado individual sigue las mismas reglas.

No es accidental que la Tierra se encuentre en el lugar correcto con relación al sol, la luna y los demás planetas, a fin de poder alojar la vida, y que una red integrada de flora y fauna mantenga la delicadísima membrana de la Naturaleza. Desde el punto de vista de los principios universales, tampoco resulta extraño que cada vida y muerte forme parte de un todo en el que cada generación no es más que una estación en la evolución general del planeta. En el caso de la humanidad, el desarrollo de la individualidad surge de los grupos colectivos de familias, tribus, pueblos y civilizaciones, que ascienden sobre el ciclo de muchas encarnaciones hasta la madurez psicológica y espiritual. No obstante, este proceso tiene que ser controlado, porque el libre albedrío y el karma resultante conduce a muchas tergiversaciones del hado antes de que la gente se ponga en contacto con su grupo espiritual original, o encuentre su alma compañera con la que pueda llevar a cabo su destino particular o tarea cósmica.

Lamentablemente, muchas personas adiestradas para observar la psique no hacen caso de esas dimensiones mayores que requieren una conciencia de las cosas más allá de la visión normal del mundo. Semejante sensibilidad se oculta a menudo por razones profesionales o se pierde bajo la observación clínica. No obstante, en este ejercicio, consistente en relacionar la psicología con la Kábala, podemos explorar libremente tales ideas y dimensiones. Así pues, en el siguiente capítulo dejaremos la percepción de la realidad basada en la lógica y los sentidos y examinaremos el momento de la muerte y lo que le sigue, a fin de ver lo que sucede antes de acceder a una nueva vida. De esta manera podemos vislumbrar la situación de la psique antes de que la afecte el condicionamiento de la siguiente encarnación.



7. LA MUERTE

Al morir, la psique y el cuerpo físico se separan de una manera permanente. Durante el sueño, la anestesia o un estado de shock, el elemento llamado tradicionalmente «cordón de plata» impide una partida definitiva. Este cordón se rompe al morir. Cuando esto sucede, el cuerpo desvitalizado empieza a desintegrarse y la psique ingresa en la fase *post mortem* de recapitulación de esa vida.

9. LA MUERTE

Las experiencias fuera del cuerpo no son infrecuentes. Se producen, en ocasiones, durante intervenciones quirúrgicas y en casos de enfermedades graves. La característica del fenómeno es una sensación de estar separado del cuerpo físico, de modo que la persona se encuentra por encima de la mesa de operaciones o de su lecho de enfermo, contemplando lo que parece ser un cuerpo inanimado que reconoce como propio. Mucho se ha escrito sobre el tema, y la teoría, desde el punto de vista kabalístico, es que se produce una separación temporal entre los vehículos *assiático* y *yetzirático*. Esta desincronización de los dos organismos de cuerpo y mente, normalmente coincidentes, también puede ocurrir en acontecimientos traumáticos, como accidentes, o durante crisis psicológicas agudas. Generalmente se resuelve, y la conciencia separada que observa desde fuera del cuerpo suele deslizarse o es absorbida e integrada de nuevo en su unión cohesiva cuando los sentidos recobran su función, y el principio vital reafirma la poderosa gravedad de la Vida. La muerte se produce cuando la separación se mantiene y se rompe la conexión entre el cuerpo y la psique.

En los últimos años, investigadores cualificados han recogido muchas experiencias de personas al borde de la muerte, y han observado algo sorprendente: tales incidentes son muy corrientes cuando es aceptable, para quienes lo han experimentado, hablar de tales momentos. Muchas de estas expe-

riencias, como los incidentes fuera del cuerpo, son estimulados por situaciones insólitas, como la de estar a punto de ahogarse, caer herido en combate o sufrir accidentes.

Después de cotejar varios centenares de tales observaciones, se observó que todas ellas mostraban una clara serie de fases, que dependían de la longitud y profundidad de la experiencia. Algunas personas sólo percibían su conciencia fuera del cuerpo, pero otras, al alcanzar un dolor físico extremo, se veían de pronto atravesando lo que parecía un túnel oscuro o un velo. Otros, sin embargo, iban más allá de esta etapa y llegaban a oír que les daban por muertos, pues aún podían oír voces de los llamados vivos. Quienes pasaron por esa fase, recordaron que habían tenido conciencia de personas, de las que sabían que estaban muertas, que se les acercaban, y muchos eran conscientes de una presencia poderosa o luz brillante que hablaba de su vida. Ésta, en muchos casos, pasaba con celeridad, a veces en secuencia invertida, ante su conciencia, como en una revisión de lo que habían hecho. Todos quienes llegaron a ese punto dijeron que era la frontera entre la vida y la muerte, y que, por diversas razones, fueron absorbidos de nuevo por el cuerpo, a menudo con gran pesar, porque estar desencarnados les producía un éxtasis maravilloso.

Estos testimonios de desencarnación parcial se corresponden con los relatos de las primeras etapas de la muerte en obras tales como el *Libro de los muertos* tibetano. La forma cultural puede ser diferente, pero la esencia de las experiencias es la misma, como también lo son las numerosas descripciones, procedentes de todas las partes del mundo, de las condiciones posteriores a la muerte en las que se encuentran quienes han perdido la conexión permanente con su cuerpo físico. Las supersticiones y las distorsiones debidas a la ignorancia ha desdibujado los datos conservados, pero de todos modos los principios generales de lo que sucede entre la muerte y el renacimiento constituyen un conocimiento de diversas tradiciones esotéricas. El mito platónico de Er, a quien se creía muerto en combate, pero que despertó durante su funeral para contar lo que había ocurrido, es un ejemplo clásico de alegoría utiliza-

da para describir acontecimientos en los Mundos Superiores.

La Kábala tiene la ventaja del sistema metafísico de la Escala de Jacob, por el que podemos ver con precisión lo que revelan el mito y la experiencia. Partiendo del momento de la muerte —y, según los rabinos, hay 903 formas de muerte—, la manera en que una persona muere se considera una indicación de cómo le irán las cosas en el *Olam ha-Bah*, o Mundo Futuro, que, de hecho, significa el próximo mundo o *Yetziráh*. Por ejemplo, una persona pía morirá suavemente, como un pelo que se extrae de un cuenco de leche, pero la persona maligna sufrirá grandes dolores cuando la psique se separe del cuerpo, pues la resistencia a hacer frente a sus acciones, en la revisión de su vida, es muy fuerte, o es posible que esté demasiado inmersa en la materialidad y le asuste la separación. También se dice que, cuando una persona muere, su grito reverbera a través de todos los mundos, como ocurre con el bebé recién nacido. Esto es un símbolo del efecto cósmico de pasar de un mundo a otro. La transformación menos frecuente es la llamada «el beso de la muerte dado por el Sacro Uno», que se lleva suavemente a una persona muy evolucionada a través de la línea divisoria entre los vivos y los muertos.

Según la tradición, la *Shekinah* o Presencia de Dios es algo que experimenta la persona buena y fiel, dándole la oportunidad de ir directamente por el eje central de la Escala, en un momento de pura conciencia, para la unión con la Divinidad. El *Libro de los muertos* tibetano describe el mismo fenómeno e insta a la persona moribunda a no apartarse de la luz, a fin de renacer. Se trata de una comprensión muy propia del budismo. Para la Kábala, hay mucho trabajo que hacer en los mundos inferiores antes de esa iluminación, y por ello considera el renacimiento como parte de un proceso continuo. Cada tradición tiene su punto de vista.

Visto con mayor detalle, el proceso de morir se inicia con la separación de los dos cuerpos inferiores. Quien haya visto a alguien morir lentamente, reconocerá esa sensación de abandono que le hace permanecer en un pabellón de hospital, separado de los enfermos que todavía están fuertemente encar-

nados. El momento de la muerte se produce cuando lo físico y lo psicológico están tan separados que el alma vital, llamada *Nefesh* en la Kábala, no puede mantener sus sistemas sincronizados. Desde el punto de vista del Árbol, el *Daat*, o Conocimiento, del cuerpo se separa del ego *yesódico* de la psique cuando la superficie superior del Árbol físico se separa de la superficie inferior de la psique. Se nos dice que en ese momento el cuerpo pierde realmente una fracción de su peso. Se pasa entonces por los procesos descritos en la situación al borde de la muerte, pero pueden ser necesarios hasta tres días para completarlos, pues las fuerzas vitales siguen reteniendo a los cuerpos en una especie de órbita hasta que quedan exhaustos y la *Nefesh* colapsa. En ocasiones, durante este tiempo, los familiares y amigos oyen o ven a la persona recién fallecida. Tales apariciones se basan en el hecho de que aún existe la llamada *Tzelem*, o imagen sombra, que se mantiene hasta que las energías vitales se han agotado. En este período, la mayoría de los recién fallecidos abandonan el nivel material, aceptan que esa vida ha concluido y se retiran, tras haberse despedido de sus seres queridos. También por ese motivo se nos dice que no los retengamos por medio de un pesar excesivo, sino que les ayudemos a partir con plegarias y la despedida en el funeral. Esto es algo común en todas las culturas. Sin embargo, hay quienes desean quedarse por diversas razones, como la persona que se aferra a sus posesiones materiales porque no cree en nada más, o quienes por alguna razón sienten demasiado apego a determinado lugar o acontecimiento de su vida y desearían revivirlo una y otra vez. Esto explica el fenómeno de los fantasmas, que finalmente reaparecen, a veces al cabo de siglos, a menos que alguien dotado de conocimiento espiritual o con dotes psíquicas pueda liberarlos de lo que, en cierto sentido, es una forma de locura desencarnada. Una forma más frecuente de aparición se encuentra, por ejemplo, en el escenario de accidentes recientes, donde se ve a los muertos vagar conmovidos durante algún tiempo, antes de que se percaten de que están muertos. Un caso más infrecuente es el que registran los comentarios talmúdicos, el del

gran rabino Judah Ha-Nasi, quien, después de su muerte, visitaba su casa en víspera del *sabbath*, para estar presente en un seminario rabínico. Se nos dice que, finalmente, dejó de asistir, por respeto hacia los demás rabinos. Su labor había concluido y tenía que dejar que los demás hicieran las cosas a su manera.

El proceso inicial de morir se completa cuando la conexión entre el cuerpo y la psique se ha roto finalmente, lo cual ocurre hacia el tercer día. Se dice que en ese momento la *Nefesh* pierde contacto con la psique y se cierne sobre el cadáver que empieza a descomponerse en sus elementos originales. Esto explica las atmósferas totalmente distintas que se encuentran en los cementerios nuevos y en los antiguos. Según la tradición judía, la *Nefesh* se cierne durante un año aproximadamente en un estado denominado la condición *Sheol*, o el Mundo Inferior, es decir, aquí abajo, donde todavía puede observar a los vivos. Por eso la colocación definitiva de la lápida tiene lugar en el primer aniversario de la muerte, aunque también se debe a que un año se consideraba el tiempo requerido generalmente para la recapitulación y purificación del alma del difunto. A este respecto, debemos decir que se concebía un orden temporal diferente, en el que un giro de las estaciones terrestres correspondía simbólicamente al ciclo de la vida en el nivel *yetzirático*. Durante este período, la psique separada pasaba por distintas fases: la primera era una expansión de la percepción, cuando la psique era liberada de las estrecheces de la carne. Así todo se hacía más intenso, de modo que durante el período de reflexión sobre la vida que se acaba de dejar atrás, tanto el placer como el dolor se experimentan de un modo extremo. Esto dio lugar a los estados simbólicos de Paraíso y Purgatorio, los cuales, desde el punto de vista de la Escala de Jacob, constituyen las superficies superior e inferior de *Yetziráh*. Tradicionalmente, a veces se les llama Edenes celestial y terreno; el inferior se relaciona, evidentemente, con el nivel más próximo a la superficie superior de *Assiah*, y el superior con la superficie inferior de *Briah*. Algunos kabalistas ven las columnas izquierda y derecha de la psique como la Se-

veridad del Purgatorio y la Misericordia del Paraíso. Sea como fuere, la experiencia de la vida vivida se destila en una esencia que es almacenada en la psique y permanece después de que el viejo cuerpo ha sido desechado.

La tradición añade que, según la calidad de la vida y la conciencia de una persona, se eleva o desciende a un nivel óptimo. *Gehennah*, el equivalente judío del infierno, es el estado en que se encuentran quienes insisten en quebrantar las leyes universales. Este duro lugar de castigo puede tener cuerpo o carecer de él, porque, al estar en la base del mundo *yetzirático*, las fuerzas y las leyes concentradas ahí (a menudo simbolizadas por los extremos de los cuatro elementos, tales como hielo o barro hirviente) actúan sobre cualquiera que se aferre a una visión completamente egocéntrica o material de la existencia. Tales personas son retenidas en esas situaciones extremas hasta que se dan cuenta de por qué están ahí, experimentan culpabilidad y luego remordimiento. El acto del arrepentimiento les libera automáticamente, y salen del «pozo», como se les llama a veces, porque ocupa la región inferior de *Yetziráh*. Se nos dice que la mayoría de la gente habita en la zona media de *Yetziráh* hasta haber completado su tiempo de descanso, contemplación e instrucción. Quienes se encuentran en una etapa avanzada de desarrollo residen más allá de lo que algunos denominan «las tierras de verano», el gran silencio de *Briah*, el mundo de los espíritus puros, donde se adiestran más para perfeccionar lo que han aprendido durante la vida. Éstos son los verdaderos gnósticos, los que conocen los secretos de la vida y la muerte y la razón de su existencia. Ahí permanecen, pues, y al contrario de quienes están abajo, pueden elegir el momento de encarnarse, a fin de llevar a cabo alguna tarea. La tradición afirma que la mayoría de la humanidad va y viene en la órbita de las *Gilgulim*, o las ruedas de la vida y la muerte. Este momento clínico contiene los factores tanto individuales como colectivos que determinan la época y el lugar de cada nuevo hado, a medida que avanza a través de sus etapas de destino. Pero antes de que esto pueda suceder, muchos son los preparativos previos a la concepción y el nacimiento.

10. INTERMEDIO

Del mismo modo que el barro, el agua y el aceite ocupan un nivel distinto en un recipiente de vidrio, así la *Nefesh*, la psique y el Espíritu ocupan sus lugares respectivos en los tres mundos inferiores. La *Nefesh*, o alma vital, se dispersa en sus aspectos elementales en un tiempo relativamente breve, su materia retorna al polvo y su energía vuelve a la reserva general de vitalidad de la naturaleza. La psique tiene una composición más sutil y su duración es mayor, pero incluso ésta, al cabo de cierto tiempo, se disuelve en la *Nefesh*, vuelve al tejido y la fuerza *Yetziráh*, pues también ella es sólo un vehículo para sostener la dinámica del Espíritu y la chispa de la Conciencia Divina. No obstante, es preciso pasar por muchas vidas en la tierra antes de que esto ocurra de manera permanente. De manera similar, el vehículo espiritual también se disuelve finalmente en su Mundo de la Creación, cuando el fotón de la conciencia en el interior de un individuo, tras alcanzar su potencial pleno, se reúne con el ser del Adán Kadmon y va más allá, entrando en la Nada y lo Absoluto. Hasta entonces, cada ser humano pasa su nivel apropiado. Según la tradición, los más evolucionados van a los lugares superiores de la Escala de Jacob, donde aguardan a que les hagan volver o entrar en los consejos internos de la humanidad que vigilan a la especie humana, hasta que quizás alguno tenga la necesidad de descender y actuar directamente en los niveles inferiores. A esta clase pertenecen las personas como los santos y los sabios, los

Kábala y psicología

cuales seleccionan su momento para encarnarse de acuerdo con la situación general en la que se tienen en cuenta las tendencias cósmicas. La influencia de maestros como Confucio y el Baal Shem, que aparecieron en el momento crucial en la historia china y judía, son ejemplos de una cronometración cuidadosa en el nivel transpersonal.

La mayoría de las almas no llegan a las altas cámaras del mundo *briático*, donde la Providencia organiza y adapta la grandiosa planificación de nuestro planeta, sino que permanecen abajo, en el reino de *Yetziráh*, donde completan y asimilan las lecciones de su vida anterior. Durante este tiempo se revisan muchas conexiones antiguas con los que ya han fallecido, y los efectos a largo plazo de vidas incluso anteriores se ven a la luz de la última, se reconocen las pautas, por repetidas, o los progresos efectuados en el intento de eliminar o desarrollar ciertas tendencias. Entretanto, las personas de su propia generación, con los que tienen relaciones kármicas o de grupo, vienen y van en el tiovivo del nacimiento y la muerte. Se nos dice que algunas personas permanecen sólo un breve período, ya sea porque no pueden hacer gran cosa en el nivel *yetzirático*, ya porque es mejor para ellas aprender mientras están encarnadas. Muchas regresan a un cuerpo rápidamente, porque las atrae su naturaleza todavía primitiva, o tienen que completar una tarea en un plazo determinado y han de continuarla. Muchas personas tienen esta sensación con respecto a determinadas situaciones o individuos.

La noción de los grupos anímicos que se reúnen y dispersan en los Mundos Superiores y luego vuelven a encontrarse en la tierra está avalada por pruebas. Millares de hombres y mujeres se reconocen entre sí, aunque no pueden recordar dónde se han visto con anterioridad. Algunos llaman a esto *Kismet*, otros *Némesis*, y se trata de individuos que realizan juntos alguna tarea. En ocasiones perciben realmente el motivo por el que el destino los ha juntado. Algunos llegan a ser cónyuges, amantes o amigos, y algunos son sólo compañeros en el camino del Espíritu, que se han conocido y han trabajado juntos a lo largo de los siglos y en diferentes países. No es infre-

cuenta, por ejemplo, hallar a estas personas en la misma orden esotérica o religiosa, u otros que forman un grupo multirracial que siempre se encuentra en los centros de civilización, como la Toledo medieval o la Amsterdam del siglo xvii, donde las condiciones permiten las conexiones y la fecundación entre tradiciones, como sucedía en la Bagdad del siglo x o el Londres actual.

Como es natural, se precisa una gran organización para producir estas situaciones, y de ello se encargan las leyes de la causa y el efecto y de la dirección consciente. Así, mientras los seres angélicos cuidan de los ciclos cósmicos de la Naturaleza, seres humanos desencarnados con experiencia e intuición vigilan y determinan el momento adecuado para el reingreso del individuo en la carne. El ritmo, para el grueso de la humanidad, es bastante regular. De la misma manera, muchas personas viven su vida en la tierra como una rutina, a menos que les perturben grandes acontecimientos, como la guerra o la recesión económica. La mayoría de los individuos van y vienen entre los mundos en el flujo y el reflujo de las familias, que se adelantan unas a otras en el transcurso de los siglos, al adoptar los papeles de niños, padres y abuelos, y a veces intercambian posiciones respecto a las relaciones y el sexo. Dice la tradición que existe una tendencia hacia uno de los sexos, y que si se producen inversiones es para enseñar el punto de vista del otro sexo. Según la leyenda, las psiques están apareadas y se buscan unas a otras. Si funcionan de una manera íntegra, se conocerán y unirán, pero con demasiada frecuencia la gente se desvía de su camino porque prefiere la seguridad, la posición social o cualesquiera otras diversiones que les hacen perder ese encuentro fatal con su otra mitad psicológica. Se ha dicho que el *anima* del hombre y el *animus* de la mujer, que son las contrafiguras femenina y masculina en la psique, constituyen, de hecho, las imágenes *yetziráticas* de su pareja en ese Mundo. Ésta es una de las razones por las que las proyecciones del *anima* y el *animus* son tan poderosas y tienen poco que ver con la realidad física de la pareja.

Según la enseñanza esotérica, cuando llega el momento

del descenso comienza un nuevo proceso. Tras haber sintetizado las lecciones de la vida anterior, ahora profundamente grabada en el cuerpo *yetzirático*, la experiencia se mezcla entonces con todo el conocimiento adquirido por ese ser humano desde su primera encarnación. Esto a veces se manifiesta en forma de vagos recuerdos de épocas pasadas, que constituyen un telón de fondo de la psique. No obstante, si la última vida ha sido traumática, por ejemplo, entonces dejará un residuo especialmente fuerte que puede afectar a la nueva vida de la persona desde lo más hondo del inconsciente. Así, un matrimonio violento influirá en las relaciones que tenga la persona en la próxima vida. Aquí empezamos a ver cómo un individuo llega a una nueva encarnación con una serie determinada de tendencias, que quizá se basan en una serie de vidas desastrosas o armoniosas. La noción budista de que todo lo que somos es el resultado de lo que hemos pensado, no sólo incluye las experiencias de esta vida, sino de otras. Un ejemplo de ello puede ser el joven nacido después de la Segunda Guerra Mundial que se sentía constantemente culpable por haber traicionado a sus amigos en la Resistencia francesa. El hecho de que le hubieran ejecutado no le sirvió de expiación en esta vida y posteriormente se suicidó.

Lo que uno haya hecho en la vida anterior debe de tener efecto en la siguiente, pues es inevitable que ciertas actitudes fijas generen unas situaciones correspondientes. El hombre de temperamento irritable debe, invariablemente, atraer conflictos, y la mujer muy emocional, amar u odiar profundamente. Aquí es donde intervienen los supervisores, como a veces se les llama, pues pueden disponer que esa mujer se case con un hombre determinado, a fin de que ambos aprendan a resolver sus problemas. Es evidente que organizar tales emparejamientos es asunto complejo. Algunos creen que los seres humanos nos distribuimos en grupos kármicos, los cuales tienen supervisores, veteranos y novatos, que relacionan a los individuos del grupo con el plan de conjunto, de modo que las conexiones kármicas forman parte integral de la familia y la sociedad en general. Se nos dice que a la mayoría de la gente se la reúne

para su descenso sin demasiados problemas, y que nacen en una secuencia general, a fin de llevar la que, para muchos, es una vida relativamente sencilla en comunidades urbanas o rurales extendidas por todo el globo. Estas personas, en su mayoría, pertenecen al nivel de humanidad que aún no ha despertado, y constituyen el fundamento del género humano. La Kábala los define como los niveles mineral y vegetal de la humanidad, cuyas preocupaciones son la seguridad física y el mantenimiento básico. Suelen llevar unas vidas muy regulares y, en su mayor parte, comparten la psique colectiva de tribus, pueblos y naciones. El pueblo de México, la ciudad mercado de Inglaterra y la ciudad industrial en Rusia contienen a muchas de esas personas. La individualidad aún no está desarrollada, y la gente responde, en vestido, costumbres y actitudes, a la imagen de un auténtico beduino árabe, un minero de Yorkshire, un campesino chino, un funcionario inglés o un aristócrata español. Este nivel no tiene nada que ver con la clase.

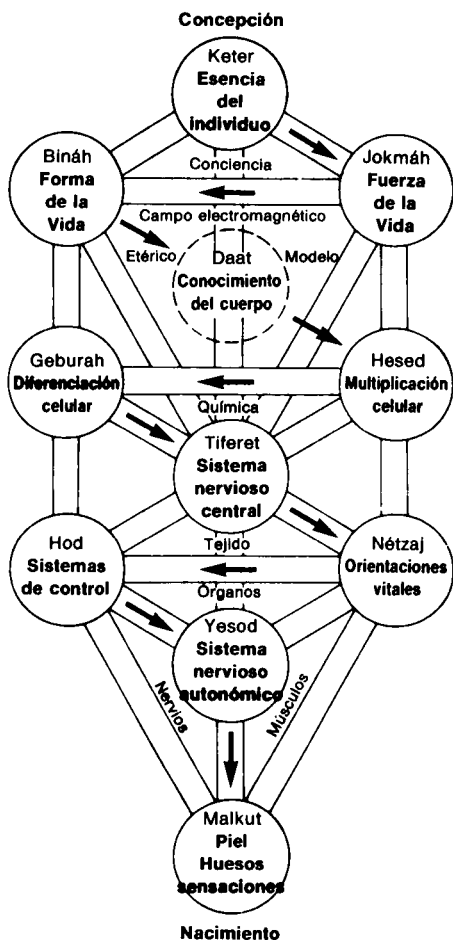
El nivel animal de la humanidad está formado por quienes tienen impulsos compulsivos. Son personas ambiciosas y con todas las cualidades que despiertan en una persona el deseo de ocupar el primer puesto en una profesión, un partido político o una banda de delincuentes. Tales personas no viven como sus coetáneos más agresivos. En su lucha por la superioridad y la dominación contraen mucho karma. Dada su naturaleza, conseguirán tanto grandes amigos como enemigos, que les acompañarán fatalmente en muchas encarnaciones. Las familias gobernantes que se asesinaban entre sí por el poder en las bellas estancias de la Alhambra, en la España árabe, no sólo dejaban una atmósfera de violencia que aún puede percibirse, sino que se llevaban consigo el efecto kármico que aún puede estar en vigor en las modernas luchas dinásticas de los negocios, el mundo criminal o la política. Éstas son cosas a tener en cuenta cuando un grupo de almas se organiza para su siguiente encarnación.

Quienes han alcanzado un nivel determinado de desarrollo, y a los que se define como el nivel «humano» de la huma-

nidad, están sometidos a una serie distinta de leyes. De aquí procede el malentendido sobre las personas reencarnadas como piedras, plantas y animales. Todos los humanos nacen como personas. No podría ser de otra manera, pero pueden vivir en cualesquiera de esos niveles que son un estado de ser, no una entidad, como un perro. Por ejemplo, algunas personas animales se comportan como cerdos o leones, como una rosa exquisita o un perro loco. Las personas «humanas» suelen ser individuos que han tenido muchas vidas y han llegado a un punto en el que no sólo buscan seguridad, nutrición o dominio, sino que se dan cuenta de que la vida y el Universo tienen un propósito. Algunos son almas despiertas y otros espíritus conscientes. Existen varios niveles. A tales personas no se las puede situar fácilmente en el horario habitual de nacimientos y muertes, sino que requieren una ubicación más precisa y quizás hayan de esperar hasta que pueda hallarse en la tierra la combinación adecuada de condiciones y compañeros, a fin de que puedan vivir conscientemente sus hados y realizar su destino.

En el nivel de la Providencia *briática* se hacen planes a largo plazo, ya que los individuos «humanos» son escasos y es preciso situarlos estratégicamente. Así, una persona puede nacer en Argentina, a fin de darle un adiestramiento específico, mientras que su futura esposa se cría en Inglaterra, donde las condiciones para su karma son perfectas, de modo que cuando los dos se encuentran, en Nueva York, en el momento adecuado, están preparados para vivir juntos y realizar en común la tarea que han de hacer. La Kábala afirma que, antes de nacer, a cada alma se le muestra el esquema general de su vida, los lugares donde vivirá y las principales personas a las que conocerá. Este recuerdo, como los de las vidas anteriores, se olvida más o menos durante la niñez, aunque algunas personas retienen un vago recuerdo. No obstante, antes de que comentemos este fenómeno, hemos de examinar la situación anterior a la concepción de un nuevo cuerpo en la matriz de la futura madre.

Donde convergen los tres mundos



8. LA GESTACIÓN

La concepción se inicia en la Corona del Árbol físico, y el impulso va desde los niveles más sutiles a los más ásperos del cuerpo en la secuencia del Destello. Así el cuerpo emerge del punto más bajo de la Creación, a través de la mitad inferior de la Formación, para crecer y manifestarse en un vehículo físico sólido que tiene acceso a los tres mundos.

11. LA GESTACIÓN

El gran clásico kabalístico, el *Zohar*, compilado en la España medieval, dice: «En el momento en que se efectúa la unión del cuerpo y el alma, el Sacro Uno envía a la tierra una imagen grabada con el Sello Divino. Esta imagen preside la unión del marido y la esposa; puede verse un ojo discernidor encima de sus cabezas. Tiene un rostro humano, y este rostro será el del hombre a punto de aparecer. Es esta imagen la que nos recibe al llegar al mundo, que crece con nosotros y que abandona la tierra cuando la abandonamos.»

El fenómeno de una presencia e incluso de una imagen no es infrecuente en el momento de la concepción. Algunas personas la han descrito como alguien que está en la habitación. Otros han visto realmente una figura que permanece cerca, y los hay que han tenido la sensación de que ocurriría algo especial mientras hacían el amor, algo que recuerdan con gran claridad cuando se establece que la mujer ha quedado embarazada. En algunos casos, poco frecuentes, se presenta un nombre e incluso el carácter de la persona que está a punto de ser encarnada.

Para llegar a ese momento trascendental, muchas cosas tienen que estar en el lugar apropiado. No sólo los futuros padres tienen que haberse unido sexualmente en el mundo inferior, sino que las condiciones para la concepción han de haber sido establecidas en los mundos superiores. Se sabe bien que el acto sexual en el momento adecuado del ciclo menstrual no

siempre conduce al embarazo, ni tampoco la contracepción impide siempre que el espermatozoide femenino se una al óvulo femenino. Aun más, un intento prolongado de lograr el embarazo a lo largo de muchos meses no garantiza que finalmente ocurra, mientras que un solo encuentro sexual con un completo desconocido puede tener un resultado inesperado. Esto se debe a que el momento exacto es esencial en la concepción y el nacimiento.

La Providencia, que supervisa el grandioso plan, organiza los acontecimientos según las necesidades del Universo y del individuo. Existe, pues, una yuxtaposición de consideraciones que tienen en cuenta la situación planetaria general, el estado de la sociedad humana en la tierra, las condiciones de una nación determinada, la fase en que se encuentra cierta comunidad, las circunstancias de una familia específica y el karma de un individuo. La mayor parte de estos factores pertenecen a un plan general que se va desplegando, pero cuanto más nos aproximamos a los detalles, mayor es la exigencia del momento exacto. Por ejemplo, una revolución nacional suele tardar años en generar un chispazo, como el primer disparo sobre Lexington Green en la lucha entre británicos y norteamericanos. Y la persona que encabeza la lucha, como Washington, ha de estar preparada y tener la edad apropiada. Esto requiere una precisión considerable en la organización del hado. Así pues, una persona nace en un momento determinado a fin de tratar con una situación concreta, conectar con personas específicas, relacionarse con sus colegas o casarse con un determinado individuo. Un chico de doce años no puede casarse con una mujer de diecinueve, aun cuando sus almas sean compañeras, y engendrar un hijo. La secuencia ha de estar sincronizada para producir las condiciones más beneficiosas.

Este carácter sincrónico no se confina a los acontecimientos en el mundo inferior de la acción y los elementos, sino que también puede ocurrir arriba, pues los niveles del espíritu y la psique han de estar preparados para el descenso. Según la tradición, en primer lugar, como indica el «Sello divino», el pro-

ceso se inicia desde el Mundo de Emanación, que une la esencia del espíritu de la persona y la esencia de su psique. Estos «átomos» o «semillas», como los llaman algunas tradiciones, constituyen la experiencia residual de todas las vidas anteriores que regeneran los organismos *briático* y *yetzirático*, de la misma manera en que se manifiesta el cuerpo físico. Se nos dice, al principio, que la estructura y la dinámica de los vehículos espiritual y psíquico son puestas en contacto y que se unen. Entonces se les mantiene a punto para el período de gestación, mientras se prepara e informa a la persona. Los individuos más desarrollados suelen ser conscientes de lo que ocurre, y pueden recordar este estado prenatal tras ser encarnados, pues recuerdan que estaban «en alguna parte» antes de nacer y que hablaban de la naturaleza de su vida futura. La mayoría de la gente no recuerda nada, pero los experimentos de regresión hipnótica han despertado en muchas personas unos recuerdos asombrosos. Por ejemplo, algunos recordaban la sensación de estar en la matriz, y la relación que habían tenido con diversos miembros de su familia actual en vidas anteriores. Algunos recordaban su espera ansiosa del nacimiento y otros que se sentían muy reacios a venir al mundo. Algunos veían que tenían una tarea determinada que realizar en su próxima vida, mientras otros no querían en absoluto volver a vivir. Sin embargo, las leyes del karma rigen el momento de la concepción, y para encarnarse han de estar bajo el impulso de la necesidad cósmica y de desarrollo.

Desde un punto de vista kabalístico, el proceso de la concepción consiste en la reunión de todos los mundos y su fusión en la manifestación de un cuerpo físico para la entidad encarnada. Así, mientras la pareja hace el amor, se produce la unión entre los *Yesods* masculino y femenino de sus Árboles corporales, lo cual resulta en una elevación de la conciencia en la tríada *yetzirática* del Despertar o Éxtasis, pues se produce un descenso de los vehículos espiritual y psicológico del individuo que ha de encarnarse. Tiene lugar la concepción, cuando así se desea, desde *Atzilut*, en el lugar del Yo donde se encuentran los tres mundos inferiores, de manera que, cuando

el *Daat* del cuerpo y el *Yesod* de la psique, el *Daat* de la psique y el *Yesod* del Espíritu entran en contacto creativo, se produce la fusión en todos los niveles y queda abierto el camino para que el espermatozoide se una con el óvulo. Este acontecimiento no es una selección al azar de células reproductoras, sino una orientación precisa de las condiciones. Así, aunque pueda parecer que los padres, quizá con unos antecedentes totalmente distintos, se han conocido casualmente en una fiesta, de hecho se trata de una reunión fatal que puede afectar a muchas vidas. Tales hechos son el resultado de una preparación tremenda para unirlos en el momento adecuado, para que tenga lugar el cortejo, el matrimonio y la concepción de una persona determinada.

Una vez el óvulo ha sido fertilizado, se inicia el proceso *asimático* de construir un cuerpo físico. Siguiendo la secuencia del rayo descendente, la esencia de una persona se retiene en la *Keter* de *Assiah*, que está simultáneamente en la *Tiferet* de la psique y en *Malkut* del espíritu, el lugar que ocupa el Yo. Así, las cualidades esenciales del individuo se fusionarán con las características físicas de los padres. El proceso sigue bajando hasta la *Jokmáh* del cuerpo, que da la vida, y luego pasa a la *Binah*, que determina la estructura. Si el proceso de la gestación rebasa el punto crítico de *Daat*, el abismo del Árbol corporal y el impulso de la encarnación se mantienen, como a veces sucede por diversas razones. Entonces la actividad genética continúa en la expansión de *Hesed*, en la multiplicación de las células y su diferenciación en *Geburah*. La esencia del cuerpo y la base de la psique se establecen en la *Tiferet* del cuerpo, que más tarde se convierte en el sistema nervioso central, al servicio de la conciencia física. El proceso continúa entonces, a medida que se construyen los diversos sistemas cíclicos *netzajianos* y se armonizan con los datos que contiene *Hod*. Ejemplos de ello son la circulación sanguínea y la adaptación del equilibrio del azúcar según las necesidades. Las tres triadas que rodean el sistema autónomo del *Yesod* corporal manifiestan los órganos, nervios y músculos. Finalmente el impulso creativo se resuelve en el nivel *malkutiano* de los huesos que

sostienen el cuerpo y la piel con sus órganos sensoriales que dan acceso al mundo físico externo.

El proceso de gestación es complejo, pues los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra, se mezclan en los niveles mental, electrónico, químico y mecánico, que reflejan los cuatro mundos en el cuerpo, como también lo hace la interacción de las columnas de estructura y dinámica con el eje vertical de la conciencia. Además, las diversas etapas de gestación repiten la pauta de la manifestación, pero lo hacen en miniatura, pues el átomo de la Eternidad surge de la energía de la Creación para adoptar forma y luego adquirir sustancia. Toda la experiencia de la Existencia interviene en la gestación del cuerpo, ya que todas las criaturas que han existido están presentes en el embrión, como se observa en la manera en que pasa por las diversas etapas de evolución. Primero parece una planta primitiva, luego un animal sencillo; más tarde adopta las formas de pez, reptil y mamífero, antes de convertirse finalmente en un embrión humano.

Durante el período de gestación, cuando los diversos vehículos superiores de la psique y el espíritu se alinean gradualmente con el cuerpo, la conciencia de la persona a punto de encarnarse se cierne sobre el embrión. Al principio, la relación es muy flexible, lo cual es uno de los motivos por los que pueden producirse abortos de un modo que pasa casi desapercibido. Más tarde, cuando la psique empieza a fusionarse con el organismo físico, el vínculo se hace más fuerte. Algunas personas recuerdan vagamente este período, y muchas, bajo hipnosis, recuerdan con toda claridad que flotaban en el interior de su madre, plenamente conscientes de sus propios sentimientos y los de la madre acerca del inminente nacimiento. A la mayoría de la gente le complace efectuar la asociación, pero se ha observado que otros prefieren no hacerla y retirarse, lo cual puede conducir a abortos espontáneos o niños con el síndrome de Down, los cuales, al no desear encarnarse, retardan el proceso normal de gestación en el nivel genético. Lo mismo puede decirse de los niños autistas, que casi completan el proceso pero que no han llegado a la encarnación plena. Como se

ve, la gestación es un período muy crítico, cuando el cuerpo es más vulnerable y, en consecuencia, susceptible de influencias que proceden tanto del individuo encarnado como de la madre. Así pues, lo que ésta piensa, siente y hace física y psicológicamente puede afectar al embrión. Por este motivo muchas mujeres embarazadas entran en un estado de profundo ensimismamiento y pierden interés por todo excepto por su bebé. Se trata de una protección natural y psicológica destinada a proteger al feto en desarrollo de influencias perjudiciales antes de su nacimiento.

El momento del nacimiento es tan esencial como el de la concepción. Para muchos médicos, el embarazo sigue unas pautas establecidas que son siempre las mismas, pero el momento del nacimiento no responde a ese modelo. Nacer demasiado pronto o demasiado tarde es una abstracción clínica. Una persona nace en el momento más propicio para entrar en el mundo físico, y la Providencia no se dedica a usar a los médicos como instrumentos para hacer que un bebé nazca en el momento preciso. Cuando lo vemos como el primer indicio del hado, no podemos hablar de nacimiento prematuro o tardío. La manera en que un individuo se presenta en el mundo tiene una gran importancia.

12. EL NACIMIENTO

Durante el proceso de gestación, los niveles mineral, vegetal y animal del embrión surgen de un campo de fuerza y forma presente en la matriz. Es una combinación de la energía vital de la madre y el *tzelem* o imagen del individuo que va a ser encarnado. Lentamente, la base elemental necesaria del feto se desarrolla según el plan *yetzirático* ya existente, a medida que el principio vegetativo toma su alimento de la madre y construye la estructura. Al cabo de unos cuatro meses, el cuerpo está lo bastante desarrollado como para moverse, al igual que un animal inquieto dentro de la jaula en la que está encerrado. Durante este tiempo, la psique está relativamente suelta, aunque relacionada con el feto en crecimiento. Según las investigaciones con la técnica de regresión hipnótica, el treinta y tres por ciento de las personas sometidas a prueba observaron que no se fusionaban con el feto hasta poco antes del nacimiento o durante éste. Algunos, incluso, no se encarnaban plenamente hasta después de nacer. Muchas personas proporcionaron unas descripciones notablemente claras de su propio estado y el de su madre, y otras describieron períodos cruciales durante el embarazo. Todo esto indica una conciencia lúcida de lo que ocurre.

En un caso, por ejemplo, la persona observó que estaban asustados por el rápido crecimiento del feto y el próximo nacimiento, mientras que otra, uno de dos gemelos, recordó el conflicto sobre cuál de los fetos era el suyo. Esto recuerda el relato

bíblico de Jacob y Esaú, que se pelearon en la matriz de Rebeca, lo cual indica un alto grado de conciencia antes de nacer. En muchos casos se recordaban detalladas observaciones de los estados físicos de la madre, así como su actitud y la del padre, porque, al contrario que el feto, la psique no estaba confinada en la matriz. En algunos casos, la persona podía recordar sus idas y venidas, como si se cerniera entre dos mundos, y un individuo tenía conciencia de haber comprobado el estado del feto de vez en cuando mientras pasaba el resto del período en otra parte. El grado de relación con el feto durante el embarazo parece ser variable. Por ejemplo, sólo el doce por ciento de los que fueron hipnotizados informaron haber estado adheridos al feto a los seis meses después de la concepción.

La conexión entre el cuerpo y la psique no es muy fuerte en esta etapa de su relación. Ello significa que, en algunos casos, puede aplicarse el privilegio del libre albedrío para abortar el proceso o seguir adelante, como la persona que vio que el feto tenía membranas entre los dedos, pero prefirió continuar el embarazo porque la madre era muy feliz. Otros no son tan resueltos y se retiran, precipitando un aborto. La causa podría ser una actitud negativa por parte de la madre o acontecimientos externos que la persona encarnada no puede soportar, con la consecuencia de que el bebé nace muerto, de manera natural o accidental, lo cual puede ser una forma inconsciente de aborto. En el caso del aborto deliberado, el problema es diferente. Se trata de elegir, y de ahí se derivan ciertas consecuencias de karma, buenas o malas. La ley rabínica comenta el problema y llega a la conclusión de que, bajo ciertas condiciones, la vida de la madre tiene preferencia, siempre que la cabeza o la mayor parte del cuerpo del bebé no haya emergido durante el nacimiento. El aborto antes de ese estado no se consideraba. Desde un punto de vista esotérico, puede haber un momento de elección, por muchas razones, para poner fin a un embarazo, pero el efecto sobre los padres y el individuo que se encarna ha de meditar profundamente antes de contemplar cualquier acción. Muchos que han decidido abortar, han preservado su estilo de vida, pero han experimentado una

pérdida profunda, de algo más que un niño. Para el alma que ha regresado a los Mundos Superiores, quizá la conmoción no sea tan grande. Por lo menos pueden entrar a través de otra pareja o, si los padres originales han aprendido una lección vital, puede regresar como un segundo hijo, a quien con frecuencia se le pone el nombre que habrían dado al primer feto, porque los padres perciben que es la misma alma, pero en otro cuerpo.

Como hemos descrito, los responsables de organizar la encarnación tienen en cuenta el tiempo y el lugar de un nacimiento. Los ritmos cósmicos fluyen y refluyen todos los años, y es preciso insertar a un individuo en el mundo físico en el momento más adecuado para su desarrollo. Tradicionalmente existen doce tipos humanos, a los que el Yo retiene en su lugar, en la *Tiferet* de la psique y el *Malkut* del Espíritu. Cada una de estas formas dinámicas posee un carácter distinto que contribuye a una experiencia general psicológico-espiritual. La tradición sugiere que nos encarnamos como uno de esos tipos, a fin de aprender y llevar a cabo ciertas tareas cósmicas y papeles psicológicos, aparte de desplazarnos lentamente alrededor del Zodiaco, de un tipo a otro, al pasar de una vida a otra. Desde un ángulo kabalístico, estas formas son los diversos modos mediante los cuales cada átomo divino de Adán Kadmon experimenta todos los niveles de la Existencia. La astrología es el estudio de esos principios, y por ello es de gran interés el momento del nacimiento, cuando la cualidad fluida de la psique cristaliza en la solidez del cuerpo.

Cualquiera que haya asistido a un parto, y sea consciente de algo más que la mera acción física, nota la presencia de algo muy poderoso y ultraterreno en la habitación. Del mismo modo, quien haya presenciado una muerte tiene la misma sensación de la presencia de los Mundos Superiores cuando el alma parte. Al nacer el proceso se invierte, y se requiere un esfuerzo considerable para lograr que la persona descienda, porque, aparte de los problemas que supone inducir la psique en el pequeñísimo guante del cuerpo, existen peligros cuando el individuo cambia su centro de gravedad de un mundo a otro.

tales peligros pueden deberse a la intrusión de seres desencarnados perdidos que todavía buscan un cuerpo o entidades a las que simplemente les gusta obstaculizar los procesos de transferencia. Tal idea puede parecer medieval, porque ya no está de moda en nuestra era científica, pero muchas personas inteligentes y sensibles reconocen discretamente la posibilidad de que sea así y que la idea de posesión por parte de una psicología de otro mundo no es sólo un mito. En el pasado, la gente aceptaba la realidad de otros mundos y sus habitantes, y tomaban precauciones con plegarias y amuletos. Ahora, aunque dependemos principalmente de las condiciones físicas en la sala de partos, es evidente que se cuidan más las condiciones psicológicas con las que se va a encontrar el niño. La nueva técnica del parto en agua caliente recuerda la idea esotérica consistente en extraer lentamente al individuo del mundo *yetzirático* del agua al terrestre de *Assiah*. No obstante, existen otros procedimientos espirituales. Del mismo modo que hay unos observadores tradicionales en la habitación de la muerte, también puede haberlos en el parto.

Aparte de los preparativos que se toman en este mundo a fin de crear las mejores condiciones para el parto, en los mundos superiores también se asiste a una encarnación. Por ejemplo, una persona que recibió el encargo de estar presente durante el parto de una mujer bajo disciplina de la Kábala, observó que, cuando se aproximaba la hora, aparecía un anillo luminoso que rodeaba la habitación. Esta luminosidad aumentaba por medio de cuatro columnas de fuego azulado y frío que atravesaban el suelo y el techo. A medida que avanzaba el parto, lo hacía también la intensidad de la actividad psíquica. El médico y la comadrona hacían cuanto podían para facilitar el parto, pero los kabalistas presentes vieron con claridad que nada ocurriría hasta que no se dieran determinadas condiciones. En un momento concreto comenzaron las contracciones finales y, mientras todos los demás estaban absortos en el parto, el vigilante vio varias figuras que se cernían sobre la cama y ayudaban a alguien a bajar. La imagen era borrosa, pero inequívocamente humana. Aquellos ayudantes tra-

bajaban arriba con la psique como los de abajo laboraban con el cuerpo. Cuando el niño nació, las figuras que estaban sobre la cama se desvanecieron, pero el círculo de luz y las columnas de fuego azulado permanecieron cierto tiempo después del nacimiento.

Podemos saber lo que experimenta el bebé porque muchas personas sometidas al procedimiento de regresión hipnótica recuerdan vívidamente su ingreso en el canal del parto. Las descripciones de oscuridad, presiones, textura y luz en el extremo del canal del parto nos recuerdan muchas experiencias de proximidad de la muerte, en las que la persona atraviesa un túnel hacia una brillantez. Desde el punto de vista kabalístico, éste es un paso a través de *Daat*, el agujero negro del Conocimiento que pone los Mundos en contacto, a fin de producir la fisión o la fusión entre los reinos físico y psicológico. Muchas personas consideraban esta transición como un acontecimiento traumático, mientras avanzan penosamente por el canal. Algunos podían recordar la mano de la comadrona o un instrumento quirúrgico que les atenazaba. A la mayoría les conmocionaba la frialdad del aire, la intensidad de la luz y el ruido de la habitación. Casi todas experimentaban una profunda sensación de pérdida al ser encarnadas. Esto, probablemente, no era sólo por la seguridad que les brindaba la matriz, sino por la dramática reducción del contacto con los mundos superiores de los que acababan de emerger. Se observaba que muchos de ellos eran muy conscientes de quienes les rodeaban y del estado en que se encontraban. Por ejemplo, el alivio de la madre, la indiferencia del médico y, en varios casos, la decepción del padre por el sexo del niño. Algunos incluso recordaban lo que había dicho la gente, como: «¡Vaya! ¡Qué chico tan gordito!» Esto significa que la psique no es infantil en el momento del nacimiento, sino una inteligencia dotada de un perfecto conocimiento. De manera similar, el estado en el que un niño llega al mundo es algo más que un reflejo físico. Una persona recordaba estar intensamente enojada, mientras que otra permanecía calmada. Se ha dicho que la manera en que uno reacciona al nacer es esencial en su vida. Muchas

madres han observado que esta reacción se conserva a menudo como uno de los principales rasgos del carácter. Ejemplos de ello son el bebé silencioso y observador que llegó a ser filósofo y el niño furibundo que de mayor es una persona constantemente enojada.

Muchos han observado que los bebés recién nacidos son muy parecidos a las personas ancianas. No es sólo el rostro arrugado lo que da esa impresión, sino también los ojos que irradian una inteligencia madura y sensación general de que hay una mente adulta encerrada en el cuerpo pequeño y delicado. Pero la mayoría de los padres, familiares y amigos olvidan pronto esta realidad y sólo ven el cuerpo de un bebé. Es interesante observar que muchas de las personas sometidas a regresión hipnótica recuerdan haber tenido pensamientos y sensaciones de adultos y que se deslizaban dentro y fuera del cuerpo del bebé, pues la conexión entre el cuerpo y la psique es muy frágil. Una persona describió cómo el cuerpo disminuía su esfera de acción, porque no podía relacionarse con un vehículo tan pequeño. En la Kábala, este estado de conciencia infantil-adulta se denomina «Días de sabiduría». Su duración es breve en algunas personas, y desaparece cuando el cuerpo empieza a plantear sus exigencias y la psique inquietada se sumerge lentamente en el aprendizaje de cómo relacionar lo frío y lo caliente, al hambre y los movimientos intestinales. Con el tiempo, el elemento adulto de la psique se desliza al inconsciente, aunque se recupera parcialmente cuando el cuerpo está dormido y se afloja la conexión entre el cuerpo y la psique. Ahora ha tenido lugar la encarnación lenta, pero seguramente, los recuerdos de las existencias anteriores quedan sepultados y el individuo empieza a vivir una nueva vida. Sin embargo, las posibilidades de esta encarnación se revelan en el horóscopo o la imagen temporal macrocósmica creada para el momento del nacimiento.

13. EL PARADIGMA

La astrología es el estudio de los efectos de las influencias cósmicas sobre la humanidad. Es una de las ciencias más antiguas y, desde luego, la forma más antigua de la psicología. Este cuerpo complejo de conocimiento sobre los efectos celestiales se ha acumulado durante milenios de observación empírica. Los babilonios formularon el esquema general de los niveles que interactúan y los griegos refinaron los detalles. Los árabes añadieron la dimensión más precisa del sistema de la Casa Mundana, y los astrólogos occidentales profundizaron en el tema y lo ampliaron con la ayuda del moderno método científico. Hoy, la astrología es una síntesis sutil de mitología, psicología y tecnología. Desde un punto de vista kabalístico, es una disciplina que relaciona los acontecimientos en el mundo de *Yetziráh* con lo que ocurre en el mundo de *Assiah*. Considerada desde un prisma más contemporáneo, la astrología es el estudio de un sistema de dinámicas y estructuras cósmicas y cómo afectan al subsistema de la psique, según las tensiones, alivios, bloqueos y liberaciones que se producen en un momento dado. Su explicación estriba en que el sistema solar, con su serie siempre cambiante de relaciones planetarias, afecta, por resonancia, a la delicada infraestructura de la Tierra y, en especial, a los seres humanos, que son más sensibles a los acontecimientos en los mundos superiores. Esto se debe a que cada uno es una versión en miniatura del universo y concuerda rítmicamente con las pautas cósmicas. El horóscopo

del nacimiento no es más que la imagen de una situación celestial en el momento del nacimiento, cuando la psique encarnada cuaja en el cuerpo.

La razón de que ese esquema pueda ser útil estriba en la existencia de una relación analógica entre la naturaleza de los *Sefirot*, los planetas y la psique. Así, por ejemplo, *Malkut* y la tierra corresponden al cuerpo, mientras que el sol y la luna se relacionan con el Yo y *Tiferet* y el ego y *Yesod*, respectivamente. Los planetas corresponden a las diversas funciones y niveles del Árbol psicológico que se basa en la imagen del Adán Kadmon. El modelo se individualiza en el momento del nacimiento, cuando cada uno de los principios celestiales deja la marca de un signo determinado del Zodiaco en el primer aliento. Esa imagen no es la de las constelaciones estelares o los verdaderos cuerpos celestes, sino la de doce divisiones del cielo orientadas hacia la tierra cuando los astros y los planetas se relacionan con un lugar y un momento determinados. Es como la diferencia entre una pintura perceptiva, pero impresionista, de una persona y una imagen fotográfica de alta resolución. La primera se concentra en la profundidad y el relieve, y la última en una exactitud superficial que, con frecuencia, es engañosa. Un horóscopo le revela a un buen astrólogo qué tendencias de un carácter es probable que predominen y que deberían controlarse, y qué rasgos es necesario alterar. Un astrólogo con mucha experiencia puede efectuar ciertas predicciones sobre una vida, del mismo modo que un buen médico puede pronosticar el curso de una enfermedad, pero esto ha de basarse en una gran pericia y una profunda comprensión de la naturaleza humana, de lo que carecen muchos astrólogos y, desde luego, médicos, porque la mayoría de la gente se deja guiar por lo obvio para efectuar sus valoraciones o se rige por la regla de la opinión establecida, que está sometida a la moda intelectual.

La posición del sol, la luna y los planetas da a cada carta y Árbol una carga única en su género, pues es muy infrecuente que dos personas nazcan con una diferencia de cuatro minutos y en el mismo lugar. La manera en que esta configuración

Kábala y psicología

se extiende o se apiña puede indicar el grado de versatilidad de una persona o si es del tipo obsesivo, como ocurre cuando el sol, la luna y Marte están en conjunción en un signo particular o Casa Mundana. Sin entrar en tecnicismos, pues la astrología no es un tema de nuestro estudio, diremos que una Casa es un departamento de la vida en donde un planeta se manifiesta. Por ejemplo, Saturno, que está en la llamada décima Casa, relacionada con los logros en el mundo, haría que la persona tienda hacia una ambición poderosa. Tanto Napoleón como Hitler lo tenían en sus cartas astrológicas. Hemos de decir, citando a sir Thomas Browne, el físico del siglo XVIII:

No cargues las espaldas de Aries, Leo o Tauro con tus defectos; ni hagas a Saturno, Marte o Venus culpables de tus locuras. No pienses en adjudicar tus imperfecciones a las estrellas, y así imaginarte desesperadamente bajo la fatalidad de ser malvado. Considérate en tu interior. No te busques en la luna, sino en tu propio orbe o circunferencia microcósmica.

Esto significa que, mientras el horóscopo indica tendencias, son sólo propensiones que se pueden utilizar o refrenar, porque el factor del libre albedrío siempre está disponible. Pero normalmente preferimos no tener conciencia de nuestras inclinaciones, sobre todo de las malas, y de ahí la gran importancia que tiene una carta astrológica para la mayoría. Vamos a poner un ejemplo para ver los principios *sefiróticos* y celestiales implicados y su efecto sobre la psique que se ha encarnado.

Normalmente se traza el horóscopo que corresponde al momento del primer aliento independiente, cuando los cuerpos psicológico y físico se fusionan en mayor o menor grado. Si entonces no quedan trabados, el cuerpo muere y la psique vuelve a retirarse al mundo *yetzirático*, como sucede cuando el niño nace muerto. Esta fusión de cuerpo y mente produce una pauta de fuerzas y estructura que recuerda los copos de nieve, los cuales adoptan determinadas formas según las condicio-

nes. En el caso de las personas, la psique cristaliza en una especie de holograma personal del cosmos, a medida que despliega el grandioso proyecto. Esto pone en movimiento lo que denominamos hado. El proceso puede compararse a una flecha lanzada con un arco bajo unas condiciones determinadas de ángulo, tensión, humedad y puntería. Una vez suelta la flecha, seguirá una trayectoria específica. En hebreo, la palabra *ḥet* o «pecado» significa «errar el tiro», y esto se relaciona con una persona que no desarrolla el hado que le ha sido concedido, pues, al contrario que la flecha inanimada, nosotros podemos efectuar correcciones de la trayectoria en vuelo, aun cuando el trayecto general desde el nacimiento hasta la muerte pueda estar fijado de una u otra manera, según el karma que estableció el blanco a alcanzar.

Por ejemplo, si nuestro sujeto nació poco después del alba, con el sol en el signo de Cáncer, entonces las pruebas empíricas indican que puede ser una persona esencialmente retraída y preocupada por los asuntos domésticos; mientras que alguien nacido quince minutos antes seguirá interesándose por la familia y la seguridad, pero lo expresaría de un modo muy extravertido, volcado hacia el bien social, empeñado en lograr que la gente de su entorno tenga nuevos y mejores hogares, o ser el pionero en la fundación de comunidades. Una luna en Leo, por ejemplo, podría acrecentar un ego carismático o megalomaniaco, según la relación de la luna con los demás planetas y su posición en el sistema de Casas, mientras que la luna en Virgo, que se relaciona favorablemente con el sol, podría, si la persona sabe utilizar bien esta circunstancia, lograr que el ego-*Yesod* práctico ayude al Yo-*Tiferet* simbolizado por el sol. Si se utiliza mal, a pesar de su buen aspecto, esa persona podría volverse demasiado mezquina o posesiva en su búsqueda de seguridad y convertir una situación familiar potencialmente excelente en una tiranía. Esto ilustra que los llamados buenos y malos horóscopos no son tan inequívocos como podría parecer. Muchas personas con una carta difícil en apariencia han dominado sus problemas y se han desarrollado a partir de lo que Shakespeare llamó un «subordinado» de sus astros.

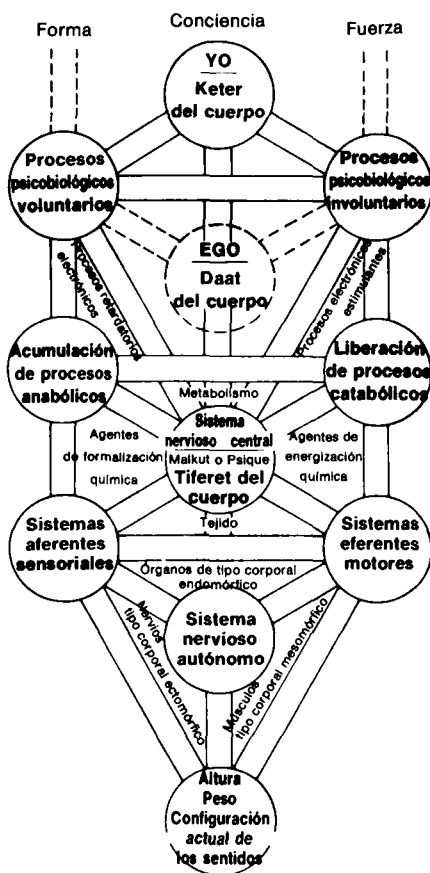
Kábala y psicología

Si el Ascendiente, el sol y la luna se consideran como la forma corporal, el ego y el Yo, entonces los planetas representan, en el Árbol, las diversas funciones de la psique. Así, un Mercurio en *Hod* en el signo de Géminis, en la tercera casa de comunicación, indicaría un alto grado de inteligencia y curiosidad, mientras que un Venus en el mismo signo y casa sugerirían una curiosidad sensual que podría conducir a la promiscuidad. De modo similar, cualquiera de los planetas, cuando se analiza según su posición y relación mutua, indicará la propensión a una *Sefirá* particular en su psique. Un Marte o *Geburah* afligido, por ejemplo, sugiere mal juicio, o a la inversa, si se utiliza bien, significa buen discernimiento. Un Júpiter, o *Hesed*, bien situado y de buen aspecto, por otro lado, crearía relajamiento, hasta tal punto que la persona estaría continuamente en deuda o amaría a quienes siempre le harían daño. Éste, claro está, podría ser su hado, es decir, o bien aprender a no ponerse en esas situaciones, o bien a eliminar parte de la acumulación kármica. De la misma manera, un Saturno en Aries, en la Casa de las parejas, podría conducir a un matrimonio impetuoso y contencioso con alguien mucho mayor, en el que algún problema de la vida anterior se resuelve en una relación paterno-filial, hasta que uno de los cónyuges o los dos se hacen adultos. La posición de Urano o de los factores *Jokmáh* podría ser muy crítica en la vida de una persona, si se encuentra en la Casa de las posesiones. Esto indica ganancias y pérdidas repentinas de cosas prácticas, si está en un signo terrestre, o quizás aspectos emocionales, si es un signo acuático. Según la Kábala, los planetas Neptuno y Plutón se asocian con la columna central de la conciencia, e indicarían la clase de contacto con la Divinidad y el Conocimiento del Espíritu que podría tener la persona. Por ejemplo, Neptuno en Piscis podría significar un enfoque místico, mientras que Neptuno en Tauro podría producir una conexión más material y práctica.

Todo esto sólo puede dar una ligera idea de lo que puede obtenerse de una carta astral del nacimiento. Un experto puede espigar muchos datos mediante la exploración, el análisis

sis y la síntesis de todos los factores. Como una placa de rayos X, el paradigma de un horóscopo contiene muchos detalles minuciosos de la situación, así como el cuadro general. Puede indicar talentos y lecciones de carácter, la inclinación a llevar una u otra clase de existencia, y cuando la astrología se aplica de una manera inteligente, detecta los períodos cruciales del crecimiento y la crisis, pues, de la misma manera que el cuerpo ha de crecer hasta adoptar la imagen ya existente, así la psique tiene una pauta que sigue un trayecto particular, a medida que la persona pasa por las diversas edades y etapas de desarrollo.

Desde un punto de vista objetivo, la carta del nacimiento establece el potencial de una persona. Hay quienes alteran la pauta de su vida, pero esto es infrecuente, pues son pocos quienes se conocen a sí mismos lo suficiente para modificar o desarrollar sus rasgos. La astrología es útil porque constituye un mapa detallado que contiene la clase de información que normalmente se tarda años en adquirir. Tras haber visto la emergencia de la psique en el mundo material del cuerpo, examinemos ahora los paralelos, al empezar a ver la relación y la resonancia de los organismos psicológico y físico.



9. EL CUERPO

Los niveles mecánico, químico, eléctrico y consciente del organismo aparecen aquí en sus papeles activo y pasivo. Las partes inferiores y más densas actúan como instrumentos de las alquimias superiores y más sutiles del campo étérico y la dirección de la superficie inferior de la psique.

14. LA REENCARNACIÓN

Desde el punto de vista kabalístico, el cuerpo comienza como una sola célula fertilizada que, en el proceso de multiplicación y diferenciación, llena lentamente una forma ya existente. Esta imagen del cuerpo se retiene en la superficie inferior de *Yetziráh* en *Yesod*, que es la *Sefirá* encargada de retener imágenes. Es también el lugar de *Duat*, en este caso, el conocimiento del cuerpo. El científico ve la plantilla del conjunto en el interior de cada célula, pero éstas son sólo los bloques de construcción. El diseño del organismo pertenece a un orden superior de leyes, y las células se limitan a seguir una pauta que se repite en millones de cuerpos humanos. Este proceso de llenar la forma no se detiene con el nacimiento, sino que continúa a través de las diversas fases *sefiróticas* hasta que el cuerpo llega a la flor de la vida, alrededor de los veinte años. Durante este período de crecimiento hay que pasar por muchas fases, que se ven como etapas diferenciadas tanto en el desarrollo de la psique como en el del cuerpo. La base de la psique, según quienes sólo ven la dimensión material, es la estructura genética de cada célula que determina el sexo, el tipo corporal, la piel, el cabello, el color de los ojos y muchas otras características de la constitución física. También conectan los recuerdos instintivos de toda la humanidad con la raza, nación y familia de ese individuo determinado, así como el carácter de su cuerpo, que está formado por la combinación de los cromosomas de sus padres. Esta mezcla singular de ele-

Kábala y psicología

mentos físicos afecta en gran manera la superficie inferior de la psique, que ahora está integrada en la superficie superior del Árbol corporal.

Ejemplo de ello son las tres principales divisiones raciales de la humanidad, simbolizadas por los tres hijos de Noé que poblaron el mundo después del diluvio. Haciendo una amplia generalización, las razas blanca, amarilla y negra representan los aspectos de pensamiento, sensación y acción de la humanidad, y las civilizaciones que han generado exhiben esas inequívocas cualidades en la ciencia occidental, las religiones orientales y la danza africana. Naturalmente, se encuentran muchas mezclas de las tres en los grupos subétnicos, en los que se han realizado matrimonios mixtos, y las subdivisiones raciales, porque dentro de cada raza hay unas personas más inclinadas al pensamiento, otras a las sensaciones y otras a la acción. No obstante, aunque han desaparecido las divisiones nítidas, sigue existiendo una fuerte tendencia colectiva en la mayoría de las personas que reconocen sus raíces y se adaptan a la mentalidad gregaria de su raza, nación y comunidad. El conflicto en la República de Sudáfrica entre los blancos y las tribus negras es un ejemplo de actitudes muy diferentes que no sólo consideran el color de la piel de una persona, sino también la psique y su punto de vista general. Esto sucede en todo el mundo, incluso en los países llamados adelantados, como Gran Bretaña, donde los escoceses siguen considerando a los ingleses como el «viejo enemigo» en los encuentros internacionales de fútbol, en los que el nivel tribal entra en erupción.

Los tres tipos se observan también en individuos a los que algunos científicos definen como ectomórficos, o pensadores delgados y nerviosos, mesomórficos, o fuertes, musculosos y activos, y endomórficos, o personas algo obesas, sensibles y de humor cambiante. Según los biólogos, estos tipos tienen su origen en el predominio de los procesos nerviosos, musculares o viscerales durante la gestación. El kabalista argüiría que tales diferenciaciones se deben al tipo de psique que se encarna, y que una persona necesita tal o cual tipo de cuerpo a fin de corregir o desarrollar una u otra cualidad.

La clasificación de los tipos corporales encaja en la triada fundamental del Árbol físico, en el que músculos, nervios y órganos se consideran apiñados alrededor del sistema autonómico en *Yesod*, con *Malkut* en el nivel elemental de la piel, los huesos y los órganos sensoriales externos. Esta relación del cuerpo con el Árbol se observa en el ejemplo del sistema nervioso periférico, con su subdivisión en simpático y parasimpático que corresponden a las columnas externas. El simpático (columna de la derecha) dilata la pupila del ojo, mientras que el parasimpático (columna izquierda) la estrecha; el simpático estimula el corazón, mientras que el parasimpático actúa en sentido inverso. Vemos aquí los principios de estructura y dinámica que operan en todos los mundos que actúan en el cuerpo. La relación entre los sistemas nerviosos autonómico y central se corresponde con la *Tiferet* y el *Yesod* del Árbol físico. Esto se debe a que los actos autónomos vienen a ser como un mecanismo que se encarga de los procesos rutinarios del cuerpo, mientras que el sistema nervioso central, que es de orden superior, conecta el *Malkut* de la psique con las operaciones del cerebro, de la misma manera que el ego *yesódico* de la psique se superpone al *Daat* del cuerpo. Estos elementos se funden en el instante de nacer, estableciendo una relación de trabajo, cuando la parte inferior de la psique se entrelaza con la parte superior del Árbol corporal.

Cuando un bebé abandona el seno materno y le separan de la madre, aún está lejos de ser independiente, pues aunque hayan cortado el cordón umbilical, el cordón psicológico entre la madre y el niño todavía está presente y es preciso mantenerlo. A esto se le llama proceso de «vinculación». En las sociedades de organización sencilla, la madre y el hijo no suelen estar separados. Sin embargo, en el mundo occidental de nuestro tiempo, madre e hijo están a veces separados por diversas razones técnicas durante el período inmediatamente posterior al parto, y se ha observado que esto parece tener efectos perjudiciales para ambos y, en especial, para el bebé. Una tendencia mucho más racional es la de entregar el bebé inmediatamente a la madre, para que lo abrace y le alimente. Esto

no sólo sirve para establecer el conocimiento externo tras la larga relación interna durante el embarazo, sino que constituye el establecimiento vital de una conexión que es muy sutil y profunda entre los seres humanos, pues el *Malkut* y el *Yesod* de la psique del niño tratan de establecer contacto con el mundo físico, representado inicialmente por la madre.

Se ha observado que, si no se facilita ese vínculo, se genera una incapacidad de relación con la realidad física por parte de la psique que se encarna. Los experimentos con monos a los que se les impedía establecer ese fundamento *yesódico* con la madre mostraron que los animales sufrían serios trastornos y que, si no se les corregía, se volvían inestables y retirados de su sociedad de una manera permanente. Lo mismo sucede con los bebés humanos, a los que, si se les impide formar una firme conexión de *Yesod* con su madre, pueden volverse psicóticos o neuróticos de mayores. Semejante situación se produce cuando la madre está enferma, muestra indiferencia hacia el niño o hay algo que, a su entender, requiere más atención. Desde el punto de vista kabalístico, tales acontecimientos no son ningún accidente, sino el primer efecto fatal de una causa arraigada en el karma. Esto no significa que todos los individuos implicados no deban responsabilizarse de sus acciones como padres, pues hay que tener en cuenta el libre albedrío y la noción de que la persona que acaba de nacer también sabe plenamente lo que ocurre durante los primeros días y, a veces, semanas después del nacimiento. Las acciones y reacciones de ambas partes son esenciales y forman la base de la seguridad física y psicológica, cuando el *Malkut* y el *Yesod* de la psique del bebé se imprimen con su experiencia primaria de la nueva vida. Aquí es donde se origina la confianza o desconfianza fundamentales del mundo exterior.

Cuando el cuerpo y la psique empiezan a entrelazarse con ímpetu creciente, la capacidad de mantener la conciencia prenatal queda sepultada bajo un cúmulo cada vez mayor de experiencia sensual. Gradualmente, el cuerpo infantil y sus necesidades superarán a la claridad y libertad de la psique. La mayor parte de la gente pronto lo olvida, aunque, como hemos

visto, muchos, por medio de la regresión hipnótica, pueden recordar lo que sucedió con gran precisión, lo cual sugiere una apreciación notablemente madura de la circunstancia en algunos casos. La pérdida de esta percepción psicológica, desde el ángulo kabalístico, es el desvío del centro de gravedad de la conciencia, que desciende al *Malkut* cuando la relación entre *Yesod* y *Daat* del ego aleja la atención de la psique y la fija en el cuerpo, con el desarrollo del sentido más directo, el del tacto. Éste y los demás órganos *Malkut* de percepción de la realidad física, constituyen el tema del capítulo siguiente.

15. LA PERCEPCIÓN

La mayoría de las personas creen que pueden ver el mundo exterior como una realidad. Lo que perciben, de hecho, es una imagen muy subjetiva del universo físico. La razón es que todo lo que tocamos, saboreamos, olemos, oímos y vemos accede a nuestra conciencia a través de uno de los sentidos. Esto significa que aquello que percibimos es, básicamente, una impresión que se ha filtrado a través de un órgano determinado que es sensible solamente a una serie específica de frecuencias, que puede estar influido por una incapacidad física y puede pasar por unos procesos mecánicos, químicos y electrónicos antes de que lo tamice una mente individual, con prejuicios psicológicos y culturales, en un estado determinado de conciencia.

Como veremos, no existe ninguna visión objetiva. Incluso el procedimiento científico más minucioso puede estar distorsionado por el deseo de obtener un resultado determinado, a menos que la persona que lo lleva a cabo sea consciente de todas las clases de realidad. Por esta razón existen tantas teorías contradictorias acerca del Universo, que dependen del nivel que se observa. Para la mayoría de la gente, el único mundo real es el físico y, en consecuencia, suponen que sus sentidos son por completo objetivos en su percepción de él. La ciencia está empezando a ver que esto no es cierto. Por ejemplo, uno de los descubrimientos más recientes es el de que los dos hemisferios del cerebro funcionan de un modo totalmente

independiente, y se ha observado que el lado izquierdo es más preciso en su percepción y sus capacidades, pues ahí radican las habilidades en matemáticas, lenguas, lógica y literatura, mientras que el hemisferio derecho se inclina hacia las habilidades irracionales de la música, la danza y la fantasía creativa que subyace en todas las artes. Este descubrimiento, basado en las investigaciones sobre cerebros, tanto normales como lesionados, tiene un interés particular para el kabalista porque concuerda con la noción de las columnas del Árbol, en la que *Nétzaj*, *Hesen* y *Jokmáh*, a la derecha, se relacionan con los procesos más creativos, mientras que *Hod*, *Geburah* y *Bináh*, a la izquierda, con el aspecto más analítico. También es interesante observar que existe en el cerebro una cuadrícula de impulsos, de modo que cada hemisferio influye en el lado contrario del cuerpo, a fin de equilibrar cualquier tendencia al sesgo o la división. Así, el lado derecho, generalmente activo, del cuerpo está controlado por la mitad lógica del cerebro, mientras que la mitad más pasiva está estimulada por el hemisferio creativo. Naturalmente, hay personas zurdas que utilizan ese lado de una manera más activa, pero esto indica una compensación del equilibrio, quien no sólo era zurdo sino que escribía al revés. La razón de estas peculiaridades radica probablemente en la psique más que en el cuerpo, y aquí tenemos la relación entre el *Duat* del cuerpo y el *Yesod* de la psique como el factor crítico en nuestra manera de ver el mundo exterior y reaccionar a él.

Cuando nacemos, el *Duat*, o conocimiento del cuerpo, está unido al *Yesod* o ego de la psique. Esto significa que las impresiones que proceden del mundo exterior, a través de los sentidos, entran en el ego y empiezan a formar una imagen de la realidad externa. La manera en que esto ocurre es importante porque, como hemos dicho, el niño pone los cimientos del ego. Al principio, la tactilidad es el sentido más importante porque a través del tacto podemos recibir una impresión directa del mundo físico. Este sentido actúa por medio de millares de células situadas cerca de la superficie corporal, las cuales recogen las impresiones de calor, humedad, presión y otra docena de datos acerca de lo que entra en contacto con la piel. Algu-

nas zonas del cuerpo tienen concentraciones de células táctiles, como las manos y el rostro, de modo que estas partes del cuerpo pueden reaccionar a las circunstancias y aprender a responder a los peligros o los placeres del mundo físico. Por ejemplo, en la boca hay unos sensores internos que, gracias al instinto de alimentar el organismo, reaccionan a cualquier cosa introducida en esa cavidad. Así, la primera imagen que un niño forma en su ego *yesódico* se relaciona con el placer, el dolor y la nutrición. Estos impulsos instintivos de buscar comodidad, evitar las molestias y satisfacerse con rapidez son absorbidos rápidamente por el *Yesod* de la psique, mientras el *Daat* del cuerpo traduce las impresiones sensoriales que surgen del *Malkut* de la psique que recibe datos de los sistemas nerviosos y órganos sensoriales del *Tiferet*, el *Yesod* y el *Malkut* del cuerpo.

El gusto y el olfato, los sentidos intermediarios de tierra-agua y agua-aire, expanden la imagen centrada en el *Yesod* del niño. El sabor de la leche y la piel maternas, junto con su aroma, forman lentamente una imagen centrada en el ego para la psique recién encarnada. Gradualmente, los recuerdos del mundo prenatal quedan relegados por la ocupación absorbente de aprender a succionar el seno, obtener más calor y recibir el mayor apoyo posible por parte de la madre, puesto que no puede sostenerse por sí mismo en lo que parece un entorno hostil donde, por ejemplo, el hambre le contrae el estómago o sus intestinos están demasiado extendidos. El calor y el amor son un contrapeso del frío y el temor producido por los sonidos extraños y las imágenes desconocidas que aparecen en el pequeño mundo formado lentamente sobre la pantalla *yesódica* de la conciencia del ego. El mundo exterior y su estado siempre cambiante deben ser muy amenazantes para el bebé, cuyo único refugio, inicialmente, es el sueño, pues mientras que la madre puede aliviar las tensiones corporales y actuar como un ego que sustituye al del bebé, el *Yesod* de éste no está lo bastante desarrollado para distinguir la diferencia entre los acontecimientos interiores y los exteriores.

El ego representa el sentido de posesión, lo «mío y tuyo», lo

cual es muy distinto del «yo», más objetivo y que reservaremos para el «Yo» del que nos ocuparemos más adelante. El ego procede de la experiencia del mundo y su síntesis dentro de la psique inferior, que se inicia con los sentidos, cuando el cuerpo y el entorno empiezan a formar una imagen de la realidad externa dentro del *Daat* físico y el *Yesod* psicológico del ego. Examinemos un ejemplo de este proceso.

Un bebé mete los dedos en una taza de café caliente, mientras está sentado en el regazo de un adulto, y descubre que eso le hace daño, porque los nervios aferentes informan al sistema nervioso autónomo de que la piel se quema, y un circuito formado por un par de nervios eferentes hacen que la mano se retire bruscamente. Esta experiencia del café caliente será transmitida por el *Yesod* corporal del sistema nervioso central, el cual informará al *Daat* corporal que, a su vez, comunica al *Yesod* de la psique que introducir los dedos en café caliente duele. Todo esto ocurrirá mientras las triadas físicas de nervios y músculos más inferiores se ocupan de la situación práctica. Entretanto, el *Yesod* del ego archivará la experiencia en la memoria para referencia futura. En un nivel más complejo y sutil, las formas visuales, como el rostro humano, se diferenciarán lentamente, mediante el mismo proceso, en la madre y lo que no es la madre, y finalmente en el padre y otras personas, cuando la experiencia física y luego psicológica se centra en la conciencia del ego y se fusiona con ella, aunque sólo sea por una fracción de segundo cada vez. Tales momentos de cognición dejan una huella en la memoria, que luego se puede recordar y utilizar para reconocer lo que ya se sabe.

Desde el punto de vista kabalístico, la memoria existe tanto en el cuerpo como en la psique. En primer lugar, están todos los recuerdos de vidas anteriores profundamente arraigados en la psique, que constituyen una matriz general; luego están los adquiridos en esta vida y que proceden de la interacción de una persona con el mundo, compuesto por innumerables impresiones sensoriales y la actitud psicológica formada por una visión particular del entorno y la relación del individuo con

éste. La imagen se retiene parcialmente en los millones de células del cuerpo, sobre todo las del cerebro, donde cada célula tiene por lo menos sesenta mil conexiones que actúan como un banco de memoria, y parcialmente en la psique, que almacena cada momento de conciencia en su vasta biblioteca de complejos emocionales y sistema de conceptos. El argumento de que el cerebro físico retiene toda la memoria queda invalidado por el fenómeno de que algunas personas con el cerebro gravemente lesionado pueden seguir realizando sus funciones, aun cuando ciertas actividades motoras y recuerdos puedan estar disminuidos o haberse perdido. El cerebro de un hombre, que sólo es consciente del mundo físico, puede percibir que es el emplazamiento de su mente, pero la conciencia, como veremos, no reside ahí.

El proceso de aprender a usar los sentidos y coordinar sus hallazgos no sólo continúa momento a momento, sino que profundiza la percepción general del mundo exterior que tiene la psique. Sin embargo, dos factores ejercen una considerable influencia en este proceso, a saber, el equilibrio particular de la psique y las condiciones específicas en las que se encuentra una persona. El primero es el resultado de muchas vidas y la clase de temperamento adquirido al nacer, mientras que el segundo depende de la familia y la clase de cultura en la que vive el individuo. Estos factores, junto con los genes del cuerpo y su inclinación hacia esta o aquella tendencia física, crea un condicionamiento que debe afectar a la interpretación de la experiencia. Ejemplo de ello son las diferentes opiniones de los pieles rojas y los colonizadores blancos con respecto a las Montañas Negras de Dakota en el siglo pasado. Para los primeros, las montañas eran una zona sagrada y compartida por todos dedicada al Gran Espíritu. Para los segundos, eran una inmensidad salvaje, habitada por nativos y rebosante de oro. Tales percepciones opuestas del mismo lugar se basan en impresiones y actitudes acumuladas desde la infancia que han formado lentamente una imagen *yesódica* de las cosas. La mayoría de nosotros no nos percatamos de nuestra subjetividad. Para contrapesarla, la psique tiene que aprender qué es lo ob-

La percepción

jetivo, a fin de poder ser capaces de vivir en el mundo físico. Aquí empezamos a diferenciar entre habilidades prácticas y pautas psicológicas que se aprenden a medida que el bebé extiende poco a poco su radio de acción.

16. LA ORIENTACIÓN

Si el *Daat* del conocimiento corporal y el *Yesod* de la psique generan el ego y la visión que éste tiene del mundo por medio de su interacción, la *Bináh* y la *Jokmáh* del organismo físico se correlacionan con la *Hod* y la *Nétzaj* de la psique en las funciones sensoriales y motoras, mientras que el *Malkut* de la psique se superpone a la *Tiferet* física del sistema nervioso central. Así, la experiencia se procesa mediante la cooperación de dos sistemas. Ejemplo de ello puede ser el acto de comer una manzana. Los dientes y la lengua de los órganos sensoriales prueban la consistencia y el sabor de la fruta, después de haberla visto y tal vez olido para comprobar si está madura. Este procedimiento es del todo inconsciente y automático: tras haber pasado por el *Malkut* de los órganos sensoriales, los mecanismos interiores del cuerpo han reducido el alimento a un pulpa que se puede absorber. Éstas son las operaciones instintivas o subconscientes de la *Nefesh* o inteligencia vital que cuida del cuerpo. Pero supongamos que la lengua descubre un gusano: entonces se precipita una reacción considerable, de improviso aparece una imagen en la mente y todas las asociaciones con gusanos acceden a la conciencia del ego. Se produce un cambio de nivel, del sistema nervioso autónomo al central, y esa porción de la manzana con su habitante son rechazados en una mezcla de reacción corporal y conciencia del ego. En un niño pequeño no se produciría semejante reacción, porque la criatura no tiene ninguna asociación con los gusanos. Desde

luego, la *Hod* de la psique, que recoge los datos, registraría la diferencia entre manzana y gusano, pero la imagen *yesódica* aún no está presente, por lo que el principio de la *Nétzaj* no respondería. Por este motivo los pequeños pueden tragarse piedras, monedas y muchos otros objetos que repugnarían a los adultos. Es preciso aprender a diferenciar.

El aprendizaje es un proceso en el que la *Hod* de la psique recibe información, ve la importancia que tiene con relación a la imagen del mundo que existe en el *Yesod* de la psique y responde a ella de una manera apropiada, a través del *Nétzaj* de la psique, o reacción motora. Establecer esta situación requiere muchas fases de crecimiento físico y desarrollo psicológico. Examinemos una secuencia particular que se ha detectado. Según un investigador, hay seis etapas distintas de inteligencia sensorial motora. Se dice que el ojo puede recoger los estímulos de un solo fotón, lo cual equivale a ver la llama de una vela a cincuenta kilómetros de distancia, que el oído puede detectar el tictac de un reloj a seis metros en una habitación silenciosa y que las papilas gustatorias pueden identificar algunas moléculas, o el equivalente de una cucharadita de azúcar disuelta en diez litros de agua destilada. También se ha reconocido que la nariz puede detectar unas pocas moléculas o la densidad de una gota de perfume difundida por una casa de tres habitaciones, mientras que el sentido del tacto puede percibir el peso del ala de una abeja que cae desde un metro de altura sobre la mejilla. Con este equipo altamente sensitivo, el bebé percibe, pero todavía no puede comprender el entorno en el que se encuentra.

A la primera fase definida se la ha llamado de «reflejos activadores», y en ella la inteligencia sensorial y motora del niño, o principios de *Hod* y *Nétzaj*, operan simplemente como funciones, tales como la de succión y el movimiento de brazos y piernas. Los objetos carecen de significado o de existencia independiente, ni existe ningún sentido del espacio o el tiempo aparte de lo que está presente. No hay ninguna idea de causa y efecto. La segunda fase, llamada de «reacciones primarias circulares», es la etapa en la que el niño empieza a

coordinar acciones al azar. Por ejemplo, cuando tenga hambre se llevará los dedos a la boca, primero por accidente, y luego intentará saciar su apetito chupándolos. Ahora los objetos empiezan a tener importancia, aun cuando carezcan todavía de un marco significativo. La tercera etapa, llamada de «reacciones secundarias circulares», tiene lugar hacia los seis meses, cuando el niño empieza a interesarse por los objetos concretos e inicia movimientos adrede que tienen un propósito, como el de tocar un juguete. Aquí interviene una apreciación del espacio y una sensación de poder al darse cuenta de que, si se mueve de una manera determinada, conseguirá el objeto. El reconocimiento del tiempo aparece en este punto, al producirse acontecimientos memorables, como el de la alimentación. La cuarta etapa, llamada «coordinación de reacciones circulares secundarias», que aparece hacia el final del primer año, toma diversos círculos de percepción y respuesta y empieza a combinarlos en operaciones específicas, a fin de obtener el efecto deseado. Se desarrollan nuevas combinaciones y es posible percibir los acontecimientos en relación unos con otros, como, por ejemplo, la extracción de un objeto oculto bajo un cojín. En este punto empieza a ampliarse la memoria, aunque el bebé todavía no comprende el tiempo y el espacio. En la quinta etapa, llamada de «reacciones circulares terciarias», la inteligencia sensorial y motora está lo bastante desarrollada para posibilitar las habilidades que requiere el niño a fin de llevar a cabo operaciones complicadas, como usar un juguete como instrumento para acercar otro. Más o menos por esta época, se intensifica el interés por los objetos naturales, tocándolos y examinándolos más de cerca. Aumenta la conciencia espacial, al tiempo que se aprecia la relación entre objetos y lentamente empieza a aparecer la noción del tiempo con relación al mundo exterior y las acciones del bebé. Examinemos todo esto desde el punto de vista kabalístico.

Hasta aquí, la combinación de *Hod* sensorial y de *Nétzaj* motora, en conjunción con el sistema nervioso central y el *Malkut* de la psique, han elaborado lentamente un sistema de funcionamiento, mientras el ego, en *Yesod*, concentra lenta-

mente todo lo experimentado en una imagen coordinada del mundo infantil. Esto puede ocurrir porque las tríadas de la acción psicológica, el pensamiento y el sentimiento también son activadas por la experiencia, de manera que se añade una dimensión interna a la pericia mecánica que se ha adquirido. Hacia los dieciocho meses, el bebé entra en la sexta fase, llamada de «ideación de nuevos proyectos en combinación con la actividad mental». Esto significa un cambio profundo, desde una técnica de prueba y error puramente *assiático* o físico, hasta las maniobras internas o *yetziráticas*. Puesto que el ego *vesódico* se ha desarrollado lo suficiente para trabajar sólo con imágenes, ahora puede manipular las formas en abstracto. Esto proporciona la capacidad de tener unas intuiciones a las que no llegan los sentidos, como deducir que un objeto determinado debe de estar escondido debajo de otro, aun cuando el bebé no haya visto que lo han puesto ahí. Tenemos, pues, un orden distinto de conciencia. La capacidad de pensar a fondo en *Yetziráh* consiste en apreciar lo que quizá no sea físicamente visible, lo cual requiere pericia para identificar causa y efecto, recordar acontecimientos pasados y relacionarlos con el futuro. A partir de aquí el ser humano empieza a ir más allá de la inteligencia sensorial y motora que poseen todos los animales superiores, aunque los psicólogos del desarrollo más mecanicistas no estarían de acuerdo con esto, porque sólo perciben el mundo de *Assiah*.

Algunos investigadores, por ejemplo, sostienen la opinión de que el niño aprende por medio del condicionamiento, es decir, que responde a un estímulo, y si éste se repite con suficiente frecuencia, se establece una pauta. Argumentan que se trata de condicionar los reflejos naturales. Esta idea se lleva más lejos al afirmar que, así como el niño crece en su entorno, así su temperamento, creado por su composición genética, es condicionado para que llegue a ser una u otra clase de persona. A esta opinión conductista se opone el llamado «nativismo», según el cual los niños poseen de manera innata todo el conocimiento que necesitan, y que sólo es necesario que lo active la experiencia. Ese conocimiento innato se observa en

los bebés de todas las partes del mundo. La verdad equidista de estos dos puntos de vista, y muchos psicólogos de la infancia combinan elementos de ambos en lo que algunos llaman «estructura cognitiva».

Para el kabalista, el panorama es mucho más amplio, pues hay que tener en cuenta algo que la mayoría de psicólogos pasan por alto, a saber, todo cuanto ocurrió antes de que el bebé naciera. En primer lugar, la psique que se ha encarnado ya posee mucha experiencia, si bien ésta puede quedar rápidamente sepultada al tener que enfrentarse al aprendizaje de vivir en un mundo infantil. Esto, sin embargo, no elimina el nivel innato de desarrollo, como puede verse en ciertos niños que progresan con mucha rapidez y van muy por delante de sus compañeros de la misma edad, pues muy pronto aprenden a hablar y poseen una percepción considerable. Hay casos excepcionales, como el de Jean Cardiac, un prodigio del siglo XVIII, que a los tres meses conocía el alfabeto y al año hablaba su idioma, el francés. A los seis años sabía hablar en inglés, latín, griego y hebreo, pero murió a los siete. Esto sugiere algo más que un condicionamiento ambiental o un conocimiento instintivo inherente. Otro caso notable es el de un bebé que nació en Lübeck en 1721, el cual podía citar la Biblia y, a los tres años, hablaba de historia mundial. Se sabe que el rey de Dinamarca, que se negó a creer tal cosa, quedó asombrado por el niño, el cual, por cierto, también murió a los cuatro años, de acuerdo con su propia predicción. Aunque tales casos son extremos, sigue habiendo numerosos niños superdotados, como Mozart, que tocaba y componía música a los cuatro años. Es evidente que se basaba en la experiencia de vidas anteriores. Esta dimensión, añadida a los factores de los antecedentes genéticos y el entorno social, junto con la necesidad de afrontar un nuevo cuerpo, debe tenerse en cuenta.

Desde el punto de vista del Árbol, tenemos el entrelazamiento gradual de los organismos físicos y psicológicos, cuando las habilidades prácticas y la capacidad de actuar, pensar y sentir entran en relación entre sí a través de las funciones del ego. Sin embargo, esta interpenetración de la superficie infe-

rior de la psique y la superficie superior del cuerpo no siempre se coordina correctamente, y a veces no lo hace en absoluto, cuando se retrasa el desarrollo. Esto se observa en niños autistas, en quienes los procesos de formación de la psique, que viene a ser como un molde para que el cuerpo lo llene, no están completos. Otro caso de falta de conexión es el fenómeno de la muerte repentina, cuando un bebé fallece sin que haya, al parecer, ninguna razón física. Esto sugiere que el individuo en cuestión no desea encarnarse, por algún objetivo que escapa a los padres. Entre los pueblos primitivos se encuentra un reconocimiento de esta situación, y no ponen nombre a un niño hasta que existe la seguridad plena de que vivirá. En la tradición judía, la razón kabalística de la circuncisión no es sólo la de dar nombre al niño transcurridos siete días después de su nacimiento, sino la fusión del cuerpo con la psique a través de la operación simbólica sobre el *Yesod*, tradicionalmente asociado con los genitales. Este acto ceremonial también confiere una identidad personal y familiar, a la vez que significa la admisión del niño en la comunidad de Israel. Visto desde este ángulo, el ego se reconoce como el elemento personal por el que uno se diferencia de los demás, es la imagen por la que somos conocidos. Esto es importante para el ego, que es la combinación del *Daat* del cuerpo, el *Yesod* de la psique y todos los senderos y tríadas adyacentes. Es también el espejo no luminoso, como se le llama en la Kábala, mediante el cual orientamos los mundos exterior e interior y a nosotros mismos.

17. FORMACIÓN DEL EGO

El complejo *Daat-Yesod* del ego, situado en el centro de la tríada electromagnética del cuerpo, y la tríada de acción, pensamiento y sensación de la psique inferior pueden considerarse como expedidores de todo cuanto pasa entre los dos niveles de realidad, que oscila desde las impresiones sensoriales y las reacciones motoras más toscas, pasando por la atención dedicada a los aspectos cotidianos de la vida, hasta las influencias y los recuerdos más sutiles y tenues de los mundos superiores. Durante el período de la infancia, el ego aún no está formado y, en consecuencia, no puede diferenciar entre las experiencias, de modo que todo se mezcla hasta que comienza a emerger una imagen reconocible del mundo exterior. Como hemos visto, esto se lleva a cabo por medio de la experiencia sensual y la respuesta motora, que se transforman gradualmente en una serie coherente de maniobras físicas y psicológicas para resolver problemas prácticos y empezar a relacionarse con el mundo.

En el niño muy pequeño, el sentido del «yo» está ausente casi por completo, pues todo, desde el movimiento intestinal hasta el paso del día y la noche, se relaciona con una impresión general en la que el niño es el centro. Transcurrido algún tiempo, se inicia la diferenciación entre «yo» y «no yo». El «yo» procede de la respuesta psicológica del niño a medida que aprende a vivir en el mundo físico. Desde el punto de vista kabalístico, la tríada de la acción empieza a llenarse de una

serie de fórmulas sobre la manera de hacer las cosas, mientras la triada del pensamiento desarrolla métodos e instrumentos mentales y la triada de la sensación aprende a experimentar diversos estados de ánimo. Todos estos procesos tienen lugar en el nivel *yetzirático*, y así lo que se observa es una serie de formas gradualmente entremezcladas que refuerzan, nutren y absorben lo que pasa por el ego. Tales acontecimientos, como la quemadura producida por una llama, no sólo desencadenan la reacción de los sistemas motores sensoriales en las columnas laterales, sino que están archivados en la triada de acción como lo que no se debe hacer, en la triada del pensamiento como malo pero interesante y en la triada de la sensación como amedrentador pero emocionante. Miríadas de impresiones del mundo exterior se vierten en el ego, pero sólo se recuerdan aquellas que tienen un interés excepcional. Esto no quiere decir que muchas cosas no se aprendan inconscientemente. La triada *Hod-Nétzaj-Malkut* de la psique absorbe gran parte del entorno infantil, lo cual queda archivado directamente en las triadas emocional y conceptual como una experiencia de fondo, de manera que un niño marroquí asume un punto de vista cultural totalmente distinto al de un niño español, aunque sólo les separa el estrecho de Gibraltar. Cada uno recogerá muchos datos sobre las costumbres y los valores del Islam y el cristianismo sin tener conciencia más que de una serie de parpadeos de la conciencia que se acumulan en la mente individual y colectiva más allá de la línea del umbral *Hod-Nétzaj*.

Cuando el ego crece, desarrolla un sentido de continuidad por medio de la memoria. Esto significa que las formas que genera cada experiencia empiezan a ser almacenadas con alguna clase de orden dentro de la psique. Así, mientras la experiencia más temprana crea ciertas sensaciones, pensamientos y acciones que no están relacionados, los posteriores empiezan a estar conectados por asociación. Inicialmente, estas agrupaciones de recuerdos son muy inseguras, porque el niño todavía carece de capacidad para coordinar su psique. Sin embargo, como la mente se basa en los *Sefirot*, empieza a preva-

lecer un orden inevitable, a medida que la psique busca un equilibrio y se desarrolla. De este modo, las experiencias que son negativas o restrictivas se acumulan en el lado izquierdo del Árbol psicológico, y las que son positivas y estimulantes van al derecho. Quienes tienen una dimensión conceptual son atraídos hacia las tríadas intelectuales, mientras que los de naturaleza emocional se congregan en sus respectivas tríadas activa y pasiva. Estos grupos de complejos se basan en experiencias nucleares que constituyen influencias importantes en la vida de la gente y que, a su vez, se relacionan con uno de los *Sefirot* que forman los principios arquetípicos. Más adelante insistiremos en este punto.

Por medio de la memoria, que se basa en todo lo que ha pasado a través del ego, el niño aprende a prever el futuro. Lentamente, pero con seguridad, el ego reconoce cuándo ha de hacer ciertas cosas y cuándo debe abstenerse de hacerlas. De una masa de cosas incomprensibles que ha experimentado surge la evidencia de que puede obtener ciertos resultados si refrena sus impulsos, porque el tiempo le ha enseñado que hacer esto o aquello en el momento menos indicado es contraproducente. Poco a poco remite la confusión de los primeros meses a medida que los ritmos físicos, como la alimentación y el sueño, le proporcionan una sensación de temporalidad y la imagen centrada del mundo, y sobre todo de su madre, le proporcionan una sensación de espacio. Cuando la acumulación de pensamientos, sentimientos y acciones empieza a integrarse, el niño empieza a reconocer su posición de impotencia y dependencia. Hay que decir que el enojo observado en los bebés no siempre se debe a necesidades y estados de ánimo infantiles, sino que puede ser indicar la frustración de una psique madura que periódicamente se da cuenta de aquello por lo que ha de pasar antes de que se la reconozca como adulta. Un gran kabalista decía que «había nacido viejo», experiencia que tienen muchas personas en su primera infancia. Sin embargo, es preciso pasar por todos los procesos de encarnación, en especial por el desarrollo del ego, que es vital para tener una actuación correcta en el mundo de la acción. Por ello la

tradición kabalística no considera al ego como malo, sino como adiestrado para ser un buen servidor.

El proceso de aprender a controlar los impulsos instintivos forma parte de la educación del ego, lo cual no sólo es aplicable a la infancia, sino a cualquier persona en la senda espiritual, porque muchos de esos impulsos se vuelven inconscientes e influyen discretamente en la visión que tenemos de nosotros mismos y de la vida. En el caso de la infancia, los padres son quienes imponen las obligaciones, porque la psique todavía tiene poca experiencia para observarse a sí misma. La diferenciación entre ego y Yo, o *Yesod* y *Tiferet*, se produce mucho más tarde. Hasta entonces los padres actúan en el lugar del Yo. Así, la mayoría de los padres muestran los comportamientos considerados útiles, aunque en privado se conduzcan de otra manera, a fin de procurarle al niño un modelo que le permita encajar en esa familia y en la sociedad. Este proceso, llamado de introyección, es observado desde edad muy temprana por el ego en crecimiento, de manera que copia las formas aceptables de actuar, pensar y sentir, para que le asimilen y le proporcionen lo que necesita.

Además de aprender a comportarse en el mundo exterior, el ego también empieza a desarrollar una capacidad interior. Cuando se llega a la fase de pensamiento abstracto y creación de imágenes, se hace posible la manipulación de símbolos. Inicialmente, el individuo que ha sido encarnado tiene, según nos dicen, un recuerdo claro de la época prenatal. Esto es algo que no olvida jamás, pero a lo que se superponen las impresiones sensoriales de la nueva encarnación y todos los problemas de la adaptación. Así, tiene que haber un período en el que se mezclen los recuerdos más antiguos y los más recientes, cosa que parece ocurrir en la imaginación tan activa de los niños pequeños. Por ejemplo, la mayoría de ellos se toma sus sueños muy en serio, y a menudo, cuando despiertan, afirman que ven y hablan con seres a los que los adultos no pueden percibir. Esto puede que sea cierto o no, pero sea como fuere, es evidente que constituye una realidad para el niño. Bajo el prisma kabalista, estos fenómenos ocurren porque *Yesod* es el

punto entre dos mundos y su pantalla de conciencia está diseñada para producir imágenes de cualquiera de ellos. Por ejemplo, la impresión sensorial de una habitación, después de que el cuerpo y el cerebro la han procesado, no es propiamente más que una imagen muy limitada, mientras que las imágenes de muchos sueños y obras de arte son a veces más potentes que nada que pueda encontrarse en el mundo físico, sobre todo en pesadillas o películas. En un adulto maduro, el ego puede separar cada una de las realidades. En el caso del niño que no puede distinguir la diferencia, el cuidado de los padres proporciona orientación y protección. Para el adulto que no ha aprendido a diferenciar la fantasía de la realidad, la vida puede ser muy dura, pues las ambiciones imposibles se frustran y las relaciones idealizadas se rompen. Si estas lecciones no se aprenden, el ego inmaduro puede sufrir una regresión neurótica o psicótica y volver a la etapa infantil en la que quedó «fijado» cuando oscilaba entre dos mundos.

En la formación del ego normal, los éxitos y fracasos de adaptarse a la vida corporal crean una identidad fuerte y resistente. Aprender a afrontar el mundo físico no resulta fácil, pero la lucha para sobrevivir desarrolla muchas cualidades útiles, así como actitudes y enfoques de la realidad externa e interna. En algunos casos, las condiciones son tan duras que el ego nunca se desarrolla más allá de la reacción infantil de supervivencia que se encuentra a menudo en familias pobres. Por otro lado, si a una persona la protegen demasiado la riqueza o los privilegios, el resultado puede ser también un ego mimado e infantil que sólo reconoce sus propias necesidades. No obstante, en estos casos interviene también un factor kármico, como en la situación más normal, en el que la imagen *yesódica* del mundo constituye un equilibrio entre el nivel del desarrollo de un individuo y aquello que puede afrontar. Por ejemplo, un escolar no suele ser consciente de la situación política internacional, pero es capaz de afrontar una crisis en el terreno de juego o un examen. De ahí procede la imagen de identidad que se basa en lo que se espera en la sociedad del niño y en la manera de satisfacer esa expectativa. Así pues,

suele haber una jerarquía escolar para los deportes, la habilidad artística, la erudición y una docena de otros subsistemas en los que los individuos se encuentran en un lugar superior o inferior. Este «rol» es una imagen del ego que puede o no coincidir con lo que la persona es en un nivel más profundo, pero es lo que la persona adopta y proyecta a fin de mantener un lugar en su mundo. Además, esta personalidad asumida puede variar según distintas circunstancias, de modo que en una situación la persona o «máscara» es agresiva en un grupo de personas de idéntica categoría donde predomina el individuo, pero subordinado en casa, donde es el miembro menor de una gran familia.

El ego de un niño es susceptible de muchas influencias. En las condiciones adecuadas, puede llegar a ser el servidor perfecto y el fundamento de una vida. Bajo una coacción extrema o en circunstancias demasiado fáciles, puede paralizarse. A este respecto, como hemos dicho, hemos de tener en cuenta el factor del hado. Nadie puede culpar por entero a la situación en la que ha nacido. Hay personas que se han desarrollado bien en el entorno más difícil, mientras que otras no han sabido aprovechar las situaciones más ideales, no porque fuera demasiado fácil, sino porque eran demasiado perezosas. Llegamos así al elemento recurrente de la elección. Los conductistas argüirían que la elección no existe, mientras que los nativistas podrían decir que el conocimiento innato elimina la decisión. El kabalista ve la situación como la interacción de las leyes de *Assiah* y *Briah*, entre los que está la psique en *Yetzirah*. El libre albedrío es el principio de la adaptación, basado en lo que el ego ha percibido en su espejo bidimensional de la conciencia interna y la externa. Sin embargo, antes de que podamos confiar en que el ego nos dé una imagen clara y sin distorsiones, es preciso pasar por otras varias etapas antes de la madurez, pues en este punto *Yesod* es todavía muy infantil en su percepción de la realidad y su propia identidad.

18. LA IDENTIDAD

En los dos primeros años de crecimiento corporal y desarrollo de la psique podemos observar cómo un individuo aprende a vivir dentro de unos límites físicos, a medida que extiende gradualmente su radio de acción y cognición motoras y sensoriales. Hacia el treceavo mes, la mayoría de los bebés puede ponerse de pie y, unas semanas más tarde, son capaces de andar. Cada día se añaden nuevas habilidades, y con ellas el mundo del bebé se centra lentamente en una existencia basada en el ego, en la que todo está relacionado con lo que el niño piensa, siente y hace. Esta fase, llamada de «narcisismo», es esencial, porque forma una imagen corporal *yesódica* que proporciona al individuo una sensación de existencia independiente, aunque esto, en realidad, sea una ilusión. En un niño carece de importancia, porque no es responsable de sí mismo, e incluso ese egocentrismo es necesario a fin de descubrir qué es y dónde se encuentra con relación a la «otredad», como se la llama a veces, del resto del mundo.

En el niño considerado normal, la transición desde que es un bebé hasta que da sus primeros pasos no sólo señala el inicio de un verdadero dominio del cuerpo y una exploración más profunda del mundo que le rodea, sino también un alargamiento del cordón umbilical psicológico que une al niño y su madre. Se produce entonces un conflicto entre la tendencia narcisista, el deseo que tiene el individuo de seguir su propio camino y, por otro lado, su necesidad y dependencia de la

madre. Bajo ciertas circunstancias, tales tensiones pueden desembocar en una crisis considerable, una de las muchas a las que el individuo ha de enfrentarse en momentos críticos de su desarrollo. Si el equilibrio de la psique es bueno, entonces el Árbol puede permitirse ser flexible y adaptarse. Si no lo es, porque el Árbol se inclina demasiado hacia el lado de la estructura, entonces se forma una tendencia más dura dentro de los complejos emocionales y conceptuales que se acumulan allí. En cambio, si el Árbol se inclina demasiado hacia el otro lado, hacia la columna dinámica, puede originarse en la psique en desarrollo una tendencia a la falta de control y al impulso. Aunque la persona sea dócil, esto puede salir a la superficie en una época posterior de su vida, si se produce una regresión a esta etapa inicial a fin de evitar la realidad. Un ejemplo sería el del alcohólico que vuelve a la bebida.

A este respecto, hay que tener en cuenta que si la psique de un niño es inmadura en el nivel de la superficie inferior, los niveles de las superficies media y superior siguen siendo adultos, como corroboran los recuerdos de infancia en los que la persona sabía lo que ocurría a su alrededor, aunque fuese un niño que aún no sabía hablar. Esta perspectiva adulta procede del Yo, es decir, la *Tiferet* que supervisa la psique desde su lugar en el eje del Árbol. En la mayor parte de los casos, los recuerdos de vidas anteriores y su relación pasada con miembros de la familia actual se olvidan, es decir, se vuelven inconscientes. Esto, sin embargo, no impide las reacciones ante esos individuos, como se observa claramente en niños pequeños antes de que hayan adquirido un ego bien desarrollado, capaz de contener lo que piensan de ciertas personas, lo que sienten hacia ellas y lo que les gustaría hacerles.

En los primeros tiempos de la psicología freudiana, la noción de sexualidad infantil escandalizó a mucha gente. Que un niño desee sexualmente a su madre y odie a su padre, o a cualquier otro rival, era inaceptable para la sociedad del siglo XIX, que no consideraba la psicología como una ciencia. Hoy este punto de vista no es tan chocante porque vemos la

sexualidad en un clima de aceptación, creado precisamente, lo que no deja de ser irónico, por la obra de Freud. Sin embargo, no se tiene en cuenta el hecho de que el niño quizás exprese un deseo adulto a través de un cuerpo infantil que carece de las represiones de un ego maduro. El cuerpo del bebé sería totalmente inadecuado en el aspecto sexual, pero la psique adulta que lo habita no lo es, por lo que las relaciones entre hijos y madres e hijas y padres, con todos sus complejos de Edipo y Electra, tan caros a los freudianos, pueden ser algo más que la mera sexualidad infantil con que se pretende explicarlas. Desde el ángulo kabalístico, la psique del bebé es una entidad a medio camino entre dos mundos. Todavía reacciona, aunque sea de manera inconsciente, a la relación kármica que puede haber tenido con la familia en cuyo seno ha nacido. Aunque no hubiera existido una relación previa, una posición de tanta dependencia debe generar una atracción sexual a la que con frecuencia son sensibles las madres y los padres, que los tratan de un modo totalmente distinto a los niños de su propio sexo. Esto, sin duda, puede atribuirse a las características normales de la paternidad, pero a veces es evidente que el padre rival es excluido de esa intimidad. Un padre puede observar que la relación con su hijita es «como una aventura amorosa», aunque lo diga en broma y no sea consciente de que eso puede tener un significado más profundo. En todas las culturas se establecieron tabúes para evitar tales cosas, y lo hicieron así porque reconocían el elemento adulto en el niño. La seducción y el incesto infantiles son más frecuentes de lo que generalmente se reconoce, y no siempre los inicia el adulto. La relación entre el niño y sus padres y la manera en que resuelven estas tensiones sexuales ejercen un efecto profundo sobre la formación del ego y su actitud hacia los principios masculino y femenino. Factores como una psique masculina en un cuerpo femenino, o viceversa, ejercerán su influencia, lo mismo que los que implican unas relaciones kármicas anteriores y presentes que han de ser resueltas.

Aparte del problema de la sexualidad, tradicionalmente asociado con *Yesod*, en el Árbol corporal y psicológico, en el

que uno presenta al mundo una imagen masculina o femenina, nos enfrentamos a la generación de identidad, que se forma mediante los procesos de introyección y proyección. En el primero, la facultad *yesódica* del ego para percibir imágenes, observa y absorbe desde su nacimiento las diversas cualidades de sus padres. Esto se evidencia en el parecido efímero con uno u otro que adopta el niño a medida que su personalidad se desarrolla. Habrá unas características genéticas particulares, por supuesto, pero lo que se observa más a menudo es la imitación exacta de las expresiones y movimientos de los padres, que revelan un notable nivel de imitación.

No hay duda de que imitar a una persona querida es muy natural, pero no lo es menos la tendencia a imitar a quienes tememos y odiamos, a fin de adquirir su poder. Esta característica forma parte del proceso altamente imaginativo que tiene lugar en el *Yesod* joven, el cual proyecta entonces lo que el niño ha ido observando mientras aprendía a ser adulto. Tales introyección y proyección no sólo se dan en la estructura más superficial del ego, sino también ahondan en el inconsciente para formar toda una serie de complejos formados por miríadas de minúsculas experiencias del mundo que les rodea.

El nivel personal de identidad no sólo incorpora las características de los padres, sino que también absorbe y adquiere toda una cultura representada por la familia en la que uno vive. Así, el pequeño judío recuerda la ceremonia de la Pascua en casa de sus padres, con todas sus costumbres y su atmósfera, lo cual constituye el modelo para cuando tenga una familia propia, mientras que una niña inglesa reproducirá en el futuro cada detalle de cómo una persona de su clase agasaja a los colegas profesionales de su esposo. Los abuelos juegan un papel de especial importancia en la formación de una identidad cultural. El fenómeno de la relación peculiar entre abuelo y nieto se debe a que ni uno ni otro están tan atareados por las obligaciones de la vida cotidiana como los padres, por lo que pueden comunicarse directamente, de corazón a corazón. Refuerza esta conexión el hecho de que el niño no está plenamente encarnado, mientras que los ancianos se desencarnan

lentamente. Por ello sus psiques pueden conectar más fácilmente, transmitir y recibir en los niveles más profundos de la familia y la experiencia colectiva. El viejo sabio y la mujer en la vida de un niño dejan siempre una profunda impresión de raíces y destino.

La visión freudiana de la sexualidad podría considerarse kabalísticamente como el período en el que los *Daat-Yesod* del cuerpo y la psique se unen y coordinan las tríadas muscular, nerviosa y orgánica con la acción psicológica y los procesos de pensamiento y sensación. Las fases oral, anal y edípica por las que pasa el niño, desde el primer año hasta el sexto, más o menos, revelan una clara progresión ascendente en el Árbol. En primer lugar, el *Yesod* del cuerpo, o sistema autónomo, utiliza los sentidos orales del tacto y el gusto para explorar el mundo; luego la *Tiferet* o sistema nervioso central, que es también el *Malkut* de la psique, aprende a controlar los procesos anales en un acto de voluntad. Finalmente, el nivel *Daat-yesódico* del ego, donde se establecen la sexualidad y la identidad, se relaciona con la conexión edípica con los padres. La etapa oral de morder o succionar el seno, de la que se dice que genera, en casos de privación, actitudes como el sarcasmo o la de no tener nunca suficiente, podría considerarse, no obstante, a la luz de la relación con una vida pasada. De modo similar, los problemas edípicos de los muchachos y las dificultades de Electra de las niñas pueden remontarse a hados ya olvidados que es preciso resolver en esta vida.

Todo cuanto hemos dicho acerca de estos primeros años de vida debe inscribirse en el contexto más amplio del hado. La mayoría de los psicólogos tiende a centrarse en un nivel determinado. Los aristotélicos sólo ven los efectos y los platónicos sólo las causas. En algún punto intermedio entre estas posiciones se encuentra la más global. En la Kábala tenemos en cuenta la interacción de todos los mundos, aun cuando examinemos un punto, nivel, función o etapa de actividad determinados. Así, por ejemplo, la retracción de la sexualidad infantil a un estado de latencia se considera como una variación en la que se da más importancia a *Hod* en detrimento de

la *Yesod*. La etapa lunar de la infancia, con el ego que orbita alrededor de la madre, cede ahora el paso a la era de Mercurio o infancia verdadera, con su intensa actividad y su curiosidad insaciable. Aquí empieza el uso coherente de símbolos que se han acumulado lentamente en el ego infantil. Ésta es la etapa en la que los gorjeos del bebé pasan a ser palabras y frases que luego se convertirán en lenguaje. Veamos este desarrollo desde su inicio, a fin de formarnos una idea del proceso *hodian* del aprendizaje.

19. EL APRENDIZAJE

Durante el primer año de encarnación, el niño hace muchos ruidos. Al principio se limita a utilizar instintivamente las cuerdas vocales para expresar placer o incomodidad, pero más adelante usa unos sonidos determinados para expresar su estado de ánimo, o para hacer algún comentario a su experiencia. Desde el ángulo kabalista, es muy posible que eso sea un torrente de observaciones muy complejas, efectuadas a medida que el *Yesod* de la psique y el *Daat* del cuerpo se esfuerzan por dominar el arte del lenguaje. El hecho de que a una psique adulta le resulte difícil funcionar dentro del ego rudimentario de un bebé es difícil de aceptar por parte de quienes sólo perciben el nivel físico, pero muchas personas pueden recordar momentos de su infancia en los que intentaban decir a sus padres, que quizá les arrullaban al lado de su cuna, que eran personas y querían comunicarse.

Hacia el final del primer año el niño explora toda la gama de sonidos a su disposición y aumenta su capacidad habladora. Durante este período se ha observado la presencia de sonidos que pueden relacionarse con muchos lenguajes, como si el niño aprendiera algún esquema primordial sobre el que se basan todas las lenguas. Esta observación no es tan extraña como quizá parezca, porque todas las tradiciones esotéricas han afirmado la existencia de un lenguaje universal. Unos dicen que es el sánscrito, otros, el griego y, naturalmente, muchos kabalistas judíos, y no pocos cristianos, sostienen que se

trata del hebreo. Si bien todos estos idiomas son muy antiguos y sus raíces contienen unos significados muy profundos, lo cierto es que el idioma universal está más allá de cualquier forma particular, es decir, que hay un nivel de la existencia donde reside la esencia de todos los lenguajes, porque, como se ha observado, los varios millares de lenguas que se hablan en la tierra tienen todas ellas la misma estructura básica, y sólo los detalles son diferentes. Un hombre es un hombre en todos los idiomas, lo mismo que una mujer, tanto si son aborígenes como miembros de la *jet set*. La vida presenta los mismos problemas básicos, tanto en el desierto como en un rascacielos de una ciudad moderna. Existen términos para expresar cada situación humana, aunque no para todos los objetos, porque hay cosas, como los instrumentos electrónicos, que no son universales y es preciso inventar nombres para designarlos. El nivel al que nos referimos es esencial y pertenece al reino de la Creación o *Briah*, al que a menudo se le conoce como el lugar de las ideas. Dice la tradición que los seres angélicos utilizan esta lengua universal, como también lo hacen los seres humanos desencarnados. Por este motivo, cuando nacen existe ya una base de lenguaje innato que se adapta a cualquier grupo lingüístico que les corresponda.

Se ha observado que cuando la producción de sonidos inconexos llega a un punto máximo disminuye de pronto, de manera parecida al agua de una tetera a punto de hervir, como si hubiera comenzado un nuevo proceso. Hacia el final del primer año de vida, el niño empieza a emitir sonidos en el idioma de quienes le rodean. Cuando llega al año y medio ya puede utilizar varias docenas de palabras, y al final del segundo año es capaz de formar parejas de palabras que constituyen diversas relaciones, como «mi pelota» o «más pelota», lo cual indica que al desarrollo motor y sensorial va unido el del ego. Además, los adultos pueden hacer preguntas que el niño comprenderá claramente, aunque su réplica quizá no sea siempre coherente. Esto sugiere, una vez más, que la inteligencia de un niño es muy superior a su capacidad de expresarla. Hacia el tercer año, el niño tiene un vocabulario modesto y

empieza a aplicar las normas gramaticales, a medida que articula pensamientos y sentimientos con una precisión creciente. A los cuatro años el niño puede formar frases en tiempo futuro, lo que revela el desarrollo de la percepción abstracta.

Algunos afirman que aprendemos por el método de prueba y error. Si repetimos una acción con suficiente frecuencia y evitamos los errores cometidos al principio de una operación, introducimos en la memoria una pauta que permitirá la reacción sensorial y motora en la misma situación. Éste es un punto de vista muy mecanicista. Inicialmente el bebé aprende de esa manera, y luego tiene lugar el proceso de aprendizaje por intuición, a medida que la experimentación y el pensamiento pueden resolver problemas sencillos y luego más complejos. Esto es algo que pueden hacer la mayoría de los primates. La etapa siguiente es la asociación, y aquí es donde la mente humana pasa a otro ámbito: el ego *yesódico* recoge experiencias y las archiva de un modo poco riguroso dentro del Árbol psicológico. Al principio estos recuerdos no están relacionados, pero con el paso del tiempo se efectúan conexiones, como la de darse cuenta de que la arena suele estar en la orilla del mar, que las algas y las conchas también se encuentran ahí, como los barcos y los faros. Estas imágenes o formas pasan por diversas fases, desde incidentes aislados a asociaciones de gran complejidad que luego empiezan a funcionar y desarrollarse en forma de organizaciones muy estructuradas que pueden utilizarse mediante la imaginación o el razonamiento.

El mismo proceso se observa también en el adiestramiento de adultos. Primero el aprendiz manipula herramientas y materias primas, mientras averigua qué puede hacer con ellas, y luego lleva a cabo ejercicios sencillos para ver su interacción. Más tarde, a medida que aumenta su habilidad, el aprendiz puede olvidar el proceso de la operación y concentrarse en la tarea. Cuando el aprendiz llega a cierto grado de pericia, su trabajo presenta una calidad diferente, con la competencia y la fiabilidad del de un oficial. La maestría se consigue cuando uno tiene un dominio completo de todas las técnicas y puede atender a la imaginación y el desarrollo de la originalidad, que

es el sello distintivo de un maestro. Todas estas fases pueden observarse en el lenguaje, desde la palabra inteligible aislada que emerge de la cháchara de un bebé hasta los sonetos de Shakespeare, que en unos pocos versos evocan una nube de asociaciones capaces de conmovernos y hacernos reflexionar. Por ello la «palabra» es tan poderosa: es la llave que nos da acceso al lenguaje universal.

Algunos psicólogos consideran el proceso de aprendizaje como una percepción de la situación total en la que reaccionamos a la configuración particular de un presente «de campo», según nuestras reacciones seleccionadas. Así, dos personas en el mismo entorno no verán ni aprenderán de la misma manera, porque sus actitudes y sus objetivos no son idénticos. Esto responde a la interacción de los dos mundos inferiores, y como tal recibe una gran influencia del tipo de psique adquirida al nacer y definida por la astrología. Ejemplo de ello es el de un niño nacido con la luna en Géminis, cuyo *Yesod* lo recoge todo inmediatamente y retiene una imagen de conjunto pero superficial, en contraste con otro niño que tiene la luna en Capricornio, cuya manera de aprender es lenta en extremo pero muy profunda. El primer niño puede parecer el más inteligente, pero, con el paso de los años, el segundo puede sobrepasar a su hermano en comprensión, aunque quizá no se exprese tan bien. Estos factores, más la posición del sol y los demás planetas, así como su colocación en el sistema de la Casa Mundana, proporcionarán a cada individuo una pantalla de protección específica, concediendo a unos intuición sobre el mecanismo de una situación, mientras otros ven un flujo y reflujo psicológico que a los primeros les pasa desapercibido.

Tales diferencias de temperamento pueden explicar por qué algunos aprenden de la observación de detalles y luego se forman una imagen, mientras que otros lo hacen mediante el denominado «aprendizaje global». Uno puede adiestrarse para utilizar uno u otro extremo, o incluso combinar ambos, pero siempre existirá una clara tendencia a aprender de una manera determinada, según sea el tipo físico y psicológico de la persona. Por ejemplo, el individuo de acción comprenderá las

cosas de una manera práctica, mientras que el sensitivo y el pensador reaccionarán cada uno a su modo. Por otro lado, el extravertido absorberá la experiencia de una manera abierta, mientras que el introvertido tenderá a reflexionar sobre lo que ha aprendido. En el caso del niño, todos estos procesos se dan, en su mayor parte, de manera inconsciente, a medida que su experiencia de la vida fluye a través de la superficie inferior del Árbol psicológico para completar los cúmulos de asociaciones que ya interactúan en las columnas laterales superiores, las cuales, a su vez, empiezan a influir en las reacciones del ego y afectar a las reacciones de las tríadas de la acción, el pensamiento y la sensación, así como el cuerpo.

Un ejemplo de lo anterior puede verse en el aprendizaje de modales que se basan en antecedentes culturales y que influyen en nuestra manera de pensar, sentir y actuar. Así, un niño hindú y un niño inglés criados durante la soberanía británica en la India tienen puntos de vista y formas de expresión totalmente distintos. A esta teoría del inconsciente colectivo se oponen algunos psicólogos, los cuales sostienen que la respuesta de los individuos a las circunstancias es lo que genera el carácter. Ejemplo de ello es el niño inteligente criado en una familia de rudos delincuentes, que adopta la manera de hablar y los modales de sus familiares y llega a parecer un «padrino» de la mafia. Una tercera opinión es la de que las capacidades innatas de un niño son los factores esenciales en el desarrollo de una personalidad y que sus antecedentes tienen sólo una importancia mínima. Desde un punto de vista kabalístico, todas estas opiniones son correctas si se consideran aplicables tan sólo a sus niveles de evolución respectivos. No todos somos iguales. Algunas personas nacen con su centro de gravedad consciente en el cuerpo, a otras les estimula el lado dinámico de su Árbol, las hay que se centran principalmente en una de las tríadas inferiores o laterales, y otras en el alma o el espíritu. Depende de la etapa de desarrollo alcanzada y las lecciones a aprender en esa vida particular. Por ejemplo, algunas personas adquieren las habilidades del mundo con mucha rapidez, porque están familiarizados con la realidad mun-

dana, mientras otras aprenden a actuar con la misma eficiencia porque son individuos muy avanzados y tienen que realizar una tarea determinada en un momento concreto.

Por la época en que el niño es capaz de vestirse solo, tiene una imagen narcisista y rudimentaria del mundo en el que vive. No obstante, la base egocéntrica es vital para el paso siguiente, el de relacionarse con los demás en el campo más amplio de la familia y el prójimo, pues sin un ego fuerte «perdería» su identidad en la sociedad mayor y menos protectora en la que está a punto de entrar. Examinamos este proceso en el capítulo siguiente.

20. LA SOCIEDAD

En la primera fase de la infancia, la gran tríada inferior de la psique, formada por las subtríadas de la acción, el pensamiento y la sensación, crea el nivel mecánico de la mente que proporciona al niño un ego establecido y estabilizado. Si se produce algún defecto en los procesos iniciales del desarrollo, como la falta de calor materno o de instrucción, entonces se produce una distorsión en las pautas de la psique. Esto significa que las conexiones entre los *Sefirot* y las tríadas funcionarán mal y tratarán de compensar su desequilibrio, lo cual conducirá a desórdenes psicológicos en épocas posteriores de la vida. La viabilidad del ego *yesódico* es vital, pues evita que el mundo exterior se entrometa excesivamente en la psique y la agobie, mientras que protege a otros, por ejemplo, de los aspectos impulsivos e irracionales que se alzan dentro de la persona. Estos controles forman parte de un sistema complejo en el ego, al que nos referiremos con detalle más adelante, y que lo defienden de las amenazas externas o internas cuando el niño se enfrenta al mundo fuera del hogar.

La primera experiencia que tiene el niño de extensión más allá de su madre es la de la relación con su padre. El niño tiene que diferenciar entre los dos y afrontar los sentimientos de amor y odio al tiempo que la vida familiar impone los tabúes que controlan esas relaciones íntimas. Mientras el *Yesod* aprende a conformarse, suelen contenerse y absorberse en los niveles inconscientes de la psique las crisis de deseo y de celos.

Gradualmente, las rutinas cotidianas y los períodos de prueba y error, los cuales muestran lo que puede y lo que no puede hacerse, establecen unos límites. Sin embargo, todo este adiestramiento es algo más que mera experimentación y establecimiento del orden social, es también el ejercicio del libre albedrío que está presente desde el día del nacimiento, aun cuando quizá no se exprese. Por ejemplo, el niño aprende pronto a elegir una u otra cosa, y es perfectamente capaz de hacer que los padres compitan entre sí, lo cual revela una comprensión muy sutil de la psicología y a veces el dominio de una situación. Como observó una mujer refiriéndose a su infancia: «Podía manipular a mis padres porque era más inteligente que ellos.» En cambio, algunos padres que reconocen este factor, tratan deliberadamente de quebrantar la libre voluntad del niño. Esto no elimina la elección libre, pues el niño a menudo prefiere retirarse y parecer obediente. En la mayoría de los casos, un equilibrio de *Geburah*, o Severidad, y *Hesed*, o Misericordia, por parte de los padres, establece una serie de reglas que pueden impedir que un niño se dedique a torturar a un gato o alientan su talento para la pintura, a la vez que le proporciona una sensación de apoyo al introyectar las opiniones de los padres. Esto significa que las tríadas laterales superiores de los complejos y los conceptos emocionales, según su orientación en la columna izquierda o derecha, toman y hacen que la psique absorba los valores individuales y culturales existentes, y, como tales, finalmente forman lo que algunos psicólogos llaman el ego ideal y el superego. El primero se centra alrededor de *Hesed* en la columna dinámica, y el segundo alrededor de *Geburah* en el lado estructural. A medida que estas asociaciones se desarrollan, toda la experiencia posterior se refiere a ellas, y más tarde se convierten en factores esenciales en el inconsciente individual y colectivo.

El ego ideal es una formación compuesta por todas las ideas y emociones asociadas a conceptos tales como la libertad o la ayuda al prójimo y portarse bien, de acuerdo con los criterios del mundo de los padres. El superego se preocupa más por el mantenimiento de las normas, la restricción de los

impulsos y la evitación de todo aquello que pudiera trastornar a la familia y la sociedad a las que pertenece. Estos elementos *hesédicos* y *Geburah* en la psique llegan a constituir una conciencia social para el niño. La conciencia individual es otra cuestión, pues requiere un alto grado de autoconciencia, que es la cualidad del alma.

En este punto del desarrollo, el alma, definida en el Árbol como la tríada *Hesed-Tiferet-Geburah* está, en general, inactiva, porque la psique tiene demasiado trabajo con el procesamiento de la experiencia. No obstante, de vez en cuando hay momentos en la vida del niño en los que auténticas cuestiones morales ocupan el primer plano, como, por ejemplo, las costumbres sociales. Un hombre recordaba que, de pequeño, dejó de divertirse matando ranas porque algo muy profundo en su interior le dijo que aquello «estaba mal». Era una voz interna muy distinta de la que repetía la aprobación o desaprobación de sus padres. Tales momentos de conciencia verdadera se originan en el *Tiferet*, la *Sefirá* del Yo, en contraste con las reacciones de los complejos ideales del superego, que nos hace obedecer a la autoridad aun cuando sepamos que quienes la ostentan no tienen razón. En el lado positivo, «ser negro es hermoso» es un ideal de ego útil dentro de unos límites, como también lo es «los británicos jamás, jamás, jamás serán esclavos». A la inversa, el superego de los musulmanes y judíos se resistirá siempre a comer cerdo, aun cuando no se hayan criado en una familia ortodoxa, y los superegos norteamericanos experimentan una reacción similar cuando se amenaza la institución de la libertad de expresión. Todas estas nociones colectivas y muchas más son interpoladas por el niño mientras lleva a cabo su aprendizaje acerca de la sociedad en la que vive.

Además de aprender a absorber los valores culturales de su mundo, ahora el niño empieza a relacionarse con los demás. Los hermanos son los primeros en presentar problemas al ego. Por ejemplo, otro bebé en la familia representa una amenaza directa para cualquier *Yesod* narcisista, pues de repente tiene que competir por el amor, ya que los padres dedican una aten-

ción especial al recién nacido. Aquí los poderosos impulsos animales y vegetales del *Nefesh* del cuerpo, al que Freud llamó «id», se alzan y desbaratan los ritmos rutinarios establecidos en la superficie inferior del Árbol de la psique. En tales ocasiones, la base del ego puede quedar desordenada si la psique no está intrínsecamente equilibrada. Sin embargo, mientras se sabe de perros celosos que atacan a los cachorros recién nacidos, los niños pequeños que tienen superego primitivo y temen la ira de sus padres si arrojan al bebé por la ventana, suelen encontrar un sustituto en el que descargar su ira: en una muñeca, o, en algunos casos, retroceden a un estado anterior de desarrollo, a fin de obtener la misma atención que el hermano menor. Se inicia así la supresión, uno de los varios mecanismos de defensa del ego que se ocupan de las situaciones inaceptables haciéndolas salir a la fuerza de la conciencia del ego. No obstante, los pensamientos y sentimientos desagradables y violentos deben ir a alguna parte, por lo que atravesarán la línea liminal entre *Hod* y *Nétzaj* y llegarán a las tríadas laterales superiores de la conciencia, las cuales atraerán y extraerán los diversos elementos de la experiencia, formando asociaciones relacionadas de pensamientos y emociones que constituirán el lado izquierdo del inconsciente del individuo y, como tales, pueden influir en el resto de la vida, a través de actitudes basadas, quizás, en un incidente crucial de la infancia que les hace temer y odiar a todos los rivales. Ocurre todo lo contrario si el problema de los hermanos se resuelve con buena voluntad y amor.

Tales tropiezos tempranos con la familia y, más adelante, con los amigos y compañeros de escuela, formarán una gran cantidad de asociaciones, tanto positivas como negativas. Los problemas que se derivan de la necesidad de complacer a otros, de encontrarse en una posición superior o inferior, defender posesiones, compartir y cooperar, deben constituir un trauma profundo para un ego *yesódico* que está inseguro. La mayoría de los niños superan esta crisis y empiezan a desarrollar la conciencia de una nueva dimensión. Tras el periodo inicial, en el que cada niño trata de imponer a los demás su imagen

del mundo, centrada por él mismo, tiene que adaptarse, pues de lo contrario quedará al margen de todas las cosas emocionantes que puede hacer con los demás. Esto requiere un cambio importante en la psique, cuyas asociaciones egocéntricas quedan cubiertas o han de adaptarse al orden social local que se basa en el modelo de la familia y la sociedad en las que viven. Sin embargo, los impulsos del *id-Nefesh* y el ideal del superego surgirán de vez en cuando. Por ejemplo, en los juegos infantiles las imitaciones del padre y la madre se realizan con poca sutileza, sobre todo cuando una muñeca o un niño más pequeño que representa al bebé hace alguna travesura. El poder combinado del superego y el *id* castiga a quien hace mal, pues los sistemas de control del ego aún no están lo bastante desarrollados como para refrenar la violencia que puede estallar cuando los sentimientos de hostilidad que se tienen inconscientemente hacia algún rival pueden proyectarse en la actividad.

Debemos recordar, a fin de mantener la perspectiva en su plena dimensión, que no todo lo que se observa que ocurre entre hermanos es sólo local o psicológico. La gente no nace por azar en el seno de una familia determinada, sino que existe el factor del karma, el cual da lugar a unas relaciones determinadas que han de ser resueltas, o lecciones que una persona tiene que demostrar a otra. Así, los sentimientos de amor, odio o incluso indiferencia que experimentan entre si unos hermanos no son sólo resultado de unas condiciones familiares, sino que quizá tengan algo que resolver, no sólo entre ellos sino también con sus padres. Los problemas del favoritismo o el incesto no son sólo de índole sexual, sino que se deben también a unos orígenes fatales. Los amores y odios en una familia son los más intensos, y a menudo se observan muy claramente en la infancia, antes de que los oculte la máscara mitigadora de la persona. En este punto emerge lo que se llama la sombra de la psique, como impulsos social o personalmente inaceptables del cuerpo y la psique, frenados u ocultos por el ego, al que refuerzan las reglas estrictas de los juegos que aprenden los niños en esta etapa *hodiana* del desarrollo.

Este rigor procede del superego de *Geburah* y afecta a *Hod*, cuando el niño imita la forma de la sociedad que le rodea y se esfuerza por aproximarse lo más posible al ideal de ego de *Hesed*, a fin de obtener la aprobación de sus semejantes y los beneficios que esto conlleva. Esta necesidad de ser amado y, más adelante, respetado, se proyecta también sobre los familiares de más edad, a medida que el proceso de introyección y transferencia se aparta de los padres y se fija en otras figuras autoritarias, como los maestros. Este proceso proporciona al individuo una sensación de independencia de los padres, aunque siguen necesitando su apoyo mientras exploran el mundo exterior. Desde el punto de vista kabalístico, la psique extiende su radio de acción en *Assiah* y penetra en la dimensión mayor de *Yetziráh*, al tropezar con la sociedad que está más allá de la familia.

La entrada del niño en la escuela amplía todavía más el horizonte. Entonces la experiencia colectiva de la sociedad se refuerza por la manera en que se hacen las cosas y por lo que se considera importante. Así, un niño egipcio aprende el Corán mientras que al niño español le enseñan los rudimentos del catolicismo. Hay escuelas que hacen hincapié en un currículum de ciencias, otras en la política, otras en los buenos modales que serán el núcleo principal de la enseñanza, mientras que en otros centros se enseñan las artes de la guerra. Sea donde fuere, ese niño tomará lo que pueda aprender, porque necesita llegar a ser un miembro aceptado de esa comunidad. Normalmente, en esta etapa no se produce una rebelión, como resultado de algún trastorno físico o psicológico o alguna pauta fatal, porque el niño no puede mantenerse por sí mismo, aun cuando puede ser perjudicial para quienes le tienen a su cuidado. El hado, que actúa a través de nuestro entorno y temperamento, nos hace seguir nuestro rumbo durante este período, y por eso se dice a veces que «el cielo protege a los niños». La Providencia piensa mucho en la vida de una persona y nada sucede por accidente. Se tiene en cuenta a padres, hermanos, familiares y la sociedad de modo que el niño pueda aprender al máximo, incluso por medio de situaciones que pa-

Kábala y psicología

recen catastróficas. Muchas personas observan que, si no hubieran pasado por una crisis determinada en su vida, no habrían evolucionado. La manera de afrontar una crisis es crucial, y en este aspecto resulta crítico el factor del libre albedrío. En el capítulo siguiente examinaremos algunos de los puntos principales y su relación con los ritmos cósmicos que afectan al individuo y al inconsciente colectivo.

21. LAS CIRCUNSTANCIAS

En la Kábala todo forma parte de una unidad. Nada sucede en la existencia sin que afecte a todo lo demás, al margen de lo grande o pequeño que pueda ser un acontecimiento. Así, las acciones de un ser humano alteran el equilibrio del Universo en mayor o menor grado, al tiempo que, por la misma ley, los acontecimientos en el macrocosmos de la Vía Láctea y el sistema solar influyen en la humanidad para producir la historia y el destino de los individuos que son altamente sensibles a las armonías y los dramas de la danza universal. Sin embargo, como la composición de cada persona es exclusiva, cada uno reacciona de manera diferente a la situación creada por las fuerzas cósmicas que le afectan personalmente, lo mismo que influyen en su sociedad.

Tomemos, en primer lugar, la escalera mayor. Hay en la historia períodos en los que tiene lugar una gran actividad y otros en los que apenas ocurre nada. De modo similar, hay épocas en las que la exploración es lo que más interesa, mientras que en otras el arte está en primer plano. Hay también momentos de migración masiva o de estancamiento, de rigidez o revolución, en los que los cambios sociales barren continentes enteros. La ciencia moderna todavía no ha explicado este fenómeno, a pesar de sus muchas estadísticas y observaciones, porque no puede ver la interacción de los diferentes niveles de realidad y sólo percibe los datos físicos. Sólo cuando se aceptó en general el descubrimiento del aspecto incons-

Kábala y psicología

ciente de la existencia humana, se reveló otra dimensión en las fuerzas ocultas que actúan sobre la sociedad. Pero, por desgracia, la mayor parte de este conocimiento se aplica a la psicología de masas de la propaganda y el *marketing*. Sólo recientemente las tendencias sociales han empezado a considerarse como expresiones de algún esquema más amplio en el ritmo de la historia.

Antes de la llamada Era de la Razón, el universo se consideraba como un todo interrelacionado, y los acontecimientos en los niveles superiores tenían un efecto profundo sobre los inferiores y viceversa. Algunas culturas simbolizaban el macrocosmos como una jerarquía de dioses, otros como planetas y los kabalistas como la influencia recíproca de los cuatro mundos. Si tomamos sólo los tres niveles inferiores, los procesos cósmicos de *Briah* precipitan pautas cambiantes en *Yetzirah*, es decir, en el reino psicológico. Los cuerpos celestes, que, como hemos visto, representan los principios arquetípicos que actúan sobre la psique de la humanidad, en una corriente de tendencias compuesta por las diversas combinaciones del sol, la luna y los planetas, transmiten estos movimientos. Esta situación siempre cambiante se debe a los diferentes factores y ritmos del sistema solar, a medida que interactúan en relación con la tierra. Por ejemplo, el sol tiene un ciclo diario y otro anual, y la luna una pauta mensual que, junto con las órbitas de tres a seis meses, respectivamente, de Mercurio y Venus y los ciclos más largos de los planetas exteriores, componen un sistema complejo de efectos al pasar a través de las doce divisiones del zodiaco. Estas combinaciones crean el clima psicológico de la humanidad. Por ejemplo, si se produce una conjunción de Marte y Saturno en el signo Aries, esto puede precipitar una dramática crisis bélica, como ocurrió en 1940, cuando Alemania invadió los Países Bajos y Francia, arrojó a los aliados de Europa y atacó Gran Bretaña. El resultado de este conflicto continental y, más tarde, global, fue el de desorganizar el trabajo y las pautas domésticas de millones de personas y desplazarlas a medida que quedaban a merced de los acontecimientos colectivos. En el caso del individuo, el efecto es más

concreto, pues cada persona tiene un papel determinado que jugar dentro del esquema general. Pensemos, por ejemplo, en un hombre nacido en 1900. Habrá sido demasiado joven para luchar en la Primera Guerra Mundial y demasiado mayor para hacerlo en la Segunda, pero con la edad y temperamento apropiados para ser útil durante la paz de entreguerras y en la posguerra. En cambio, el destino de las personas encarnadas unos años antes o después de esa fecha ha sido, probablemente, muy distinto, pues algunos han podido contribuir con algo necesario en tiempo de guerra. La Providencia organiza el mejor momento y lugar para que interactúen la experiencia personal y la colectiva.

Ver al individuo en ese marco mayor tiene una gran importancia, pues la atmósfera general de una sociedad puede ser laxa, equilibrada o estricta, según el estado del Árbol de la nación. Por ejemplo, en un país puede cultivarse mucho la individualidad, mientras que en otro los vínculos familiares pueden ser la regla. En ciertos casos, la educación puede ser el interés prevaleciente de la comunidad; en otros, el dinero. Un niño nacido en cualquiera de estas situaciones debe absorberlas inevitablemente en el nivel colectivo de la psique, a medida que pasa por sus diversas etapas de desarrollo. Sin embargo, no todas las personas reaccionarán de la misma manera a este historial, porque unos están constituidos de manera que encajen bien en esa sociedad determinada y otros no. Por ejemplo, un pensador no tendría ningún problema si se educara en una ciudad universitaria, pero sus dificultades podrían ser mayores si fuera hijo de obrero. De la misma manera, una persona sensitiva lo pasaría mal en un ambiente de intelectuales, mientras que se sentiría a sus anchas en una fila de músicos. Naturalmente, la Providencia podría causar una situación difícil a fin de producir un karma determinado, y esto se relacionará con la situación colectiva. Abraham Lincoln no nació en una granja situada en la frontera sin una buena razón. Su vida allí le adiestró para el duro papel de presidente del país durante una terrible guerra civil.

En el nivel del individuo, los factores de tiempo y lugar en

la circunstancia general están también gobernados por la secuencia *sefirótica*-planetaria. Algunas personas, como hemos observado, se resisten a ser encarnadas y quedan atascadas en los procesos de la gestación y el nacimiento, con el resultado de un *Malkut* físico y psicológico atrofiado. Otros, incapaces de acomodarse a la vida en la Tierra durante el período *yesódico* de formación del ego, quedan afectados negativamente por la incapacidad de afrontar el mundo exterior. Ninguna de estas dificultades son accidentales, sino que son situaciones proporcionadas por la Providencia para ayudar al desarrollo psicológico. No obstante, el libre albedrío da derecho a aceptar o rechazar el desafío. Muchas personas tienen recuerdos tempranos de tales momentos de elección, como el niño que decidió no crecer y fue un enano físico y psicológico durante toda su vida. Éste es un caso extremo, pero se trata tan sólo de una cuestión de grado.

Un ejemplo de proceso *yesódico* de crisis de desarrollo es el que ocurre cuando un niño se enfrenta al hecho de no ser totalmente independiente de sus padres. De ahí surge un ego sano o la necesidad de seguir siendo psicológicamente un niño, si esta etapa lunar no se completa. Tales personas pueden permanecer en una órbita dependiente incluso de adultos, porque su *Yesod* no puede apañárselas por sí mismo. La Providencia suele proporcionar un padre sustituto, como el Estado, hasta que la persona puede resolver su situación. Las crisis de crecimiento *Hod* pueden darse en forma de exámenes escolares o la incapacidad para pensar de un modo coherente, que es preciso dominar a fin de comunicarse con los demás. No obstante, para algunas personas esta destreza para hablar y recoger datos puede ser el problema que las aísla, como en el caso del erudito que nunca se relacionaba con nadie, excepto cuando daba sus lecciones. Por suerte el hado le envió una Venus encantadora a la que enseñar, la cual le ayudó a superar su dificultad. Siempre se nos ofrece una solución, si sabemos verla. La crisis venusiana de *Nétzaj* llega con la adolescencia y el inicio de las sensaciones potentes, que es preciso manejar hábilmente, pues, de lo contrario, el individuo se volverá desen-

trenado y perderá todo lo que ha aprendido, como les sucede a los muchachos que abandonan sus estudios, viven de una manera desordenada y se estancan en la adolescencia. La madurez señala el paso de la posición activa de Venus en la derecha, a la posición en la columna central del sol de *Tiferet*, en la que la persona llega a su plenitud física y llena por completo la forma del vehículo *yetzirático* que ha estado presente desde el nacimiento. En este punto, una mirada discernidora puede percibir cómo era un individuo en su vida anterior y lo que puede llegar a ser en la vida presente.

Todos los procesos a los que nos hemos referido están sujetos a una miríada de influencias sutiles, que van desde la situación física, pasando por las actividades familiares y los valores de su sociedad, hasta las siempre cambiantes influencias celestiales que expresan el clima de los Mundos Superiores. Para el niño —que todavía es muy susceptible a los acontecimientos en la dimensión no física— la vida se desarrolla entre dos regiones. Por un lado, se le enseña a vivir en un ambiente elemental, habitado por personas que proyectan en él muchos factores moldeadores; y, por otro lado, existe en una dimensión en la que los recuerdos de una vida anterior, los sueños y las fantasías tienen un papel enorme. La actualidad de esta vida interior es acuosa, pero día tras día el cuerpo en crecimiento sumerge a la psique en la realidad de la Tierra. Muchas personas recuerdan este tiempo «flotante» con una sensación de pérdida, pero esta sensación tiende a superarse cuando la psique inferior y el cuerpo llegan a entrelazarse con firmeza.

Como hemos dicho, todo este condicionamiento debido a las circunstancias está sometido a la elección, lo cual significa que determinadas decisiones no forman parte de los procesos rutinarios físicos o psicológicos. Desde el punto de vista del Árbol, el libre albedrío actúa desde la tríada *Geburah-Hesed-Tiferet* del alma, que se cierne entre las superficies superior e inferior de la psique. Como tal, el alma tiene la libertad de maniobrar, porque no está sometida a leyes como el crecimiento y la decadencia físicos o la obediencia automática a los man-

datos espirituales. Por ejemplo, la persona puede elegir entre sumirse en la materialidad o elevarse a las alturas celestiales, puede abstenerse de la participación en los acontecimientos, evitar el perdón, la condena o la intervención. Vemos, así, que muchas personas deciden dedicar su vida a conseguir una posición social, mientras que algunas eligen retirarse del mundo y convertirse en reclusos; las hay que prefieren permanecer donde nacieron y no hacer nada con sus dones, y otras que se van al extranjero y fundan grandes empresas. Muchos eligen no elegir y oscilan en un limbo psicológico, mientras que algunos deciden gobernar a todo el mundo excepto a ellos mismos.

Todo el mundo puede elegir, y ésta es una facultad que nos acompaña desde el mismo instante de nuestra concepción. Las circunstancias y las etapas de desarrollo físico, psicológico y espiritual pueden variar, pero la posibilidad del libre albedrío no varía. El ego no se ocupa de los diversos puntos cruciales de la primera infancia y la niñez, sino que es el Yo el que opera desde su posición central en el Árbol y conoce todas las situaciones, aun cuando pueda parecer que está en lo más profundo del inconsciente. De hecho, como recuerdan muchas personas, tales momentos de decisión cruciales poseen esa extraordinaria cualidad y claridad de conciencia. Esto es muy diferente del proceso general de la educación, en el que aprenderemos las reglas y las habilidades necesarias para la circunstancia que el sino nos ha impuesto.

22. LA EDUCACIÓN

Hemos visto que en el proceso de encarnación existen varias etapas de cognición. La primera es la fase motora-sensorial, en la que el niño descubre el mundo físico y se mueve en él. Algunos psicólogos, como Darwin, han relacionado esta etapa del desarrollo con el período arcaico de la humanidad, cuando los seres humanos aprendían a vivir en las condiciones más elementales. La vida estaba orientada casi por entero a lo material, y la principal preocupación era aprender a moverse en el tiempo y el espacio físicos. Un niño pequeño sólo se interesa por el día en el que vive, por el presente inmediato, pero la especie humana, en su infancia, tenía que enfrentarse al ciclo anual de las estaciones a fin de sobrevivir, pues no obtenían nada tan fácilmente como el bebé obtiene el cuidado materno. Algunos psicólogos consideran que este estrato arcaico se encuentra en nuestros instintos más primitivos, que más tarde se convierten en el origen del nivel de *id-Nefesh* de nuestro ser, el cual emerge a través del *Malkut* del cuerpo.

La fase siguiente está considerada como el dominio *yesódico* de los símbolos, en la que el niño aprende a expresar los elementos abstractos y a utilizarlos. Los cuentos y los dibujos infantiles, los juegos con seres imaginarios y juguetes adquieren un poderoso significado, el cual nutre la capacidad fantaseadora de la mente del niño. Esta etapa se relaciona históricamente con la época en que los hombres veían dioses y espíritus por doquier. Muchos pueblos nunca pasaron de esta

época, pero algunos desarrollaron esta capacidad imaginativa en alto grado, produciendo mitos como los griegos. Es un fenómeno común a todas las naciones, y forma parte de su sistema de educación popular. La anécdota de George Washington, que desde pequeño jamás decía una mentira, y el valor y la destreza de Guillermo Tell son ejemplos clásicos de héroes míticos, como lo son los símbolos animales de las diversas naciones, como el oso ruso o el águila norteamericana. El partido nazi aplicó este nivel de simbolismo popular para excitar el ego *yesódico* del pueblo alemán, convirtiéndole en el matón que intimida a los demás en el campo de juegos, mientras que el imperio británico se fundó sobre el deseo de complacer a la madre, que estaba bien disfrazada en la imagen colectiva de Gran Bretaña y encarnada por la reina Victoria. Todo esto tiene sus raíces en la situación individual, cuando los niños representan sus fantasías *yesódicas*, según los valores de su sociedad, tanto en los callejones suburbiales como en los jardines de palacio. Esta fase suele completarse antes de que la etapa final de la educación haya empezado a absorber la atención.

Educar es poner de manifiesto las capacidades latentes de un niño, cuando las cualidades analíticas de *Hod* se combinan con *Yesod* y emergen con una capacidad de imaginación e invención. Los símbolos unidos a los hechos, absorbidos por la psique e integrados en la misma, se convierten en el modo principal de percibir el mundo. Los símbolos cubren los sentidos con filtros altamente subjetivos que, por ejemplo, convierten la oscuridad en un espacio para demonios, y un sonido en la noche en un ruido siniestro o tranquilizador, igual que debieron de hacerlo nuestros remotos antepasados. Los elementos abstractos, como las letras y los números, aprendidos en esta época, presentan dimensiones totalmente nuevas, los relatos sobre lugares lejanos y los misterios de la dimensión llevan al niño a lo que, de hecho, es el mundo de *Yetziráh*, donde la manipulación mental y el cálculo pueden proponer problemas imaginarios y resolverlos. Aquí radica la base de toda magia, pues los niños perciben, como sus remotos antepasados, el mundo de las fórmulas y los hechizos. Este nivel se man-

tiene en la mayoría de la gente, como lo demuestra el gran interés por la fantasía. No hay demasiada diferencia entre los relatos populares antiguos y la ciencia ficción moderna. La saga de los caballeros del rey Arturo y las películas sobre el Jedi, los caballeros del futuro, de la serie *Guerra de las galaxias*, proceden del mismo nivel de *Yetziráh*, al igual que la mitología sobre la medicina y la psicología.

Hacia los siete años de edad, todas las habilidades *hodianas* que hemos adquirido, como la competencia física en los gestos y la manipulación y el manejo de los símbolos en la imaginación y la resolución de problemas, se empiezan a racionalizar. El lenguaje y la memoria se refinan y las habilidades manuales se aplican a numerosas operaciones. Los juegos son más complejos y se experimenta un interés más profundo por el mundo exterior, por la investigación de la historia natural y humana. La ciencia empieza a ocupar el lugar de la fantasía, y los experimentos prácticos en el hogar con plantas, animales y máquinas desarrollan una apreciación de las operaciones concretas en las que se usa la lógica para determinar resultados y crear los efectos deseados. El factor irracional *yesódico* sigue presente en los sueños diurnos y nocturnos, pero el método lógico de *Hod* pasa lentamente a ocupar el primer plano. Esto corresponde históricamente al período de los grandes círculos de piedra, como Stonehenge, que son unas estructuras tanto prácticas como simbólicas, construidas para trazar y calcular los movimientos de las estrellas, el sol y la luna. Éste es también el período del antiguo Egipto, cuya cultura fue una mezcla de magia superior y cálculo preciso. No obstante, seguimos viendo la presencia de *Yesod* en la época de exámenes, cuando los niños llevan sus amuletos al aula de examen para que les den suerte. La magia no ha desaparecido.

La adquisición de habilidades concretas permite a la psique desarrollar la tríada *Hod-Yesod-Malkut* hasta que llega a su capacidad operativa. Esto se observa en las exigencias con que los niños establecen sus normas de vida, cuando empiezan a aplicar a quienes les rodean los límites que les impone el super-ego en la columna de la estructura. No es permisible engañar,

y un juguete bélico o un muñeca no deben ser inexactos o estar mal hechos. Se espera de los adultos que se comporten como tales, pues de lo contrario no se les tiene confianza ni respeto. Todas estas cualidades figuran en la columna de la izquierda del Árbol. Los juegos llegan a ser muy complejos y el talento para el arte y las ciencias se desarrolla en alto grado. Se admira la inteligencia y son populares las anécdotas de niños listos que superan en ingenio a los malos adultos, aunque en la actualidad lo que priva es el pequeño genio en el manejo de ordenadores.

Cuando el niño llega a los once o doce años, despiertan las cualidades de *Nétzaj* aunque no todavía en el aspecto sexual. Esto produce la fase siguiente de lo que se denomina «operaciones formales». Se completa la gran tríada *Malkut-Hot-Nétzaj* con *Yesod* en su centro, lo cual proporciona a la psique una dimensión de poder y sentimiento. Por esta época, la escuela no es solamente un sitio donde estudiar, sino que tiene una estructura social bien organizada con un importante sistema de relaciones. Así, mientras las actividades *hodianas* llegan a un punto óptimo, en el que se han aprendido todas las habilidades generales necesarias en la vida, de modo que hay una intensidad correspondiente de la pasión *netzajiana*, aparecen fuertes sentimientos hacia amigos y enemigos. Se produce el culto al héroe o la heroína, así como las manías. Si bien es cierto que ahora la psique puede ocuparse de temas como la geometría, las lenguas extranjeras e incluso las ideas abstractas con una habilidad notable, también tiene lugar, con intensidad creciente, el despertar de la sexualidad. Éste es también el momento en el que surge la homosexualidad, cuando el eje *Hod-Nétzaj* empieza a resonar antes de la pubertad. Las colegialas sienten pasión entre ellas y los chicos se sienten intrigados y obsesionados por sus compañeros. Esto plantea dificultades, porque tales sentimientos son incongruentes y tabú. El trabajo se resiente y las amistades sufren tensiones que ponen a prueba unos vínculos bien establecidos. En algunas sociedades se acepta ese comportamiento, el cual sigue su curso antes de transformarse en sexualidad nor-

mal, pero en otras comunidades está prohibido y muchas personas pasan por su fase homosexual en privado. Sin embargo, hay individuos que no logran pasar plenamente de la etapa *Hod* a la *Nétzaj* y retienen una dualidad andrógina de sexualidad inmadura. Históricamente, el periodo griego clásico corresponde a esta época, con sus homosexuales brillantes, inteligentes, lógicos y veleidosos, que produjeron escuelas de drama *ultra-hodiano*, filosofía y un refinamiento excepcional del arte y la ciencia basado en la medida, las matemáticas y la forma humana, sobre todo la masculina.

Una vez finalizada y activada la gran tríada vegetal, como se denomina a *Malkut-Hod-Nétzaj*, llega la adolescencia. Entonces empieza a funcionar el poder venusiano en la base de la columna derecha de la dinámica, con el efecto resultante de un declive brusco del interés por las actividades veleidosas. De repente despierta una sexualidad aguda, a medida que el cuerpo empieza a sufrir una transformación. *Nétzaj* estimula el nuevo crecimiento, aparece el vello corporal y los senos femeninos, el pecho masculino y las caderas de la mujer se ensanchan. Al cabo de un periodo muy corto, la psique, que ha llevado hasta ahora una vida sexual relativamente apagada, se enfrenta a los deseos que no ha experimentado desde la infancia. En los primeros años de la vida, tales impulsos han sido refrenados y adiestrados por los padres y el ego *yesódico* ha aprendido a controlar y contener el id-*Nefesh* hasta el momento apropiado, o asumirlo en el inconsciente. Al llegar a la adolescencia, estos deseos irrumpen con una intensidad creciente, pero el individuo tiene que arreglárselas prácticamente por sí solo. Algunos adolescentes se retiran en la tríada del sentimiento, en una variedad de estados de ánimo, mientras que otros exteriorizan su pasión en un tumulto *netzajiano*. Los padres repiten las maniobras de contención, pero su hijo ya no es una persona que depende totalmente de ellos. La tríada sentimental de *Hod-Yesod-Nétzaj* oscila violentamente, con la irrupción de querellas y rompimientos en el hogar y entre los compañeros, hasta que el adolescente empieza a relacionar la tríada con el *Malkut* del cuerpo. Una vez ha hecho esto, enton-

ces está preparado para producir la generación siguiente, y todo el interés se centra en el arte de cortejar. En las sociedades de la columna izquierda, esto se controla mediante un código estricto; en otras, donde domina el lado derecho del Árbol, el cortejo se lleva a cabo y a veces termina en embarazo o incluso en violencia, pues la energía *netzajiana* se expresa en formas positivas y negativas. Desde el punto de vista de la especie humana, ésta es la pauta oscilante de la historia entre los extremos del puritanismo y el espíritu bohemio. En cuanto al individuo, éste es el punto en el que empieza a convertirse en adulto, el momento en que la adolescencia desliza lentamente la conciencia fuera de la tríada vegetal, que se ocupa de la reproducción, para hacerla entrar en la tríada animal de *Hod-Nétzaj-Tiferet* conocida como «el Despertar». Cuando la persona sale del aprisionamiento en que le tenía el ego *yesódico* y se pone en contacto con la Corona del Árbol corporal, que es también el *Tiferet* de la psique y el *Malkut* del espíritu, se aproxima a la madurez física y la posibilidad de individualidad, llega a ser un hombre o una mujer con pleno dominio de sí mismo.

23. MADURACIÓN

En muchas sociedades, la pubertad está marcada por una ceremonia a la que algunos llaman «ritos de iniciación». En el judaísmo, la celebración del *Bar Mitzvah* señala la mayoría de edad del muchacho, cuando le convocan en la sinagoga para que lea un fragmento de la Ley. Esto simboliza el hecho de que sus padres ya no son responsables de él, que conoce las reglas de conducta establecidas en la Torah y puede adoptar el papel de adulto. En la sociedad antigua del Oriente Medio, donde la madurez llegaba con mayor rapidez, no era inusual que un joven o una doncella se casara a los catorce años, pero esto ocurría dentro de una situación familiar cerrada, en la que el clan seguía protegiendo a la pareja. Actualmente, en Occidente, la situación es muy distinta. Al llegar la adolescencia, vemos que se inicia la búsqueda de identidad, a medida que la persona se interna en la triada *Hod-Nétzaj-Tiferet* del despertar.

Cuando el individuo alcanza la plenitud adolescente, se produce un gran cambio en el equilibrio entre el cuerpo y la psique. El elemento físico está sexualmente maduro, y los sistemas físicos funcionan con su máxima eficiencia. Pero, con frecuencia, la psique sigue siendo la de un niño. Esto, en ocasiones, origina graves conflictos, pues los adultos empiezan a esperar que la persona acepte algunas de las cargas propias del adulto. En las sociedades menos complejas, o consideradas así, hacen que los muchachos salgan solos a los campos o

al mundo, a fin de poner a prueba las habilidades que ha aprendido, demostrar que pueden sobrevivir, sostenerse y, en el futuro, mantener una familia. Cuando hacen esto, son aceptados como hombres y los adultos de la comunidad los tratan como a tales. En la sociedad occidental no existe tal equivalente. El sistema de exámenes y los planes de aprendizaje cubren algunos aspectos del problema, pero a menos que una persona forme parte de una comunidad muy cerrada que se rige por las tradiciones antiguas, no hay manera de orientar la transición de la infancia al estado adulto, pues a menudo se rechazan las columnas laterales del superego y el ideal del ego, lo cual produce inestabilidad, pues el ego *yesódico* no suele ser lo bastante fuerte para sostener el estremecido Árbol psicológico durante este período.

La razón de ese desorden durante el proceso de la adolescencia es la presión a que se ve sometida la experiencia adquirida en la infancia. En algunas personas, la energía impulsiva de *Nétzaj* está retenida por las reglas de un *Hod* en represión, lo cual origina tensión nerviosa. En otros, la búsqueda *netzajiana* de placer y emociones se convierte en el interés fundamental, el ego *yesódico* se adapta a lo que está de moda y rechaza los valores ideales del superego de los padres. La búsqueda de una nueva imagen responde no sólo al deseo de ser escandaloso y llamar la atención del sexo opuesto, sino encontrar una máscara con la que el individuo pueda identificarse. Algunos se ponen varias máscaras diferentes durante un breve período, otros siguen aferrándose al talante conservador, pero con la intención de cambiarlo. Aquí vemos en funcionamiento las columnas activa y pasiva, según la carga de la psique. El poder de *Nétzaj* refuerza la inteligencia de *Hod*, la curiosidad se amplía y se carga. Surgen el ingenio y la novedad y todo se hace para impresionar. Las relaciones se vuelven hipersensibles e intensas, pues la tríada del sentimiento está totalmente activada, y cada persona busca un compañero que refleje la visión *yesódica* que tiene de sí misma. En efecto, el fenómeno del narcisismo vuelve a darse durante cierto tiempo, y uno busca a personas como él o totalmente opuestas, para complementar

su imagen. Esto se observa en la atracción mutua entre personas rubias y morenas, o en los casos en que una muchacha refinada sale con un hombre rudo, o viceversa. En estos ejemplos, el lado en sombras de su *id-Nefesh* se libera en una aventura *netzajiana*. Lo mismo puede decirse de los jóvenes que rompen los vínculos de una educación convencional y se entregan a las drogas y el delito. Ésta es la violenta oscilación del Árbol psicológico cuando busca desesperadamente un nuevo equilibrio en el período dinámico de la juventud.

La tríada del despertar *Hod-Tiferet-Netzaj*, que ahora se activa, produce una intensa conciencia del mundo circundante y de sus imperfecciones, cuando se entra en contacto con *Tiferet*. Mientras que la gran tríada vegetal, dominada por el ego *yesódico*, se dedica a sus nuevos pensamientos, sentimientos y acciones en el nivel personal, tiene lugar la conexión entre el ego y el Yo, llamado en la Kábala «Integridad». Esto ocasiona en muchos adolescentes avanzados un intenso apetito de verdad, debido al contacto con su *Tiferet*. Así, al lado de los encuentros apasionados entre los sexos, se da la preocupación por la religión, la política, la filosofía, la psicología y cualquier tema que pueda explicar lo que ocurre en el mundo y en el interior de la persona. En ese período de confusión, si las creencias o la disciplina básicas no son seguras, el adolescente tenderá hacia cualquier cosa que ofrezca respuestas prometedoras. Esto podría significar la exploración de ideas o modos de vida lo más lejos del hogar que sea posible, a fin de establecer la individualidad. En los casos de la mayoría de la gente, el impulso hacia las situaciones extremas no suele ser más que una protesta contra las convenciones de su época y una pasión por enderezar las cosas. Tales personas salen de este período altamente perturbado con sólo algunos moretones físicos y tal vez algún que otro golpe con fractura psicológico. Pero los hay que se pierden, o que mueren a causa de la necedad juvenil o las aventuras en las que se embarcan, de la misma manera que algunos jóvenes de una tribu nunca regresan de su iniciación porque se adentraron demasiado en terrenos desconocidos.

La ironía de la situación adolescente, y lo que la pone a

prueba, es el interés por encontrarse a sí mismo. Pero en esa época todavía se carece de suficiente experiencia de la vida para diferenciar la imagen del ego que proporciona la educación del Yo que se cierne más allá de la línea liminal de la conciencia que se extiende entre *Hod* y *Nétzaj*, y así la atención suele dirigirse al *Yesod* y la imagen adulta que se quiere adquirir. Esto se percibe a menudo en forma de ambición, y el impulso animal del id-*Nefesh* produce las proyecciones más brillantes, desde los astros del pop a los ganadores del premio Nobel. Quienes trabajan mejor mediante la acción se verán a sí mismos como grandes deportistas o bailarines, mientras que los pensadores querrán ser científicos o filósofos estimados. Los sensitivos anhelarán ser poetas o músicos famosos. Durante cierto tiempo, estas fantasías se mantendrán como posibilidades reales, hasta que el joven se da cuenta de que el trabajo que requieren puede ser muy superior al que están dispuestos a efectuar, o no tienen el talento suficiente. Ésta es la primera señal de madurez, y aparece cuando el proceso de desarrollo los acerca más a *Tiferet*, el lugar de la verdad. En ciertos casos, la imagen no se ve como una ambición imposible, y el ego se aferra a ella mucho después de que se haya alcanzado la madurez física. Por suerte, la vida poda la fantasía, la cual se basa a menudo en un deseo infantil de llamar la atención más que en una busca verdadera del carácter del Yo. La mayoría de la gente encuentra su nivel apropiado, aceptan que ser un buen número dos, tres o cuatro es lo mejor que pueden llegar a ser, y son conscientes del estrés que conllevan los puestos superiores. Unos pocos se aferran con fuerza a su sueño *yesódico*, y si éste no es verdadero, pueden volverse neuróticos y luego, en casos extremos, psicóticos, pues viven para su fantasía y descuidan la realidad. Desde un punto de vista kabalístico, es entonces cuando el sendero entre el ego y el Yo queda bloqueado por un engaño y se pierde la integridad.

Este sendero entre *Yesod* y *Tiferet* lo conserva la mayoría de la gente en mayor o menor grado. En algunos no es más que un vago reconocimiento de que existe la honestidad, aunque quizá no se practique en el trabajo o el hogar. En otros es lo

bastante importante para refrenar su conducta en el trabajo o en las relaciones personales, y en otros puede generar un deseo de guiar a la comunidad hacia lo que es correcto según el código de esa sociedad. Para unos pocos significa algo más que limitarse a obedecer las convenciones, y tratarán de averiguar lo que es apropiado para ellos desde el ángulo del desarrollo de sí mismos.

La percepción de que en la vida hay algo más que crear un hogar o tener éxito hace que tales personas se encuentren con cierta desventaja, puesto que mientras sigue preocupándoles la cuestión de qué y quiénes son, otros, que ya han completado esta tríada del nivel animal humano, avanzan con ímpetu y firmeza y se abren camino en el mundo. Vemos así al ser humano plenamente desarrollado, el hombre y la mujer que quieren ser reyes y reinas de su generación hasta que les desplace la llegada de la siguiente. La persona que busca —a menudo sin saber exactamente qué— de algún modo nunca llega a dejarse absorber totalmente por los juegos de las posesiones materiales o la categoría social. Son gentes que suelen estar al margen, son *outsiders*, como dicen los anglosajones. Algunos tratan simplemente de evitar la realidad y desaparecer en la existencia soñadora de un recluso excéntrico, si pueden conseguirlo, o de un vagabundo, si no pueden. Hay que decir que la mayoría de los restantes buscadores pueden ser artesanos y profesionales muy competentes, o se les puede encontrar en el hogar, la oficina o la fábrica. Están en la sala de juntas y en la granja, en el estudio y en el ejército. Exteriormente, esas personas no parecen tener nada de especial, pero difieren del resto en que reconocen la existencia de una vida interior u otra vida. En la mayoría no es más que el vago recuerdo de que proceden de alguna otra parte. Lamentablemente, son muchos los que lo olvidan, en el transcurso de los años y su profunda absorción por el trabajo y la familia, pero algunos siguen afeerrándose a esta creencia, buscan personas semejantes a ellos, que plantean los mismos interrogantes y tienen la profunda sensación de ser exiliados, aunque ignoran de dónde. Unos pocos saben por qué están aquí. O bien no han olvidado sus

instrucciones, antes de que fueran encarnados, o han recordado lentamente que tenían algo que hacer durante su estancia en la Tierra.

Este fenómeno no es infrecuente, y los investigadores que realizan estadísticas de las tendencias sociales utilizan términos como «orientado hacia adentro» junto con «consumidores notables», o gentes animales, y «supervivientes» en el puro nivel vegetal de la humanidad. Estas categorías se relacionan con la superficie inferior del Árbol psicológico. Tras pasar su juventud en la triada del despertar en la que se ofrece la oportunidad de mayor desarrollo, la mayoría de la gente retrocede a una posición óptima para quedar fijados en una de las tres subtriadas centradas en el ego *yesódico*. Así, tras su época de desenfreno, se hunden bajo la línea *Hod-Nétzaj* de conciencia y viven en el nivel vegetal de la rutina. Sólo la gente animal y los que están orientados hacia adentro actúan en lo que la Kábala denomina el *Katnut* o estado superior. Sin embargo, esta triada *Hod-Tiferet-Nétzaj* se puede usar tanto para explotar a los demás como para aplicarse al desarrollo de uno mismo. La elección siempre es posible. Los que están en el *Katnut*, o estado inferior, son quienes prefieren permanecer en el ego. Sólo una crisis de grandes proporciones les impulsará hacia *Tiferet*, como un desastre en una mina o una conmoción personal que les despierta y les induce a plantearse de nuevo interrogantes. Esto también puede ocurrirle a la persona animal si está traumatizada por verse desplazada o descubre que el éxito encierra una doblez. Cuando se percatan de ello, pasan a buscar el Yo, como el *outsider* sabedor de que existen otras etapas de desarrollo más allá de la Corona de la plenitud física. El Yo, en tanto es el lugar donde confluyen los mundos de la acción, la formación y la creación, permite que los vehículos superiores de la psique y el espíritu engranen plenamente con el físico. Cuando esto sucede, el organismo físico está completo.

24. REALIZACIONES

Según la tradición esotérica, los tres organismos inferiores de lo material, lo psicológico y lo espiritual no están fusionados al nacer, sino vagamente relacionados, y de ahí la fragilidad de la vida en los primeros años. Con el transcurso de los meses y los años, la tenue sujeción del cuerpo vital, gobernado por el *id-Nefesh*, va en aumento a medida que la dinámica y la estructura de la superficie superior del cuerpo se acumulan y amalgaman con la superficie inferior de la psique, de modo que hacia los siete años de edad el *Daat-Yesod* del ego ha generado, en el niño normal, una personalidad operativa. En la pubertad están engranados los niveles medios de la psique. Con la liberación de la sexualidad y la entrada en acción de la triada del despertar, las triadas emocionales activa y pasiva y el alma llegan a ser conscientemente accesibles. Hacia los veintiún años, el cuerpo alcanza su máxima extensión de crecimiento y desarrollo. En esta época la Corona del Árbol físico se entrelaza con el *Tiferet* o Yo de la psique y activa la *Sefirá* más inferior del organismo espiritual, iniciándose el contacto con lo que algunos llaman cuerpo «mental» y otros el nivel transpersonal y verdadero del individuo. En este punto la encarnación se ha realizado totalmente.

Todo lo anterior resume el proceso de la encarnación desde el momento de la concepción, a través de la gestación, el nacimiento y el desarrollo inicial, hasta un punto en que el cuerpo, la psique y el espíritu entran en contacto. Esta situa-

ción otorga unas capacidades extraordinarias, como evidencian los grandes hombres de la historia humana. Sin embargo, la mayoría de los adultos jóvenes, cuando maduran, sólo se afanan por la supervivencia en el mundo físico y la superación de sí mismos con detrimento de los demás. Para la masa de la humanidad esto es del todo aceptable, y muchos se contentan con una vida relativamente cómoda y segura, mientras dejan que los más agresivos compitan entre ellos por el liderazgo. Los *outsiders* son diferentes, pero nos ocuparemos de ellos más adelante.

La mayoría de las personas, cuando llegan a la flor de la vida, sólo se interesan por ganarse la vida, encontrar pareja y encajar en su sociedad. El trabajador hace lo mismo que su padre, a menos que sea excepcional, y se casa con una mujer que lleva la misma clase de vida. El hijo de un profesional probablemente irá a la universidad, a menos que sea un tipo raro, y se casará con una mujer de posición similar. La hija de un aristócrata, tras reaccionar contra su clase, a menos que sea muy diferente, acabará con un hombre de su misma categoría, y formará una familia que no será muy diferente en esencia de la de sus padres. Insistimos en que esto es una generalización y no siempre se aplica a la clase de personas que leen libros como éste, que son *outsiders* por una u otra razón.

Tras alcanzar la plenitud física, muchas personas ya no buscan nada más. La familia y la profesión absorben la mayor parte de la energía disponible y se produce un encogimiento del campo de actividad. La intensa curiosidad de la infancia y la vitalidad de la juventud empiezan a desvanecerse, y muchos jóvenes inteligentes y dotados de belleza física se vuelven completamente ordinarios alrededor de la treintena. Algunos, desde luego, procuran conservar su inteligencia y deseabilidad, pero no tienen la frescura de la juventud. Ha pasado esa época fogosa y a menudo dolorosa, pero en ocasiones espléndida, y hay que sobrellevar la primera edad mediana, en la que la persona se interesa tanto por encontrar y establecer su lugar en el mundo. Como se recordará, éste es el período de Marte y *Geburah*, en el que la tenacidad y el valor, la disciplina

y la capacidad de discernir entran en acción tanto en la vida pública como en la privada. La satisfacción profesional y la realización personal son muy importantes para la gente entre los treinta y los cuarenta años. Un buen matrimonio y una posición social respetable se consideran como objetivos válidos. Durante este período la experiencia madura las habilidades adquiridas en la juventud, y la vida se ensancha, con el aumento de la riqueza material, el trabajo se desarrolla, ya sea en el hogar o en el mundo, al tiempo que los niños crecen y tiene lugar la promoción. Al final de la edad mediana, los agobios de la vida cotidiana terminan para la mayoría de la gente, empiezan a reducir su ritmo de actividad y a disfrutar de lo que han ganado. Las crisis interpersonales de familia y profesión propias de los treinta y cuarenta años han quedado atrás, y amor y posesiones se comparten generosamente, a menos que los años difíciles hayan dejado a la persona aislada y amargada, porque ha sido derrotada, no por la vida, sino por sus propias ilusiones. Éste es el punto en el que la triada del alma empieza a emerger conscientemente, cuando el Yo de *Tiferet*, el Juicio de *Geburah* y la Misericordia de *Hesed* empiezan a actuar al unísono y la gente empieza a evaluar su actuación.

Para la mayoría, la edad mediana es el momento en que empiezan a descender desde la meseta física de una vida activa. Gradualmente la persona no puede seguir haciendo lo que hacía, ni tampoco desea hacerlo, a menos que siga siendo inmadura o tenga la sensación de que ha fracasado. Es muy natural que en esta época uno empieza a pensar en la muerte, pues sus coetáneos fallecen con mayor frecuencia. Esta consideración del tiempo que uno pasa en la Tierra prosigue a partir de los cincuenta años, cuando los sentidos se amortiguan y uno tiene la impresión de que disminuye su radio de acción física. Para quienes están centrados solamente en el cuerpo, éste es el principio del fin, y buscarán todos los métodos disponibles para aminorar el avance del proceso. Quienes tenían alguna intuición sobre el objetivo de la vida, ahora empiezan a reflexionar todavía con mayor seriedad, divulgan y reparten gran parte de su experiencia y sus posesiones materiales, pues

se percatan de que el cuerpo ya ha empezado a desprenderse de la psique. Cuando se aproxima la vejez, el cuerpo en declive no puede recordar el día de ayer, porque sus sistemas no son tan eficientes como lo fueron, aunque se pueden recordar imágenes de antaño con una claridad extraordinaria. Escenas de la infancia desvanecidas mucho tiempo atrás regresan junto con momentos de la juventud y los dramas del adulto joven. Se dedican muchas horas a reflexionar sobre hechos y actitudes, cuando las *Sefirot* emergentes de *Bináh* y *Jokmáh*, que proporcionan comprensión y sabiduría a quienes escuchan sus niveles mentales más profundos, separan al superego y el ego ideal. Así, unas personas pueden darse cuenta de por qué han tenido éxito y otras del motivo de su fracaso. Otras pueden ver el significado de una relación particular, y otras, en fin, los problemas que ellas mismas han creado. Durante estas reflexiones, ciertas pautas serán recurrentes, hasta que se resuelva el motivo de su aparición y se dé alguna clave vital a su *Daat* psicológico de conocimiento de sí mismas en alguna realización importante.

La etapa final de la vejez incrementa la separación entre lo físico y la psique, de modo que el nivel de desarrollo psicológico y espiritual alcanzado en la vida resulta cada vez más evidente. Quienes se han pasado la vida dedicados a las posesiones, se aferrarán al *Malkut* de la materialidad, mientras que otros a quienes sólo les interesa una imagen *yesódica* de la persona descubren que ésta se desvanece, al tiempo que el impulso de *id-Nefesh* detrás del ego emerge en un infantilismo que es patente en muchos ancianos. Sólo aquellos que han superado el dominio de lo físico, que han aprendido que la personalidad es un medio a través del que actuar, llegan a ver la lección de sus vidas y, más aún, perciben la muerte como una puerta que da acceso a una experiencia más profunda. Los que están todavía centrados en el mundo material no podrían ver nada más, y la muerte significa para ellos la aniquilación total. Se ha observado que el sello distintivo de esos dos estados es la dignidad y la integridad en quienes han aprendido la lección del sino, y desespero y desilusión en quienes no lo han

hecho. Ésta puede parecer una conclusión dura al final de una estancia tan breve en la Tierra, pero también debemos recordar que, desde un punto de vista kabalístico, éste no es el final de la existencia, y que se darán muchas más oportunidades a la persona para que desarrolle y perfeccione su ser a través de la encarnación.

Cuando la muerte se aproxima, el *id-Nefesh* empieza a retirar la vitalidad del cuerpo y aparece la extraña luminosidad de la piel, mientras los ojos parecen mirar otro mundo. Esto lo confirma el hecho de que muchos moribundos afirman ver familiares difuntos a su alrededor. Algunos individuos sensibles o avanzados pueden captar esas presencias que, como las entidades similares presentes en el momento del nacimiento, parecen vigilar el proceso del fallecimiento. El momento en que éste se produce es un punto crucial en el tiempo y el espacio, como ocurre en el nacimiento. A veces, como al nacer, no parece ocurrir nada evidente, pero hemos de recordar que, mientras el cuerpo y la psique inferior pueden ser viejos e inertes, los niveles superiores no lo son en absoluto, mientras se esfuerzan por liberarse del vehículo físico. Cuando la vitalidad decreciente del ego finalmente afloja la conexión *Yesod-Daat*, la muerte es inminente. Sin embargo, algunos moribundos siguen permaneciendo en el cuerpo, por la fuerza de la costumbre, y se retrasa la partida, la persona se aferra al cadáver tras haberse producido la muerte clínica. Cuando llega el momento del fallecimiento se inician los procesos descritos en el capítulo sobre la muerte, y todo el ciclo *post-mortem*/prenatal se inicia de nuevo, pero esta vez una etapa más allá.

Hemos expuesto el ciclo de desarrollo general de la vida desde la concepción hasta la muerte, teniendo en cuenta que todo el mundo tiene unos profundos recuerdos prenatales almacenados en la psique, que afectan en gran manera el sino particular y la psicología de cada individuo. Éstos se relacionan, a su vez, con el entorno y las personas a las que uno conocerá, así como el trabajo que ha de realizar y las oportunidades que se le darán. Todo esto se suma a una situación mucho más compleja que la que toman en consideración la

mayoría de los psicólogos. Nuestra etapa siguiente consiste en examinar con detalle algunos de los componentes y procesos principales de la psique, sobre todo los observados por las dos grandes escuelas de psicología profunda y relacionarlas con el sistema kabalista. Empecemos con la visión freudiana.

25. ID-NEFESH

Sigmund Freud nació en 1856 y murió en 1939. Pasó la mayor parte de su vida en Viena, donde trabajó como psicólogo y efectuó algunas contribuciones fundamentales al estudio de la psicología occidental. Muchas de sus ideas originales han sido modificadas, y han surgido diversas escuelas basadas en sus puntos de vista. Estas escuelas ocupan un espacio entre los psicólogos interesados por el cuerpo y los reflejos y los junguianos, los cuales, siguiendo a su fundador, exploran las zonas media y superior de la psique. El principal descubrimiento de Freud fue el reconocimiento de dos niveles de actividad psicológica: la consciente y la inconsciente. Esta última, según él, ejerce una influencia sobre la vida de la gente mayor de lo que se imaginaba. Se dio cuenta de que la inmensa mayoría de personas son manipuladas por unos poderosos impulsos instintivos, refrenados por su educación y sus costumbres sociales. El ego, o mente consciente, actúa como mediador entre los impulsos del id y las represiones del superego ideal, que castiga o premia lo que haga la persona, según sus opiniones adquiridas, a menudo, de un modo totalmente inconsciente. Este sistema tripartito forma el modelo básico de la psicología freudiana y, desde el punto de vista kabalístico, pone en relación el cuerpo con la parte inferior del Árbol psicológico. El centro de la conciencia reside en el ego *Daat-Yesod*, mientras que lo inconsciente se encuentra más allá de la línea liminal entre *Hod* y *Nétzaj*. Esta zona oculta contiene

una clara estructura y una dinámica propias, y los freudianos han añadido muchos términos nuevos para diferenciar diversas funciones. Empezaremos por examinar las básicas.

Al igual que el embrión, la psique se forma lentamente a partir de un plan general primitivo que, a lo largo del tiempo, se refina más, a medida que se despliegan e integran los procesos del crecimiento interno y la experiencia. Sin embargo, antes de que el organismo psicológico pueda empezar a funcionar, requiere una enorme cantidad de energía e impresiones sensoriales, las cuales proporcionan el vehículo del cuerpo que ha sido injertado, al nacer, en la psique inferior. A partir de entonces, una riada de impulsos parten del Árbol físico y pasan a la psique, que, inicialmente, queda anegada por la experiencia. Uno de los motivos por los que el bebé ha de dormir tanto es que ha de permitir a su psique, todavía desprotegida, ajustarse al impacto de *Nefesh*, o alma vital, a quien Freud llamó id.

El id, que extrae su energía de los niveles mineral, vegetal y animal de los sistemas mecánico, químico y electrónico del cuerpo, sigue una ley básica de la vida primitiva, y busca el alivio de cualquier tensión que pueda experimentar, como el hambre o la luz excesiva. Es decir, tratará de encontrar todo lo que sea placentero y evitar lo doloroso. Se trata de un reflejo instintivo que impulsa todas sus actividades, como retirar la mano de un objeto demasiado caliente, o buscar el pezón materno para alimentarse. Tales reflejos operan en todos los niveles del cuerpo, y la psique recién encarnada carece inicialmente de control sobre ellos, porque en el niño pequeño las conexiones entre el organismo físico y el psicológico son muy tenues y no están relacionadas. Por este motivo no existe ningún factor restrictivo, y las necesidades inmediatas del id se buscan con una ferocidad que asociaríamos con el *Nefesh*, una síntesis de los niveles animal, vegetal y mineral de la conciencia del cuerpo. Ejemplo de ello en la naturaleza son los lobos que no han comido nada en varios días y atacarán lo que sea. Otro ejemplo son los elefantes, que se desplazan centenares de kilómetros para lamer sal de roca. El id tiene el mismo im-

pulso poderoso, porque sabe que morirá si no se satisfacen sus necesidades.

Puesto que las necesidades de un bebé no siempre se satisfacen al instante —puede que no sea conveniente para la madre satisfacerlas— surge, según observó Freud, el fenómeno de la frustración. Normalmente, los órganos sensoriales y las funciones motoras responden al instante a situaciones como la de un cuerpo extraño que ha entrado en un ojo, por ejemplo, pero hay ocasiones que ni siquiera ellos pueden resolver un problema. Un niño puede querer que lo cojan en brazos, pero no hay nadie presente, o quizá desee tocar un objeto que está fuera de su alcance. Esto genera una tensión que no se puede liberar, y sin la experiencia directriz de un ego desarrollado, la intensidad de la carga se refuerza con toda la energía disponible y centrada en ese incidente, con el resultado de una respuesta apasionada que no puede encontrar satisfacción.

A esto se añade la frustración de una psique todavía adulta en sus puntos de vista, pero que no puede hacer nada con un cuerpo tan primitivo. Aquí se inicia el llamado «proceso primario», que empieza a conectar el cuerpo y la psique a través de *Daat-Yesod* del ego.

Transcurrido el primer mes de vida, el bebé empieza a formar lentamente una serie de imágenes por medio de los sentidos y la percepción del ego *yesódico*, por ejemplo, del seno materno que le alimenta. Con la repetición constante del acto alimenticio, empieza a desarrollarse la memoria, de modo que el bebé pueda recordar el objeto que le proporciona satisfacción. Como el ego no está bastante desarrollado para diferenciar el tiempo y el espacio, desconoce la diferenciación entre la imagen y la realidad de su fuente de nutrición, y esto puede ser causa de mayor frustración y angustia, hasta que el niño comprende que hay ocasiones en que le alimentan y otras en que no. Se inicia así un proceso en el que la psique empieza a relacionarse con el cuerpo, las impresiones sensoriales y los reflejos se reconocen y sintetizan a través de la memoria y forman la imaginación, la cual, a su vez, utiliza el niño para ayudar a

reducir su tensión física, evocando el objeto en un intento de satisfacer su necesidad. Esto le da al niño la ilusión de realidad, porque el id-*Nefesh* no puede discernir la diferencia entre una percepción objetiva y un recuerdo subjetivo. En la Kábala, ésta es la diferencia entre *Daat* o conocimiento del cuerpo, que sólo se relaciona con los datos sensoriales, y *Yesod*, que se ocupa de las imágenes. Muchas personas reconocen el fenómeno cuando ven un autobús a lo lejos y distinguen claramente el número que desean... hasta que llega el autobús y su número no es el que habían imaginado. Los bebés tienen el mismo problema, pero no lo saben, hasta que entran en los procesos secundarios de identificar la realidad, es decir, darse cuenta de que, por ejemplo, el pecho imaginario no existe realmente y que un objeto cercano y deseado no se acerca más a menos que el bebé extienda la mano o lo pida llorando.

Hasta que los procesos primario y secundario empiecen a ser operativos, la energía del id carece de una forma a la que llenar y que la canalice. Puesto que la psique pertenece al mundo *yetzirático* de formación, estos procesos tienen que desarrollarse a fin de establecer vínculos conscientes entre el cuerpo y la psique. No obstante, hasta que se establezca un sistema bien organizado, el id irá a donde quiera, e infundirá a la psique dos poderosos impulsos *Nefesh* que permanecen para siempre en el individuo, al margen de lo educado y mundano que pueda llegar a ser. El aspecto positivo se denomina la «libido», y se identifica con el lado derecho afortunado del Árbol. El aspecto negativo del id se denomina «mortido», y se le identifica con la columna izquierda de Severidad. Estos dos polos de la vida y la muerte son necesarios, pues la Naturaleza, el poder de matar, para defenderse o comer, es tan vital como el poder de propagarse y crear. En el ser humano, estas dos caras del id-*Nefesh* suelen estar contenidas y controladas por el ego y, más tarde, por el superego, pero siempre están presentes en lo que algunos psicólogos llaman el «subconsciente», lo que está por *debajo* de la conciencia. Según la misma opinión, el «inconsciente» está por *encima* del ego. Vemos, pues, la distinción entre el Árbol del cuerpo y el Árbol

de la psique, que se encuentran y operan por encima y por debajo del *Daat-Yesod* del ego.

El poder de los niveles subconscientes fluye en todos nosotros, y en algunas personas, con un ego que no es lo bastante fuerte, pueden aparecer los conflictos de la neurosis, pues los poderosos impulsos instintivos se oponen a las normas establecidas por el superego. En algunos casos, en los que *Daat-Yesod* no está bien fundamentado, el ego es derribado y se produce la neurosis; el id-*Nefesh* estalla en un episodio psicótico, como el robo o el suicidio, si la «mortido» se apodera de la persona. Esto se ve en gran escala en tiempo de guerra, cuando las naciones sufren una psicosis de masas, e incluso en tiempo de paz, por ejemplo, cuando los australianos blancos emprendían cacerías de fin de semana en busca de aborígenes negros, a los que violaban o castraban antes de matarlos. En este caso el hombre llamado «civilizado» usaba salvajemente la «libido» y la «mortido», de una manera que no emplearía ningún animal. La función del ego es la de refrenar esos impulsos primitivos y convertir, no pervertir, su vitalidad tosca en un orden de actividad superior. El factor del libre albedrío es esencial en estos aspectos, si recordamos que el niño tiene una mente adulta que todavía es inconsciente.

En el cuerpo infantil, el id-*Nefesh* se encuentra en estado salvaje, y así su energía fluye libremente en la superficie inferior del Árbol psicológico, hasta que se le pone freno. El término clínico utilizado, cuando el ego empieza a contener el id, es «conexión», que significa el establecimiento de pautas de pensamiento, sentimiento y actuación, es decir, las tríadas que cubren la superficie superior del Árbol corporal, y que inciden en el *Daat-Yesod* que generará el ego. Freud observó que a este proceso ayudaban los recuerdos antiguos de generaciones anteriores, en los que se transmitía la experiencia de la humanidad, cosa que quizá realizaban los genes, o tal vez se retenía en partes más antiguas del cerebro. Sin embargo, estas formas arcaicas seguían siendo muy primitivas, puesto que sólo les interesaba buscar el placer y evitar el dolor. También eran totalmente irracionales y percibían el mundo, como el niño, cen-

trado en sí mismo. Freud observó también que la capacidad de formar imágenes de satisfacción de deseos era muy similar a la base de la magia primitiva, que se relacionaba con la creencia infantil en su propio poder para lograr lo que quiere moviendo las extremidades o llamando a su madre de alguna manera. Ésta es una visión muy freudiana de la existencia. La sensación de impotencia que experimenta un niño puede muy bien ser su percepción de la realidad física, pero no todos sus sueños y fantasías versan sobre el alimento y la comodidad. Muchas personas recuerdan el estado prenatal en los mundos superiores y que se retiraban allí durante sus períodos de sueño, mientras sus cuerpos infantiles permanecían en la cuna.

Volviendo al *id-Nefesh*, puede decirse que se trata de la base física de la actividad psíquica; es decir, sujeta la capa de educación, costumbre e incluso desarrollo espiritual. Como tal juega un papel importante en la vida, como fuente de poder que puede exaltar o agotar la psique, según como se maneje. El *id*, que es un factor en gran parte escondido, infiltra la psique para contribuir u oponerse a los acontecimientos conscientes, tales como los llamados accidentes, que impiden o inician determinadas acciones. A menudo se simboliza como el animal nocturno en muchos sueños o fantasías diurnas que ayudan a las personas a atravesar épocas oscuras o difíciles. El *id-Nefesh* es la fuente de alimentación del Árbol físico. Cuando las habilidades y la inteligencia de la psique pueden convertir su energía vital, entonces es mucho lo que puede lograrse. Pero esta capacidad está todavía muy alejada en el bebé, el cual tiene que aprender primero a relacionar su psique con su nuevo cuerpo.

26. EGO-YESOD

Muchos psicólogos afirman que el ego infantil es un producto de la interacción de los mundos exterior e interior. El astrólogo lleva esto más allá y dice que la posición de la luna, en signo y casa, da al ego un carácter particular. El kabalista ve el ego como el centro de muchos procesos, entre la superficie superior del cuerpo y la superficie inferior de la psique, a medida que la superficie superior del cuerpo y la superficie inferior de la psique, como impresiones sensoriales y actividad psicológica, fluyen y refluyen por los senderos y alrededor de las subtríadas centradas en el *Daat-Yesod* del ego. Los freudianos consideran el ego como una función ejecutiva que emerge de las frustraciones del niño cuando éste aprende a controlar y descargar los estímulos sensoriales y motores, y produce imágenes de realidad y fantasía que gobiernan los intercambios entre los niveles consciente e inconsciente. El hecho de que existan diferentes visiones de la misma realidad constituye por sí mismo un ejemplo de cómo el ego percibe según su disposición y adiestramiento.

La principal tarea del ego es la de dar continuidad a lo que experimenta. La encargada de hacer esto es la memoria, que consiste en la grabación de miríadas de percepciones que forman pautas en la mente y el cerebro. De este proceso se deriva el recuerdo del pasado y la imaginación acerca del futuro, cuando se ve a la luz del presente. Inicialmente, el ego no puede discernir entre mundos internos y externos, pero, a me-

dida que el niño se familiariza con su cuerpo y el entorno, desarrolla el llamado «principio de realidad». Esto le permite al niño ver lo que es factible y lo que no lo es, y dedica mucho tiempo a probar este principio para encontrar sus límites. En términos kabalísticos, el ego-*Yesod* empieza a diferenciarse de su *Malkut* a través de la experiencia y a distinguir entre el cuerpo y la psique, a medida que adquiere la capacidad de controlar los impulsos del id-*Nefesh* y segregar los procesos psicológicos del pensamiento, el sentimiento y la conducta. Debido a la disposición del Árbol, los kabalistas argumentan que existe ya una *forma*, la cual contiene tendencias, a las que da cuerpo la experiencia, y que el ego-*Yesod* es el espejo apagado que refleja una imagen según su constitución particular, gobernada por factores tales como el karma y la etapa de desarrollo. No es sólo cera virgen que ha de ser moldeada, como creen muchos psicólogos.

El ego retrasa la reacción inmediata a una situación, porque el bebé reconoce que no conseguirá el resultado deseado, convierte el proceso primario de percibir un objeto en el proceso secundario de tratar con el mundo exterior. Con el transcurso del tiempo se forma la imagen de la realidad y se adquieren unos poderes más refinados de discriminación y manipulación, mientras los senderos y tríadas de la superficie inferior del Árbol psicológico se fusionan progresivamente en la superficie superior del Árbol corporal. La exactitud de la percepción y la precisión de la respuesta se refuerzan mediante el aprendizaje y uso de los símbolos, que se cargan de significado en un momento de conciencia y luego cruzan la línea liminal entre *Hod* y *Nétzaj*, para situarse con otros, de clase similar, en el inconsciente. Ejemplo de esto es aprender a leer la hora. Hay un momento en que los números y las manecillas en la esfera de reloj dejan de ser meros objetos y se convierten en imágenes de ciertas horas y minutos del día. Cuando esto sucede, el reloj ya no se ve objetivamente. Así, las nueve es la hora en que uno ha de estar en la escuela, y las doce la hora de volver a casa. Todas estas asociaciones, y miríadas de otras, pasan por la conciencia del ego y desaparecen en el incons-

ciente, donde son almacenadas, según la clasificación en las tríadas de conceptos y emoción. Algunos de estos recuerdos tempranos serán agradables y otros no, y esto determinará a qué lado del Árbol serán adjudicados. Entretanto, el ego-*Yesod* forma lentamente una imagen general del mundo exterior y en qué lugar de éste encaja la persona.

El ego contiene también una capacidad de imaginación simultánea que cubre el impulso del id-*Nefesh* y las actividades del inconsciente con las formas que se dan en los sueños y las fantasías diurnas. Más adelante nos ocuparemos de ellas en detalle, pero ahora debemos señalar que esa imaginación interna ocupa gran parte del tiempo y la energía de los niños y de no pocos adultos. En algunos casos, como en los niños, se trata tan sólo de jugar para pasar el rato o representar una situación que no es posible en la realidad exterior. En otros es una manera de obtener liberación de las tensiones internas, que no es posible afrontar de otro modo, y en otros, finalmente, es una simple forma de escapismo. A la inversa, éste es el mecanismo por el que las personas creativas inventan nuevas formas de arte, ciencia, negocios o lo que sea. La mayoría de la gente tiene sueños diurnos. Algunos los usamos para relajarnos de la ensoñación mental, y otros para revisar mentalmente lo que deberían haber dicho y hecho en determinadas situaciones, mientras que otros emplean esa facultad *yesódica* para planear estrategias, suponer lo que ha ocurrido o lo que ocurrirá. Toda esta actividad del ego interno se relaciona, en muchos individuos, con la realidad externa, de modo que, en general, no obstaculiza directamente su percepción del mundo externo. Sin embargo, en casos de trauma o fiebre, la capacidad *yesódica* de imaginación puede tomar la iniciativa y parecer muy real en sus ilusiones. En situaciones más graves de trastorno psicológico, las fantasías pueden convertirse en engaños que bloquean totalmente la realidad externa en períodos fugaces o cíclicos. Cuando un ego engañado no puede percibir la diferencia entre realidad interna o externa, se produce el estado de locura.

El principio de realidad es básico en el desarrollo del ego.

Desde el punto de vista kabalístico, fija el *Yesod* de la psique en el *Daat* del cuerpo y hace que el *Malkut* de *Yetziráh* se traben en el *Tiferet* físico de *Assiah*. Desde el ángulo freudiano, permite a la persona utilizar la vitalidad del *id* y convertirla en cualquier aplicación práctica que se precise. La apreciación de la realidad exterior también produce una sensación de identidad que, con el transcurso del tiempo, establece un lugar reconocible en el mundo. Al tiempo que el *ego-Yesod* aprende lo que es real, su capacidad aumenta en los ámbitos interno y externo. Esto significa que se procesa un creciente intercambio de experiencia y se relaciona con la adquisición de conocimiento y habilidades que tanto influyen en la perspectiva y los valores personales del individuo.

La persona o máscara con que un individuo cubre el rostro del *ego* es la imagen requerida por la circunstancia. Sin embargo, éstas pueden cambiar radicalmente, como ocurre en tiempo de guerra o de crisis personal, cuando puede haber momentos o incluso largos periodos en que ninguna de las máscaras que una persona ha adquirido puede ampararle de lo que está ocurriendo, y el *ego* desnudo tiene que afrontar las cosas directamente. En muchos casos, como en el combate militar, sólo la disciplina aplicada por otros puede evitar el fracaso. En circunstancias igualmente arduas, como la de no conseguir algo importante que uno ambicionaba, el shock inicial puede ocasionar una gran confusión, hasta que se pone una nueva máscara para proteger el *ego*. Ejemplos de ello son la viuda que viste de luto y el amante rechazado que pone al mal tiempo buena cara. Sin embargo, hay personas carentes de un *ego* fuerte que pueda resistir los golpes de la vida, que se encogen porque su sentido de la identidad del *ego* es básicamente inseguro. Estas personas con frecuencia no sólo temen al mundo en general, sino también a sí mismas, pues no siempre pueden refrenar los poderosos impulsos de *id-Nefesh* que surgen en una crisis como, por ejemplo, el pánico. Algunas personas no pueden afrontar el estallido de los impulsos infantiles que el *ego* nunca ha dominado del todo. El principio de realidad se pierde y lo sustituye cualquier cosa, desde un

enfurruñamiento infantil hasta un suicidio psicótico o un episodio homocidal.

Tales incidentes suelen ser obra del lado sombrío del ego. Así como la persona es el semblante de la imagen del ego, así la sombra es lo que no se ve, por lo menos lo que no podemos ver, porque la mayoría de nosotros ocultamos nuestros rasgos menos deseables tras lo que proyectamos en nuestra imagen del ego. Estos elementos no aceptables de nuestra naturaleza tienen sus raíces en el poder primitivo de *id-Nefesh*. Afortunadamente, el ego y la personalidad social del individuo suele mantenerlos a raya. Sin embargo, los impulsos potentes que surgen del cuerpo, y no pocos de los elementos perversos en la psique, penetran a través del ego en ciertas condiciones, como, por ejemplo, el estrés de un fracaso matrimonial, cuando se dicen y hacen cosas terribles. Cuando Freud introdujo esta dimensión oscura, tropezó con una enorme resistencia en la sociedad vienesa decimonónica de su época, muy gazmoña pero sensual. Dos terribles guerras mundiales revelaron este lado sombrío de millares de personas consideradas decentes en ambos lados, cuando la capa de civilización desapareció en el combate y millones de seres murieron violentamente. Freud observó que este elemento siniestro puede estar oculto por las buenas maneras, pero el ego no siempre logra evitar que se filtren a su través lapsus de lengua y acciones inconscientes que evitan el *Yesod* y descienden por las columnas laterales entre *Malkut*, *Hod* y *Nétzaj*. Posteriormente entraremos en más detalles sobre la sombra.

El ego es el centro de recepción exterior de la psique, ya que actúa como la conciencia cribadora para la percepción inmediata de la vida, pues interpreta los datos de los sentidos y opera los sistemas voluntario y motor para que respondan a la realidad física. También controla y equilibra los estados de ánimo, los pensamientos y el comportamiento de la psique inferior, los cuales se manifiestan como diversas personas (más-caras) que componen una personalidad a partir de lo que ha sido introyectado o absorbido de los padres en particular y del entorno en general. Así, una combinación de influencias ex-

ternas y de tendencias individuales, basadas en cualidades genéticas y heredadas, junto con la serie kármica y cósmica de la psique encarnada, se sintetizan para conformar el carácter distintivo de un ego. Como es, en esencia, un mediador, el ego *yesódico* tiene la facultad de adaptarse a las circunstancias. Esto, con frecuencia, está limitado en la mayoría de las personas una vez la personalidad ha quedado fijada, pues pocas personas están dispuestas a cambiar después de la madurez, aunque el ego se vea forzado por una circunstancia dramática, como ser un prisionero de guerra, para afrontar las condiciones cambiantes. Sin embargo, esto resulta cada vez más difícil con el transcurso de los años, como descubren muchas personas de edad madura al ver que el mundo empieza a considerar sus valores, habilidades y maneras como pasados de moda.

En la Kábala, el ego se considera como un criado muy hábil que sirve al amo del Yo. Con su gran variedad de conocimiento, puede actuar y proteger, siempre que no se proponga arrebatarse el papel del Yo. Una de las primeras lecciones del desarrollo interior es la de percibir el ego *yesódico* como una entidad dentro de la psique y no, como lo considera la mayoría de la gente, la propia identidad. El ego es el instrumento mediante el que podemos ver el mundo interior y exterior. Su capacidad, como mensajero, no debe subestimarse, pero tampoco se le deben conceder más atribuciones de las que tiene. En algunas disciplinas espirituales se denigra al ego, porque se le considera inferior y basto. En la Kábala se le ve como el fundamento de la psique y por ello es preciso alentarle para que funcione bien. Esto nos lleva al tercer componente del sistema básico de Freud: el ideal del yo que contrapesa el ego y el id en el interior de la psique.

27. EL SUPEREGO-IDEAL DEL YO

Al nacer, la psique no es, como creen algunos, un registro en blanco, sino un organismo completo con recuerdos de vidas anteriores y una conciencia de lo que sucede. Sin embargo, al producirse la fusión con el cuerpo infantil, su experiencia y capacidad quedan muy limitadas, y tiene que aprender, desde ese momento de encarnación, a vivir una nueva vida. Con el transcurso del tiempo, la conciencia del estado prenatal acaba enterrada bajo los intereses exclusivamente físicos, mientras la psique se adapta a las leyes del mundo natural. La cubre también el alud de nuevas experiencias que penetran en la psique a través del *Malkut* del cuerpo y el *Yesod* del ego. Al principio el ego se desarrolla a fin de contener y controlar los impulsos primitivos del *id-Nefesh*, a fin de obtener el máximo provecho de la situación, como hace todo animal. Así, el niño aprende a complacer a sus padres, lo cual le permite satisfacer sus necesidades y evitar el dolor, porque se da cuenta de que pueden retirarle el alimento o el amor si no se aviene a sus deseos. Este proceso tiene lugar en los primeros años de vida y forma lo que Freud llamó el superego y el ideal del yo, que aquí combinamos en «superego-ideal del yo».

Según los freudianos, el ideal del yo es la influencia de los padres que emerge de la experiencia del ego para actuar con una imagen de moralidad. Desde el ángulo kabalístico, el *Bináh-Jokmáh*, o la madre y el padre interiores en conjunción con *Geburah-Hesed* y *Nétzaj-Hod*. Así, las recompensas conce-

didas por los padres se acumulan alrededor de la columna derecha de Misericordia, y su castigo se centra en la columna izquierda de Severidad. Estos agregados son puramente psicológicos, pues las triadas no establecen un contacto directo con el Árbol físico, sino que, en su calidad de elementos emocionales y conceptuales de la psique, sostienen los valores individuales y colectivos de la persona, tal como los transmiten los padres. No obstante, el superego ideal no es lo mismo que el alma, compuesta de *Geburah-Tiferet-Hesed* y que constituye la columna central, el órgano de la conciencia.

En la mayoría de las personas, la introyección o absorción de los valores de sus padres se convierte en su modelo de bien y mal. Por ejemplo, en algunas tribus primitivas, ciertas acciones son tabú, como hablarle a la suegra, mientras en otras comunidades se considera de mal gusto que uno no sea cortés con la madre de su esposa. Muchas de estas costumbres han perdido su propósito original, pero, junto con todas las que todavía son prácticas, constituyen las reglas de conducta personal y social. El niño absorbe todo esto y lo refuerza en la edad adulta, de manera que en el inconsciente se forma un gran depósito de lo que puede hacerse y lo que no está permitido. Estos dictados no deben confundirse con la conciencia, que significa «con conocimiento», mientras que el superego ideal es, en gran parte, inconsciente. Cabe decir que varias escuelas de psicología utilizan el término de distinta manera. En este libro usaremos el esquema indicado.

Es evidente que lo introyectado en el niño es una mezcla de lo que dicen los padres y lo que exige su sociedad, que no es siempre lo mismo. Así, en vez de tener un sistema bien integrado de complejos emocionales y conceptos interrelacionados, habrá muchos agrupamientos de experiencias positivas y negativas asociadas que no sólo no están conectadas, sino que incluso son opuestas, lo cual puede crear grandes tensiones dentro de la psique de una persona. Estas tensiones pueden ser conflictos totalmente inconscientes que, de todos modos, influyen en los pensamientos, los sentimientos y las acciones del individuo. Además, mientras que la inocencia de la infan-

cia puede perderse cuando se perciben las discrepancias entre los padres y la sociedad, el ideal del yo sigue ejerciendo su efecto en la edad adulta. El aspecto ego ideal se manifestará en forma de grandes esperanzas de acción y ambición, mientras que el elemento de superego castigará si se contravienen los valores locales, porque los cimientos profundos de los primeros años son la base sobre la que se levanta la estructura de la psique. Esto conduce al hecho de que si una psique está bien equilibrada, se establece una sensación de certidumbre y confianza. De lo contrario, observó Freud, se tiene siempre una sensación de inseguridad, al margen del éxito y la seguridad que la persona pueda tener en épocas posteriores de su vida. Los freudianos consideran que la solución a tales problemas es el psicoanálisis, en el que estas distorsiones tempranas se identifican y resuelven. Los kabalistas usan los mismos principios, pero los aplican en el mundo en vez de hacerlo en la sala de consultas, de manera que un problema se soluciona por la acción directa.

El poder de la influencia paterna en el niño es enorme, y aunque éste pueda reaccionar de una u otra manera a la educación y el trato que le han dado, en cualquier caso transformará su perspectiva en una autoridad interior y más tarde proyectará sus valores en las autoridades sociales, como los maestros, la policía y las figuras religiosas y políticas. En condiciones ordinarias esto es útil, porque controla los impulsos de *id-Nefesh* y ayuda a la persona a integrarse en su sociedad. Sin embargo, si el superego ideal del individuo no contiene la inevitable rebelión juvenil contra la autoridad de los padres, entonces la sociedad reaccionará de acuerdo con la *Geburah*, con sus leyes sociales y penales, aun cuando su *Hesed* recompense la buena conducta, de acuerdo con su criterio, con riqueza y honor. Esta mezcla de controles y equilibrios personales y colectivos es la base de la civilización. La adquisición de costumbres en una sociedad primitiva o la noción de caballeridad, según la cual un caballero o una dama han de comportarse de una manera determinada, son algo más que un barniz superficial. Tales cosas pueden originar acontecimien-

tos como la abolición de la esclavitud, o crear comunidades en las que la gente se comporta según códigos políticos. El super-ego ideal de algunas sociedades puede ser, desde luego, per-verso, como en la España medieval, donde era un honor ser miembro de la Inquisición que quemaba y torturaba a millares de los llamados herejes y apóstatas. Vemos aquí la diferencia entre costumbre y conciencia: la primera es la norma aceptada, mientras que la segunda se basa en una moralidad eterna. Esto suele causar una división entre conformistas, que normalmente viven en el ego, e individuos que ven desde el nivel del Yo y ya no están bajo el dominio del superego ideal paterno de las columnas laterales.

Para quienes desconocen la diferencia entre el ego y el Yo, la conciencia que sustituye al ideal del yo opera de un modo inconsciente. Por ejemplo, si esa persona hace o dice algo que es socialmente impropio, tendrá un sentimiento de culpabilidad que no sabe de dónde procede. De manera similar, si sus acciones son correctas, según su sociedad, entonces surgirá a menudo una sensación de bienestar sin que se dé cuenta de su origen. Además, si una persona rompe deliberadamente las reglas pero se niega a reconocerlo, cosa que no es infrecuente, a veces el superego impondrá su juicio en las columnas y senderos laterales para afectar al *Malkut*, en un incidente que castiga o llama la atención sobre la falta cometida. Tales incidentes pueden abarcar desde un error pequeño pero significativo hasta un accidente que refleja la carencia de algo vital. A la inversa, el ego ideal puede atraer la suerte o la buena fortuna, lo cual creará las condiciones psicológicas para la promoción, por ejemplo, porque la persona se adapta al modelo que tiene esa sociedad de lo que es correcto. Esto, naturalmente, depende de los valores de esa comunidad, pues ha habido recompensas que consistían en el privilegio de ser la víctima de un sacrificio humano. Depende del lugar que el sino determina para la encarnación.

La conciencia es muy diferente de lo que generalmente se entiende por tal. Puede ser, como en la mayoría de la gente, una mezcla de costumbre y una verdadera comprensión de la

moralidad. Todas las religiones se han propuesto edificar a sus fieles insuflándoles ciertos dogmas éticos que elevan las prácticas locales por encima del nivel social. Por ejemplo, los Diez Mandamientos son un código que considera todos los mundos. Los tres primeros mandamientos, que están relacionados con las *Sefirot* sobranaturales, tratan de Dios, mientras que los siete por debajo de *Daat*, el lugar del Conocimiento, versan sobre la conducta humana. *Hesed* y *Geburah* hablan de recordar el sábado y honrar a los padres, mientras que *Tiferet* habla de no matar. *Nétzaj* y *Hod* se interesan por el adulterio y el robo, mientras que los intereses de *Yesod* y *Malkut* son decir la verdad y no codiciar los bienes ajenos. La posición de cada mandamiento en el Árbol y su orden específico forman la base de una moralidad que se interesa por la divinidad, la espiritualidad, la psique y los problemas del mundo práctico. Como tales, influyen en el lugar que ocupa un ser humano en el universo y su relación con otros seres humanos y con Dios; son, pues, las leyes que se aplican no sólo en unos u otros lugares y épocas determinadas, sino a todas las condiciones y niveles de desarrollo. La conciencia verdadera se interesa por estas leyes y se expresa en un dicho que existe en todos los idiomas: «Haz a los demás lo mismo que desearías que te hicieran a ti.» Es decir, que uno vea a los demás como el mismo Yo o *Tiferet*.

El ideal del yo es la capa acumulada de experiencia adquirida y autoridad introyectada. Actúa en el interior de la psique como el contrapeso del id-*Nefesh*, mientras que el ego mantiene el equilibrio entre ambos. Como tal, llena las tríadas laterales de la psique con un sistema completo de actitudes que gobierna la conducta del individuo en público, si no en privado. En el lado más siniestro, debe decirse que el ideal del yo es la base de la sombra psicológica que ayuda e incita a la sombra del id. Por ejemplo, los valores distorsionados pueden justificar el asesinato, como ocurre con el código de la Mafia cuando alguien traiciona al clan. También puede actuar en personas consideradas buenas pero que hacen caso omiso de alguien que necesita ayuda, porque le desaprueban.

El ideal del yo no es en modo alguno un elemento cohe-

Kábala y psicología

sivo. Hay individuos con un Árbol muy asimétrico, que recalca demasiado una u otra tríada o *Sefirá*, pues grupos de emociones o ideas dominantes distorsionan la visión que tiene la persona de la realidad. Por ejemplo, muchos funcionarios de poca monta tienen un superego excesivo, y no pocos bienhechores están tan llenos de ideal del yo que no pueden ver que sus esfuerzos podrían romper el equilibrio de fuerzas y precipitar una guerra. En la mayoría de la gente, estas discrepancias no son obvias, hasta que se ven sometidos a presión. Para algunos, por desgracia, los desequilibrios son demasiado grandes y las divisiones producidas en la infancia aparecen en años posteriores como trastornos de la personalidad o desequilibrios psicológicos. Sin embargo, de la misma manera que un Árbol siempre busca el equilibrio, así el id, el ego y el ideal del yo se compensarán como operaciones interdependientes. Consideremos ahora la psique como un sistema de trabajo.

28. SISTEMA DE TRABAJO

Cuando los complejos del ello, el ego y el superego son operativos en la psique, el individuo está bien encarnado, aunque no completamente. Esto significa que la persona tiene una relación con los mundos interior y exterior y puede actuar en ambos. Sin embargo, debe recordarse que la psique continúa viendo solamente la realidad externa a base de imágenes sensoriales, y la mayor parte de lo que se ve es muy subjetivo, según el temperamento y la cultura personales. Así, el beduino en el desierto verá cosas en las que no repararía ningún habitante de la ciudad, y viceversa. Además, todo cuanto percibimos está muy modificado por la interacción de los tres sistemas que estamos a punto de examinar.

Según muchos psicólogos, la energía de la psique procede del cuerpo. Sostienen esta visión de un solo mundo porque no reconocen la existencia de otras dimensiones y no pueden comprender la realidad de mundos diferentes, cada uno de los cuales es un cosmos completo estructurado y dinámico. La verdad es que el aspecto físico está confinado en su propio mundo y, desde el punto de vista de los Árboles de la psique y el cuerpo, cada uno de los cuales penetra en el otro, sólo puede llegar al nivel más tosco de la mente. Sin duda, los intercambios y las conversiones de energía entre los dos organismos tienen lugar cuando el pensamiento y la emoción se transforman en acción, pero estos procesos son comunicaciones a través de la conexión *Daat-Yesod* del ego, más que flujos masivos

de energía que se relacionan. El cerebro es un mecanismo altamente complejo comparado con el estómago, pero su manera de actuar es muy ruda si se compara con la sutileza de la psique.

Empezando por el nivel más bajo, la energía generada por el cuerpo es utilizada por los instintos para mantenerlo vivo. Según los freudianos, esta energía tiene una característica clara, la de que fluye a través de un propósito hacia un objeto concreto. Así, el hambre corporal despierta el deseo de comer y, en consecuencia, de buscar alimento. Este proceso es básico, ya que el *id-Nefesh* siempre tratará de aliviar cualquier tensión física. Una vez obtenido el alivio, el propósito se desvanece y vuelve a establecerse el equilibrio hasta que surge la siguiente necesidad. Este proceso continuo que impulsa al organismo se denomina «fuente», «propósito», «objeto» e «ímpetu», y se subdivide en «propósito interno», es decir, equilibrio, y «propósito externo», o la consecución del objetivo, como el alimento o la satisfacción sexual. Este proceso es, en sí, muy repetitivo y compulsivo, y corresponde a la tríada vegetal de *Malkut-Hod-Nétzaj* y *Yesod* en el Árbol del cuerpo.

Como el *id-Nefesh* es incapaz de discernir, a menudo producirá, en la imaginación de *Yesod*, una imagen de lo que desea. Esto se basa en la experiencia del cuerpo y la forma simbólica que el ego da a objetos como las manzanas, de las que evoca todas las cualidades de la fruta y cómo puede dar satisfacción. Naturalmente, tales imágenes no pueden satisfacer la necesidad del *id-Nefesh*, por lo que se planea una acción para poseer y comer la fruta. Este proceso puede aplicarse igualmente a la adquisición de un coche o una pareja sexual, cuyas imágenes están cargadas con lo que se denomina «catexis de objeto». Esto significa que el objeto deseado por el ello se carga de interés o energía psicológicos, que se originan en el vehículo *yetzirático* de la psique, no en el cuerpo. Ilustra, asimismo, la gran cantidad de cosas imbuidas con una dinámica que les proporcionamos, debido a la memoria, el deseo, la proyección y muchas otras asociaciones que se adhieren a lo que vemos o lo que constituye el objeto del *id-Nefesh*. En realidad,

la potencia psicológica se proyecta hacia cualquier objeto que se asemeja a lo que ocupa nuestra mente en un momento determinado. Por ejemplo, Freud argumentaba que el sexo se proyecta en toda clase de objetos, debido a que el *id-Nefesh* buscará alivio en cualquier parte si no puede lograrlo por los medios normales. Esto origina la noción de desplazamiento o energía alejada de su objeto principal y proyectada en otra como un alivio secundario. La mujer sin hijos que mima a su gato es un ejemplo ilustrativo de lo que decimos. Una parte considerable de la vida está influida por la asociación de características comunes, las cuales puede que no estén relacionadas en esencia. En otro tiempo un bronceado en invierno se asociaba con los ricos, de la misma manera que un Rolls Royce se consideraba sinónimo de éxito, aunque, de hecho, es posible que ni una cosa ni la otra sean verdad. Se trata tan sólo de una asociación colectiva. Existen miríadas de cosas similares cargadas de catexis psicológica que estimulan el interés. Los anuncios comerciales dependen de esto. En efecto, las palabras «nuevo» y «libre», cuando se aplican a la mayor parte de los objetos, harán que el *id-Nefesh* trabaje para encontrar un alivio y lograr una venta para el fabricante que ha estimulado el deseo en el mercado.

La tarea del ego en este sistema tripartito consiste en diferenciar la realidad de la fantasía. La experiencia muestra que no toda imagen de alimento, por ejemplo, puede comerse. Puede ocurrir, simplemente, que el *id* utilice la imaginación *yesódica* del ego para decir que está hambriento si aparece en la mente la figura de un bocadillo. El ego tiene la capacidad de identificar la diferencia porque se refiere a la memoria basada en la experiencia que se archiva en la psique. Como guardián entre las realidades interna y externa, aconsejará a la persona que refrene el impulso instintivo hasta que sea el momento adecuado para comer, pues un adulto no siempre puede pedir comida a gritos y conseguirla. Esta limitación es posible debido a las múltiples asociaciones anticatéxidas, como se denominan, dentro del superego-ideal del yo, que se oponen al *id-Nefesh*, aun cuando el individuo tenga delante de sí una co-

mida deliciosa. Vemos, pues, que los elementos cargados positiva o negativamente actúan para contrapesarse mutuamente. La función del ego *yesódico* es la de hacer que la persona relacione sus necesidades instintivas con lo que es socialmente aceptable. Esto proporciona al ego el papel esencial de eje entre las columnas laterales y las superficies superior e inferior de los Árboles físico y psicológico.

El superego-ideal del yo existe en un mundo puramente psicológico, y como tal tiene poco sentido común, porque carece de contacto directo con la realidad física. Sin embargo, al igual que el impulso de *id-Nefesh*, el superego-ideal del yo tiene sus compulsiones. Desde sus columnas inconscientes de Severidad y Misericordia distribuirá sin descanso castigos y recompensas basados en millares de cargas catéxidas y anticatéxidas que mantienen las asociaciones emocionales e intelectuales en sus triadas laterales activa y pasiva. Estas galaxias de complejos que se oponen y complementan son una fusión de la experiencia individual y colectiva de la persona, que equivale a una influencia considerable. La mayoría de la gente es inconsciente de esto, hasta que, quizá, su psique se desequilibra momentáneamente. Ejemplo de ello es el hombre que recoge una cartera extraviada. La tentación de quedársela y obtener así algo que otra persona habría perdido de todos modos (*id*), se contrapesa con la sensación de culpa y el pensamiento de lo que ocurriría si le descubrieran (*superego*). El ego, atrapado en el medio, podría ver, por un lado, imágenes del dinero gastado de un modo extravagante y, por otro lado, la escena en la sala de justicia. Como es la realista del sistema tripartito, el ego llegaría entonces a la conclusión de que lo mejor sería entregar la cartera en la comisaría. Ahora bien, mientras el *id* ha sido refrenado por el superego, el ideal del yo incita al hombre a alegrarse, como una recompensa. No obstante, esto puede ser neutralizado por el ego, el cual sabe que el hombre no puede permitírselo y se limita a engañarse creyéndose honesto, porque por un momento su *id-Nefesh* casi se ha salido con la suya. Visto en un contexto mitológico moderno, el ego ha actuado como un alguacil americano pragmático atrapado entre un

santo puritano (superego-ideal del yo) y un bandido (id) en una película del Oeste.

En ocasiones, el sistema tripartito no funciona con tanta suavidad. Normalmente, el superego-ideal del yo se opondrá a cualquier paso dado por el id, pero a veces se produce confusión e incluso distorsión. Esto puede ocurrir en una crisis personal o en un contexto social. Tomemos, por ejemplo, un país invadido. El enemigo está en todas partes, destruyendo no sólo las ciudades sino toda una manera de vivir. La mente colectiva del pueblo invadido puede generar entonces una imagen del enemigo como totalmente maligno. Esto sucede en la mayor parte de las guerras, y pronto individuos muy estables y respetables llevan a cabo los ataques más devastadores contra sus enemigos, pues el aspecto mortido del id-*Nefesh*, apoyado por el superego, utiliza el carácter práctico del ego para vengarse de los invasores por tratar de destruir su ideal del yo. Cosas tales como la libertad y la identidad religiosa o nacional se utilizan para avivar la ira del superego y espolear al id, y la imagen egoica de la gente, que lucha por aquello en lo que cree, oscurece lo que están haciendo realmente. Lo mismo sucede en el nivel personal, cuando el sentido de realidad de un hombre resulta afectado por drogas o el estrés. Si el ego está incapacitado por un trauma físico o psicológico, la consecuencia puede ser que el id y el superego-ideal del yo se desmadren, puesto que ambos son irracionales. Esto puede precipitar un estallido de violencia o un colapso mental completo hasta que el ego restablece la estabilidad y luego la supremacía sobre el flujo incontrolado entre la superficie superior del Árbol corporal y la superficie inferior de la psique. El hombre normalmente convencional que frecuentaba burdeles tras la pérdida de su esposa, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo, es un ejemplo de esto.

En circunstancias menos dramáticas, la combinación puede ser manipulada por cualquiera de los factores. Por ejemplo, el ego *yesódico*, al ver una tarta de crema especialmente deliciosa, puede hacer caso omiso del consejo del superego y disfrutarlo con el id. De modo similar, la pasión del id-*Nefesh*

puede utilizarse para superar el sentido común del ego, cuando se le hace la corte a una muchacha, considerada normal y erróneamente perfecta por el ideal del yo, porque la joven se adapta a sus criterios. Muchas obras de arte se han creado mediante la combinación de energía *Nefesh*, imaginación *yesódica* y la busca de la excelencia por parte del superego-ideal del yo. Sin embargo, estas obras maestras siempre dan una impresión de irrealidad. Las obras de creación tienen otra cualidad, la de la dimensión del Yo, que como *Tiferet* o árbitro consciente de la verdad y la belleza, introduce algo de orden superior mediante su conexión con los mundos de la creación. Por este motivo es tan poco frecuente el arte original. El ego *yesódico* está destinado a afrontar la realidad cotidiana. En este aspecto es supremo, pero no puede ver tan profundamente como *Tiferet* o crear como el Yo. Sólo puede imitar, aunque de una manera soberbia.

Sin embargo, el poder, la estructura, la complejidad y la sutileza del ego no deben subestimarse. El ego es el centro de distribución indispensable entre la psique y el cuerpo. Su desarrollo y educación, sobre todo durante los primeros años de la vida, determinarán su capacidad para procesar todos los senderos y triadas que convergen en él, así como los sueños, proyecciones y aspiraciones del inconsciente. Un ego débil o poco centrado es como una válvula deficiente que controla fuerzas muy poderosas que fluyen y refluyen en muchos niveles y con una gran variedad. Es como transitar por una calle conocida: son muchos los detalles de los que se encarga este piloto automático, mientras lee una lista de compras, reflexiona sobre un problema profesional, trata de afrontar una preocupación inconsciente o un fastidioso dolor en una pierna, mientras uno esquivo el tráfico y habla cortésmente con un amigo que requiere su atención. Todo esto y mucho más ocurre al mismo tiempo, y el motivo de que el ego pueda afrontarlo es la existencia de varios instrumentos psicológicos encargados de impedir que le abrume el mundo exterior, el id-*Nefesh* y el inconsciente. Estos instrumentos reciben el nombre técnico de «mecanismos de defensa» y son vitales para la preservación del equilibrio psíquico.

29. MECANISMO DE DEFENSA

Aunque la psique que se encarna pueda estar avanzada, sigue siendo una conmoción para ella nacer en el mundo físico. Inicialmente, la única manera con la que el bebé puede protegerse consiste en sumirse en el sueño o en lo que los freudianos consideran como fantasía. Desde el punto de vista kabalístico, esto significa el retroceso al reino de *Yetziráh*, y algunas personas pueden recordar su abandono del cuerpo infantil para regresar a él cuando la situación fuese aceptable. Sin embargo, llega un momento en el que el individuo tiene que afrontar la vida en la tierra, y aquí comienza la batalla entre diferentes realidades que ocasiona el fenómeno de la ansiedad.

Una de las observaciones más importantes de Freud fue el efecto que la ansiedad ejerce en la psique y cómo la afronta el sistema tripartito del ego, el id y el superego. Observó, por ejemplo, que el id genera ansiedades que distorsionan la imagen que el niño tiene de la realidad dominada por sus necesidades. En este contexto la ansiedad puede considerarse como una tensión biológica o *assiática* que afecta a la psique. Pero Freud también observó que ciertos estados de ansiedad eran muy distintos de los trastornos orgánicos que se presentaban y desaparecían según su realización. Se trataba de trastornos sin un origen evidente. Finalmente, Freud definió tres clases básicas de ansiedad que se relacionaban con los tres niveles inferiores de la realidad.

El primero de estos niveles era una ansiedad general que tenía sus raíces en el mundo externo. Esto era muy natural, porque estaba creada por los instintos a fin de proteger al individuo del peligro físico. Así, asustarse de la oscuridad o de las serpientes era normal y constituía la base de un sistema de defensa biopsicológico, que en la Kábala se relaciona con el mundo de *Assiah*. El segundo tipo de ansiedad se denominó «neurótico», y estaba precipitado por los propios impulsos id-*Nefesh* del individuo. En este caso el ego no es lo bastante fuerte para controlar con firmeza los impulsos de libido y mortido, lo cual crea una sensación de inseguridad en *Yesod*, el fundamento de la psique. Un ejemplo de esto podría ser la tensión de la frustración sexual, o la ira y el temor profundamente arraigados y basados en alguna experiencia temprana. El individuo que vive en plena naturaleza puede hacer muchas cosas para aliviar tales presiones en los dramas de la supervivencia, pero la persona de la sociedad civilizada no puede obtener una liberación tan fácil, a menos que encuentre una manera que sea aceptable para su superego-ideal del yo. Tales impulsos desinhibidos pueden formar enormes existencias de energía que distorsionan la superficie inferior del Árbol psicológico y amenazan su eficiencia. No obstante, como el Árbol es un sistema autorregulado, puede adaptarse, con cierto coste, y refrenar las tensiones hasta que sea posible liberarlas. El instrumento más obvio para liberar las fuerzas reprimidas es el deporte, que es una operación de mortido contenida, como se ve en cualquier final de Copa o Campeonato Mundial. En muchos casos, el impulso de mortido que no se descarga puede generar un temor, o un amor, neurótico hacia la destrucción. Esto se observa en la fascinación patológica por las películas bélicas y de crímenes, en las que el instinto de muerte se representa en *Yetziráh*. Quienes se oponen obsesivamente a tales preocupaciones suelen aplicar otro instrumento de defensa para bloquear los mismos impulsos en ellos mismos. A este respecto cabe observar que el mecanismo es generalmente inconsciente. Esto sucede porque el superego-ideal del yo, que opera en la parte inferior de las columnas laterales, permite que

Yesod justifique la agresión en encuentros de protesta que a menudo son tan militantes como quienes apoyan a su tribu o a su equipo de fútbol local. Se ha observado que muchas personas encuentran un gran alivio en la liberación que proporcionan los desfiles y los encuentros deportivos.

La tercera forma de ansiedad es la moral. En este aspecto, el superego-ideal del yo presiona para influir en el ego desde el inconsciente. Los valores recibidos de los padres y la sociedad presionan cuando la persona piensa, siente o hace cualquier cosa contraria a lo que le han inculcado. El ego puede presentar excusas, pero el superego-ideal del yo no las tiene en cuenta, porque existe en una realidad basada en leyes colectivas. Tener una relación amorosa ilícita puede ser racionalizado por el ego, pero el superego-ideal del yo seguirá transmitiendo su desaprobación y dará lugar a una profunda inquietud en la superficie inferior de la psique. Este fenómeno hace que algunos se den a la bebida, lo cual es una forma muy práctica de defensa del ego. La ansiedad moral abunda sobre todo en personas que tienden a la espiritualidad, las cuales tienen sentimientos de culpabilidad sin que, en apariencia, hayan hecho nada malo. Éste es el resultado de una situación complicada para el Yo, pues *Tiferet* puede estar protegiendo al ego *yesódico* para preservar su viabilidad. Si ésta se perdiera antes de que la persona esté dispuesta a afrontar el problema que tiene planteado, puede producirse un resquebrajamiento del fundamento de la psique. Ejemplo de ello puede ser el hijo ilegítimo que no puede aceptarse hasta haber encontrado su identidad interna, pues un sentimiento inconsciente de culpa le dice que él tiene la culpa de su situación. Desde un punto de vista kármico, podría tener razón, pero aún no está preparado para aceptarlo. Pocos psicólogos tendrían en cuenta esta dimensión, mientras que ningún kabalista la pasaría por alto.

Existen muchos mecanismos de defensa, algunos de los cuales operan según los principios llamados de «desplazamiento» y «sublimación», en los que las tensiones se refieren a algún otro lugar en la psique o el cuerpo, o se convierten en algo distinto hasta que pueden resolverse. En el proceso normal de

desarrollo psicológico, las peculiaridades personales o las enfermedades leves indican y alivian tensiones dentro de las estructuras y la dinámica de la psique, mientras que impulsos del todo primitivos, como la obstinación y la competitividad son transformados, por las *Sefirot* laterales, en modos inocuos por completo y ciertamente constructivos, tales como el vigor y la iniciativa. La conversión de la energía de *id-Nefesh* que no se utiliza para el sexo, el sostenimiento de una familia o el trabajo, puede emplearse en muchas actividades, que oscilan desde los juegos para pasar el tiempo hasta las disciplinas de perfeccionamiento personal. Todos estos procesos utilizan energías que podrían desorganizar el ego y destruir así su equilibrio, si no fuera por los mecanismos de defensa. Ejemplo de esto es la vieja solterona que teje calcetines para los marineros porque su novio, muerto mucho tiempo atrás, era un capitán de barco. Así protege su equilibrio mental de las emociones, pensamientos y acciones que podrían destruirla si les permitiera entrar en la conciencia de su ego.

«Represión» es otra forma de sistema de defensa consistente en el desvío de la atención del ego de cualquier dificultad que no puede afrontar, de manera que no trastorne la imagen *yesódica* del mundo o la imagen que la persona tiene de sí misma. Sin embargo, el problema sigue presente y puede salir del inconsciente en otra forma. Esto sucede porque, si bien el ego puede haber evitado el problema, el Yo no está en condiciones de hacerlo. Además, con frecuencia interviene el hado, como en el caso de la mujer que cruzó un océano para evitar un problema sexual, pero en seguida volvió a ocasionarlo con un nuevo amante. Esto indica que algunos dispositivos no bloquean realmente las columnas laterales o *Malkut*.

La «formación de reacción» es un término utilizado para describir algo que se reprime al cubrirlo con su contrario, de manera que *Yesod* presenta exactamente el reverso de lo que la psique piensa o siente. Ejemplo de esto es el amor fingido hacia alguien a quien el individuo odia, porque la situación social lo exige. Este proceso también puede darse en el inconsciente profundo que trata de contrapesar la visión del ego. Po-

demostramos poner como ejemplo el lenguaje ambiguo de los fanáticos religiosos que predicán el amor pero desean dominar. Desde el ángulo del Árbol, las columnas exteriores y las superficies superior e inferior sobrecompensan alguna función excesiva.

El fenómeno de «proyección» ocurre cuando algo que acontece más allá de la línea liminal entre *Hod* y *Nétzaj*, pero negado por *Yesod*, es proyectado al mundo. Este dispositivo deja el paso libre a muchos aspectos umbríos de la psique que bajan por una columna lateral, como para evitar el paso a través del ego. Ejemplo de ello es el puritano que ve suciedad por doquier porque no puede reconocer su propia corrupción. Tanto el id como el superego-ideal del yo pueden utilizar esta proyección. Se observa más concretamente en la propaganda de guerra que rechaza al enemigo como totalmente malo mientras ignora las maldades de la propia nación. Los Estados Unidos y la Unión Soviética se consideran mutuamente como imperialistas, aunque cada una de estas potencias cree sostener ideales revolucionarios.

La psique utiliza también la «introyección» como un mecanismo de defensa capaz de absorber lo que puede proteger a la persona. Por ejemplo, el ego puede adoptar la imagen *yesódica* de un grupo de personas afines, a fin de no ser víctima de ellas. Vestir de la misma manera equivale a estar seguro en el clan, y el hombre que se pliega a los deseos de su jefe, hasta que encuentra un trabajo más seguro, está haciendo exclusivamente lo mismo. En este caso, *Yesod*, con sus cualidades camaleónicas, protege a la persona por medio de un camuflaje físico y psicológico.

La «regresión» es una manera que tiene el ego de evitar una dificultad presente retirándose al pasado. Esto puede adoptar la forma de, por ejemplo, retroceder a un estado infantil, a una catapa en la que la vida era menos compleja. El pasatiempo *hodian* de hacer navegar embarcaciones de juguete no es una mera afición, sino una actividad seria para quienes desean huir de la realidad. Muchas personas retroceden sin darse cuenta cuando fuman o beben en una situación tensa, pues,

según Freud, buscan inconscientemente la seguridad del pezón. Sin embargo, esta liberación puede ser vital a fin de protegerles de lo que realmente piensan y sienten acerca de su situación en ese momento. Aquí es donde interviene el *Malkut*, que sustituye al ego en la estimulación sensual y la relajación.

El humor es un instrumento útil que afronta situaciones embarazosas. Sirva de ejemplo la anécdota del rabino cuyo hermano era un desaprensivo. El rabino le evitaba, hasta que el hermano le preguntó: «¿Quién eres tú para evitarme? Tienes un hermano que es ladrón, mientras que mi hermano es un rabino.» Ésta es la manipulación de *Yesod* y el superego-ideal del yo a fin de evitar una realidad *malkutiana*. Lo mismo puede decirse del hombre que afirmaba: «Mi mujer se divorció de mí por motivos religiosos. Veneraba el dinero y yo no lo tenía.» Aquí la realidad se contrasta con la fantasía a fin de proteger el ego del marido. Estas anécdotas jocosas tienen la finalidad de restar importancia a problemas que podrían trastornar el equilibrio psíquico. Preguntaron a Abraham Lincoln por qué siempre contaba chistes durante los peores momentos de la guerra de Secesión norteamericana, y él replicó que la tensión le destrozaría los nervios si no lo hiciera. En cualquier caso, era un depresivo y tenía una necesidad absoluta de compensar su columna izquierda de Severidad.

La «fijación» es un importante mecanismo de defensa. Ocurre cuando la psique se retarda a causa de algún problema de desarrollo sin resolver. Así, mientras el cuerpo y el ego pueden parecer adultos, la psique puede ser muy inmadura. Por ejemplo, algunas mujeres representan a la muchacha eterna, incluso cuando ya se han desvanecido su belleza y su juventud, y algunos hombres se comportan siempre como chiquillos, aunque sean corpulentos o dirijan una gran empresa comercial. Esto sucede porque todavía no se ha completado una etapa final de crecimiento interno. Tales individuos suelen tener una psicología bien fortificada que se niega a reconocer aquello que no puede afrontar, pero corren así el riesgo de un desastre. Muchos dictadores tienen un carácter fijo, el de seguir dedicándose a juegos juveniles en sus vidas pública y pri-

vada. La invasión de Rusia emprendida por Hitler fue una fantasía infantil. El fracaso de Napoleón habría sido una advertencia definitiva para la mayoría de los adultos, pero él siguió adelante y llevó a la muerte a millones de hombres. El joven y la muchacha eternos pueden entregarse a sus juegos, pero en algún momento tropiezan con su Waterloo, cuando el hudo les hace afrontar una crisis de proporciones tales que les obliga a crecer. Tales crisis, ya sean nacionales o individuales, son designios de la Providencia para disolver el sistema de defensa y evitar que la mentalidad fortificada se convierta en una prisión o un asilo.

Los ejemplos que acabamos de exponer son sólo muestras de los numerosos sistemas de defensa que usa la psique para proteger su viabilidad. Su función consiste en mantener el equilibrio de la psique hasta que pueda resolverse el problema. La mayor parte de los mecanismos pasan totalmente desapercibidos, ya que operan en el inconsciente, el cual examinaremos a continuación como un principio general.

30. EL INCONSCIENTE

La visión freudiana de la psicología hace mucho hincapié en el *id-Nefesh*. En efecto, Freud argumentó que la energía de la psique deriva principalmente del *id*, por cuyo motivo hay tal preocupación por satisfacer las necesidades básicas de la vida, de modo que la persona pueda sobrevivir y multiplicarse. Éste es un punto de vista específico y relacionado en particular con el cuerpo y la psique inferior; según los freudianos, el inconsciente se interesa principalmente por los impulsos del *id*. El *ego* y el *superego-ideal* del *yo* se consideran como desarrollos del *id* que emergen para controlar los instintos, de manera que puedan obtenerse las condiciones más favorables para la satisfacción de las necesidades. Por ejemplo, la gente no apoyará a quien sólo piense en sí mismo, porque la sociedad es un equilibrio entre necesidad personal y necesidad comunal que ayuda a todos. Esto significa la represión de la conducta socialmente inaceptable, la cual, sin embargo, continúa actuando en el inconsciente del individuo y la comunidad. El reconocimiento de esta dimensión oculta fue la principal colaboración de Freud a la psicología.

No obstante, debe decirse que el descubrimiento que hizo Freud del inconsciente no era nuevo. Él mismo reconoció que las artes y la filosofía lo conocían muy bien, pero fue él quien lo sometió a la atención de los científicos, aunque le resultó difícil conseguir que aceptaran su presencia y su capacidad de influir. Más tarde, la valoración freudiana del inconsciente y

el papel que éste jugaba en su esquema de la psique perdieron importancia, pues el psicólogo centró su interés en el id, el ego y el superego-ideal del yo. Esto revela el alcance de la percepción freudiana que, cuando se sitúa sobre la Escala de Jacob, cubre el Árbol del cuerpo, así como la superficie inferior y la zona media de la psique; el inconsciente es aquí una zona gris por encima y más allá de *Hod* y *Nétzaj*. Éste es el punto en el que Freud y Jung se distanciaron, pues al último le interesaba más la dimensión superior de la psique y las subdivisiones del inconsciente.

Freud vio los niveles arquetípicos de la mente, pero consideró su simbolismo como de origen instintivo y sexual. Vemos así cómo incluso la percepción de un gran hombre puede estar influida por el marco astrológico de su psique, pues es interesante observar que Freud tuvo un Sol Tauro en su nacimiento, lo cual inclina a la persona hacia lo sensual y lo terreno, y una Luna Géminis, de la que se desprende un yo en extremo analítico que sondea siempre aquello en lo que está absorto el signo fijo del Toro. Además, su Ascendiente Escorpión no sólo dio lugar a una aguda conciencia sexual, sino que le inclinó hacia una investigación en profundidad de lo oculto. Esta combinación de *Malkut* Escorpión, *Yesod* Géminis y *Tiferet* Tauro constituye la esencia de la visión y las preocupaciones de Freud. Debido a su temperamento y a la época determinada en que nació, se hallaba en el lugar apropiado para llevar a cabo sus investigaciones y presentar sus conclusiones. Éstas han evolucionado en el transcurso de los años, en conjunción con quienes le siguieron, formando un plan general del inconsciente cuyos detalles todavía varían según las escuelas. En la Kábala, las leyes del Árbol indican un claro sistema de estructuras y dinámicas, y es interesante ver cómo la observación clínica coincide con lo que ha revelado la Tradición esotérica con respecto a la anatomía de la psique.

Ahora bien, mientras Freud creía que el poder de la psique procede del cuerpo, la Kábala indica que esto sólo es cierto cuando la superficie superior del cuerpo entra en contacto con la superficie inferior de la psique. Esto significa que el sistema

nervioso central, en el *Malkut* de la psique, resulta afectado por el *id-Nefesh*, como le sucede al ego-*Daat-Yesod* y, hasta cierto punto, al Yo, que está en la *Keter* del Árbol corporal y la *Tiferet* de la psique. El hecho de que los dos Árboles se interconecten en el mismo nivel no significa que compartan la misma realidad, y, en efecto, las observaciones de Freud diferencian claramente entre percepción física y psicológica. La función *Daat-Yesod* del ego es la que actúa entre los dos mundos, lo cual sugiere que existen dos clases de energía completamente diferentes. En la Kábala, el Árbol del cuerpo contiene, desde luego, la dinámica más obvia, pero el aspecto físico no puede acceder a un orden de realidad más sutil, de la misma manera que un chimpancé no puede comprender el significado de Hamlet, por muchas representaciones del drama a las que asista. La naturaleza de la psique es mucho más fina y su forma es más delicada que cualquier proceso físico o instinto. La conversión de experiencia práctica a través del intercambio *Daat-Yesod* en la psique inferior es un salto cuántico facilitado por la conciencia, que puede moverse entre mundos diferentes en el momento, siempre en movimiento, de «ahora». Así, la criba constante de imágenes en el ego es el lugar donde pueden coincidir las realidades física y psicológica, cuando la persona reacciona a una situación exterior e interior. Los efectos de tales momentos fugaces no se pierden, sino que desaparecen al otro lado del umbral liminal, en el inconsciente, que es una vasta y compleja biblioteca de experiencia distribuida alrededor de las columnas, *Sefirot* y triadas del Árbol psicológico.

Los recuerdos que pueden recuperarse en la conciencia *yesódica* del ego se llaman «preconscientes». Pueden oscilar desde lo que uno estaba haciendo poco antes hasta acontecimientos en el pasado remoto. Puede tratarse de sutiles detalles de información y estado de ánimo, o de principios generales, la complejidad profunda de una relación o la simplicidad de una acción aislada. Todas las formas *yetziráticas* del recuerdo están cargadas con alguna emoción o idea. Algunos momentos recuperables pueden ser placenteros y otros desagradables, al-

gunos estarán muy imbuidos de energía y otros serán débiles y estarán sólo en el borde de la memoria. La principal característica es que se les puede hacer cruzar el umbral liminal y situarlos en la secuencia general de pensamiento, sentimiento y acción que tiene lugar en el ego *yesódico*. Como tales, se les puede considerar racionales, aunque en ocasiones sean incongruentes, como la yuxtaposición incongruente de dos elementos que se da siempre en el humor. Lo irracional comienza en el margen entre el preconsciente y el inconsciente, donde las formas que no tienen relación con lo que está haciendo, pensando o sintiendo, pasan velozmente por la pantalla del ego. Por ejemplo, a veces surge una idea con tal fuerza que sobresalta, como si algo intentara inmiscuirse, y eso es realmente lo que puede ocurrir cuando el inconsciente agujonea a la conciencia acerca de algún problema reprimido que ha sido activado, como el nombre de alguien que preferimos olvidar. A este respecto, debemos decir que la represión en el sentido general es una función absolutamente necesaria, pues si no existiera la conciencia *yesódica* estaría demasiado desordenada y un exceso de diversiones distraerían el rayo de la atención del ego. En ocasiones el inconsciente atraerá la atención hacia esos elementos reprimidos a través de los sueños.

Según los hallazgos de Freud, los sueños diurnos y nocturnos revelan una clase de actividad que no se diferencia de la que existe en el cuerpo. Desde el punto de vista kabalístico, el paralelo es exacto. Estos procesos psicológicos de digestión asimilan el material absorbido por el ego y distribuyen energía y materia a toda la psique. Cuando la atención del ego se retira de los problemas que le han preocupado, el residuo se deposita detrás de la línea liminal, parte en la zona preconsciente y el resto en el inconsciente que Freud llegó a ver como el depósito de energía psíquica y el almacén de material personal y arcaico que mantiene la vida invisible de la psique. Desde el punto de vista del Árbol, las triadas laterales de complejos y conceptos, con sus cargas positivas y negativas son como los órganos ocultos de la psique, que regulan continuamente el equilibrio psíquico, con relación a la conciencia del ego. Así,

en el curso del desarrollo, pueden producirse ciertas adaptaciones, a medida que aumenta la capacidad de la psique y cambia su equilibrio. Si esto no sucede, como en el caso de una negativa a pasar de la infancia a la adolescencia, la psique se vuelve inestable y el inconsciente tiene que retroceder a fin de afrontar un centro de gravedad familiar y aferrarse a él. Por ejemplo, la *Sefirá Hod* se volvería demasiado activa cuando la persona buscara la compañía de niños o siguiera haciendo travesuras infantiles mientras sus coetáneos proseguían su desarrollo normal. Según Freud, la corrección de tales fijaciones se lograría mediante la penetración en el inconsciente para llevar a la conciencia la experiencia clave que ha detenido el proceso de maduración. Freud argumentaba que esto liberaría las diversas cargas catéxidas y anticatéxidas y permitiría que se produjera la adaptación retrasada. Éste fue el otro gran descubrimiento que hizo mientras estudiaba la psique inferior.

Un ejemplo de esta técnica era el examen de los sueños, porque Freud creía que el inconsciente indicaba, con frecuencia, por el contenido de un sueño, la dificultad verdadera de la persona analizada. Los problemas de la mayoría de pacientes psicóticos se veían en sueños con relativa facilidad, pero en los neuróticos, o personas que sólo estaban trastornadas temporalmente, esto no siempre era tan evidente, y se requería mucha habilidad y paciencia para discernir lo que ocurre realmente en la psique. Por ejemplo, un hombre podía soñar continuamente con cuchillos. Esto podría ser simbólico de odio o de juicios, un impulso de mortido o frustración o culpa sexual. El kabalista lo vería como una manifestación de *Geburah* en cualquier contexto en que pudiera ocurrir, pero Freud probablemente lo habría visto como un fuerte deseo del id-*Nefesh* que quería ser satisfecho cuando la represión del ego, eliminada por el sueño, permitió que algún deseo inconsciente se expresara. Lamentablemente, la psique es, como hemos visto, un organismo altamente complejo, y no siempre está claro dónde se originan tales símbolos. Esto resulta todavía más difícil porque el mundo *yetzirático* del inconsciente no obedece a las leyes de la realidad física. El tiempo y el espacio son muy

diferentes, como saben todos los soñadores, y, por ejemplo, procesos como el de la «condensación» pueden comprimir problemas complicados en simples cifras, o incluso invertir emociones inaceptables, como el odio, convirtiéndolas en sus contrarios, cuando los recuerdos catéxidos, controlados una y otra vez por el superego-ideal del yo, distorsionan el material almacenado en el inconsciente. En el transcurso de la vida, van acumulándose en el inconsciente capa sobre capa y grupos cada vez más grandes de conceptos asociados y complejos, lo cual da al individuo su carácter distintivo. El observador perceptivo puede ver esto en la forma del cuerpo, el cual expresa la naturaleza de la psique que lo habita. Esto se debe a la ley de que el mundo inferior siempre se adapta al superior. En la Kábala, la lectura del carácter por medio de las facciones se consideraba un arte importante, pues la persona expresa mediante sus rasgos su estado anímico y su nivel espiritual, es decir, el inconsciente, que así podía discernirse.

Ahora bien, mientras el inconsciente puede parecer un embrollo incoherente a quien no está adiestrado, es, como podemos ver por la manera en que encaja en el Árbol, un sistema que absorbe experiencias y las procesa en diversos niveles antes de integrarlas en la psique. Una analogía exacta es la forma en que el embrión incorpora todos los elementos y construye un sistema muy complejo de células y órganos que operan en muchos niveles diferentes como un todo unificado. Sin embargo, en el caso de la psique, el proceso de crecimiento no cesa al alcanzar la madurez física, sino que continúa durante toda la vida. Freud, que no podía tener en cuenta las dimensiones ocultas o espirituales, porque quería dirigirse a un público puramente científico, sólo consideraba el desarrollo de la psique hasta la edad adulta, que veía bajo el prisma físico y social de su tiempo. Era en extremo pesimista acerca de la humanidad como especie en evolución, porque no iba más allá del id-*Nefesh* y el nivel inferior de la psique. El inconsciente era demasiado intangible y limitado, según él, por los recuerdos tempranos y las necesidades instintivas. Si bien esto puede ser cierto para gran parte de la humanidad, no lo es

Kábala y psicología

para muchas personas que han llegado a su madurez y quieren de la vida algo más que la satisfacción de unas necesidades materiales y egocéntricas. Para tales personas, el inconsciente suele ser el estímulo para un mayor desarrollo interno, porque contiene todo lo que se ha experimentado y constituye la historia de su sino hasta el momento presente. Ese estado suele darse cuando el individuo ha llegado a cierto nivel en su vida adulta. Pero antes de proseguir, consideremos con más detalle lo que Freud entendía por madurez.

31. LA MADUREZ

Desde el momento de la concepción, cuando la psique conecta con el óvulo fertilizado, el individuo tiene que afrontar la realidad física, lo cual se inicia con el aumento de la percepción y el aprendizaje para vivir en el entorno. Más tarde el individuo tiene que adaptarse a la familia y la situación cultural en que la Providencia le ha colocado. La velocidad del crecimiento es rápida desde el nacimiento hasta la pubertad, y cada día aporta una nueva experiencia y fase de desarrollo. De vez en cuando se producen grandes cambios, cuando el cuerpo llega a un límite de competencia y la psique usa lo que ha aprendido para relacionarse con un mundo cada vez más amplio. Desde la pubertad hasta la madurez física, la rapidez del desarrollo es más lenta, aunque el proceso de transformación no resulta menos espectacular. Cuando una persona llega a la flor de la vida, en la década de los veinte años, empieza a establecerse cierta estabilidad: se fijan los hábitos personales y el individuo encuentra un lugar en el mundo. Todo esto se aplica al ser humano normal que lleva una vida convencional. Hay, naturalmente, excepciones en las que uno abandona su localidad y rompe con la pauta, pero, en conjunto, la mayoría de la gente permanece dentro de su órbita cultural, incluso cuando migran, como en el caso de los gitanos. Esta estabilidad suele mantenerse durante el resto de la vida, a menos que la interrumpa algún acontecimiento de suma gravedad, como una guerra o la recesión económica. Pero incluso entonces la ma-

oría de la gente tratará de reproducir el ámbito establecido: el padre llega a ser como su padre y la madre se comporta como lo hacía su madre, una vez llegados a la madurez.

Los freudianos reconocen pocos cambios después de la maduración, excepto bajo circunstancias fuera de lo corriente. Así, tras haber llegado al máximo desarrollo físico, en la mayoría de los casos la psique deja de desarrollarse. Este punto de vista se basa en la idea de que la mente es una parte del cuerpo y carece de existencia independiente. Muchos psicólogos sostienen esta creencia, pues hay numerosas pruebas de que la mayoría de la gente no va más allá de la madurez física y social. Incluso muchos individuos empiezan a retroceder a la mitad de la vida, antes de sumirse en la senilidad cuando llegan a viejos. Puesto que ésta es la regla, más que la excepción, muchos psicólogos han relacionado la psique con las fases físicas del desarrollo temprano. La observación freudiana de las etapas de conciencia oral, anal, fálica y genital hizo creer al gran psicólogo vienés que eran cruciales en el proceso de desarrollo de la psique, porque su presencia y su resolución formaban la base de la madurez, o la inmadurez si el proceso se atascaba en ciertos puntos de su desarrollo. Por ejemplo, se creía que una etapa anal incompleta podía generar una mezquindad patológica, mientras que la etapa edípica de un niño y la manera de relacionarse con sus padres afectaba profundamente a su sexualidad adulta. Estas conclusiones serían válidas si sólo participaran los niveles *id-Nefesh* y *Daat-Yesod* del ego. Sin embargo, aquí debemos aplicar la máxima esotérica sobre «qué se ha dicho, quién lo ha dicho, para quién lo ha dicho y quién más había de oírlo», porque Freud tenía que formular sus conclusiones con mucho cuidado para un público abiertamente hostil. En consecuencia, debemos darle el beneficio de la duda y sospechar que tan sólo permitió que una parte de su pensamiento fuese de dominio público.

La imagen «clásica» de una personalidad estable y madura es la de que todos los sistemas psicológicos son más o menos operativos. El *id* está contenido y canalizado, el superego-ideal del yo está relativamente equilibrado, y el ego

mantiene una sensación de realidad. No obstante, esta imagen no significa que la persona sea madura. Es muy posible, por ejemplo, que una persona muy juvenil encuentre una posición en la vida que no le exija responsabilidades de adulto. Algunos se las arreglan fingiendo, despertando una compasión que les facilita la ayuda del prójimo y les permite vivir con toda seguridad, siempre que les apoyen, de la misma manera que ciertas ninfomaníacas son totalmente estables mientras tengan amantes. Así pues, los criterios evidentes de madurez no son válidos. Por ejemplo, muchas personas pueden actuar como si fueran maduras porque existe una notable compensación en una de las tríadas o *Sefirot*. El funcionario de bajo nivel con un *Hod* demasiado activo puede estar protegido por la rigidez de un sistema burocrático, mientras que la máscara agresiva de un sargento, que recubre un ego débil, le compensará de un ataque interno o externo de la disciplina militar. Tales desequilibrios compensados no son infrecuentes en personas que parecen muy aceptables socialmente, como el frío piloto aéreo que es totalmente irracional en su vida privada.

Lo que podría considerarse como una psique verdaderamente madura y estable se da cuando la carga de los dos lados del Árbol es aproximadamente igual. Así, la catexis cargada positivamente de los conceptos y emociones dinámicos permanece en equilibrio gracias a sus contrapesos anticatexidos, lo cual permite al Árbol cierta flexibilidad de movimiento que no es posible si hay un fuerte predominio de una de las columnas. Por ejemplo, la definición freudiana de «compulsión repetitiva» es un ciclo *netzajiano* que mantiene el impulso de muchos de nuestros actos rutinarios, mientras que su complemento *Hod* se ocupa de las operaciones más delicadas, como conducir un coche mientras se consulta un mapa. Del mismo modo, la canalización y dispersión de los impulsos de *id-Nefesh* en las muchas habilidades e intereses que llega a tener un adulto soluciona el problema de la tensión y su liberación en la psique madura. Así, mediante el desplazamiento y la diferenciación múltiple, por ejemplo, la energía, que en la infancia o la adolescencia habría estallado en algún episodio

violento, debido al limitado repertorio de controles, es retenida y encauzada hacia una forma de actividad más diversa y útil. Todo esto sugiere que la psique es capaz de desarrollar una organización interna altamente refinada y compleja. Los elementos esenciales están presentes al nacer en el vehículo *yetzirático*, incluso en el sistema nervioso embrionario. En el transcurso de los años de crecimiento y educación evoluciona la forma de este cuerpo *yetzirático*. Uno de los elementos que participan en la evolución es, por ejemplo, el lenguaje, que toma una experiencia y la divide en las sutilezas de pensamiento y sentimiento que alimentan las tríadas conceptual y emocional, las cuales, a su vez, forman subsistemas complejos capaces de absorber una conmoción muy potente, como la ruptura de un matrimonio, y mantener la psique en una posición segura hasta que haya pasado la crisis. Una psique inestable no puede afrontar tales traumas y retrocederá, por ejemplo, a un estado infantil, como la violencia o la compasión de sí mismo, dándose a la bebida o el sexo a fin de olvidar la realidad. La psique madura puede sufrir intensamente, pero es capaz de capear la tormenta del fracaso, porque el equilibrio de la mente es básicamente bueno, lo cual significa que el Árbol está bien establecido en el *Malkut* del cuerpo, seguro en el ego de *Yesod*, y tiene las dos columnas externas simbolizadas por el superego-ideal del yo, en un equilibrio flexible.

Esta estabilidad sólo es posible cuando se ha llenado la infraestructura de la mente, de modo que el riesgo de una desorganización en gran escala es pequeño, como la ruptura de un capilar psicológico. Por ejemplo, los procesos de introyección y proyección no distorsionan el ego si el superego-ideal del yo ha sido modificado suficientemente por la experiencia para no esperar niveles imposibles, basados en un modelo infantil que podría ser superfluo. Las situaciones se afrontan con un compromiso maduro entre lo que puede hacerse, en vez de lo que debería hacerse. Este realismo se debe a la presencia de la tríada del alma *Geburah-Tiferet-Hesed*, la cual percibe, en los momentos de conciencia del Yo, lo que es realmente factible para la persona. El Yo en *Tiferet* actúa como el centro equilibra-

dor o el «vigilante» en la conciencia de la mayoría de la gente, y nos alerta, a menudo por medio del sueño o los augurios, para que dediquemos nuestra atención a algo que ha de ser corregido. La psique madura reconocerá esa señal y actuará en consecuencia. Aquí se inicia la posibilidad de mayor desarrollo, pero pocas personas siguen las instrucciones de Yo, y la mayoría regresarán a una visión de la vida y el mundo presidida por el hábito. Por este motivo a veces el hado ocasiona la conmoción de una crisis, a fin de sacar a la psique de un cómodo pero adormecido estado de estancamiento. A este respecto es muy útil cierto conocimiento de la astrología.

La experiencia obtenida desde el nacimiento es elaborada lentamente en las profundidades de la psique, en el proceso de maduración. Para la mayoría se trata de un procedimiento totalmente inconsciente: pensamientos, sentimientos y acciones que han estado, aunque sólo sea por un momento, bajo el foco del ego, son clasificados y relacionados, dentro de la estructura y la dinámica del Árbol, en sus respectivos órdenes y relaciones. Desde el punto de vista kabalístico, esta diferenciación e integración empieza a manifestarse en forma de comprensión y sabiduría, a medida que las dos *Sefirot*, *Bináh* y *Jokmáh*, en cabeza de las columnas izquierda y derecha, procesan la experiencia y proporcionan un peso intelectual a los comentarios de las personas maduras que, al cabo de los años, adquieren una visión cada vez más amplia y profunda de la vida. Se ha dicho que, cuando uno llega a los cuarenta años, o es un tonto o es un sinvergüenza, pero a esta observación se le pueden dar muchas interpretaciones. Para la persona mundana, significa que uno «lo ha conseguido» o no; pero lo cierto es que muchos que han satisfecho sus ambiciones a menudo son sólo niños demasiado crecidos que juegan con juguetes caros. Ser un sinvergüenza también podría significar que uno es dueño de una situación y puede manipular los acontecimientos. También podría decirse que ser un tonto significa que uno conserva todavía su inocencia y no ha sido corrompido. Estas distintas interpretaciones sugieren que hay diferentes niveles de estabilidad y madurez.

Kábala y psicología

Según la Kábala, la psique contiene el alma y la parte inferior del espíritu, así como la conexión divina en nuestro ser. Para la mayoría, estos niveles ocultos pertenecen a una zona misteriosa en las profundidades del inconsciente. Pero a veces, al recorrer las fases de la vida, uno recuerda que procede de otro lugar, al cual regresará cuando muera. Anuncia esta certidumbre la experiencia ocasional de ser un extraño en la Tierra y ver de pronto una realidad diferente en un momento de iluminación o en sueños. Aquí es donde el psicólogo y el kabalista pueden encontrarse, en la puerta que da acceso a los mundos interior y superior.

32. LOS SUEÑOS

En medio de la rutina y la racionalidad está el reino de los sueños. Al margen de lo bien ordenada que sea una persona, o del control que tenga de sus pensamientos, sentimientos y acciones, existe ese espacio extraño en el que se manifiesta lo irracional, que a veces se introduce con una fuerza tremenda, cuando el inconsciente fugazmente toca, impregna e incluso invade los procesos del ego con su mundo de imágenes. Todos tenemos ensoñaciones diurnas, la mayoría en forma de revisiones de acontecimientos pasados o proyecciones en el futuro, con un toque de fantasía añadido para distorsionar la realidad en una u otra dirección. Muchos reconocen esto como pensamiento desiderativo y consideran tales ensoñaciones como fantasías controladas. Otros se limitan a deslizarse en el artificio y viven mentalmente una fantasía vana que puede relacionarse con la realidad o estar totalmente alejada de todo cuanto conforma su vida real. Se sabe de personas que han pasado más tiempo en esta zona entre dos mundos que en cualquier otra parte. Estas personas pueden abarcar desde lunáticos hasta lumbreras.

Desde el punto de vista kabalístico, soñamos cuando la pantalla *yesódica* del ego recibe una energía irracional desde las columnas laterales o *Tiferet*, en contraste con la energía racional procedente del *Daat* del cuerpo o las impresiones sensoriales y motoras de *Malkut*. En tales momentos se produce una ligera separación del cuerpo y la psique, que afloja la presa del

ego en el mundo exterior y permite al inconsciente anular la percepción normal de la realidad que mantiene a la persona en contacto con lo mundano. Esta separación aumenta durante el sueño, pues la formación reticular del cerebro medio que gobierna el flujo entre los niveles superiores de actividad cerebral interrumpe los impulsos que proceden del resto del sistema nervioso. El resultado no es una merma de la actividad, sino un estado de conciencia alterado que no depende de los órganos sensoriales. En otras palabras, el *Malkut* de la psique se separa, pero no se desconecta, del *Tiferet* corporal. Durante el sueño, el cerebro parece modificar su pauta de ritmos, generando períodos de gran actividad que se asocian con el sueño. Los biólogos todavía no han determinado exactamente qué es el sueño, aun cuando pueden controlar sus manifestaciones mecánica, química y eléctrica. Para los psicólogos el sueño es un período de trabajo inconsciente en el que tienen lugar muchos procesos psicológicos. Esta conclusión se basa en el fenómeno de los sueños.

Freud consideraba los sueños como una manera de profundizar más en la estructura y la dinámica del inconsciente, y llegó a considerarlos «el camino real» que conduce a ese reino. Su primera conclusión fue, como hemos dicho, que la mayor parte de los sueños satisfacen deseos y que muchos son de origen sexual. Por ejemplo, la resolución de tensiones que no se podrían satisfacer en la vida real, como hacer el amor con personas inalcanzables o tener éxito cuando sólo podría esperarse el fracaso. Freud llegó a la conclusión de que esto ocurre porque el ego racional está inactivo y el superego-ideal del yo parece estar en parte incapacitado, aunque se observa que podría participar en los extraños juegos simbólicos realizados por el inconsciente. Freud veía en tales dramas un contenido obvio o manifiesto y un significado latente u oculto, así como que eran una condensación de lo que ocurría en el inconsciente. Además, detectaba mucha distorsión y numerosas contradicciones en el formato de los sueños, a fin de cubrir o indicar el significado comunicado al ego. Posteriormente emergieron ciertos principios y Freud empezó a reconocer

unos elementos clave comunes a todos los sueños. Descubrió que, invariablemente aunque no siempre, ciertos símbolos dicen lo mismo. La imagen de un rey era con frecuencia una imagen del padre del paciente, y ser arrastrado fuera del agua solía aludir a acontecimientos relacionados con el nacimiento, e incluso las imágenes de trenes en los sueños parecían corresponder a preocupaciones por la muerte. Estos últimos fueron útiles para descodificar lo que sucedía en el inconsciente.

En la Kábala, el mundo de *Yetziráh* es el reino de las formas y los símbolos. Además, su elemento tradicional es el agua, y es evidente que la dimensión del sueño tiene esa dimensión fluida, pues adopta cualquier pensamiento, forma o dimensión que le impele. Freud reconocía el lenguaje del simbolismo, pero lo relacionaba con cosas y situaciones que la persona encontraba en su vida, arguyendo que el inconsciente utilizaba lo que tuviera a mano para expresar cualquier problema momentáneo. Así, analizaba un sueño según los antecedentes de la persona y lo relacionaba, tras ver las asociaciones con las que se conectaba, con el problema que se evidenciaba en el sueño. A partir de ahí podía sondear para encontrar el nudo que trataba de desatar. Una vez identificado, intentaba llevar a la conciencia lo que era inaccesible en el inconsciente, y resolver así tal vez alguna antigua dificultad con el padre del paciente. Desde el punto de vista del Árbol, adaptaba el equilibrio entre las tríadas emocional y conceptual de estructura y dinámica, a través del ego *yesódico*, tras haber recibido una serie de pistas sobre lo que podría haber en la abstracción. Ejemplo de esto era el sueño recurrente de una mujer sobre un déspota benigno al que quería derrocar. El análisis del sueño y de su situación finalmente condujo a esta persona, que al parecer tenía un buen control de sí misma, a darse cuenta de que se sentía agraviada por su marido, aunque su relación era de lo más cortés y afectuosa. Veinte años de hábito, apariencias sociales y seguridad material podían apoyar la imagen del ego, pero no engañaban al Yo situado en lo más profundo del inconsciente y que expresaba una insistente in-

satisfacción con un matrimonio en el que ella se sentía como una adolescente mantenida.

La visión que tenía Jung de los sueños era algo distinta. Si bien estaba de acuerdo con Freud en que muchos sueños trataban de anhelos sin resolver, no los veía como predominantemente instintivos. Percibía los más memorables como relacionados con el desarrollo psicológico de la persona, más que con los impulsos insatisfechos del id. Llamaba a tales sueños «numinosos», porque tenían para él la cualidad de otro mundo. Reconocía la clara diferencia entre los niveles de psique corporal del inconsciente y los puramente psicológicos. Incluso fue más allá y detectó la dimensión espiritual de esos «grandes» sueños, como él los llamaba. Al igual que los antiguos esotéricos, a los que estudiaba, veía que el simbolismo de los sueños no siempre se relacionaba con lo personal, sino que podía ser arquetípico, es decir, principios puramente psicológicos o espirituales, y así relacionaba los sueños de sus pacientes con la mitología, que describe narrativa y simbólicamente los procesos del inconsciente colectivo de la humanidad. Desde el ángulo kabalístico, los arquetipos son las formas de *Yetziráh* y los aspectos creativos del mundo *briático*.

Esta opinión, junto con otros factores, dividió a Freud y Jung, cada uno de los cuales siguió un camino diferente, con sus escuelas, para diferenciar los diversos niveles de lo que Freud llamaba «funcionamiento de los sueños». Jung, por ejemplo, examinaba los sueños de una persona durante un largo período, a fin de ver si se desplegaba una secuencia, porque creía que era posible observar una clara progresión. Para él no se trataba meramente de detectar y liberar fijaciones, sino de ayudar a la persona a desarrollar su psique a través de lo que percibía como situaciones arquetípicas, las cuales, cuando se introducían en la conciencia, la ayudaban a individualizarse. Jung veía el simbolismo en los sueños no como representaciones disfrazadas de impulsos del id, sino como un método con el que se mostraba a la persona la manera de ser realmente ella misma. Esto era muy diferente de la visión basada en el ego-*Yesod* que tenía Freud. La psicología de Jung giraba

en torno a la *Sefirá* de *Tiferet* o el Yo en el centro del Árbol *mezirático*. Consideraba los sueños como un intento del Yo, que podía percibir a la psique como un todo, para diferenciar y regular sus elementos dispares en una unidad integrada. Por este motivo le parecía encontrar tantas similitudes con la disciplina de la alquimia y muchas otras tradiciones esotéricas, incluida la Kábala.

En la Kábala, los sueños se dividen en tres categorías. La primera se ocupa de los acontecimientos inmediatos, es decir, aquellos que implican a las tres triadas centradas en el *ego-sódico*, que a menudo introducen en el sueño el impulso de las actividades mundanas, como cuando uno sueña que conduce un coche después de un largo viaje. El segundo orden es de naturaleza más profunda y se centra en el *Tiferet*-Yo. Aquí los problemas del alma y de la integridad individual salen del inconsciente y se proyectan en la pantalla de *Yesod* durante el sueño, de modo que la atención del ego se centre en el problema. Ejemplo de esto podría ser el sueño sobre una boda en el que el individuo se ve casado con la persona apropiada, o una inadecuada, y el resultado del matrimonio es lo que la pareja simbolice interna o externamente. Tales sueños se consideran a la luz de los símbolos utilizados para las diversas *Sefirot*, que son, en esencia, los arquetipos de Jung. La reflexión sobre, digamos, la relación entre la imagen tradicional de Adán y Eva, asociada con *Jokmáh* y *Bináh*, dirá mucho sobre el estado del *animus* y el *anima*, si estos personajes, o algo que encarne los principios masculino y femenino, aparecen en un sueño.

El tercer orden de sueño, en la Kábala, se denomina profético, y Jung tenía experiencia del mismo cuando observó, entre las dos guerras mundiales, que varios pacientes alemanes hablaban de la «bestia rubia» que salía de una prisión subterránea en sus sueños. Tenemos aquí la voz de la conciencia colectiva, definida por la superficie superior del Árbol psicológico, que habla a través de lo que se llama en la Biblia «profecía menor» de los durmientes. Se consideraba que los profetas más grandes estaban despiertos cuando recibían esas visiones. Estas intuiciones pertenecían a la dimensión *briática* y la co-

lumna central superior, mientras que la mayor parte de los sueños se originan en las tríadas laterales o el *Tiferet* del Yo, que se ven fugazmente en el *Yesod* del durmiente. Mediante la combinación de Freud, Jung y la Kábala tenemos una imagen más coherente del mundo de *Yetziráh*, tal como lo experimenta el individuo, cuando está separado de la conciencia sensorial. Según la tradición, el alma, durante el sueño, queda libre para deambular por el mundo de la Formación, aunque la conexión física nunca se interrumpe. Muchos sueños tienen la cualidad de un «viaje astral», como algunos lo llaman, pues la psique «flota» durante el sueño en una zona que pertenece a un orden de realidad muy diferente. Tales experiencias ultraterrenas no son infrecuentes, pues la psique, cuando no la retiene el peso del cuerpo físico, busca su verdadero nivel en *Yetziráh*. Los durmientes que estén todavía en la etapa del ego-*Yesod* tendrán su zona en el estrato más bajo y mundano de *Yetziráh*, mientras que quienes busquen el Yo ascenderán a altitudes menos densas, donde se producirá una forma más pura de simbolismo psicológico. Los individuos con un desarrollo mayor ascenderán a la superficie superior de *Yetziráh* y la superficie inferior de *Briah* o el reino transpersonal del espíritu. Aquí los individuos más evolucionados entrarán en contacto con la Divinidad durante el sueño profundo y recibirán revelaciones «cara a cara», como dice la Biblia. Sin embargo, en este aspecto, como en todos los demás, la Kábala insta al equilibrio, pues preocuparse demasiado por los sueños es vivir en el mundo que no corresponde. Durante nuestra vida en la Tierra debemos trabajar con el mundo de *Assiah* y, en consecuencia, sólo deberíamos reparar en los sueños que recordemos naturalmente, como era la intención original de la psique. Examinar cada sueño puede convertirse en una obsesión, como si hiciéramos una radiografía del aparato digestivo cada vez que comemos. El escrutinio excesivo de los sueños puede quitarles su relieve y, en consecuencia, disipar lo que nos dice el inconsciente, lo cual podría tener como resultado una crisis innecesaria. Esto nos acerca al tema del desequilibrio mental y los problemas de la psicopatología.

33. LA PSICOPATOLOGÍA

Todos conocemos el fenómeno de la fase inmediatamente anterior a conciliar el sueño o despertar. Es una zona crepuscular de la conciencia donde se mezclan el sueño y la realidad. En tales momentos, las impresiones sensoriales pueden provocar fantasías e imágenes en el inconsciente y generar una experiencia sensual. Ésta es una zona en la que se explaya el espacio psicofísico entre el *Yesod* de la psique y el *Daat* del cuerpo, poco antes de que se separen en el sueño, o se fundan, antes de despertar plenamente, cuando la distinción entre los mundos se resuelve por medio de la orientación hacia afuera. En algunas situaciones anormales este proceso puede retardarse, de manera que se convierte en un área de confusión, como en el caso del delirio o la fiebre, o en un refugio de la realidad, como sucede en la esquizofrenia. La razón de tales acontecimientos puede ser simple o compleja, pero sea cual fuere, indica un desequilibrio en el interior del cuerpo, la psique o ambos.

En las desorientaciones con base corporal, las condiciones puramente físicas pueden alterar la química del cerebro para producir engaños. La intoxicación alcohólica, por ejemplo, o un exceso de mala nutrición, distorsionarán las percepciones del ego y permitirán que los impulsos id-*Nefesh* o inconscientes inunden la pantalla de *Yesod* para confundir a la persona. En las situaciones generadas psicológicamente, el trastorno no se identifica y corrige tan fácilmente. Aquí es donde los terapeutas se dividen en aristotélicos o platónicos. Naturalmente, el

mecanicista puro ve el problema y la solución en el cuerpo, y percibe todos los trastornos mentales como totalmente orgánicos. Esto puede ser cierto en algunos casos, pero la cuestión estriba en saber si el cuerpo crea un trastorno psicológico. En toda enfermedad hay algo que está fuera de su lugar y que es compensado por el mal funcionamiento de otra cosa. Desde el punto de vista de los árboles corporal y psíquico, muchas enfermedades pueden considerarse como funcionamientos defectuosos referidos, en el nivel correspondiente, por encima o por debajo de la base del problema. Por ejemplo, la tríada de la sensación, *Hod-Nétzaj-Yesod* se relaciona con la tríada orgánica de *Hod-Yesod-Nétzaj* en el cuerpo, mientras que la tríada *Hod-Yesod-Malkut* del pensamiento corresponde a la tríada corporal de los nervios, de modo que cualquier dificultad en una generará una resonancia en la otra. Por ejemplo, una preocupación excesiva puede producir trastornos estomacales, y pensar en cosas terroríficas le pone a uno físicamente nervioso.

Los trastornos psicológicos pueden ser permanentes o transitorios. Por ejemplo, un accidente con frecuencia desorienta a los Árboles corporal y psicológico durante un día, más o menos, de modo que la conexión *Yesod-Daat* se pierde y el ego sufre un trastorno. Una persona puede pasar meses en este estado tras el fin de una profunda relación amorosa. Es bien sabido que el divorcio puede trastornar a personas bien equilibradas durante varios años, de modo que su percepción de la realidad queda totalmente distorsionada, pues el ego y las tríadas emocionales y conceptuales requieren tiempo para normalizar y reorganizar un Árbol traumatizado. En la mayoría de los casos, finalmente la psique recuperará el equilibrio, siempre que no exista ninguna lesión profunda en la persona que se retrotraiga a sus primeros años de vida o incluso antes.

Como hemos visto, el momento de la encarnación es traumático. De repente, uno se ve confinado en un cuerpo pequeño e ineficaz tras haber estado en una dimensión espacial y temporal relativamente libre. El impacto de los elementos, la

gravedad y las exigencias imperiosas del id-*Nefesh*, que cohabita en el cuerpo con la psique, deben imponer una tensión enorme, que es compensada inicialmente por el apoyo físico y psicológico de la madre. Este apoyo es esencial y debe de ejercer un efecto profundo en el niño, totalmente dependiente. Si las necesidades vitales de las primeras horas, días y semanas no se satisfacen, la superficie inferior de la psique no queda adecuadamente soldada con la superficie superior del Árbol corporal, lo cual podría resultar en un *Daat-Yesod* o ego incorrectamente fusionado, de modo que la persona no está nunca apegada del todo a la tierra o ve el mundo a través de una pantalla *yesódica* deformada. En muchos casos hay una corrección, pues la vida del individuo suele proporcionar en sus comienzos la solución al primer problema establecido por el sino. El cuidado adicional que se tiene con la mayoría de los niños enfermos es un ejemplo. No todos los niños desposeídos se convierten en lisiados mentales.

Muchos psicólogos no toman en consideración el factor del sino, a pesar de que es esencial en la vida y explica por qué una persona se comporta de un modo determinado y otra persona de un modo completamente distinto, aunque las dos hayan nacido en el mismo ambiente. Por ejemplo, incluso los gemelos idénticos, que pocas veces nacen exactamente al mismo tiempo, están sometidos a sinos muy diferentes, pues tienen que desarrollar una relación antigua de una manera nueva, y cada uno reacciona de acuerdo con la comprensión que tiene de la situación. Aquí interviene el factor del libre albedrío y los diferentes niveles de desarrollo. Por ejemplo, a uno de los gemelos puede que solamente le interese lo material, mientras que al otro le preocupa la moral, de manera que uno responde a su situación común haciéndose policía y el otro se convierte en un delincuente: toman la luz y la sombra del superego-ideal del yo de cada uno. El lugar del nacimiento no es accidental, como tampoco lo son los problemas encontrados ahí. El necio podría nacer rey y el genio en la casa de un mercader, o incluso en la jungla. Un gigante espiritual nació en la familia de un carpintero y otro comenzó su vida como un

príncipe. Los padres y el entorno juegan su papel, pero lo más importante es la manera como el individuo reacciona a lo que le ha tocado en suerte.

Aparte de la dimensión del hado y el medio del libre albedrío, que existe en el niño tanto como en el adulto, existen varias fases por las que todos hemos de pasar. Si estas fases no se completan, pueden producirse enfermedades mentales, englobadas bajo el término psicopatología. El primer proceso es el de la simbiosis con la madre. Este período crítico de la infancia puede producir, por un lado, una situación en la que el niño está, o protegido en exceso, o bien absolutamente abandonado. Ambos extremos dejarán su marca en el individuo, de manera que, al llegar a la edad adulta, o bien esperarán que el mundo les dé lo que ellos quieren, o bien creerán que el mundo les ha rechazado. Tanto en un caso como en el otro, en una situación de estrés pueden retroceder y tener una rabieta infantil o recurrir a un retraimiento sombrío. Se trata de un retroceso al narcisismo en el que se convierten en el eje egocéntrico de su propio universo. Semejante estado podría ser superficial o profundo, según la elección y la circunstancia. Por fortuna, las leyes del karma proporcionan muchas oportunidades para romper lo que podría convertirse en una pauta psicopática. Al principio, el hado establece muy suavemente una situación que podría resolver el problema, como, por ejemplo, encontrar a la persona adecuada y que prestará su ayuda. Esto se observa con frecuencia en la relación arquetípica de «rescate» entre el santo y el pecador. Si esta oportunidad se rechaza, entonces aumenta la presión, de manera que la persona se encuentra con una circunstancia vital cada vez más difícil, en la que la gente siente progresivamente menos simpatía hacia la psique infantil en un cuerpo adulto. Es interesante resaltar que, a menudo, tales personas saben exactamente lo que están haciendo, pero prefieren proseguir con sus juegos porque proporcionan un gran desahogo a su ego. Una señal de esto es que con frecuencia pasan sin cesar de una situación a otra, recreando el mismo resultado egocéntrico, hasta que llegan a un punto crítico en el que el hado suele pro-

porcionarles la posibilidad de disolver el problema y pasar a la madurez. Muchos reconocen y aprovechan el momento para cortar el nudo de la fijación que les ata, pero algunos, que desean aferrarse a su visión narcisista de la vida, tratan de mantenerla mediante su entrada en una zona crepuscular en la que se mezclan la fantasía y la realidad, quedando así atrapados entre *Assiah* y *Yetziráh* como la persona que sueña poco antes de despertar y no está segura del mundo en el que se encuentra. En la antigüedad, a tales personas las llamaban lunáticas, porque, al igual que la luna, que es el símbolo de *Yesod* y del ego, trazan círculos y se ciernen entre el Cielo y la Tierra sin estar en contacto con ninguno de los dos. Desde el ángulo kabalístico, son cautivos en el mundo de *Yetziráh*, sin ningún contacto con los mundos superior e inferior.

Todo lo anterior se aplica, en principio, a cada etapa de desarrollo. Los problemas de identidad, relación con los padres, rivalidad entre hermanos y relaciones sociales, surgen en una secuencia definida y se los trata por medio de la adaptación, la expansión y la absorción. Si esto no sucede, entonces el proceso adopta una configuración retardada, hasta que el desequilibrio se resuelve en el curso normal de la vida, o con ayuda. Si la dificultad no se reconoce, con el transcurso del tiempo el problema puede agudizarse, pues se pierde la flexibilidad y el Árbol se distorsiona y es compensado mediante pautas que podrían generar síntomas de estrés y luego de enfermedad. En algunos casos, una fijación puede mostrarse tan sólo por una peculiaridad del carácter, como coleccionar ositos de peluche, lo cual podría representar la falta de su padre amoroso. En otras personas podría ser lo bastante visible para clasificarlo como una fobia a los sótanos, cosa que podría tener su origen en alguna experiencia infantil de sentirse aplastado en un refugio durante un ataque aéreo. Una neurosis muy común es la de la persona que está siempre enferma, aunque sus dolencias no son graves, y que puede ser una manera de obtener el trato especial que no le dieron en su infancia. Los problemas entre recién casados se deben con frecuencia a los modelos paternos que cada miembro de la pareja pro-

yecta en el otro. Esto puede originar una crisis en el cónyuge que no puede dejar de representar lo que le introyectaron en su infancia. En estas circunstancias, las imágenes arquetípicas de la madre y el padre, inherentes al superego-ideal del yo, pueden tambalearse ante la realidad, con el resultado de que las expectativas conyugales se vienen abajo.

La mayor parte de las neurosis son sólo ansiedades. Con frecuencia son una señal de conflictos dentro de la psique que reducen la capacidad de una persona para vivir su vida normalmente, al margen de lo que esto signifique. Desde el punto de vista del Árbol, la neurosis ocurre cuando un grupo de complejos o conceptos bloquea el flujo de otro, o constriñe una de las tríadas o *Sefirot* hasta tal punto que no puede funcionar como es debido. Ejemplo de esto es una *Geburah* demasiado crítica que constriñe cualquier concesión hecha por *Hesed* y sus tríadas asociadas de estimulación intelectual y expresión emocional. Esto podría producir una tendencia neurótica a ser demasiado crítico o quisquilloso, de modo que la limpieza de una casa u oficina llega a ser más importante que el hecho de que sea un hogar o un lugar de creatividad. Esta tendencia podría retrotraerse a la primera infancia, cuando la persona se adiestra para hacer sus necesidades en el orinal, pero también podría argumentarse que una obsesión por la pureza ya es inherente a la psique y, en consecuencia, forma parte del hado, cuyo designio es afrontar y tratar un problema que quizá dominó la vida anterior. Por ejemplo, una persona recuerda haber sido monja y tiene la obsesión de mantener su casa limpia. El hado le ha dado un marido desaseado pero afectuoso que le aporta equilibrio.

Es posible que ciertos signos de psicopatología no se manifesten hasta bien entrada la edad adulta, cuando la persona se hace responsable de sí misma y, quizá, de otros, en el trabajo o la familia. En tales casos la sensación de incomodidad está siempre presente mucho antes de que un comportamiento extraño indique que algo está fuera de lugar. Frustración, decepción y contratiempo suelen ser los elementos que desencadenan el proceso de regresión que lleva a la persona al origen

del problema. Si esto no se ve y se resuelve, se inicia en el Árbol la formación de síntomas y el mal funcionamiento de la psique aumenta, al tiempo que las tres tríadas que rodean al ego empiezan a disgregarse. Por ejemplo, cuando el estado de ánimo es desmesurado o hay carencia de sentimientos, los pensamientos pueden volverse obsesivos o embrollados y la acción ser inapropiada o desproporcionada. Muy a menudo se produce una disociación del prójimo y los acontecimientos externos cuando los componentes *Daat-Yesod* del ego empiezan a fracturarse. Es posible que esto no sea más que una reacción neurótica bajo una tensión específica que puede desaparecer cuando se reduce el estrés, o puede ser más grave, cuando el individuo no piensa en lo que está sucediendo y cree sinceramente que su experiencia distorsionada es la realidad. Es aquí donde la zona crepuscular se convierte en el campo de batalla entre el id-*Nefesh* y el superego-ideal del yo, con el ego entre los dos, tratando de mantener cierta estabilidad para seguir funcionando. Si fracasa y se produce el caos, aparece la psicosis, que desorganiza profundamente el equilibrio general del Árbol de la psique. Si la situación es fundamental, la locura puede eclipsar la vida.

34. LA LOCURA

La diferencia entre neurosis y psicosis estriba en que el neurótico es consciente de un conflicto psicológico, mientras que el psicótico no tiene conciencia de ello. Esto conlleva un orden muy diferente de psicopatología. El conflicto dentro de la psique no es insólito, pues varios elementos pugnan por la ascendencia, el equilibrio y la compensación. En la mayoría de la gente, las tensiones entre necesidades, ideas y emociones diferentes pueden conciliarse, pero en quienes tienen un desequilibrio básico debido a un trauma o fijación, la situación puede aproximarse a un punto crítico en el que la psique no puede mantener un nivel operativo. La «formación de síntomas» es una advertencia de que existe esa posibilidad. Por ejemplo, la mayor parte de las fobias son instrumentos para no tener que afrontar un punto de ruptura. Por ejemplo, el temor a los perros puede proteger a la persona de su propia ira salvaje que se niega a reconocer, mientras que la agorafobia, o temor a los espacios abiertos, podría relacionarse con la sensación de estar expuesto y, en consecuencia, de ser vulnerable en sumo grado, lo cual podría conducir a un pánico incontrolable. La lista de fobias es enorme, pero su función es la misma: proteger a la persona de sí misma. Desde el ángulo del Árbol, la fobia se produce cuando el lado izquierdo de la psique mantiene a raya al derecho. Por ejemplo, un *Hod* riguroso reprime a un *Nétzaj* desenfrenado, mientras que un *Geburah* severo inmoviliza a un *Hesed* demasiado expansivo y un *Bináh* pesado bloquea a un *Jokmáh* errático. Si la columna izquierda care-

ciera de la facultad de temer, entonces la columna derecha estallaría en una desintegración de la cordura, o así lo cree la persona, y de ahí una fobia que significa «temor».

Entre el neurótico y el psicótico está el histérico. En estos individuos la «reacción de conversión» alivia los conflictos internos. En este proceso el problema se transmite, por resonancia simpática, desde el Árbol de la psique al del cuerpo, de manera que la ceguera o la sordera psicológicas se vuelven físicas. Aquí el ego *yesódico* transfiere aquello que no puede afrontar, a través de *Daat* y las columnas laterales, a las tríadas correspondientes del Árbol corporal. Esto tiene una doble estabilidad. En primer lugar, el individuo evita el problema, y, como «beneficio secundario», consigue de los demás concesiones especiales. Ésta es la pauta de muchos hipocondríacos, cuyos síntomas no tienen con frecuencia ninguna realidad física. Este descubrimiento dio lugar a la noción de que la enfermedad mental no siempre es orgánica, como se había creído.

El término «locura» es relativo. Por ejemplo, muchas personas pueden estar al frente de un negocio o incluso de un país aunque sean del todo dementes, siempre que no estén bajo el estrés. Si se produce una situación crítica, puede romper el sistema de defensa *yesódico* y precipitar una crisis psicológica. Ejemplo de esto es el maniaco-depresivo que oscila entre las columnas laterales. Mientras no se alcance ningún extremo, la integridad del Árbol se mantiene, pero si las circunstancias decretan una dosis excesiva de éxito o fracaso, entonces un lado del Árbol romperá el equilibrio del otro, desencadenando quizás un período de manía incontrolable o de profunda depresión suicida. Por ejemplo, a un erudito eminente con un *Hod* muy inteligente le humillaron en un importante combate intelectual. Esto causó la pérdida de la imagen *yesódica* que tenía de sí mismo como brillante académico. Estaba tan trastornado que su columna izquierda se vino abajo y tuvo violentos arranques que liberaron toda la potencia de la columna derecha sin restricciones en una orgía alocada de sexo y bebida, hasta que quedó extenuado. En algunos casos, la ruptura podría producirse en el equilibrio vertical del *id* y el

superego-ideal del yo, cuando una persona oscila entre una introversión extrema y la extraversión. Tales casos pueden ser tan sólo trastornos de la personalidad, o bien pueden ser profundos y patológicos. A este respecto, debemos observar que no todos los psicópatas están recluidos en sanatorios, y entre los que están fuera figuran personajes muy famosos. El militar con muchas condecoraciones podría ser un homicida, mientras que la actriz de cine que es un símbolo sexual tal vez sea una ninfomaniaca, la cual, lo mismo que el héroe, estaba en el lugar adecuado cuando su locura encajaba con determinadas necesidades. La megalomanía de Hitler no se reconoció hasta que fue demasiado tarde.

La psicosis aparece en el momento en que el ego ya no relaciona los acontecimientos en el mundo exterior con lo que está sucediendo en la psique. Esto podría adoptar la forma de inflación, en la que la imagen *yesódica* se exagera hasta que llega a ser el Rey del Universo, o se desinfla hasta que la persona queda reducida a una nulidad. El mecanismo de este fenómeno estriba en que, cuando se produce un conflicto interno, varios aspectos de la psique se dividen, a fin de evitar una confrontación dentro del Árbol. Pero esta operación no puede tener éxito si el fundamento *yesódico* del ego está deteriorado. En esta situación, el Árbol está distorsionado mientras fluye entre la posición fundamental de *Tiferet* y las tríadas adyacentes, y las *Sefirot* laterales son empujadas y pierden el equilibrio. Al cabo de un período largo, esto puede originar una fragmentación gradual o, en ciertas circunstancias, una pérdida espectacular de la cohesión de la psique en una desintegración psicótica, en la que las columnas, *Sefirot* y tríadas, liberan su presa y el *id-Nefesh* y toda la energía encerrada en los complejos y conceptos se rompen o estallan en el interior de la persona. Si el proceso de desintegración no es fatal, puede esperarse una recuperación parcial, pues el Árbol siempre tratará de curarse encontrando algún punto más bajo de equilibrio operativo, como se encuentran en muchas personalidades errantes. No obstante, si la locura sigue su curso completo, a veces sólo quedará una envoltura fragmentada de la persona

con piezas palpitantes y no relacionadas de la psique agotada, que se expresarán con gestos y palabras extraños, hasta que intervenga la muerte y conceda la posibilidad de un nuevo comienzo en un momento posterior de la historia.

Las diversas clases de psicosis indican qué columnas, triadas y *Sefirot* resultan afectadas en el Árbol psicológico. Por ejemplo, la paranoia puede ser una gravosa combinación de *Geburah* y las triadas del superego. Este desequilibrio permite que los impulsos de mortido afecten al ego, el cual desvía la amenaza a su estabilidad proyectándola en el prójimo. Algunas personas paranoicas oyen voces que les insultan, procedentes de la línea liminal *Hod* y *Nétzaj*, y surgen de los segmentos divididos y conflictivos en las triadas laterales. La esquizofrenia catatónica es un claro ejemplo de encierro en la columna de la izquierda, cuando una persona adopta una postura rígida y a menudo extravagante a fin de controlar una dinámica violenta que podría liberar, con un efecto devastador, la columna de la derecha. Esto sucede porque *Yesod* está fuera de servicio y se percibe muy poco contacto con la realidad superior o inferior. Desde un punto de vista kabalístico, esto sucede porque la conexión *Yesod-Daat* se afloja, con la pérdida inevitable de vitalidad y sustancia físicas, cuando la superficie inferior de la psique se separa de la superficie del cuerpo, dejando un ego vacío que vive en el nivel etéreo y sólo responde mecánicamente a los estímulos externos.

Tomemos un caso específico para considerar el proceso en detalle. «X» era una mujer joven que temía relacionarse sentimentalmente con alguien. Su introversión la protegía del mundo exterior, pero esto condujo a un empobrecimiento de su psique que creó el vacío en un espacio interior ya de por sí escaso. Desde el ángulo del Árbol, *Yesod* impedía que la experiencia llenara las triadas emocional y conceptual. La falta de estímulo externo la despersonalizaba, porque no había nada para mantener activa la superficie inferior de la psique. Lentamente se produjo en la persona una especie de petrificación, que fue compensada por un aumento de la fantasía. Es decir, el *Daat* del cuerpo empezó a separarse del *Yesod* de la psique,

lo cual dio lugar a la formación de síntomas o la sensación de estar desencarnado. La tendencia fue contrarrestada por el ego, que compuso una imagen aceptable de la situación en que se hallaba la mujer. Esto fue del todo satisfactorio, pues la joven era la querida narcisista de su mundo *yetzirático*. Sin embargo, el Yo en *Tiferet* vio el peligro, y la joven tuvo muchos sueños sobre su muerte, en los que estaba en una isla desértica y se desintegraba. Hizo caso omiso de las advertencias. Entretanto, su *Yesod* formó una imagen totalmente falsa de sí misma y de su lugar en el mundo, y éste fue el comienzo de su locura. Hay personas con estas características que se desenvuelven bien si pueden reconocer su situación, pero, ¡ay!, muchas divagan entre los mundos, afirmando que su imagen de la existencia es correcta, hasta que por fin les causa una crisis y les da a elegir entre curarse o volverse completamente locos.

Desde el punto de vista kabalista, la locura es un rechazo de la realidad de las cosas. En efecto, el sello distintivo de muchos neuróticos y psicóticos es una obstinación que debe salirse con la suya, aun cuando la vida les diga que se equivocan. El fenómeno de la locura es el resultado de un proceso, no su causa. La Providencia designa que cada vida desarrolle a un individuo, y la locura puede ser un último recurso del sino que intenta evitar daños al espíritu. Muchos psicóticos descartan a propósito las leyes de la vida, a fin de imponer su versión ego-céntrica de la realidad. El kabalista percibe tales hechos como resultado de un mal uso del libre albedrío, aun cuando las columnas laterales empujan continuamente al individuo hacia el centro de su Árbol. Todo el mundo tiene que aprender sus lecciones a fin de desarrollarse y jugar correctamente su papel en el universo. Algunos prefieren no hacerlo y acumulan un karma masivo, cuyo resultado es el pozo de la locura, llamado en la Kábala el Pozo de *Gehennah*, donde residen todos aquellos (muertos o vivos) que se oponen deliberadamente a la realidad. La mayoría de las personas no llega a ese punto, aunque podemos acercarnos en las grandes crisis que siempre ocurren en momentos cruciales de nuestra vida. Éste es el tema que consideraremos a continuación.

35. LA CRISIS

La neurosis e incluso la psicosis son alteraciones de la psique bastante frecuentes. Casi todos conocemos a alguien sometido a una fuerte tensión que ha sido capaz de afrontarla. A decir verdad, todo el mundo ha tenido experiencias personales de una crisis en algún momento de su vida. El mismo hecho de nacer significa entrar en una situación en la que el individuo se enfrenta periódicamente al cambio y la adaptación. Ésta es una de las crisis principales de la vida. ¿Por qué ocurren estas crisis? Desde el punto de vista de la Kábala se consideran oportunidades para el desarrollo, en el proceso de evolución, cuando el átomo de conciencia divina que tiene cada persona aprende a expandirse en la experiencia, pero sigue contenido entre los límites del equilibrio. Aquí está la espiral gradual hacia arriba, cuando el individuo pasa de la columna derecha a la izquierda, en un ascenso de su propia realización. Psicológicamente, las crisis controlan el desarrollo y disminuyen la limitación, durante la expansión y consolidación progresivas de la persona, en el proceso de llegar a ser un individuo completo.

Un ejemplo de crisis y su función es la llegada de un nuevo bebé en una familia de tres miembros. De repente, la pauta, tal vez bien establecida entre el primogénito y los padres, se desorganiza. El niño mayor, que hasta ahora era el único beneficiario del amor de sus padres, se siente amenazado, pues inicial-

mente el recién nacido recibe todas las atenciones. La seguridad, que daba por sentada, corre peligro, y un ascenso instintivo del id-*Nefesh* genera unos celos excesivos. Los padres pueden comprender la situación y hacen cuanto está en su mano para convencer al niño de que su amor es constante. Pero el alma animal, con su temor de que el nuevo bebé impida la satisfacción de sus necesidades, ejercerá una presión enorme en la psique del hermano mayor. En la mayoría de los casos, el ego se ocupa de la crisis cuando se da cuenta de que saldría perdiendo si emprendiera alguna acción hostil. Se llega así a un acuerdo con la realidad, pues el ego mantiene a raya un considerable sentimiento de hostilidad. Sin embargo, aunque este impulso es reprimido, sigue estando presente y debe ser dominado periódicamente en los conflictos de la rivalidad entre hermanos. Esta lucha, como el ejercicio de aprender a caminar, refuerza el lado estructural de la psique, de manera que su columna dinámica más violenta es domada y luego controlada. Esta capacidad es muy útil para el desarrollo de la elasticidad de la vida oculta. Por ejemplo, podría impedir que una persona se comportara de una forma infantil cuando tuviera una frustración amorosa o se enfrentara a una rivalidad profesional. También ayuda a la persona a contener el super-ego-ideal del yo, que en ocasiones es totalmente irracional, sobre todo durante períodos de crisis, cuando las opiniones colectivas se oponen al desarrollo personal, como cuando un hombre tiene que elegir entre la costumbre social y lo que su conciencia le dice que es correcto.

La crisis se observa en el cambio que experimenta el niño durante su desarrollo, desde una percepción motora y sensorial a una cognición abstracta, cuando hay que descartar la manera de actuar y adquirir un nuevo método. Este principio es aplicable a la mayor parte de situaciones críticas. El mismo momento de vacilación y temor al riesgo y la aventura se produce en el paso de la lactancia a la niñez. El primer día de escuela produce una profunda impresión en la psique, y la manera en que el ego *yesódico* la maneja es esencial en la formación de actitudes sociales. Aquí la expansión y limitación

de las columnas laterales, cuando se entra en un mundo más amplio, debe de ser un choque violento para la imagen egocéntrica que con tanto cuidado se ha alimentado hasta ese momento. Si la visión narcisista no se disuelve y reforma para aceptar otras, surgirán numerosas crisis que empujarán a la persona a través de esa iniciación. Si esto no se hace en el momento apropiado, puede convertirse en un auténtico problema en la edad adulta, pues la psique genera continuamente la misma situación a fin de que siga avanzando el proceso de desarrollo. Si la persona no afronta y supera estas crisis, permanecerá fijada en esa etapa. Algunos individuos intentan afrontarla poniéndose una máscara evasiva, como la de ser un bromista. Otros, que están temperamentalmente en la columna izquierda, se limitan a asumir una actitud pasiva, mientras que los inclinados a la columna derecha tratarán de evitar el problema mediante una acción excesiva. No obstante, más tarde o más temprano el hado organizará otra crisis para resolver la dificultad, por ejemplo una aventura amorosa en la que estos contrarios se sentirán mutuamente atraídos mientras buscan inconscientemente una solución.

Como hemos visto, el hado de una persona se manifiesta en una progresión, de manera que el crecimiento del cuerpo y del alma coinciden, pues cada uno apoya al otro en el proceso de desarrollo. No obstante, además de estas fases y crisis de transición, existe la infraestructura más sutil observada por los astrólogos, los cuales disponen de datos acumulados durante milenios. Por ejemplo, se ha observado que, al igual que las edades planetarias y las etapas de la vida, existen los ritmos periódicos y sus efectos laterales. La luna, por ejemplo, genera en el cuerpo y la psique inferior, sobre todo el ego, una pauta mensual de serenidad, tensión y equilibrio, cuando se mueve en relación con la luna natal del horóscopo. Así, una persona que tiene la luna en Aries en su carta astral se sentirá llena de energía cuando la luna entre en conjunción con ese signo, pero se sentirá frustrada cuando esté en ángulo recto con la luna que pasa por Capricornio. Además, estará irritable cuando la luna se encuentre en Cáncer, y quizá tendrá una confianza

excesiva en sí misma cuando la luna esté en Leo. Cuando esté en Libra, la tensión del ego ese día puede tomar cualquier dirección, según la manera en que la persona use la energía. Estos estados cambiantes de la conciencia del ego (la luna suele estar dos días en cada signo) pasan casi siempre desapercibidos, porque son efímeros. Sin embargo, ejercen influencia en los estados de ánimo de la psique, pues a veces pueden originar alguna situación más profunda debida a los ritmos más largos pero más sutiles del sol y los planetas.

Según la tradición astrológica, estas pautas cíclicas crean una configuración de influencia siempre cambiante que afecta profundamente al estado de la psique. Por ejemplo, Mercurio y Venus tienen unos ritmos cortos, y sus distintas potencias, con relación a los demás planetas y luminarias, son rápidas y pasajeras. Los planetas superiores, con sus ciclos mucho más largos, tienen unos efectos más profundos y prolongados sobre la psique. Marte, con su circuito de dos años, propicia momentos de conflicto repentino cuando transita y forma ángulo con cada signo. Si uno de estos ángulos se produce en la Casa de la Asociación de un individuo, se producirán enfrentamientos con los compañeros de colegio si se trata de un niño, sobre cuestiones amorosas durante la juventud e incluso en cualquier época de la vida cuando Marte se encuentra en una posición crucial con respecto al horóscopo de esa persona. Esto ocurre también con Júpiter, que tiene una pauta de doce años. Si ese planeta pasa a través de la Casa de la Asociación, es de esperar una expansión en esa zona, a menos que, como debe suceder a veces, un Saturno opuesto retarde una relación en una crisis de prudencia con respecto al amor. Estas y muchas otras combinaciones planetarias, que actúan en el sutil último término del cosmos, operan principalmente a través del inconsciente, no sólo del individuo, sino de toda la humanidad, que periódicamente tiene que afrontar crisis como la edad del oscurantismo o la Revolución industrial. Estas crisis colectivas afectan a millones de personas, aunque la mayoría de la gente ignora esta dimensión, ya sea porque están demasiado implicados en el nivel personal o porque sean reacios a acep-

tar que no son los amos de su sino. Sólo quienes tienen conciencia de estas fuerzas *yetziráticas* pueden maniobrar con su flujo y reflujo, entonces sólo puede alterarse generalmente su actitud hacia lo que sucede, pues son menos quienes pueden alterar realmente su sino. A pesar de su poder espiritual, incluso Jesús y Sócrates tuvieron que sufrir sus ejecuciones. Su triunfo estribó en que eligieron hacerlo con elegancia.

Una crisis puede considerarse una situación tanto interna como externa, dado que es el resultado de ambos factores que interactúan sobre la persona en ese lugar y tiempo determinados. Tales momentos críticos no dependen del azar. Cada vida se intensifica en cada momento, puesto que el hado hace que fructifique lo viejo y lo nuevo, antes de pasar a la siguiente lección. Muchos individuos viven como si fueran el centro del universo y, en cierto sentido, lo son efectivamente, pues en lo más hondo de su ser, en el núcleo de su inconsciente, está la Divinidad. Pero como la mayoría de nosotros somos inconscientes, sólo vemos los cuatro mundos desde un punto de vista egocéntrico. Sin embargo, esto no altera el hecho de que todo en la existencia está sometido a las leyes, resumidas gráficamente en la Escala de Jacob, que nos sitúan exactamente donde deberíamos estar a fin de efectuar nuestra travesía de autorrealización. Puede haber períodos de relajación, a fin de que podamos prepararnos, o épocas de tensión, en las que el individuo, o bien acaba hecho pedazos, o bien se abre paso hacia una nueva etapa. Entre unos períodos y otros hay momentos de equilibrio que nos permiten percibir lo que sucede, cuando el Árbol de nuestro ser está casi en equilibrio y toda la situación puede apreciarse desde el Yo en *Tiferet*.

Tales momentos de iluminación podrían durar una fracción de segundo, o proseguir durante algún tiempo, mientras los factores activos y pasivos en una situación oscilan antes de llegar a una resolución. Muchas personas consideran buenos los tiempos fáciles y malos los difíciles, pero desde el punto de vista del desarrollo, a menudo es cierto lo contrario. La falta de tensión y fricción puede generar pereza y negligencia. Esto se observa cuando un imperio ha llegado a su apogeo, pierde

vitalidad y empieza a declinar. Lo mismo sucede cuando una persona llega a un punto de su desarrollo en el que las pautas bien establecidas empiezan a ahogar su creatividad. Por suerte, llega un momento en el que las fuerzas de la columna activa empiezan a girar al otro lado a fin de precipitar un cambio. Esto puede aplicarse externamente, por las circunstancias, o internamente, por el lado dinámico de la psique. En cualquiera de los casos, cada uno es un espejo del otro, porque el sino es una expresión del equilibrio entre las dos columnas. Las crisis de accidentes y enfermedades son los efectos de las columnas y *Sefirot* que actúan en todos los mundos, a fin de llevar a la conciencia lo que debe hacerse en ese momento del tiempo y el espacio. Un ejemplo de esto podría ser un accidente de automóvil que mostró a una persona que no estaba mirando por donde iba en más de un aspecto.

El organismo *yetzirático* de la psique es de naturaleza acuosa. Sin embargo, también puede convertirse en jalea, si el proceso de crecimiento se inclina demasiado al lado de la estructura. Igualmente, la psique se vuelve en ocasiones fluida en exceso, si se hace demasiado hincapié en el lado de la dinámica. Estos desequilibrios siempre precipitan sus acciones contrarias, que continuamente disuelven y resuelven la situación. Así, una psique saludable nunca está demasiado fijada ni es demasiado libre, porque el exceso en cualquier dirección trastornará el equilibrio óptimo para mantenerlo en sus límites. Las crisis que surgen en el curso de los acontecimientos pueden contenerse. Las que no es posible contener, suele infligírselas la misma persona, por su obstinación o el resultado del karma.

Tomando ahora un punto de vista más transpersonal, nuestro examen rebasa la mecánica de la psique para centrarse una vez más en el inconsciente, pero desde un nivel diferente, pues observamos individuos que no son psicóticos ni neuróticos, pero tienen la profunda sensación de que falta algo en su vida. Estas personas suelen estar en crisis, pero la suya no es habitual. Son los «indagadores» a los que nos hemos referido anteriormente, que desean encontrar su yo verdadero. Abordamos ahora en nuestro estudio el enfoque junguiano.

36. JUNG Y FREUD

Carl Jung nació en 1875 y murió en 1961. Su horóscopo tenía al sol (*Tiferet*) en Leo, un signo ardiente, y la luna (*Yesod*) en Tauro, un signo fijo de tierra. Así pues, su luna se correspondía con el sol Tauro de Freud, lo cual alentó una relación íntima. Sin embargo, como sus soles formaban ángulo, el conflicto entre iguales tenía que ser inevitable. Esto es exactamente lo que sucedió cuando Jung siguió su propio camino y dejó de ser, como Freud le llamaba, su «príncipe coronado». Es interesante observar que la ruptura, como un hecho del hado de Freud, se produjo en 1913, cuando su Urano, el planeta de la iluminación y el cambio súbito, se oponía a Marte, el planeta de la confrontación y la decisión, enfrentándose exactamente al sol de Jung precipitando una revolución en la Casa de la Asociación. Además, Saturno no ayudaba a establecer su relación: el poderoso planeta de la ley, que entró en conjunción con la luna de Freud a fines de aquel año, lo mismo que hizo la luna con su sol. La combinación de estos aspectos cósmicos sólo podía desembocar en una separación fatal, pues los principios, representados por los planetas y reflejados en sus psiques, hacían inevitable que sus diferencias colisionaran. Jung, que tenía un sol o Yo ardiente e igualmente fijo, tenía que apartarse del enfoque materialista de Freud y seguir el punto de vista más inspirador, confirmado por su vida y su obra. Esto no significa que fuese superior a

Freud, sino tan sólo que cada uno de ellos percibía diferentes niveles de realidad.

Antes de que empecemos a explorar en detalle la visión junguiana, examinemos su esquema general de la psique, a fin de ver en qué aspectos él y Freud estaban de acuerdo y en cuáles no coincidían. Jung consideraba la psique como un organismo, y sostenía la idea de que su estructura y dinámica no eran un resultado de la experiencia, sino que se trataba de un todo ya existente que se desarrollaba desde el nacimiento y constituía un sistema bien diferenciado cuyos diversos componentes trataban de actuar en armonía. Rechazaba la visión de la psique como un rompecabezas y la pauta de desarrollo por etapas en la que los elementos autónomos luchan por la supremacía. Los conflictos de la neurosis y la psicosis se consideraban como facciones disociadas opuestas a la unidad esencial de la psique, cuya tendencia normal era siempre hacia la integración y una profunda sensación de unidad con todo lo existente. Esta visión es platónica, en contraste con el enfoque más aristotélico de Freud. Como veremos a partir de ahora, el punto de vista de Jung coincide con la Kábala y con la mayor parte de las demás tradiciones esotéricas.

La mayor coincidencia entre Jung y Freud se daba en la división de la psique en consciente e inconsciente, aunque al desarrollar sus sistemas respectivos dieron denominaciones algo diferentes al mismo fenómeno. Por ejemplo, el superego de Freud era para Jung el «inconsciente personal», mientras que algunos junguianos consideraban el id de Freud como el «inconsciente colectivo». A veces utilizaban el mismo término para cosas distintas, lo cual produjo algunas confusiones, pero si tenemos en cuenta que ambas escuelas se ocupaban de un campo de estudio nuevo, esto no es sorprendente. Es algo parecido al nombre de Indias Occidentales dado a las Antillas, basado en la suposición de los exploradores europeos de que habían descubierto una nueva ruta hacia la India. La misma situación se produce cuando los científicos descubren nuevos fenómenos físicos y les dan diversos nombres, según su comprensión actual. Los nombres de los métodos freudiano y jun-

guiano reflejan sus diferentes enfoques. Freud llamó a su método «psicoanálisis» y Jung dio al suyo el nombre de «psicología analítica». Los kabalistas también se han encontrado con el mismo problema. Algunos conocían el estudio de la psique como «bajar en el Carro» y otros como «subir en el Carro», y cualquiera que conozca las disciplinas esotéricas sabe que es exactamente lo mismo, pero enfocado desde direcciones opuestas. La clave está en reconocer que hay una zona superior y otra inferior, y esto lo reconocieron tanto Jung como Freud, al aceptar la división básica entre consciente e inconsciente. Sin embargo, Jung fue más allá, al subdividir el inconsciente en un nivel individual y otro cósmico.

Al igual que Freud, Jung definió la conciencia como la parte de la psique que es evidentemente accesible. Creía en su probable existencia anterior al nacimiento; es decir, que la psique es algo muy distinto del cuerpo. Esto parece tener su corroboración en las observaciones que hizo sobre la vida después de la muerte y su creencia en un gran designio. Freud, de quien se dice que consideraba a Dios como una vasta proyección parental, no podía llegar abiertamente tan lejos, y, en efecto, procuraba eliminar de su obra todos los elementos ocultos, mientras que Jung estaba claramente interesado en esta dimensión.

Según las observaciones de Jung, la psique del lactante no está organizada. Todo lo que llega a ella es transitorio, e inicialmente no tiene una continuidad especial, pues los procesos instintivos y la madre se encargan de satisfacer sus necesidades inmediatas. Sin embargo, con el transcurso del tiempo y el avance del proceso de desarrollo, las experiencias que pasaron a través del ego rudimentario empiezan a acumularse dentro de los diversos sistemas de la psique, cuando se inicia la formación de la memoria. Desde el punto de vista kabalístico, tenemos aquí la aceptación de un vehículo o carro preconcebido que selecciona el material entrante y lo almacena a un ritmo apropiado. Algunas de estas experiencias fueron absorbidas por las tríadas que rodean al ego; otras entraron en el inconsciente personal y otras, finalmente, en el colectivo.

Según Jung, con el paso del tiempo el ego empieza a aprender la manera de evaluar las situaciones y responder a ellas. Dentro de unos límites, puede centrar la conciencia a fin de identificar objetos externos o percibir acontecimientos interiores. Esta capacidad de selección que tiene el ego está influida en alto grado por el tipo físico del niño, su condición psicológica básica, su educación y muchas influencias inconscientes que se filtran a través de la línea *Hod-Nétzaj* desde los niveles personal y colectivo. Todo esto coincidía con los hallazgos de Freud. No obstante, lo que interesaba especialmente a Jung era el proceso de «individuación», en el que el desarrollo del ego como una entidad no sólo era el inicio del reconocimiento de la persona, sino el inicio de la diferenciación de lo general en lo particular. Esto constituyó una importante desviación del punto de vista según el cual todo el mundo está sometido a impulsos del id y presiones del superego idénticos, responsables de que la gente se adapte a una pauta social. Si bien esto podría ser cierto en un nivel determinado, muchos individuos reaccionan ante las circunstancias a su propia manera, son peculiares y su percepción del mundo interior y exterior es exclusiva de ellos. Estas personas son las que continúan el proceso de individuación. En general, han madurado plenamente o satisfecho las necesidades básicas de la vida y sus ambiciones, lo cual, en términos kabalísticos, significa que han llenado la superficie inferior de la psique y están preparadas para profundizar y ascender en el Árbol. Por esta razón Jung estaba más interesado en el futuro de sus pacientes que Freud, a quien le preocupaba más su pasado.

La imagen que Jung se forma de la psique es la de una esfera con un parche brillante en su superficie. Esta mancha de luz se considera el centro del campo de la conciencia, tal como la experimenta el ego, que se mueve de un lado a otro sobre la superficie, la cual puede considerarse como la línea *Hod-Nétzaj*. De esta manera, muchas cosas que están disponibles en el preconscious pueden ser extraídas y proyectadas en la pantalla *yesódica*, aunque se olvidan de inmediato cuando la atención del ego se aparta de ellas. Por debajo de la superficie

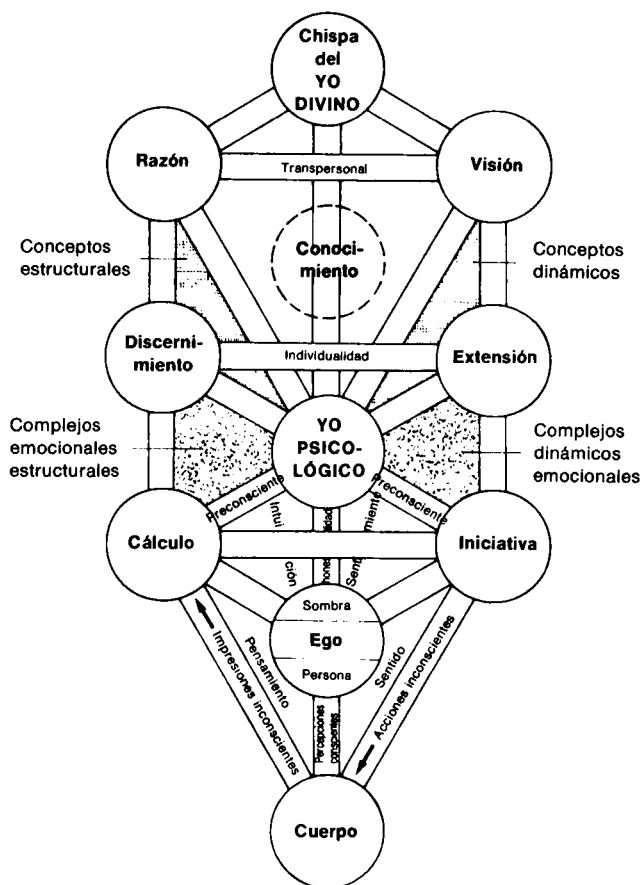
de la esfera (o por encima de la línea liminal) están las cosas a las que atrae la luz que asciende desde las profundidades, como recuerdos olvidados hace mucho tiempo que están asociados con lo que ocurre en el ego, como recordar el olor del mar cuando hojeamos un folleto de viajes. Es posible que estas cosas no tengan una relación directa con la actividad del ego, pero influirán en un pensamiento, un sentimiento o una acción, quizá para ir a tal o cual lugar de veraneo, porque le recuerdan a uno sus vacaciones infantiles. Naturalmente, estas asociaciones pueden tener una carga, o catexis, positiva o negativa. Por debajo de este nivel recuperable más profundo están las asociaciones que no pueden salir a la superficie, porque su carga catéxica es demasiado débil o hay potentes anti-catexis que las retienen. Éstos son los verdaderos elementos inconscientes de la mente, compuestos por recuerdos personales suprimidos, tales como experiencias desagradables de la guerra y recuerdos que no han sido importantes en la vida de una persona durante largo tiempo, como «el último tema favorito que uno aprendió en la escuela». Todavía a mayor profundidad, hacia el centro de la esfera, están las áreas de las que pocas personas son siquiera conscientes, pero que, sin embargo, ejercen influencia. Aquí es donde residen las experiencias arcaicas que pertenecen a toda la humanidad, en el nivel colectivo de la parte superior del Árbol. Esta zona sólo es accesible a las personas muy evolucionadas, como los santos, los sabios y los profetas, si bien puede mostrarse a los demás mortales en sueños o destellos de profunda intuición, comprensión y sabiduría. En el mismo centro de la esfera está lo que Jung denomina el Yo, que es quien gobierna la psique y se relaciona con la máxima realización a la que puede llegar el ser humano, tanto en individuación como en Conciencia Universal. Desde el punto de vista del Árbol, la definición junguiana del Yo es una combinación de *Tiferet*, *Daat* y *Keter*, que mantiene el consciente del Yo en varios niveles de la columna central.

Como veremos, el esquema general junguiano tiene mucho en común con el esquema kabalístico. En realidad, gran parte

Kábala y psicología

de la obra de Jung se basó en años de estudio intensivo de diversas tradiciones esotéricas, que abarcaban desde la alquimia al chamanismo. Además de pasar largas horas en su amplia biblioteca, realizó numerosos viajes para conocer gentes que practicaban diversas técnicas místicas y mágicas. Toda esta experiencia pasó a lo que se denomina psicología junguiana. Desde luego, Jung conocía la Kábala, lo mismo que Freud, el cual era de origen judío. Sin embargo, ninguno de los dos relacionó directamente este sistema muy preciso con su trabajo, porque en su época la Kábala estaba desacreditada, sobre todo entre los judíos occidentales. Hoy en día, gracias a la obra realizada por eruditos como Gershom Scholem, la Kábala vuelve a estar en vías de ser un sistema aceptable para estudiar la existencia. Si colocamos el esquema general freudiano y junguiano sobre la Escala de Jacob, podemos ver exactamente cómo se superponen y se dividen.

El diagrama junguiano de la esfera es, como todos los esquemas, incluido el Árbol *sefirótico*, una simple manera diagramática de describir lo indescriptible. No obstante, con una síntesis de los dos sistemas, vamos a considerar la psique para ver no sólo cómo opera desde un punto de vista junguiano, sino dónde se relaciona con los mundos superiores del Espiritu y la Divinidad expuestos en la Kábala.



10. FUNCIONES

En este esquema las funciones junguianas están situadas dentro de la superficie inferior de la psique y constituyen lo psicológico, contrapuesto a los tipos físicos. Vemos también las triadas funcionales activas y pasivas de emociones y conceptos, junto con los niveles y cualidades sefiróticas que fluyen a través de la Conciencia y lo Inconsciente. Entre el Ego y el Yo se encuentra el sendero esencial de la Honestidad.

37. FUNCIONES

Al igual que Freud, Jung veía el ego como el centro de la conciencia, aunque no lo percibía sólo como el factor fundamental del pensamiento, el sentimiento y la acción, sino también como el centro de varias funciones psicológicas. Si bien reconocía que el ego sólo juega un papel limitado en la actividad total de la psique, consideraba que ese papel es muy importante, puesto que la persona observa tanto el mundo exterior como el interior a través del ego, el cual selecciona lo que debe absorberse y lo que la atención debe rechazar. Así, por ejemplo, cuando caminamos por la calle sólo reparamos en las cosas que son pertinentes, y las restantes quedan al margen. Si no fuera así, nuestra percepción estaría sobrecargada. Desde un punto de vista kabalista, *Yesod* se ocupa de lo que tiene un interés directo, cuando aparece en el sendero procedente de *Malkut*, mientras que el resto lo archivan los senderos laterales que ascienden hacia *Hod* y *Nétzaj*, los cuales reaccionan también a esas cosas de interés secundario. Este fenómeno es evidente cuando la policía pregunta a alguien qué recuerda de un incidente. Un interrogatorio hábil, en el que se piden incluso detalles de colores y posiciones, revela que la persona ha absorbido mucho más de lo que el ego observó en el momento de los hechos.

A Jung le interesaba en especial lo que se seleccionaba y los motivos para hacerlo, lo cual relacionaba con dos factores cruciales que influían en la perspectiva del ego, además del

efecto de las impresiones externas y el inconsciente con todas sus presiones físicas, personales y culturales. Designó al primero como la actitud mantenida por el ego, y al segundo como la función psicológica dominante. Consideraba a ambas como dos subsistemas interactuantes que podían actuar como factores transitorios para satisfacer una necesidad en un momento determinado, o como una tendencia por la que el ego ve el mundo de cierta manera.

El primer sistema era el de la «introversión» y la «extraversión». Estos términos no eran nuevos, pero Jung los utilizaba de una manera específica. Consideraba la introversión como una inclinación a percibir el mundo de una manera reflexiva, evaluando el contenido de los acontecimientos más que su forma aparente. Por ejemplo, dos hombres salen a dar un paseo de noche y tropiezan con algo en la oscuridad. El extravertido palpa a su alrededor para descubrir de qué se trata, mientras que el introvertido podría ponerse a pensar en los motivos por los que ha sucedido tal cosa, viéndolo, quizá, como un presagio. Tras haber descubierto el objeto, el extravertido lo apartaría de su camino, mientras que el introvertido se quedaría reflexionando en cómo el destino pone periódicamente tales obstáculos en el camino de uno. Esta diferencia de actitud altera lo que percibe cada ego, de modo que aparecen imágenes totalmente distintas de la misma escena en la conciencia de cada persona. El extravertido ve el mundo desde el ángulo de los fenómenos externos, mientras que el introvertido percibe el Universo simbólicamente, porque su conciencia está orientada hacia una realidad interior. Naturalmente, hay gradaciones de estas perspectivas. En los extremos se encuentra el desequilibrio neurótico que niega la relación del extravertido con la realidad interna y el del introvertido, que niega la conexión de los procesos externos. La preferencia por los sueños del adicto a la cocaína y el amor por la acción violenta de los «Ángeles del Infierno» son ejemplos de esos extremos. Desde el punto de vista del Árbol, el extravertido mira al exterior de *Yesod* y al *Malkut* en posición inferior, mientras que el introvertido dirige la atención del ego hacia el mundo inte-

rior de las ensoñaciones. Por suerte, para la mayoría de nosotros, cualquier desequilibrio entre el cuerpo y la psique es refrenado por un ego relativamente competente. Sin embargo, existe una tendencia general al predominio de una de estas dos actitudes.

El segundo sistema del ego, según Jung, era la interacción de las cuatro funciones psicológicas, tal como él las veía. Estas funciones se basaban en la observación de cuatro procesos recíprocos centrados en el ego, a los que Jung llamó *pensamiento, sensación, sentimiento e intuición*. A primera vista parecen relacionarse con las tríadas del pensamiento, el sentimiento y la acción, que pueden confundir debido a la proximidad de los nombres, pero si podemos ver que el último sistema se relaciona con los tipos corporales de ectomorfo (nervioso: pensamiento), mesomorfo (muscular: persona activa) y endomorfo (visceral: sentimental) entonces es posible considerar el sistema junguiano realmente como una descripción de funciones psicológicas. Desde el punto de vista del Árbol, las cuatro funciones, al contrario que los tipos corporales, llenan toda la superficie inferior del Árbol psicológico. Su disposición es como sigue: la función del pensamiento encaja en la tríada *Hod, Yesod, Malkut*; la sensación en la tríada *Nétzaj, Tiferet, Yesod*, y el sentimiento en la tríada *Hod, Tiferet, Yesod*. Téngase en cuenta que todas ellas se centran, como los tipos corporales, en *Yesod*. El pensamiento y la intuición, como un subsistema dentro del Árbol, está en el lado pasivo, mientras que la sensación y el sentimiento están en el lado activo de la superficie inferior. Además, las dos tríadas exteriores del pensamiento y la sensación tienen una tendencia extravertida, por estar conectadas con *Malkut*, y las dos tríadas internas de la intuición y el sentimiento se inclinan hacia la extraversión debido a su apego a *Tiferet*. Esto significa que el par superior y el interno se corresponden como tríadas introvertidas, y el inferior también lo hace, pero de una manera extravertida. Además de estas relaciones horizontales y verticales, hay un proceso entrelazado en el que la tríada sensorial contrapesa la tríada de la intuición, y la tríada del pensamiento comple-

menta al sentimiento. Jung vio también este cuarteto dividido en racional e irracional, con las tríadas de la sensación y la intuición en el eje irracional, porque operan sin ninguna lógica evidente. En el sentimiento, por lo menos, hay cosas que gustan y otras que desagradan.

Para añadir complejidad pero más sutileza al sistema, todas las diversas funciones podrían, de hecho, ser introvertidas o extravertidas. Así, por poner ejemplos, la tríada de los sentidos, que suele interesarse por la acción en su aspecto extravertido, puede convertirse en reflexiva, de manera que las impresiones sensoriales dan lugar a la especulación. De manera similar, la tríada del sentimiento, que normalmente sólo se interesa por cosas concretas, podría interesarse por leer libros como éste. Bajo ciertas circunstancias, la función del sentimiento, que es por naturaleza activamente introvertida, podría pasar a presionar en silencio, proyectando un talante fuerte en el mundo. La tríada de la intuición, también con una inclinación introvertida, puede igualmente pasar a ser el receptor oculto y altamente sensitivo, pero pasivo, a una postura extravertida en la que se buscan activamente los datos, como cuando alguien está al tanto de una situación para percibir lo que sucede realmente.

Jung no sólo observó que una de las funciones y actitudes solía predominar, sino que este elemento fuerte era compensado a menudo con una función débil. Así, por ejemplo, la persona sensible extravertida se ocultaba de su propia facultad intuitiva, mientras que el pensador extravertido trataba de racionalizar sus sentimientos. En cambio, las personas intuitivas a menudo utilizan su facultad delicada e intuitiva para evitar tropiezos en cuestiones prácticas, mientras que el sentimiento introvertido frecuentemente hace cuanto puede para no pensar demasiado en los problemas materiales. Considerada positivamente, cada función se puede desarrollar en alto grado, de manera que hay pensadores brillantes, sentimentales con talento, personas de acción valientes e individuos bien dotados de intuición. Sin embargo, estas funciones altamente desarrolladas suelen tener contrapartidas, de modo que el ma-

temático inteligente es frío, el músico temperamental no tiene idea del orden, el montañero valiente carece de sensibilidad hacia el prójimo, mientras que el poeta místico es poco práctico. Jung también vio que cualquiera de estas funciones podría ponerse en práctica, de manera que se podría percibir una imagen completa y más verídica de la realidad interna y externa. Lamentablemente, en la mayoría de nosotros sólo una o dos de estas funciones están en buenas condiciones de actuación, y así nuestra visión es algo subjetiva.

Desde el punto de vista kabalístico, las cuatro funciones y sus combinaciones introvertida y extravertida describen la dinámica de las cinco *Sefirot* inferiores y las tríadas que componen. La tríada mayor es la *Malkut-Hod-Nétzaj*, que se encarga de los procesos prácticos de pensamiento, sentimiento y acción. Detrás de esta capa están las cuatro funciones junguianas, que añaden la dimensión psicológica al flujo entrante de material que procede del cuerpo y de la psique, por encima y por debajo de la línea liminal, respectivamente. La tríada de *Hod-Tiferet-Nétzaj*, o del «Despertar», en este esquema, es el nivel donde la conexión *Tiferet* del alma ilumina lo que sucede en la mitad superior de las tríadas funcionales de la intuición y el sentimiento. Es entonces cuando una persona no sólo es vagamente consciente de una corazonada, o algo que se cierne alrededor de la línea liminal, sino que realmente percibe con su discernimiento de qué se trata. Tales momentos separan el ego de la conciencia del Yo, y la persona ve con gran claridad lo que el ego está pensando, sintiendo y haciendo, con relación al mundo exterior, es decir, a través de las tríadas corporales. Esto podría ser totalmente distinto de lo que sucede en las funciones psicológicas. Tal circunstancia podría darse en una crisis diplomática en la que el ego ha de jugar un papel a fin de cubrir una situación embarazosa, o distraer la atención de ella, o en una crisis personal, en la que el ego actúa como es necesario, mientras que el Yo espera el momento de la verdad para intervenir. Muchas personas tienen esa capacidad de discernimiento, pero no siempre actúan en consecuencia, porque el impulso del sistema del yo es demasiado grande para poder

contrarrestarlo, pues el hábito los arrastra. En la Kábala esto se designa como el estado inferior de *Katnut*, opuesto al estado de *Gadlut*, donde uno tiene el dominio de las funciones.

Como veremos, la complejidad de la estructura y la dinámica que rodea el ego puede generar muchos modelos. La mayoría de la gente, influida por su temperamento innato y sus antecedentes, evoluciona hasta encajar en un «tipo psicológico» particular, como Jung los llamaba. Esta tipografía fue una manera útil de definir la manera como el ego reaccionaba y para percibir sus puntos fuertes y sus debilidades. También explicaba por qué ciertas personas no se llevan bien entre ellas o con su eterno. Por ejemplo, a un introvertido le resultaría muy difícil vivir en un barrio industrial superpoblado, mientras que probablemente se sentiría muy feliz como pastor solitario en las montañas. A este respecto, debemos recordar la situación en toda su amplitud y ver el mecanismo del Destino que trata de equilibrar al individuo, por ejemplo, colocando al introvertido intuitivo en una situación que le plantea desafíos. El sentimental quizá tenga que aprender a pensar, y la persona que se basa en las sensaciones habrá de afinar las artes de la intuición, mientras que al pensador se le da una vida en la que sus sentimientos son provocados constantemente. El intuitivo podría encontrarse en situaciones en las que se dan las otras tres funciones, lo mismo que podría ocurrirles a los demás, a fin de experimentar y equilibrar sus discrepancias. Todo esto sucede en la superficie inferior de la conciencia del ego, en el margen de lo que Jung denominó el inconsciente personal. Consideremos su visión de esta área de la psique que ocupa la zona central del Árbol.

38. EL INCONSCIENTE PERSONAL

El inconsciente personal es esa parte de la psique que contiene toda la experiencia de un individuo. Retiene los recuerdos de lo que ha pasado a la mente a través del ego. Un ejemplo de ello es el recuerdo detallado de una relación amorosa, cuando se recuerda cada imagen, sonido y olor, junto con lo que se ha dicho, sentido y pensado. En contraste, también existen los recuerdos de los momentos tristes, como un accidente, cuyos detalles horripilantes pueden recordarse con toda nitidez. En circunstancias normales, los recuerdos de lo que es agradable y bueno se almacenan en la zona preconscious del inconsciente personal, porque su potencia no trastorna el equilibrio del ego ni da lugar a poderosas reacciones defensivas. Estos recuerdos aceptables se pueden evocar en la conciencia, y para suscitarlos bastará una melodía de la época, una carta o un cuadro que devuelven, con asombrosa claridad, una miríada de otras cosas relacionadas con un tiempo ya lejano. Por el contrario, los recuerdos muy desagradables es posible que no vuelvan a surgir nunca, debido al dolor que comportan, en la conciencia *yesódica*, porque los retiene uno de los mecanismos de defensa del ego, que los confina en el inconsciente, de modo que nada, excepto un acontecimiento similar, una conmoción o un examen profundo evocarán su presencia. Sin embargo, su poder seguirá siendo una influencia que podrá emerger en sueños o en un recuerdo momentáneo que se suprime de inmediato.

El inconsciente personal está formado por millones de tales experiencias positivas y negativas. Algunas serán pequeñas, insignificantes, otras de moderada importancia y otras esenciales. Todas ellas, en mayor o menor grado, ejercerán su efecto en la vida del individuo. Por ejemplo, un accidente de la infancia, como un episodio incestuoso que se ha reprimido durante largo tiempo, podría seguir malogrando inconscientemente las relaciones adultas, mientras que un fracaso profesional no olvidado podría afectar negativamente a todo intento de empezar de nuevo en ese campo. Podríamos preguntarnos de qué manera todos esos recuerdos fragmentarios influyen en la psique, pues parecen llegar a ella de la manera más azarosa: algunos pasan directamente a través del ego y otros llegan a través de las columnas laterales. La organización del inconsciente personal se puede percibir de dos maneras.

La primera se basa en el descubrimiento junguiano de los complejos emocional y conceptual que se relacionan con las tríadas superiores laterales del Árbol. Cuando estudiaba la asociación de palabras, Jung observó que los pacientes solían hacer pausas cuando pronunciaban determinadas palabras. Una observación minuciosa reveló que estas palabras evocaban una respuesta poderosa en el inconsciente, lo cual condujo a la conclusión de que eran conjuntos asociados de recuerdos muy intensos que parecían reunirse alrededor de ciertos principios nucleares dentro de la psique. Así, al tiempo que se procesaba cada experiencia, los pensamientos y los sentimientos evocados eran atraídos, por similitud, hacia ideas y emociones que estaban relacionadas por vínculos comunes. Al cabo del tiempo estos grupos constituían diversos complejos asociados. Ejemplo de ello podría ser la persona que coge una concha marina que reposa en la repisa de una chimenea durante una fiesta. Al hacerla girar en su mano, los recuerdos de las temporadas pasadas junto al mar pueden surgir en el inconsciente y, de improviso, tal vez se desvanezca la sala llena de gente mientras llegan los recuerdos de las épocas vividas junto al mar. Quizá se recuerda un incidente particular, un

momento triste y patético de despedida, en la última etapa de una relación que parecía muy prometedora. Mientras la persona mira la concha, quizá recuerde el pesar y lo que ocurrió luego, lo cual le devuelve abruptamente a la sala y la fiesta. Entonces el presente podría estimular una nueva línea de pensamiento, al clasificar científicamente la concha, mientras la forma de ésta recuerda a la persona alguna obra de arte vista en un país extranjero, el cual, a su vez, evoca otros recuerdos que pasan por la pantalla *yesódica*. Ese momento casual puede revelar muchos niveles de recuerdo que forman parte de una gran red de asociaciones interconectadas, las cuales se dividen a su vez en diversas categorías que forman el fondo estructural y dinámico del vasto universo interior de la psique. Aquí empecemos a ver cómo el Árbol psicológico es algo más que un mero diagrama. Empieza a estar vivo con lo que se ve en él.

Un complejo, tal como lo veía Jung, era un agrupamiento determinado que tenía por núcleo un tema específico. Uno de tales complejos podría ser todo lo relacionado con el dinero, de manera que cualquier cosa que afectara a ese aspecto provocaría una reacción fuerte o débil, según la importancia que la persona dé al tema. Para un individuo el dinero puede ser tan sólo un instrumento útil, mientras que para otro podría ser una obsesión, resultado de un problema actual o de una infancia llena de privaciones. En algunos casos, la carga de un complejo podría estar muy nivelada, de manera que cierta ecuanimidad gobernaría la actitud hacia el dinero, mientras que en otra persona este complejo podría dominarlo todo. La mayoría de la gente llega a una especie de equilibrio funcional, aunque muchos tienen sus amores y odios preferidos que pueden expresar en sueños diurnos y nocturnos y tendencias inconscientes, como el avaro que ahorra para los malos tiempos aunque es rico.

Se ha observado que tales obsesiones o complejos poderosos pueden formar entidades muy diferentes en el interior de la psique, creando las llamadas «subpersonalidades» que, en ciertas situaciones, operan como unidades independientes que buscan su propia autonomía. Todos tenemos nuestros impul-

vos de *id-Nefesh* y fantasías psicológicas, pero la mayoría de la gente los mantiene controlados o lo expresa en aficiones tales como los deportes y el teatro, los juegos o el arte. Pero algunos individuos no pueden encontrar tales salidas, simplemente porque son inconscientes de tales impulsos. Esto permite a veces a la subpersonalidad cierta iniciativa, de modo que la persona se ve impelida hacia una situación a la que se opone su razón. El hombre que parece completamente normal puede volverse un homicida si las condiciones son las propias para ello, y luego no recordar nada de su crimen. Esto se debe a que el impulso de la mortido, y quizás un complejo cargado de odio, está demasiado hundido en el inconsciente para que familiares y amigos puedan detectarlo, aun cuando algunos actos extraños realizados de vez en cuando habrían sido un claro augurio para un observador adiestrado. Ese acontecimiento podría tener lugar cuando el equilibrio de la psique estuviera lo bastante turbado como para que algún incidente trivial —la gota que desborda el vaso— pudiera desencadenarlo, liberando un complejo de venganza enconado que convierte a la persona en un ser vengativo capaz de matar a cualquiera que esté cerca de él. Esto es, naturalmente, un episodio psicótico, pero muchas personas tienen en su psique esos elementos no integrados, aunque no hasta ese grado. Jung observó acerca de este fenómeno: «Una persona así no tiene un complejo, sino que el complejo la tiene a ella.»

Desde el punto de vista kabalístico, el inconsciente personal está formado por experiencias que cruzan el umbral entre *Hod* y *Nétzaj* y que son atraídas hacia sus tríadas respectivas. Algunas se inclinan a la izquierda, donde levantan la estructura de la psique, al acumularse en las tríadas pasivas de la emoción y los conceptos. Otras hacen lo contrario y se suman a las tríadas de los estímulos emocionales y conceptuales. Una vez en la tríada respectiva, se reúnen alrededor de una *Sefirá* determinada. Las que se interesan por la información general y particular, como aprender a conducir o calcular, se reunirán en torno a *Hod*. Las atraídas hacia *Nétzaj* tendrán la cualidad de la acción y el ritmo, la atracción y la repulsión. Las experien-

cias que tienen el elemento de la disciplina, el discernimiento, la cólera justa o incluso el odio, rodearán a *Geburah*, mientras que las asociadas con el amor, el relajamiento, la generosidad y las emociones poderosas pero positivas, serán atraídas hacia *Hesed*. De modo similar, las ideas referentes a la ley, los principios, la organización y la razón se agruparán en torno a *Bináh*, y los momentos que generan inspiración, visión y revelación irán a la parte de la psique gobernada por *Jokmá*. Asimismo, todo cuanto está relacionado con el ego se acumulará en las tríadas atendidas por *Yesod*, y todas las experiencias relacionadas con el Yo esencial del individuo orbitarán alrededor de la *Sefirá* central de *Tiferet*, de la misma manera que todo el material relacionado con el conocimiento superior y la experiencia de la Divinidad será atraído hacia la *Sefírot* profunda y superior de *Daat* y *Keter*, que se encuentran más allá del inconsciente personal, en lo transpersonal.

El número de complejos y sus componentes, cuando se consideran desde el ángulo del Árbol, es diferente, puesto que todos ellos se alinearán con los diez principios *sefiróticos* básicos y sus tríadas y senderos resultantes. Estos elementos fundamentales siempre dividirán todo cuanto entre en la psique en activo y pasivo, dinámica y estructura, superior o inferior, emoción o idea, de la misma manera que las limaduras de hierro se dispondrán en la pauta de un campo magnético. Es posible que un complejo no parezca relacionado con otro, pero si se examinan de cerca, los núcleos compartirán una base que les atrae hacia una *Sefirá* determinada. Por ejemplo, todos los pensamientos acerca del tiempo conllevan el principio de los límites, lo mismo que toda emoción conectada con la sensación de pérdida. Esto los inclinaría hacia la columna de la izquierda, donde podrían coincidir y relacionarse, a través de *Geburah*, que atraería a todo cuanto tiene que ver con el karma, que contiene elementos de ambos. Se desarrollan miles de estas configuraciones de formas *yetziráticas*, con catexis positiva o negativa, las cuales se acumulan durante los primeros años como capas básicas, como la tela de refuerzo de un tapiz tejido continuamente por la psique. La pauta general

de este diseño que se enriquece sin cesar, está determinada por la situación concreta de las *Sefirot* en el instante del nacimiento, lo cual proporciona un carácter distintivo a la manera en que la persona responde al destino de su vida, determinado por esas tendencias innatas. En la mayoría de la gente, la acumulación progresiva del inconsciente personal adopta una forma convencional, porque no tienen un alto grado de auto-desarrollo. Así, el ego, que tiene una orientación social, genera un tipo de personalidad, más que un individuo diferenciado. Este hecho puede ofender a algunos idealistas, pero la observación evidenciará que la mayoría de las personas se adaptan a lo que el superego-ideal del yo de su sociedad particular espera de ellas. Una reciente huelga de mineros en Gran Bretaña reveló de un modo diáfano el poder de la conformidad de la comunidad minera. La condena social, el riesgo a ser tildado de «rompehuelgas» o «esquirol» evitó que muchos individuos que pasaban tremendos apuros económicos rompieran filas y volvieran al trabajo. En este caso, el inconsciente personal no está lo bastante evolucionado para vencer al superego-ideal del yo que retiene el ego en su lugar. La verdadera individualidad es muy rara, pues incluso el *hippy* o el bohemio son tan convencionales, a su manera, como los conformistas a los que desprecian. También ellos llevan un uniforme y tienen un código rígido.

Llegamos así al borde superior del inconsciente personal, cuando se mezcla con el colectivo. Por debajo de este nivel, todo lo que ha sido experimentado se convierte en la matriz de una psique particular, en que la actividad de la persona en la vida presente elabora el karma adquirido. Es aquí donde la psicología kabalística considera lo que podría ocurrir a la luz de las encarnaciones anteriores, pues cada vida es el resultado de innumerables impresiones que se han sintetizado a lo largo de muchos siglos. La mujer que vive como una monja, y tiene el aspecto de tal, no es sólo una solterona que no puede comprender el sexo. Probablemente toda una historia de celibato y pureza anega su psique. Y el hombre que es militar de carrera quizá no esté sólo ejercitando su fuerte impulso de mortido,

Kábala y psicología

sino que aprende a tener disciplina, pues en sus tres o cuatro vidas anteriores ha sido un vagabundo o un libertino. Tanto Francisco como Agustín fueron pecadores antes de llegar a la santidad. Algunas personas requieren varias vidas antes de que puedan aprender la lección; la mayoría de nosotros necesitamos muchas. Lo que puede decirse es que el inconsciente personal contiene lo que somos en el momento. Esto, junto con su destino, define la obra que se ha de hacer durante la encarnación presente. No obstante, antes de que podamos llegar a conocer quiénes somos, debemos separar el inconsciente colectivo.

39. EL INCONSCIENTE COLECTIVO

Así como se sabía que el cuerpo contiene toda la experiencia del desarrollo físico, se creía también que la mente heredaba el conocimiento adquirido por la especie humana desde su aparición en la Tierra. Freud reconoció este nivel arcaico dentro de la psique, pero lo veía como un vestigio primitivo. En cambio, Jung consideraba el antiguo estrato como la experiencia acumulada de la humanidad, una dimensión colectiva integrada en el inconsciente de cada individuo, desde donde afectaba a la psique de muchas maneras para influir en los asuntos contemporáneos. Ejemplo de ello es la necesidad de adaptarse al propio grupo social o sindicato profesional para estar protegido. De este modo se representaba de nuevo una situación tribal prehistórica. Así pues, eran muchos los papeles que la gente representaba desde la cuna hasta la sepultura. Por ejemplo, Jung percibió, en sus observaciones de culturas tanto primitivas como avanzadas, que los padres ocupaban prácticamente la misma posición en todas las sociedades y que existía claramente una imagen común de lo que un padre es y hace. Era como si existiera un arquetipo universal reconocible en todo el mundo. Jung percibió el fenómeno como un hecho psicológico objetivo que tenía su propia forma de realidad en la mente colectiva humana, junto con muchos otros principios arquetípicos que han pasado a formar parte de este nivel profundo de la mente humana. El reconocimiento de esta dimensión fue de gran importancia, porque separaba lo

más bajo o físico, y lo medio o más personal, de lo que era transpersonal. Existía un mundo arquetípico por derecho propio, que tenía poco que ver con los individuos, pero que influía profundamente en lo que éstos pensaban, sentían y hacían en su vida interior y exterior. Desde el punto de vista kabalístico, Jung había reafirmado e identificado el reino de *Yetziráh*, conocido en otras tradiciones espirituales como el Mundo Astral, el Palacio de los Dioses, el Paraíso, el Purgatorio y muchas otras denominaciones que describen el nivel de lo que está por encima de lo físico pero por debajo de lo espiritual. Este mundo no es sólo la dimensión de la psique, sino también el hábitat de ángeles y demonios. O Casa del Tesoro de las almas donde residen los que todavía no han nacido y donde se procesa la psique en su período posterior a la muerte y anterior al nacimiento. Jung llevó al estudio de la psicología occidental lo que el monje budista, el místico cristiano, el sufí musulmán y el kabalista judío conocían y sobre todo lo que habían escrito durante siglos. Empujó a la comunidad científica hacia lo que, para ella, era un terreno desconocido. En el curso de su extensa investigación en el conocimiento antiguo, encontró repentinamente las mismas descripciones, relatos y principios cuando se hablaba de este nivel de la psique. Sintetizó todo esto y lo relacionó con lo que observaba en sus pacientes, pues empezó a descubrir que el mismo simbolismo aparecía en ciertas situaciones psicológicas y espirituales clásicas.

A medida que evolucionaba su trabajo teórico y práctico, Jung empezó a formular ciertas conclusiones sobre el inconsciente colectivo. Por ejemplo, decía que «la forma del mundo en el que (el individuo) nace, es ya innata en él como imagen virtual». Un kabalista del siglo XIII escribió: «Es esta imagen la que nos recibe cuando llegamos al mundo, se desarrolla con nosotros cuando crecemos y nos acompaña cuando abandonamos la Tierra.» Jung veía esta forma llena de pautas y arquetipos latentes, de la misma manera que el cuerpo de un bebé tiene todos los órganos en su lugar al nacer. Observó que, según estos procesos psicológicos, cuando una persona per-

cibe un objeto en el mundo exterior que corresponde, por ejemplo, al arquetipo del padre, ante quien el niño reacciona de cierta manera porque la imagen parental ya existe en la mente, esta forma arquetípica es tan poderosa que las personas huérfanas de padre la proyectarán sobre hombres que tienen carácter paternal y tratarán de establecer esa relación ritual entre padre e hijo a fin de poder madurar. Desde el punto de vista kabalista, la figura del padre es el símbolo asociado con la *Sefirá Jokmáh* o Sabiduría. Figura a la cabeza de la columna, a mano derecha; es activa, y se la considera el aspecto masculino de la Divinidad, manifiesto en el mundo inferior de Formación en la imagen de Adán, el padre de la humanidad. En la columna opuesta está Eva, en *Bináh*, contrafigura femenina y pareja del anterior, la cual fue formada después de que el Adán espiritual de *Briah* o Creación hubiese sido transformado a partir de un ser andrógino —como el Adán Kadmon primordial— en una pareja *yetzirática* o psicológica. De ahí procede el mito judío de las parejas de almas, en el que las que tienen la misma raíz divina y espiritual están divididas en el nivel psicológico y viven en cuerpos separados mientras están encarnadas. En esto se origina la idea que influye en la búsqueda, emprendida por tantas personas, de su alter ego en una pareja.

Toda tradición espiritual, ya sea en una cultura de cazadores primitivos o en la civilización más elevada, tiene su mitología. Algunas son simples relatos de cómo llegaron a existir el Universo y la humanidad, mientras que otras son complejas en extremo e implican una metafísica complicada, símbolos sutiles que describen diversos niveles, cómo funcionan y quiénes los habitan. Símbolos que hablan del descenso de la humanidad a los mundos inferiores, y de cómo los individuos pueden elevarse para recuperar su lugar apropiado, así como de la gracia y el conocimiento que los acompañan. Jung analizó muchos de estos relatos y percibió la pauta de desarrollo espiritual que les es inherente. Aquí es donde se separó de Freud y muchos otros psicólogos, los cuales sólo reconocían las dimensiones psicológica y física.

De la obra de Jung sobre el inconsciente colectivo emergió una imagen compuesta general y detallada, basada en el folclore, la mitología y diversas disciplinas esotéricas, relacionada con el análisis de innumerables sueños de pacientes, así como los suyos propios. Mediante estos estudios aclaró el concepto de arquetipos. Un arquetipo significa el modelo original, pero en este sentido es el principio esencial en la raíz de ciertos fenómenos. El hombre primitivo proyectó imágenes arquetípicas sobre los ríos, las montañas y el agua, pero las veía como dioses o demonios externos, eran una respuesta a la personificación de, digamos, un torbellino o una catarata. Los arquetipos de Jung trataban de identificar fenómenos sociales y psicológicos. Por ejemplo, arquetipos como la inocencia de la infancia o la sabiduría de los ancianos son totalmente reconocibles, como lo son el héroe y el tramposo, que no sólo se dan en la mitología, sino que actúan como claros caracteres humanos. Puede verse al tahúr en el mercado de un pueblo mexicano o en la trastienda de un *pub* londinense, y todo ejército, desde los antiguos egipcios a los servicios aéreos especiales británicos, cuentan con sus hombres de valor. A menudo tales individuos desconocen por completo que están representando un modelo, como les ocurre a unos padres corrientes, que siguen instintivamente las directrices de la Eva y el Adán arquetípicos.

Jung catalogó muchas clases de principios arquetípicos, que abarcan desde situaciones como el nacimiento y la muerte hasta objetos como los anillos, que pueden tener un significado y un rango simbólicos. El amor y el odio tienen formas arquetípicas, al igual que los hechos relacionados con el encuentro y la separación. Veía estos arquetipos como formas puras, hasta que se manifestaban como incidentes que adquirirían una acritud mucho más intensa de lo que se había propuesto la gente. El matrimonio, en todas las culturas, genera un poder enorme, cuando sus miembros participan en una celebración arquetípica de unión. Todos los parientes obtienen mucho más de lo que han entregado desde el momento en que la pareja anuncia que va a casarse hasta que parte de luna de

miel. Los rituales de conocer a la familia, establecer un hogar, organizar la boda y comprar los regalos son formas sociales muy intensas que afectan incluso a personas ajenas. La boda real entre los príncipes de Gales atrajo un público televisivo de centenares de millones. Tal es el poder de lo colectivo cuando genera una interacción entre el inconsciente colectivo y el personal. Incluso muchas personas de fuerte tradición republicana se sintieron profundamente afectadas por la boda, cuando el cuento de hadas de una Cenicienta aristocrática casándose con un futuro rey se veía en la pantalla de televisión.

Un ejemplo de lo arquetípico en el nivel individual es la transición de la infancia a la juventud. Esto se logra cuando el arquetipo de «niño» es desplazado por el de «adolescente», que la persona adopta con toda su indumentaria y sus actitudes. Es aquí donde vemos en funcionamiento, detrás de las formas, a las edades arquetípicas del hombre, los principios planetarios y los *Sefirot*. El poder de estos elementos es enorme, como puede observarse cada primavera, cuando los muchachos y las jóvenes se manifiestan de súbito en todas partes para llevar a cabo los juegos de amor, mientras los viejos les miran y recuerdan los tiempos en que ellos cortejaban. Este arquetipo colectivo de Venus, Eros o *Nétzaj* se da lo mismo en la jungla primitiva brasileña que en el elegante barrio londinense de Chelsea; tanto en la comunista Siberia como en la capitalista California. Dondequiera que haya jóvenes, aparecerá el arquetipo del cortejo amoroso.

En el interior de cada arquetipo hay un principio que atrae a todo lo que resuena con él. Lo mismo ocurre con las leyes que operan dentro de las *Sefirot*, que atraen todo aquello similar a su naturaleza. Estos procesos se producen naturalmente bajo la influencia general del Árbol, de manera que todos los arquetipos están relacionados con tal *Sefirá*, triada o columna. Esto significa que existe una base ordenada para las miríadas de arquetipos que corresponden a los diversos aspectos del Árbol. Visto desde el otro ángulo: de la complejidad y sutileza del Árbol *atzilútico* surgen miríadas de posibilidades

Kábala y psicología

que se triplican cuando llegan al mundo de *Yetziráh*, porque éste contiene tanto la dimensión divina y espiritual como la psicológica. Así, el inconsciente colectivo incluye muchos elementos abstractos, como la Divinidad, los arquetipos polares de la Misericordia y la Justicia y los arquetipos espirituales de la Bondad y la Maldad, que se expresan en la religión, el arte y la literatura de todas las culturas. La Divinidad, por ejemplo, se representa universalmente como Luz, visible incluso en las imágenes de Cristo y de Mahoma utilizadas por cristianos y musulmanes para simbolizar a un ser humano plenamente realizado. A fin de hacernos una idea de cómo operan los arquetipos, vamos a echar un vistazo a los diez símbolos kabalísticos esenciales, para ver cómo se relacionan con la psique.

40. LOS ARQUETIPOS

La noción de arquetipos es antigua, y la personificación de principios existe en todas las mitologías. Algunos arquetipos son generalizables y otros particulares; muchos incluyen en su órbita principios menores, y algunos personifican un aspecto muy específico de la realidad o la fantasía. En el mundo antiguo, cuando la humanidad estaba en su infancia y no podía comprender las fuerzas que actuaban en el universo excepto como fuerzas mágicas, definía mediante símbolos lo que no podía ver. Ahora bien, mientras que algunos de estos símbolos eran sólo impresiones supersticiosas de lo desconocido, otros eran conceptos cuidadosamente considerados y vertidos en el lenguaje de la poesía y el arte. El hecho de que la mayoría de la humanidad haya sido ignorante, no significa que no hubiera personas muy evolucionadas. Hombres como Lao Tse en China, Akhenatón en Egipto y Homero en Grecia fueron santos y sabios responsables de conducir a la humanidad hacia la comprensión de que la vida consistía en algo más que la supervivencia. Estos hombres sintetizaron lo que habían recibido en una visión mística o lo que habían concluido tras una larga contemplación, y presentaron estos conceptos en forma de símbolos que indicaban y explicaban el orden profundo de la Existencia en su relación con la humanidad. Todo esto pasó al inconsciente colectivo en forma de relatos, dichos, edificios, esculturas, pinturas, danza y dramas que contenían principios arquetípicos.

En determinados momentos de la historia, diversas escuelas esotéricas formularon sistemas completos basados en el carácter y las consecuencias de los grandes principios que gobernaban el mundo. Por ejemplo, los astrólogos produjeron cinco arquetipos inconfundibles basados en los planetas observables, así como dos simbologías muy complejas acerca del sol y la luna. Por ejemplo, Artemisa, la diosa de numerosos senos, que representaba la plenitud de la luna y su relación con la fecundidad de la Naturaleza, expresaba un aspecto del carácter lunar. Diana, la esbelta doncella cazadora, simbolizaba la coyuntura en el ciclo entre muerte y renacimiento. Pan, el dios de la Naturaleza, adoraba a la luna en su forma de Selene, pero ésta amaba a Endimión, símbolo de la humanidad, a quien contemplaba arrobada mientras él dormía. Este mito hablaba del nivel de la humanidad ego-yesódico y su estado adormecido. Hécate, la gran hechicera, era el símbolo de la magia lunar que tenía el poder de influir en la visión que el ego se formaba de la realidad y representaba la mente inferior. Estos mitos contienen mucha información sobre el funcionamiento de la psique. Artemisa y Diana son los polos de luz y sombra del ego y los impulsos de libido y mortido. El principio de Selene es el dominio del ego sobre la Naturaleza o el cuerpo, mientras que la capacidad de Hécate para dirigir imágenes con elevada catexis muestra una imaginación aplicada y una proyección consciente. Esto y mucho más puede espigarse mediante el examen de la mitología, como hizo Jung.

Lo mismo es aplicable a la Kábala, sólo que en este caso se utiliza un sistema de arquetipos antropológicos, porque los personajes de la Biblia tienen nombres que describen su función, Josué, por ejemplo, significa «libertador», y David, «el amado», mientras que Rut, la fiel nuera de Noemí, significa «amistad» y Ahitofel, el consejero maligno que aconsejó a Absalón que se rebelara contra su padre David, significa realmente «hermano de la locura». Estos y otros muchos personajes bíblicos representan ciertos principios que representan papeles específicos, como Josué o Jesús de Nazaret encarnaron la idea del hombre divino que liberaría a una Judea dominada

por los romanos, la cual representaba a la humanidad aprisionada por el aspecto físico. Desde el ángulo del Árbol, los kabalistas situaron en él los arquetipos bíblicos según su naturaleza, de manera que David, el rey terreno pero inspirado por la Divinidad, representaba el cuerpo o el *Malkut* del Reino, la más inferior de las *Sefirot*, mientras que José, el soñador que tenía una capa de muchos colores y llegó a ser visir del faraón, se consideró como símbolo de *Yesod* o el ministro del ego. A Moisés y Aarón los colocaron al pie de las columnas derecha e izquierda, pues tuvieron que afrontar los problemas cotidianos de los años pasados en el desierto, donde la vida se desarrollaba en un nivel básico. A Moisés lo situaron en *Nétzaj*, como el profeta práctico, y a Aarón en *Hod*, pues era orador elocuente y sacerdote. A Isaac lo situaron en la *Sefirá* de *Geburah*, pues temía el juicio del Señor; Abraham, el amigo de Dios, fue colocado en *Hesed*, la *Sefirá* del amor y el perdón, mientras que el tercer patriarca, Jacob, fue asignado a *Tiferet*, que es la posición del Yo, donde fue transformado en Israel, que significa «el que lucha con o por Dios». La no-*Sefirá* de *Daat* carece de imagen humana, aunque se dice que en ocasiones se ve al arcángel Gabriel a través de su cristal oscuro. *Keter*, la Corona, tampoco tiene símbolo, pues no estaba permitido tener una imagen de la Divinidad. *Bináh* y *Jokmáh* eran los arquetipos de Eva y Adán, adjudicados a ellos como cabezas masculina y femenina de las columnas exteriores. Esto nos recuerda los dos arquetipos más importantes de Jung, el *anima* y el *animus*, que tienen sus raíces en la idea de la pareja anímica y espiritual.

El *anima* y el *animus* corresponden a lo que los kabalistas llaman los principios de Eva y Adán, que representan los lados pasivo y activo del Árbol. Según algunos junguianos, el *animus* es el elemento masculino en las mujeres y el *anima* es el elemento femenino en los hombres. De hecho, ambos están presentes en cada individuo, pues el sexo opuesto al de la persona está oculto en su inconsciente. El hombre actúa a partir de la columna a mano derecha, mientras la izquierda opera inconscientemente, y en la mujer sucede al contrario. Los ar-

quetipos del *anima* y el *animus* juegan un papel enorme en nuestra manera de actuar, de reaccionar al mundo y en nuestras actitudes hacia nosotros mismos y nuestras relaciones. En el área más obvia e importante, a saber, la comunicación íntima entre los sexos, la Eva arquetípica en el hombre y el Adán arquetípico en la mujer buscan su contrario en una pareja que es el espejo de su imagen interior. Cuando existe una correspondencia lo bastante íntima entre la Eva interior de un hombre y el Adán interior de una mujer, se produce el fenómeno de la proyección y la contraproyección experimentado en las relaciones amorosas, que hacen salir la relación de lo mundano y la incorporan a otro mundo. Desde el ángulo kabalístico, eso tiene una precisión absoluta, pues el amor hace que el aspecto físico de su encuentro amoroso ascienda al mundo mágico *yetzirático* de los arquetipos, donde hasta los menores gestos y palabras adquieren un significado intenso y simbólico. Este nivel psicológico de comunicación es el motivo por el que a menudo se establece una conexión psíquica entre los amantes, los cuales pueden percibir lo que le sucede a cada uno de ellos, aunque pueda separarles un océano. El mundo de *Yetziráh* tiene una clase diferente de tiempo y espacio, y aquí es donde existe la psique y la razón por la que amor puede ser un paraíso o un purgatorio.

En la Kábala, cada uno de los *Sefirot* tiene dos aspectos, uno positivo y otro negativo, así como un lado bueno y otro malo. Las columnas también pueden invertir sus cargas, y el macho convertirse en pasivo y la hembra en activo. Jung reconoció este aspecto invertido. Por ejemplo, una columna derecha o *animus* demasiado activa puede hacer que una mujer adopte inconscientemente una actitud agresiva hacia la vida y, en especial, hacia los hombres, si está convencida de que éstos desean dominarla. Por otro lado, su *animus* afirmativo puede operar de otra manera, buscando a un hombre de un nivel más primitivo que expresará al Adán no desarrollado de la mujer y coincidirá con él. Un ejemplo de esto es una muchacha danesa, normalmente recatada, que una vez al año iba a las playas nudistas del sur de España, donde pasaba quince

días de sensualidad pura con un pescador de la localidad, tras lo cual regresaba a su sedentario empleo en un banco. Su impulso vikingo había quedado saciado. En cambio, un joven se enamoró pero fue rechazado por esa muchacha de ensueño, a la que asustaba la obsesión del joven por ella. La deseó con vehemencia durante muchos años, hasta que volvieron a encontrarse en su pueblo natal. Por entonces ella había perdido su juventud y su cabello rubio, era rolliza, cínica y estaba exhausta por la mundanidad. De repente, el hombre se preguntó qué había visto en ella, pues ya no encajaba en la imagen de princesa que se forjó años atrás. Se horrorizó al darse cuenta de que había perdido varias oportunidades de casarse porque la protección de su *anima* había bloqueado su visión de lo que era realmente una mujer. La publicidad moderna explota el poder de esta presentación constante de mujeres hermosas y hombres potentes que simbolizan la forma y la energía de las columnas exteriores. Esta proyección puede proceder de cualquiera de los *Sefirot* funcionales, de manera que esta o aquella cualidad pueden resaltarse en un arquetipo particular. Así, por ejemplo, un piloto de caza, que participó en la batalla de Inglaterra con valor estoico, puede evocar *Geburah*, mientras que *Nétzaj* puede convertir a cierta modelo en la celebridad de la temporada. A este respecto cabe observar que cada columna tiene su subdivisión de masculino y femenino, de modo que *Bináh*, por ejemplo, puede ser la bisabuela o el filósofo saturnino, mientras que *Jokmáh* puede producir el arquetipo del gran profeta, masculino o femenino, de la Sabiduría.

Es interesante observar que los junguianos observan cuatro niveles de *animus* y *anima* que corresponden a los cuatro niveles kabalísticos. El primero es el héroe de pelo en pecho o la mujer natural que tienen un fuerte atractivo sensual; el segundo, el poeta romántico o la muchacha sensible que evocan una reacción psicológica más que física. El tercero es el hombre de mente superior y la mujer profunda, que simbolizan una Sabiduría y Comprensión espirituales. Ejemplos del orden superior son las figuras iluminadas del *animus* y el *anima*, que

no son sólo imágenes sino que viven realmente lo que piensan, sienten y hacen. Todos estos niveles y muchos más aspectos de la polaridad de *animus* y *anima* forman un sistema complementario muy complicado pero esencialmente simple que opera entre hombres y mujeres, mientras laboran dentro de sí mismos y en su relación interpersonal, en busca del equilibrio en sus Árboles respectivos. Según la Kábala, esto sucede cuando el Adán y la Eva de cada miembro de la pareja se enfrentan en una unión tanto mutua como interna. Jung llamaría a esto la integración de lo masculino y femenino; en la Kábala se ve como «el matrimonio del Rey y la Reina».

Cuando los principales arquetipos junguianos se sitúan sobre el Árbol, se corresponden casi exactamente, aunque los términos pueden ser diferentes. Por ejemplo, el Gran Rey de Jung estaría situado en *Hesed*. Su arquetipo del Héroe es, ciertamente, *Geburah*, la doncella o el joven hermoso es, sin duda, *netzajiano*, mientras que el *tramposo* encaja claramente en *Hod*. Estos arquetipos se presentan de muchas maneras, pero el Gran Rey es siempre misericordioso y generoso, y el guerrero valiente y discernidor, que son las cualidades de *Hesed* y *Geburah*, o su contrario si se invoca el lado oscuro de los *Sefirot*. Lo mismo se cumple en todos los demás arquetipos. Por ejemplo, el Tramposo puede aparecer como el Bromista o Fullero inteligente, el delicioso Burlón o el siniestro Espía, utilizando todos los aspectos y habilidades de *Hod* para hacer trampas, intrigar y engañar al contrario bueno o malo. Estos arquetipos no sólo afloran en los sueños, sino también en la política, los negocios y las situaciones familiares. También pueden aparecer en los mitos, como ocurre en el cine. Por ejemplo, la vieja película del Oeste suele contener un frío héroe *gebúrico* y un ranchero rico y *hesédico*, con una bella hija *netzajiana* y un abogado o jefe de banda de tendencia *hodian*a. Por ello ese tipo de cine tiene tanto atractivo como relato popular. Desde el ángulo del Árbol, todo el gran drama consiste en representar la tensión que existe entre los diversos arquetipos, cuando se enfrentan los aspectos buenos y malos. Cada obra sigue la pauta de presentar primero una situación estable que

es desbaratada de súbito por un elemento que se entromete. Entonces se desarrolla un argumento en el que el conflicto entre normalidad y falta de armonía se lleva a un punto máximo. Se restaura el equilibrio, ya sea porque Hamlet finalmente entra en acción o porque llega el Séptimo de Caballería para ayudar a los luchadores sitiados. Estas situaciones arquetípicas tienen eco en la sociedad en general y dentro de la psique individual, que se desvían de una posición antigua y fijada para entrar en una nueva fase dinámica, por medio de una crisis que a menudo se corresponde con símbolos malignos arquetípicos, tales como el terrorista *gebúrico*, la seductora *netzajiana*, el dictador *bináhico* o el tipo *Jokmáh* que es un genio loco.

El reino de los arquetipos es el mundo de *Yetziráh*, donde la experiencia individual y colectiva se manifiesta en innumerables formas, que expresan la interrelación de los diez *Sefirot* del Árbol psicológico. Como tales, pueden ser combinaciones o la pura esencia de un arquetipo que puede proyectarse en una situación externa o formar parte de una fantasía privada. La naturaleza acuosa siempre cambiante de *Yetziráh* no permite que se produzca ninguna fijación, pues esta fluidez es vital para enfrentarse al mundo, en cambio constante, de los pensamientos, los sentimientos y las acciones. En efecto, la flexibilidad es la base de una buena salud mental, ya que la mente adapta continuamente su equilibrio a fin de evitar cualquier estancamiento psicológico. Esto nos conduce a los arquetipos especiales de la columna central que mantienen el equilibrio esencial en cada nivel. El primero que examinaremos es la persona, la máscara que cubre y protege al ego.

41. LA PERSONA

Así como los arquetipos del *animus* y el *anima* se buscan mutuamente en la relación sexual y psicológica, así el arquetipo del ego, en la forma de persona, trata de afrontar las exigencias de la sociedad y hacer un lugar para el individuo. Como hemos dicho, la palabra persona significa «máscara», y Jung la vio como una clase especial de arquetipo, pues a menudo adoptaba una proyección externa, que se basaba en una personalidad adquirida, como la de un actor. Desde el punto de vista kabalístico, la persona es el aspecto que adopta *Yesod* para proteger el ego y relacionarse con el mundo exterior. Ejemplo de ello es una fiesta cuyos asistentes se clasifican mutuamente, a fin de poder evaluar su lugar en el orden social. El hombre de negocios, el artista y el doctor se presentarán como tales, y así lo harán el granjero, el obrero y el profesor, lo mismo que el aristócrata, el general o la prostituta. Cada uno utiliza una indumentaria, unos emblemas o una manera de expresión para indicar lo que son, y se diferenciarán aunque todos ellos lleven pantalones tejanos y jerséis. Ésta es la manera que tiene el ego de preservar y proyectar una identidad *yesódica*.

La persona o máscara es necesaria porque sólo unos pocos individuos saben realmente quiénes y qué son, mientras que la inmensa mayoría de la gente proyecta una imagen de lo que creen ser. En una reunión oiremos constantemente la pregunta: «¿A qué se dedica usted?» La respuesta que suele darse

es una profesión o categoría social, lavaplatos, ama de casa o primer ministro. Incluso el parado, o el vagabundo, dirá que ha sido guardián de garaje o que es un poeta. Esta imagen, aunque pueda ser una proyección, permite a la gente responder a sus interlocutores de acuerdo con la costumbre local, ya sea en la Casa Blanca o en una reunión de los Ángeles del Infierno. No obstante, la importancia de la persona y el arquetipo que adopta no deben subestimarse, pues muchos se esforzarán por seleccionar la clase de ropas que usan y cómo se mueven y hablan, a fin de comunicar el papel que creen y sienten que desean proyectar. Como decía Oscar Wilde, «quien no juzga por las apariencias es tonto». Wilde era un experto en la persona, y muchas de sus obras teatrales son comedias de costumbres en las que se espera de los personajes que respondan a tal o cual papel social. Sin embargo, es interesante observar que su novela *El retrato de Dorian Gray*, que trata de un joven apuesto que nunca envejece mientras que su retrato escondido va reflejando la fealdad de su vida disipada, es un estudio notable de una persona arquetípica que enmascara lo que ocurre en su inconsciente.

La persona, en su lugar apropiado, lleva a cabo una tarea importante: permite al individuo representar un papel mientras permanece seguro dentro de sí mismo. Uno puede ser un buen ingeniero, cartero, campesino o rey sin necesidad de exponer lo que puede ocurrir en un nivel más profundo. Además, la persona le permite tener diferentes personalidades en circunstancias diversas, como ser un colega serio en el trabajo pero un compañero alegre y despreocupado en el café, aunque esto puede confundir cuando uno no sabe exactamente qué máscara llevar cuando está con dos amigos de diferentes esferas de la vida al mismo tiempo. Sin embargo, hay individuos que siempre presentan la misma cara, o bien tienen un repertorio de máscaras limitado, porque no han desarrollado un ego *yesódico* amplio y flexible, o bien están interiormente muy seguros de que no necesitan ninguna fachada. Los primeros suelen ser inmaduros y los últimos todo lo contrario, puesto que pueden afrontar y adaptarse a la mayor parte de las situa-

ciones sin perder el sentido de sí mismos. Estos individuos actúan desde *Tiferet*.

En la relación entre los sexos, el valor de la persona puede ser crucial, puesto que revelará el equilibrio del factor *animus-anima* de las columnas exteriores. Tomemos un ejemplo extremo para ilustrar este punto. La mayoría de los homosexuales masculinos tienen un fuerte acento del *anima* en su psique, lo que les da una tendencia hacia el lado femenino del Árbol que se expresa a menudo en la persona. Lo mismo puede decirse de la mujer con *animus* poderoso, de manera que la fuerza de la columna a mano derecha es predominante. Pero ocurre en ocasiones que la persona compensa esta tendencia a la columna, y así el homosexual puede proyectar una imagen en exceso masculina y la lesbiana una personalidad extraordinariamente femenina. Naturalmente, esta sobrecompensación podría consistir en que *Yesod* adopta el aspecto de una persona aceptable para cubrir un alma masculina en un cuerpo femenino y viceversa. En las relaciones heterosexuales, la persona es importante porque hombres y mujeres proyectan su *animus-anima* a través de la imagen *yesódica*. La muchacha que siempre viste como *Alicia en el País de las Maravillas* proyecta su *anima*, tratando de atraer a un hombre con el mismo problema, o alguien que pueda cuidar de ella como un padre. El hombre que sólo viste de cuero negro y nunca se lava ni se corta el pelo, utiliza esta persona para atraer a alguna muchacha con *animus* igualmente estrafalario. Lo mismo puede decirse de hombres y mujeres a quienes gusta exhibirse en los restaurantes más lujosos o en cafés de los barrios bajos. La persona que presentan de sofisticación o dureza pretende atraer a individuos de su mismo tipo, y quien no corresponda a su imagen está fuera del clan. Vemos aquí a la persona como factor esencial en la creación de órdenes sociales, que constituyen el fundamento *yesódico* de una sociedad.

En algunos casos, la persona puede revelar alguna lesión profunda en la psique del individuo. Por ejemplo, existe un fenómeno en particular, conocido como síndrome de la *puella* o la «niña eterna». En esta situación, algún hecho en los prime-

ros años de la vida, como no haber formado una verdadera relación con el padre, produce el fenómeno distorsionado de la persona «muñequita», que adopta la imagen de un ser pequeño y bonito, para lograr la respuesta que la mujer habría obtenido de niña. En otro caso, puede ser todo lo contrario, cuando la persona adopta el papel de una «amazona con armadura», de manera que nadie puede herir un ego tan bien protegido. En el primer caso predomina la columna femenina, y en el segundo la masculina. La persona de la «hija obediente» es otro dispositivo de defensa, pero de mayor complejidad. Aquí la relación con los padres es un complicado equilibrio de amor y odio, de necesidad y resentimiento, sostenido por una máscara de aparente bondad final que puede ocultar una peligrosa acumulación de energía del id-*Nefesh* sin liberar. Esta situación puede continuar incluso después de muertos los padres, porque el superego tal vez siga controlando a *Yesod* hasta que el individuo madura en el Yo de *Tiferet*. El «inadaptado» es el tipo de persona que busca un consuelo masoquista en el desastre, y atrae constantemente la desgracia sobre sí mismo. En este caso el impulso subconsciente de mortido se alza como un potente impulso de muerte que usa la persona para destruir a otros y a sí mismo. Los casos extremos pueden llegar a ser psicopáticos, pues *Yesod* deja de recibir la influencia de *Tiferet* y pierde la capacidad de percibir la realidad. Ejemplo de esto es el lunático que dice: «El fin del mundo está próximo, debido a su corrupción.» Ese hombre proyecta y predice su sentido de destrucción en otros, de manera que él no tiene que afrontarlo. Esta tendencia se observa en muchos revolucionarios que quieren un mundo hecho a su propia imagen. Inversamente, la persona de éxito aparente también puede cubrir un desequilibrio. El alto funcionario que usa su posición para oprimir a la gente puede compensar la falta de estima hacia su ego, y la personalidad brillante e ingeniosa a menudo enmascara una profunda depresión en su vida privada. Vemos, pues, que el Árbol reacciona a fin de retener un equilibrio que le permita funcionar.

En algunos casos la persona satisface una necesidad ex-

terna de una comunidad, como el presidente paternalista que dirige una república primitiva durante décadas. El individuo que encarna la moda del momento suele ser la personificación del ideal de esa sociedad. Ciertas personas ambiciosas cultivan efectivamente la persona que los seguidores quieren ver en su ídolo, pero vivir de acuerdo con esa proyección de las masas ha destruido a muchos individuos de talento, los cuales han de contraproyectar la imagen a fin de llegar a la cumbre. Cuando la imagen empieza a perder interés y su popularidad se desvanece, suelen convertirse en seres consumidos, pues carecen de suficiente madurez para sobrevivir sin adulación. Esto les ha sucedido a reyes, generales, poetas y muchas celebridades que ya no interesan al público.

El fenómeno que hemos descrito se denomina «inflación» y consiste en que el ego está tan atrapado en su propia imagen, que la persona se convierte en el centro predominante de la psique. Esto significa que casi toda la actividad de la psique se dirige a la máscara que se expande hacia afuera y lejos del sendero de la honestidad entre *Yesod* y *Tiferet* para formar una personalidad hinchada que en algún momento debe estallar. Por ejemplo, Napoleón, en el apogeo de su carrera, decía que él era la revolución. A partir de aquel momento, el movimiento iniciado en Francia para llevar la libertad republicana a una Europa feudal empezó a constituir otro imperio con Napoleón como emperador. Después de su dramática caída, le confinaron en la pequeña isla de Santa Elena, donde se volvió increíblemente mezquino. La conexión *Tiferet-Yesod* se había extinguido, dejando la cobertura externa de quien fuera un gran hombre. En otro nivel, tenemos el ejemplo de la mujer que se consideraba como una psicoterapeuta que resolvía los problemas de todo el mundo pero no podía afrontar los suyos propios. Además, su persona inflada no podía llevar una conversación social ordinaria sin considerar los motivos detrás de cada observación, lo cual le hizo perder muchos amigos. Semejante dominio por parte de la persona puede proceder de un *Geburah* demasiado activo, que puede producir un inquisidor español, o de un *Hesed* defectuoso, que puede convertir a

la persona en un factótum que lo hace todo para los demás pero nada para sí mismo. De la misma manera, muchos individuos considerados religiosos tienen personas infladas, al igual que los magnates de negocios o las estrellas pop. Estar poseído por un arquetipo que actúa a través de la persona no es siempre espectacular. A muchos individuos se les conoce por la máscara que han adoptado y siguen aprisionados por ella durante toda su vida. Basta pensar en el soldado profesional que siempre obedece las órdenes y tiene que ejecutar a personas de cuya inocencia está convencido.

Jung observó que muchos individuos se dan cuenta de que la persona es sólo una máscara. Son personas normalmente de edad mediana, las cuales descubren que el papel que han representado tan bien en el mundo no era el que querían. Al fin y al cabo, la personalidad *yesódica* no era más que una imagen con la que uno comunicaba a los demás sus pensamientos, sentimientos y acciones. Esta certidumbre crea una sensación de vacío en muchas personas sabedoras de que en la vida hay algo más que ser reconocido como un buen profesional, un maestro artesano o, simplemente, una personalidad interesante. Desde el punto de vista kabalístico, todos sus *Sefirot*, triadas y senderos están en su nivel óptimo. Son personas que podrían desenvolverse bien en la vida e incluso aumentar su radio de acción, pero una mayor pericia o una categoría social más alta no es la respuesta que buscan. La reputación en el mundo ya no tiene significado, pues saben que es una frágil burbuja. Nada parece conmover o emocionar a tales personas, porque el tiempo les ha mostrado que, a pesar de los cambios en el mundo, siempre existen los mismos problemas humanos esenciales que ninguna solución externa puede resolver. La verdadera cuestión estriba en saber por qué se sienten tan vacíos. ¿Tienen o no tienen un propósito la vida y la Existencia?

La persona es útil para afrontar los problemas de la vida cotidiana, pero podría impedir activamente el crecimiento interior al preocupar a la mente con cuestiones mundanas. Jung observó que quienes se preguntan: «¿Quién soy?» son individuos que desean desarrollarse más allá del ego y tener con-

ciencia del Yo. Desde el ángulo kabalístico, esta pregunta precipita una ascensión por el sendero de la Sinceridad, desde *Yesod* a *Tiferet*. Sin embargo, ese proceso también agita el lado oscuro de la psique, que tratará de frustrar cualquier amenaza a su poder y perpetuar la máscara de la persona. Llevar la luz de la conciencia al inconsciente evoca inevitablemente el arquetipo de la sombra.

42. LA SOMBRA

En el sistema kabalístico, cada uno de los veintidós senderos entre los *Sefirot* que componen las tríadas tiene una letra hebrea asignada. La que está entre *Malkut* y *Yesod*, o el cuerpo y el ego, tiene la letra *reish*, cuya raíz significa «cabeza». Esto también se podría interpretar como el semblante físico de la imagen del ego. En la línea liminal entre *Hod* y *Nétzaj* está la letra *nun*, el significado de cuya raíz es «florecer y decaer», es decir, resolver y disolver todo aquello que cruce entre «reverberación» y «repetición» (los significados de las raíces hebreas de *Hod* y *Nétzaj*) y lo que viene y va entre la conciencia y el inconsciente. El sendero que nos interesa especialmente está ocupado por la letra *tsade*, que suele traducirse por «virtuoso» u «honesto», pero que también puede significar «el que está tendido a la espera». Esto revela el lado umbrío de la conexión entre el ego y el Yo, la conciencia y el inconsciente. Como tal, el sendero está sometido tanto a la iluminación como a la oscuridad, pues el nivel liminal fluctúa entre los procesos externos de *Yesod* y el Vigilante interno de *Tiferet*. Esta zona preconsciente puede abrirse o cerrarse, fomentar la comprensión o reprimirla, aclarar las cosas o enturbiarlas con la distorsión. Aquí la luz de la sinceridad puede abrir un camino a través de los pensamientos, sentimientos y acciones arremolinados de la psique inferior, para unir el ego y el Yo, o para sumirse en la oscuridad, cuando el lado siniestro de la psique eclipsa nuestros sol y luna interiores.

Para Freud la sombra era el id que penetraba en la con-

ciencia del ego, ya para desorganizar su orden con una conducta irracional, ya como un factor altamente creativo en el que la energía instintiva del *Nefesh* se aprovecha para darle al individuo un impulso libídico, en contraste con el impulso de mortido que está tras los actos destructivos y criminales. Jung coincidía en gran parte con esta idea, así como con la de que la sombra contiene lo que la conciencia ha reprimido. El relato del *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* simbolizaba esta dicotomía, pues el lado oscuro del buen doctor estaba encarnado en el carácter rudo y violento personaje de Hyde... un personaje al que no podía controlar una vez había conseguido su autonomía. Todos nosotros tenemos un Mr. Hyde compuesto por todo lo que nos parece inaceptable, según los criterios en los que creemos. Así, quien hace buenas acciones reprimirá la mezquindad; el pacifista hará lo propio con la agresión y el ciudadano respetuoso de la ley reprimirá cualquier impulso de incumplir el código. No obstante, estos elementos reprimidos reaparecen en el comportamiento inconsciente. Los bienhechores suelen cuidar poco de su familia, los pacifistas son con frecuencia ofensivos en defensa de su causa y la persona que respeta la ley generalmente busca maneras de eludir las reglas, por ejemplo contratando los servicios de un gestor para que le ayude a no pagar impuestos. El caso más evidente quizá sea el del gurú que se acostaba con sus seguidoras, a fin, según decía, de iniciarlas en su enseñanza. Sus devotos observaban que las elegidas para la iniciación eran siempre las seguidoras más deseables sexualmente.

El aspecto positivo de la sombra es que está compuesta principalmente por nuestros impulsos irracionales, lo cual nos proporciona una aptitud instintiva para la acción espontánea, de manera que podemos responder instantáneamente a las situaciones. Esto dota de vitalidad a nuestra vida, que sin ella quizá sería bastante apagada, pero indica la existencia de una dimensión de la psique impredecible que nos mete en apuros y nos saca de ellos, como el intelectual explorador que fingió estar loco de manera tan convincente cuando le capturaron unos salvajes, que éstos le soltaron por temor a que les diera

mala suerte. Un ejemplo en extremo siniestro de la sombra en un hombre muy civilizado fue el doctor Mengele, quien dirigió una clínica en un campo de concentración nazi. Este hombre culto y refinado llevó a cabo muchos experimentos perversos con los internos desamparados. Les extraía huesos de las piernas para ver qué ocurría y privaba a algunos de ciertos nutrientes para observar la reacción del organismo al cabo de un largo período. En este caso, el *Hyde* había desplazado por completo a su *Jekyll*. El sendero hacia *Tiferet* y la triada del alma estaba cortado o bloqueado por el aspecto de «el que está tendido a la espera», que simboliza el mal.

La expresión más común de la sombra es la actitud instintiva de la gente hacia los miembros de su propio sexo. Dos hombres con rasgos similares pueden tener una fuerte reacción negativa el uno hacia el otro y encontrar los defectos del otro totalmente repugnantes, mientras proyectan su propio lado oscuro. Tanto Freud como Jung observaron que tales respuestas tienen un considerable matiz sexual, al igual que el fenómeno del *animus* y el *anima* desequilibrados, en el que el Árbol ejerce una atracción tan potente hacia el sexo opuesto que le seduce su propio poder. Esto produce la psicología de la «mujer fatal» o de «don Juan», que se apodera de la persona, la cual trata entonces de conquistar a todo candidato que se ponga a su alcance. Las situaciones del hombre brillante destruido por una mujer sensual y voluble y de la virgen aristocrática mancillada por un bribón encantador constituyen la base de muchos mitos, que abarcan desde el antiguo relato de la caída de Merlín a causa de una hermosa muchacha, hasta la película *Alfie*, cuyo protagonista era un hombre que se limitaba a utilizar a las mujeres como objetos. Esa sombra tiene lo que la Kábala llama un elemento luciferino, ya que explota el poder de fascinar, y esto hace que el sendero de la integridad entre *Yesod* y *Tiferet* quede interrumpido, mientras la sombra toma posesión del ego y convierte a la persona en el arquetipo del seductor. Es interesante observar que Lucifer, que significa «el portador de la Luz», representa exactamente lo contrario desde su caída.

Desde un punto de vista convencional, lo que la mayoría de la gente considera maligno es lo que el superego percibe como malo. En algunas sociedades, esto puede ser cualquier cosa que ofenda a las costumbres locales. Por ejemplo, no vestirse adecuadamente para cenar era incorrecto, mientras que no pagar al sastre era del todo aceptable, según el código de ciertos oficiales de regimiento del siglo XIX. La Inquisición española veía a todos los herejes como seres malignos, a los que era preciso destruir a fin de preservar la fe. El uso de la tortura era perfectamente legítimo, pues el impulso mortido de la sombra se combinaba con el superego para obtener «pruebas» de las víctimas. Es interesante observar que el Gran Inquisidor, Torquemada, quien aborrecía a los judíos y moriscos conversos, procedía de una mezcla de razas y, en consecuencia, era inaceptable en una sociedad española que era de «sangre limpia». Su *id-Nefesh* se vengaba a través de la persona de Gran Inquisidor, que veía impureza por doquier y la trataba con la mayor crueldad, aun cuando el tribunal que presidía se llamaba también Santo Oficio. Esta perversidad es característica del mal que puede considerarse como un arquetipo de la sombra.

Para muchas personas, el diablo es la personificación de todo aquello que aborrecen, lo cual puede ser maligno o no serlo, desde un punto de vista objetivo. La moralidad del ego suele ser muy subjetiva, porque está bajo la influencia inconsciente del superego. Muchas personas reaccionan de acuerdo con su educación y la presión social. Pensemos de nuevo en una guerra, en la que muchos individuos considerados normales, una vez visten el uniforme hacen las cosas más horribles a otros que visten un uniforme diferente. Ciudadanos buenos y leales se machacan entre sí cuando se desata el lado sombrío de la comunidad y el individuo. Esta clase de locura llegó a su apogeo en la Primera Guerra Mundial, en la que se alentó una psicosis organizada, y murieron fútilmente millones de personas por unos metros de terreno enfangado. Se ahogaron las protestas de quienes podían ver lo que estaba ocurriendo realmente, e incluso se castigó a muchos por expo-

ner la realidad. También podemos ver que las mujeres que acusaban de cobardía a todo hombre que no vestía el uniforme, en realidad no eran buenas patriotas, sino que expresaban su deseo de destruir lo que consideraban una amenaza a su propia seguridad. Esto se debía a que el enemigo, quienquiera que fuese, recibía la proyección de todos los malos pensamientos, sentimientos y acciones que se habían suprimido durante el siglo XIX con su ética victoriana. El frustrado *id-Nefesh* de Europa estalló en 1914, en un frenesí de fiebre bélica, cuando la propaganda que alertaba a la mortida colectiva se centró en un esfuerzo titánico para derrotar a un enemigo que, de la noche a la mañana, había pasado de ser un vecino culto a ser un bárbaro que se proponía destruir todo cuanto era bueno. En términos clínicos, se trataba de una paranoia de masas.

Freud era muy pesimista acerca del lado sombrío de la humanidad, pero Jung creía que, si pudiera reconocerse, sería posible hacer algo para transformar su función en una lección útil. Según él, cada persona tiene un demonio particular que se encarga de todos sus aspectos negativos. Esa criatura interior podría aparecerse en sueños o incluso proyectarse en otros, pues sirve como oponente interno que quiere poner a prueba la bondad de un individuo. Aquí es donde la noción kabalística de impulso bueno y malo, tan acariciada por los rabinos, se relaciona con el arquetipo de Satán, cuyo nombre significa «el que pone a prueba». Habiendo sido la criatura superior a todas, Lucifer patrulla ahora por la columna central del Árbol, pasando a través del *Yesod* del ego al Yo en *Tiferet* y más allá. Como Satán, la tarea de Lucifer es impedir que ningún desvarío se eleve por encima del *Tiferet* de *Yetziráh*, donde se encuentran los tres mundos inferiores del cuerpo, psique y espíritu, y entre en «el Camino del Gran Espíritu». Éste es el sendero cuya letra hebrea es *het*, que significa «espanto», y que se extiende desde *Tiferet*, a través de *Daat*, o el lugar del Conocimiento, hasta *Keter*, donde se encuentran los tres mundos superiores. Así, el papel del diablo consiste en acechar, como los amalequitas en el Éxodo, a los israelitas durante su viaje a la

Tierra Prometida. Desde el prisma del desarrollo, si estos elementos sombríos que «están tendidos a la espera», se llevan a la luz de la conciencia, pueden ser neutralizados e integrados en la psique, de la misma manera que los israelitas fueron forjados en una nación unificada a partir de una agrupación de tribus dispares y con mentalidad de esclavo. Toda la Biblia es una parábola colectiva de este proceso.

En la Kábala hay varios métodos para descubrir la sombra. Uno de ellos consiste en recurrir a compañeros dignos de confianza o a un tutor que actúa como *Tiferet* o el Yo del estudiante. Otro método es el de examinar los sueños que, al relacionarlo con el Árbol, revelan lo que le ocurre al soñador. Sin embargo, este procedimiento sólo puede ser útil para quienes conocen y ven el diagrama como una realidad viva. Como sucede en el análisis, hay que observar muchas sutilezas antes de poder identificar el demonio personal de uno. Algunos kabalistas incluso han visto a este ser oscuro interpuesto en su camino, en visiones en las que la sombra juega un papel especialmente importante en el proceso de desarrollo. Aquí es donde el kabalista, como la persona que se analiza, tiene que observar con escrupulosa sinceridad y reflexionar sobre su conducta y los comentarios de sus tutores, así como considerar lo que los acontecimientos externos someten a su atención. Por ejemplo, a veces la sombra se revela gracias a un pequeño incidente, como un desliz freudiano, mientras que en otras ocasiones puede adoptar la forma de una gran crisis, como la elección entre felicidad personal y trabajo importante, que sólo puede hacer uno mismo, sin ayuda de nadie. Muchas personas en el «Camino del Espíritu» han tenido que afrontarlo. Aquí es donde la sombra en el interior del individuo puede argumentar con una persuasión extrema, a fin de reducir el avance. El diablo no siempre carece de atractivo, sobre todo cuando utiliza para seducirnos a personas a las que respetamos.

La triada *Hod-Nétzaj-Tiferet* del Despertar ilumina la sección superior del sendero de la Sinceridad, cuando la conciencia asciende desde *Yesod* y llega a *Tiferet*. Esto se logra por

Kábala y psicología

medio de una observación psicológica aguda y sostenida, que garantiza el acceso directo al inconsciente. Cuando esto sucede, la vida del individuo está cada vez menos influida por los hábitos del ego y los prejuicios del superego, porque *Tiferet* ocupa el trono de Salomón en el centro de la psique. Ése es el lugar del Yo.

43. EL YO

El lugar de *Tiferet* se denomina el Trono de Salomón, porque está en el centro del Árbol psicológico. Desde ahí tiene acceso a todas las *Sefirá*, excepto *Malkut*. Es también el centro de la mayor parte de senderos y tríadas, y ocupa un punto equidistante de las superficies superior e inferior del Árbol. Además, ocupa una posición en la que coincide la *Keter* del cuerpo, la *Tiferet* de la psique y el *Malkut* del espíritu, lo cual le da acceso a tres mundos y realidades diferentes. Como tal, el Trono de Salomón es el lugar del Yo, a veces llamado el «Sabio» o «Vigilante de la Torre». Jung le llamó Filemón.

La noción de Yo es antigua. Se encuentra en todas las tradiciones esotéricas, aunque tiene muchas formas. Entre algunos pueblos primitivos se percibe como el compañero espectral, que aconseja a la persona y, a veces, interviene en su vida. Entre los antiguos griegos se consideraba como el «daimon» personal que supervisa el Hado, y los romanos lo reconocían como el «genio» oculto que poseen todos los individuos. Los hindúes, que tenían un sistema metafísico muy refinado, consideraban que el Yo tiene dos aspectos, uno humano y otro divino. Esta idea se encuentra también entre los pieles rojas, que llamaban al Yo el Gran Hombre. Aquí debemos diferenciar entre el Yo y el YO, este último un reflejo, desde el ángulo kabalístico, de Adán Kadmón.

Jung disentía de Freud en que consideraba el Yo como una identidad totalmente independiente del ego. El Yo no estaba

Kábala y psicología

bajo el control de ningún proceso consciente, ni el ego podía contenerlo. Esto se ve claramente cuando la posición del ego y el Yo está fijada en el Árbol. El ego en *Yesod* puede ser el Fundamento de la psique, pero sólo puede dirigir a las tríadas que se centran en él, y que están confinadas en la superficie inferior. En cambio, el Yo conoce prácticamente todo cuanto sucede en la psique y es el centro de distribución de todas las *Sefirot* y arquetipos, excepto el cuerpo. El Yo percibe con relativa objetividad lo que sucede en la superficie inferior de la psique. El arquetipo del Yo, como Jung lo veía, consistía en que simbolizaba la unidad. Esto lo confirma su posición en el Árbol, donde actúa como centro del organismo, en el punto de equilibrio entre las dos columnas exteriores y las superficies inferiores. En estas condiciones, actúa como armonizador y organizador de la psique. Pero la *Sefirá* de *Tiferet*, que significa Belleza (la fusión de muchas cosas en una combinación exquisita), es probablemente aquello en lo que Jung pensaba cuando definió al Yo.

Jung dio un paso más y vio el Yo como el arquetipo de los arquetipos, y esto coincide realmente con la noción esotérica del ser humano como imagen de Dios, un concepto muy familiar para kabalista, el cual se considera como el microcosmos de la Divinidad. No obstante, como hemos dicho, debe establecerse una clara diferencia entre Dios y el Adán Kadmon, que es un reflejo macrocósmico del YO, y el Yo microcósmico del individuo, que es la unidad completa de existencia más pequeña. Hay otros varios niveles de Yo, que ocupan diversos puntos en el eje central de la Escala de Jacob, en una secuencia ascendente de escalones de conciencia. El Yo en la *Tiferet* es la *primera* etapa de la totalidad y, como tal, se interesa por la totalidad de la psique, al residir, como lo hace, en lo alto del Árbol físico y ocupar la base del Árbol del Espíritu, aparte de ocupar la posición central en la psique.

En su condición de psicólogo, a Jung le interesaba sobre todo el mundo de *Yetziráh*, que es el reino de la formación. Así, por ejemplo, consideraba que el Yo actuaba a través de los sueños, nivel en el que puede adoptar muchas formas. En al-

gunos casos, el Yo aparece como un hombre o una mujer ancianos que dan buenos consejos, y en otros como un joven que monta un animal potente, que es el id-*Nefesh* del cuerpo. El Yo también puede adoptar la imagen de una persona famosa y respetada, o el semblante de un tutor cabalístico o un analista. En los sueños de las mujeres aparecerá a menudo como una gran reina o madre superior, mientras que un hombre podría presentarse como un sabio o una figura paternal. Sin embargo, a pesar de su variación, todas estas imágenes tendrán las mismas cualidades, que la Kábala define como Belleza, Bondad y Verdad, es decir, la expresión más refinada del cuerpo, la psique y el espíritu. Naturalmente, ésta es una imagen idealizada del Yo plenamente realizado, pero, de todos modos, revela lo que hay en el interior de cada persona y lo que ésta puede llegar a ser.

Jung reconoció que, para la mayoría de la gente, el Yo está oculto en el inconsciente. Inicialmente tiene poca influencia directa, porque la psique no está lo bastante avanzada para ser consciente de que el Yo es un factor esencial en su vida. Solamente en ocasiones, cuando sucede lo que los junguianos llaman algo «singular», resulta evidente que algo más profundo que la reacción del ego normal le guía a uno. Esto podría ocurrir en un sueño de advertencia, como el hombre que sueña que se ve a sí mismo en su propio coche, conducido por otro, lo cual en un aviso simbólico de que ya no controla su vida. También puede ser una comunicación directa, como las personas a las que aconsejaron en sueños que no se embarcaran en la fatídica travesía del *Titanic*. Esto es posible porque el Yo tiene acceso a niveles superiores de tiempo y espacio y conoce la pauta del Hado. El Yo que se basa en el inconsciente también tiene la facultad de manipular, como el id y el superego, pero por una razón muy diferente. No se propone satisfacer un apetito corporal inmediato o hacer que la persona se adapte a una visión colectiva, sino que lleva al individuo a darse cuenta de su verdadera situación. Esto podría ser algo muy personal, como el inicio o el final de una relación, o relacionarse con un horizonte más amplio, como mostrar al individuo, en lenguaje ka-

balístico, para qué ha sido «originado, creado, formado y hecho». Jung considera esto como adquisición del Yo, conocer quién es uno y dónde encaja en el Gran Designio de la Existencia. Para él, esto no significaba tanto la perfección —que era el proceso completo de individualización— sino el conocimiento del Yo. Aquí se inicia la autorrealización que está en la base de toda disciplina espiritual. Semejante opinión debe conducir inevitablemente a lo que se ha denominado «transpersonal». En la Kábala y otras disciplinas esotéricas se conoce como la dimensión *briática* o cósmica.

El aspecto colectivo del Yo se ocupa de este nivel, relacionándose con la parte superior de la psique y, en consecuencia, con la superficie inferior del mundo de *Briah*, donde el nivel universal de la Creación se manifiesta en los diversos arquetipos cósmicos. Un ejemplo, tomado de la Biblia, son los espíritus de las naciones, representados por ciertos arcángeles. El gran Miguel guardaba a Israel y defendía su honor contra los príncipes de Babilonia y Roma. En los tiempos antiguos se reconocía el espíritu de un pueblo determinado, y a menudo se simbolizaba con un personaje inequívoco. Los ingleses adoptaron a San Jorge como su arquetipo colectivo, y los norteamericanos, mucho más tarde, adoptaron al Tío Sam, basado en un cierto Samuel Wilson, que trabajó para el gobierno de Estados Unidos durante la guerra de 1812. Esta figura alta y larguirucha, de cabello gris, perspicaz, con su sombrero de copa, prendió en la imaginación patriótica de la gente, y se convirtió en el equivalente americano de John Bull, el inglés típico. El equivalente francés es la figura revolucionaria de Marianne llevando la bandera tricolor, mientras que Japón tiene la imagen del Sol Naciente y la India la Rueda de Asoka. Todas éstas son imágenes del Yo en las naciones. Puede que Gran Bretaña ya no gobierne los mares, pero sigue haciéndolo en las mentes de los británicos, sobre todo si la provocan a la acción, como ocurrió en la guerra de las Malvinas, cuando los argentinos invadieron un resto remoto del imperio.

Volviendo al nivel de lo personal, el Yo se interesa principalmente por el proceso de la madurez psicológica. Juega su

papel detrás del escenario, en el inconsciente, haciendo que el individuo tenga una conciencia creciente de lo que es. Esto es muy diferente del superego-ideal del yo de las columnas laterales, con su respuesta convencional a la realidad. El Yo no sólo está ya en el centro del Árbol, sino en el eje de la triada del Alma que se cierne entre la superficie inferior, a la que le concierne el cuerpo, y la superficie superior, relacionada con el reino transpersonal del Espíritu. Se dice que el alma es el lugar donde se revisa la conducta de uno; no, debemos repetir, según los criterios de las triadas de las emociones y los conceptos del superego-ideal del yo, sino en relación a la síntesis que tiene lugar en el interior de la triada, que está compuesta por el Yo y las alas de la Misericordia y el Juicio, lo cual genera el fenómeno de la conciencia del Yo. Ésta es la parte de nosotros capaz de retroceder y considerar objetivamente lo que pensamos, sentimos y hacemos. A medida que los procesos de la madurez nos hacen más sensibles, la conciencia del Yo puede percibir con profundo discernimiento el interior de nuestra psique. Valora una situación a largo plazo y aconseja sobre el momento, si nos tomamos la molestia de escucharla. Este arte ha de ser adquirido, pues toda nuestra educación y crianza tiende a adiestrarnos para que reparemos tan sólo en lo que sugiere el ego avezado en las cosas del mundo, o ego necio según sus pautas habituales. Un maestro observó: «Es como considerar seriamente lo que dice el portero, el cual sólo ve lo obvio y desconoce lo que ocurre realmente.» Esto resulta muy evidente cuando la sede de la psique está muy trastornada, pues el ego no puede afrontar nada que esté fuera de su radio de acción, aunque lo intente. El Yo, como dueño de la casa, suele tener una manera de tratar las crisis que el ego no comprende. Por ejemplo, un impulso repentino de limpiar el revoltillo acumulado durante años de viejos hábitos puede producir al ego mucha confusión. Un colapso nervioso no siempre es malo. A veces, una cirugía psicológica administrada por el Yo puede precipitar un gran sufrimiento, pues el aspecto *Geburah* del alma hace que hierva la mente para extraer así pus de la conciencia, operación que puede ser necesaria antes de que se

produzca una intoxicación fatal. Ejemplo de esto fue Guillermo el Conquistador en su lecho de muerte. Sufrió una agonia de remordimiento por lo cruel que había sido, y esto le proporcionó la posibilidad de redención antes de que se iniciara el proceso *post mortem* de purgatorio. Esto explica el proverbio esotérico según el cual «uno debe morir antes de la muerte», es decir, afrontar su Yo en conciencia.

Según Jung y muchas tradiciones espirituales, el propósito del Yo es hacer consciente lo inconsciente. Este proceso se observa en personas que desean cambiar profundamente de actitudes y comprenden que todo, incluso las épocas difíciles, es útil para el desarrollo interior. Las crisis son bien recibidas por quienes están en contacto con su Yo, y los tiempos oscuros se convierten en períodos de iluminación, pues una comprensión más profunda de sus causas nos libera de las viejas pautas que han dominado la vida, quizá desde la infancia. Así la penetración psicológica revela unas influencias en la psique olvidadas mucho tiempo atrás e invisibles, y las convierte en un estudio continuo, no sólo de la propia experiencia, sino de toda la humanidad, y de este modo reconocemos que todos los individuos son a la vez particulares y universales en su viaje hacia la comprensión del Yo, como átomos que son del Adán Kadmon. No obstante, antes de que tengamos una idea de lo que esto puede significar, debemos examinar las interacciones complejas que tienen lugar en la psique, a fin de percibir lo que el Yo ha de administrar.

44. INTERACCIONES

Hasta aquí hemos presentado un esquema del desarrollo y la estructura de la psique, y hemos visto cómo se relaciona con el esquema del Árbol *yetzirático*. Sabemos cómo encajan todos los elementos generales en un organismo activo que madura gradualmente desde la infancia hasta llegar a ser un adulto cuyas tendencias innatas interactúan con el entorno. Tanto Jung como Freud definieron estas interacciones según la ciencia de su tiempo. Los términos utilizados para definir y analizar las estructuras y la dinámica del mundo físico se aplicaron a la psique. Ésta es la técnica esotérica que postula que «abajo hay lo mismo que arriba», utilizada a fin de percibir las mismas leyes que funcionan en una realidad diferente.

Jung consideraba la psique como un sistema relativamente cerrado, que convertía los elementos externos, como las impresiones sensoriales y los alimentos, en energía psíquica, y pensaba que la entrada de tales elementos perturbaba continuamente el equilibrio de la psique, por lo que ésta se encontraba siempre en movimiento. Desde el punto de vista kabalístico, el estímulo procedente del cuerpo sufre una transformación, pasando de un orden áspero a otro más refinado, que entonces puede penetrar en la psique a través de la superficie inferior del organismo *yetzirático*. Ejemplo de ello es una buena comida acompañada de conversación. Ambas cosas son nutritivas, pues la psique, al igual que el cuerpo, extrae lo que es necesario para su sostén. Jung observó entonces que la psique

nunca podría obtener un equilibrio perfecto a causa de toda esta actividad. Sin embargo, buscaba una estabilidad que le permitiera funcionar: a medida que cada uno de los lados del Árbol psicológico se volvía prominente, lo contrarrestaban los *Sefirot* y las triadas de la otra columna. También especuló que, si se privaba a la psique de estímulos externos, finalmente quedaría tan calmada como la superficie de un estanque. Esto sucede en la locura total, cuando una psique completamente aislada se convierte en un pozo negro mental, porque no fluye en ella nada fresco.

La psique normal parecería hallarse en un estado de cambio continuo, con presiones internas y externas que se mueven entre los polos de la inmovilidad y la crisis. Esta última es necesaria para que la psique permanezca interesada y alerta, y no se hunda en una ineficiencia indolente. Por este motivo la gente busca excitación e incluso el peligro. Sin embargo, se observa que la persona normal no llega a tales extremos, sino que mantiene su Árbol vivo y oscilando suavemente. Jung utilizó el término «libido» para definir este proceso, pero amplió su significado para abarcar no sólo las necesidades del *id-Nefesh*, sino también para incluir los impulsos que tiene toda persona que ansía conseguir lo que es importante para ella, ya sea la búsqueda de satisfacción mundana, o bien algo de orden superior. Así, la energía de la psique podría circular en la superficie inferior del Árbol en forma de pensamientos, sentimientos y acciones a utilizar en el mantenimiento de las triadas laterales, o ayudar a transformar la experiencia en el inconsciente personal y colectivo. Esta energía es el combustible del proceso de los sueños y la fuerza impulsora de su crecimiento interno. Jung también vio una acción recíproca entre el cuerpo y la psique, puesto que éstos podían estimularse o embrutecerse, así como alimentarse e inspirarse mutuamente. Este intercambio es el proceso que pasa por la combinación *Yesod-Daat* del ego, que actúa como un transformador de doble sentido. Los acontecimientos psicosomáticos se basan en esta reciprocidad directa, así como en el principio de resonancia transmitido por las columnas laterales. Ejemplo de

esto es el hombre que se queda paralizado por el miedo cuando ha de saltar en paracaídas.

Otra innovación introducida por Jung acerca de las operaciones generales de la psique fue la idea de los valores psíquicos. Según este concepto, una persona distribuye la energía psíquica que posee de diversas maneras, según lo que el individuo considere más importante. Así, una mujer interesada por los deportes dedicará mucho tiempo y energía a esa ocupación, mientras que un hombre que escriba poesía destinará a ese arte una enorme cantidad de su libido. Esto significa que la carga del Árbol psicológico será diferente para cada individuo. De esto surgirá una jerarquía de intereses, cuando la persona seleccione sus prioridades. En uno la seguridad predomina sobre todo lo demás, mientras que para otra la libertad podría ser su preocupación principal. Jung observó que estos valores no eran absolutos, sino relativos: por ejemplo, aunque un artista ame la pintura, su familia puede tener prioridad para él, porque la considera más importante. También se observa que quienes dispersan su energía entre muchas cosas, no pueden concentrar suficiente atención en un solo tema, no profundizan y no llegan a ser primeras figuras en su campo profesional. Leonardo da Vinci fue una excepción, pero incluso él tenía sus limitaciones, pues dejó muchos proyectos sin terminar. Aquí vemos cómo la importancia de los valores puede afectar al equilibrio de un Árbol. Tomemos, por ejemplo, al muchacho escocés pobre que fue a América, hizo una fortuna y luego regresó a casa para vivir como un terrateniente. Puso en juego toda su energía y los recursos de su naturaleza para compensar la falta de amor propio de su ego. Sin embargo, en su fuero interno seguía pensando, sintiendo y actuando como el muchacho pobre, porque daba un valor muy alto a la frugalidad.

Jung veía los valores psíquicos como la base de los diversos complejos. Así, las asociaciones de interés se reunían en importantes constelaciones. Los temas menos centrados sólo tenían una relación tenue, porque la carga que contenían no era lo bastante potente para afirmar ninguna fuerza, o porque los

refrenaba un concepto o emoción anticatéxica como desear el embarazo pero temerlo. Los grupos de elementos de valor superior se observaban, por ejemplo, en la persona a la que le encantaba montar a caballo o dedicarse a los negocios, los placeres o el estudio, y eran igualmente evidentes en las cosas que algunas personas evitaban, como el trabajo o la responsabilidad. Menos claros estaban los complejos que eran de valor elevado pero no manifiestos, y que, sin embargo, influían en la persona desde su inconsciente en actitudes «extravagantes», neurosis y psicosis, las cuales podrían ser una fantasía oculta o una obsesión tal vez sólo observada en los sueños, porque estaban muy disfrazadas por una «formación de reacción», como un exceso de sentido común o carácter razonable. Aquí tenemos el contrapeso de un impulso inconsciente en la psique, cuando la energía trata de encontrar una solución activa en el tejido del Árbol. Otro ejemplo de esto es la persona de una exigencia excepcional. Tales personas suelen tener psiques caóticas, a las que reprime el ego porque la persona no podría admitir su verdadero estado mental. La energía utilizada para refrenar lo que se percibe como una amenaza interior grave, crea un mundo externo muy organizado a fin de preservar la imagen del control absoluto. Esto a menudo conduce a lo que se ha denominado «neurastenia» o fatiga crónica, que sólo permite a la persona un nivel bajo de rendimiento. No obstante, esta condición no resuelve el problema básico. Muchas personas viven en esos estados de desequilibrio compensado durante la mayor parte de su vida.

Como veremos, dentro de la aparente simplicidad del Árbol pueden ocurrir muchas cosas, pues una capa tras otra de asociaciones y constelaciones activan este o aquel complejo o concepto. Estos relieves reforzarán y se opondrán a otros, haciendo que algunos de ellos absorban grandes cantidades de energía, mientras otros quedarán exhaustos. En casos extremos, como cualquier trastorno corporal, el sistema de la psique puede enfermar y presentar diversas formas de patología.

La observación, la deducción y la intuición condujeron a Jung a un concepto que llamó «indicadores de complejos», y

que podría ser la franqueza o la reticencia de la persona sobre ciertos temas. Tales cosas le hicieron creer que existían unas «leyes de equivalencia». Por ejemplo, cuando un niño llega a la adolescencia, su interés pasa de los juegos al sexo. Así, la pasión de *id-Nefesh* que ponía en el fútbol, pasará a la estrategia de superar a sus rivales y llevarse a la chica. Esta nueva orientación de los impulsos de libido y mortido es una señal de equivalencia, pues una serie de valores pierde su interés y es sustituida por otra serie, que utiliza la energía ahora disponible. Tales cosas suceden continuamente, mientras la psique está en proceso de crecimiento y transformación. Este descubrimiento tuvo una importancia extrema, porque explicaba de qué modo la psique se adapta a diferentes situaciones, quitándole el sayo a un santo para vestir a otro.

Jung también vio la acción de la equivalencia en la relación entre consciente e inconsciente, y observó que la energía psicológica se presentaba en forma *yetzirática* y luego pasaba al inconsciente para permanecer latente o sólo subrepticamente activa, excepto por algún aleteo ocasional en la pantalla *yeshódica* del ego, o un estallido en una liberación catéxica, como la ira o el amor. También observó que, cuando la persona absorbía más energía de la conveniente, a menudo el ego se debilitaba. Por ejemplo, hay sargentos profesionales que son muy dóciles en casa, cuando no visten el uniforme. Esto también se observa en la mujer joven con un *animus* dominante, o una columna izquierda, en su psique, que cultiva una feminidad excesiva para atraer a un varón fuerte que sería un sustituto protector de una columna derecha débil.

Un segundo principio, complementario, es la «entropía», que determina la manera en que fluye la energía. Según este principio, lo más grande tiende a verter su energía en lo más pequeño, como el agua caliente pierde su calor en el agua fría, en busca de equilibrio. Dentro de los sistemas de la psique tienen lugar muchos de estos intercambios, pues diversos elementos descargan su tensión para lograr la serenidad, como cuando un sentimiento intenso se vierte en un poema o una carta. Este proceso de la entropía es vital, pues de lo contrario

el Árbol se atrofiaría. Por ejemplo, los valores opuestos engendran conflictos que necesitan soluciones, las cuales impulsan a la persona a seguir adelante. La debilidad en un complejo puede generar fuerza en otro, como el temor al fracaso, que impulsa a un hombre a trabajar con más ahínco. De manera similar, un arquetipo, prominente durante cierto tiempo, ha de ceder bajo la ley de la entropía ante otro que ocupa su lugar o que es su contrario. Ejemplo de esto es el matón castigado que, con la derrota, se vuelve totalmente sumiso: se ha invertido la energía y fluye a las manos de la ex víctima, ahora victoriosa. En el joven o el subdesarrollado, estos intercambios son sencillos y en ocasiones dramáticos, porque la energía no se disipa como en la psique bien desarrollada de un Árbol maduro. Una mente adulta es más complicada a causa de los frenos y los equilibrios, dado que éstos le proporcionan estabilidad. Tales estructuras, elaboradas por la experiencia, pueden retener o suavizar un acceso de placer o dolor, como la arena fina absorbe la sacudida de una explosión. La resolución entre flujos opuestos, como el deseo de tener los privilegios de la edad adulta, pero no sus responsabilidades, es uno de los procesos de madurez, cuando el Árbol psicológico se llena y diferencia en un vehículo más sutil para uso del individuo.

La entropía dirige la energía entrante hacia donde se necesita, mientras que la equivalencia mantiene su potencia al tiempo que la energía se gasta o se encierra en nuevas formas dentro de la psique. Aquí vemos la interacción de los lados activo y pasivo del Árbol como *Sefirot*, senderos y tríadas que operan en parejas de arriba abajo y de un lado a otro. Un ejemplo de estas operaciones complejas es que *Geburah* puede complementar cualquier cosa en el Árbol que se relacione directamente con él. *Tiferet* puede actuar como asociado, lo mismo que *Bináh*, *Hod* o *Hesed*, lo cual significa que cada principio puede tener muchas combinaciones. Este proceso es vital cuando uno trabaja en un problema desde diversos ángulos y niveles. Las tríadas también están sometidas a la ley de la entropía, como lo están las superficies superior e inferior, el

Yo y el ego, el ego y el cuerpo. Lo mismo ocurre con lo consciente y lo inconsciente y las dimensiones del Alma y el Espíritu. Todas éstas, y otras muchas combinaciones posibles, revelan la amplia variedad del movimiento dentro del Árbol psicológico. No obstante, todo esto implica otro gran proceso del que habla Jung, y que es la síntesis.

45. LA SÍNTESIS

Al igual que otros muchos psicólogos, Jung observó un principio polar que funcionaba en la psique. Se manifestaba en reciprocidades, tales como el *animus* y el *anima*, y en oposiciones, como la resistencia del ego al impulso de mortido. Otras parejas operaban también dentro de unos sistemas más grandes y complejos. Por ejemplo, las funciones psicológicas de pensar, sentir e intuir funcionaban en diversas combinaciones aparejadas de introversión y extraversión alrededor del *Yesod*, mientras que la conciencia activa estaba polarizada con el inconsciente pasivo, que se convierte en un asociado activo durante el sueño. Las columnas laterales son la pareja más fácilmente identificable, pues adoptan la fuerza masculina y la forma femenina en los individuos. A este respecto, es interesante reparar en que el papel de las columnas está a veces invertido en una pelea entre hombre y mujer, cuando un disgusto se complica hasta llegar a un enfrentamiento entre el *anima* del hombre y el *ánimus* de la mujer. Esta clase de polarización se produce dentro de la psique, cuando diferentes impulsos, deseos e ideales se contradicen unos a otros y forman una trabazón entre dos aspectos del Árbol que no pueden encontrar una resolución. Esta situación suele deberse a una obstrucción en el flujo psicológico, o a una pérdida de control, que puede oscilar desde un *Geburah-Hesed* acongojado y obsesionado por la injusticia, como se encuentra en muchas personas que pro-

testan, hasta una *Hod* y un *Nétzaj* defectuosos que buscan una expresión totalmente hedonista de todos sus impulsos.

Por fortuna, cuando la mayoría de la gente llega a la madurez psicológica, pasa por unos procesos que terminan con la superación de estos problemas. Jung llamó a esto «progresión», término que utilizó para describir cómo la psique se encuentra continuamente en un estado de cambio, aunque pueda haber llegado a una etapa óptima de desarrollo, de modo que incluso un santo tendría que afrontar las pruebas presentadas por la vida y adaptarse a unas condiciones continuamente cambiantes. Esto significaba, por ejemplo, la existencia de un proceso de adaptación interminable, que requeriría diversas funciones. En un momento determinado podría predominar la función de acción, que dejaría en segundo plano a su contrapartida, la intuición. En otras ocasiones, cuando no fuera posible enfrentarse a la situación de una manera activa, la intuición dejaría su papel inconsciente para compensar lo que no podría hacer la tríada sensorial. Ejemplo de ello podría ser el montañero que es presa del pánico. Todos sus utensilios son inútiles en ese estado mental, hasta que, de súbito, su intuición, al reunir toda la experiencia almacenada en el inconsciente, le recuerda una disciplina espiritual que le serenará. Ésta es la técnica más importante que necesita para salir de su dificultad.

La clase de crisis citada, cuando una persona se encuentra sin ningún procedimiento para afrontar una nueva situación, se produce cuando todas las pautas familiares son superfluas, dejando al individuo perplejo y, a veces, en una posición muy inestable. En este punto empieza a actuar de manera evidente el proceso de síntesis. Tales hechos tienen lugar en el inicio de la pubertad, cuando la energía de una serie de ideas o emociones juveniles se vierte en un sistema adolescente de intereses. De ahí procede el drama del conflicto con la autoridad paterna y el establecimiento y ruptura de relaciones con coetáneos de ambos sexos. Es de esperar que de todo esto surja una nueva persona, tanto en el aspecto físico como en la perspectiva mental, para afrontar la situación. Este período traumá-

tico no es solamente un intercambio de equivalencia, sino una nueva orientación fundamental en el uso del tiempo y la energía que disuelve toda una manera de vivir, al tiempo que la psique en maduración adopta una nueva clase de equilibrio. Algunos han pasado por esta crisis pero no han sintetizado su experiencia, por cuyo motivo a menudo siguen considerando a sus parejas sexuales como sustitutos de los padres, o simplemente personas con las que uno se relaciona por diversión o excitación. El resultado es que tales individuos suelen sufrir mucho, ya que no pueden relacionarse como adultos. Por suerte, el principio de progresión nos hace seguir adelante, tanto si nos gusta como si no, y la vida suele ofrecer una solución en algún encuentro fatal con la persona adecuada, aunque esa adecuación quizá no sea evidente hasta más tarde, porque puede ser el martillo que rompe la cáscara.

El complemento de la progresión es la «regresión», término que, una vez más, Jung utiliza de una manera especial. Para él progresión era la incorporación de energía a un elemento psicológico, de modo que se nutra y mantenga, mientras que la regresión toma la energía de un sistema o función dados, y la desvitaliza. Así, un adolescente ya no lee tebeos ni le interesan los juegos infantiles, al tiempo que se inclina por cosas más interesantes. Todas las habilidades sutiles y la gracia de la infancia desaparecen mientras el individuo afronta una imagen *yesódica* dramáticamente alterada. Pensamientos, sentimientos y acciones hasta ahora desconocidos y que inicialmente suelen expresarse de manera ruda y desmañada constituyen la experiencia de la persona mientras la regresión le hace aprender una vez más a manejar su cuerpo. Jung observó que muchos problemas antiguos desaparecían durante tales períodos de transición, lo cual parecía deberse a la pérdida de potencia de los elementos opuestos, cuando un nuevo orden absorbe la energía. Por ejemplo, se sabe de muchachas hombrunas belicosas que se han transformado en jóvenes de una gran dulzura en sus relaciones amorosas. Jung observó, además, que esto no sólo es aplicable a los cambios naturales en el proceso de maduración, sino también en situaciones psi-

cológicas que no pueden resolverse por medio de intereses opuestos. Por ejemplo, una mujer que odiaba su trabajo, pero a quien le preocupaba la idea de la inseguridad financiera, podía enfermar y conseguir que le pagaran mientras estaba de baja laboral, adoptando una solución inconsciente que podría darle tiempo para buscar un nuevo empleo. Otro ejemplo es el de un hombre infeliz en su matrimonio. Puede empezar a tontear con otras mujeres a fin de que su esposa le eche de casa, lo cual quizá resolvería el problema. En ambos casos, una reacción regresiva empuja a la persona hacia una crisis en la que se ve obligada a destruir una situación a la que no podría enfrentarse conscientemente. Una fase de regresión no es infrecuente poco antes de pasar a una nueva etapa de desarrollo. Sin embargo, suele ser un precio elevado a pagar por el desarrollo.

Desde el punto de vista kabalístico, la progresión y la regresión constituyen la oscilación del Árbol en general, o de una zona en particular. Se construyen estructuras y pautas de energía para llevar a cabo cierta tarea, y, una vez efectuada esta tarea, la configuración empieza a disolverse. La fase provisional se da cuando el Árbol está en equilibrio momentáneo, lo cual se percibe como una inmovilidad psicológica, en la que la persona parece serena o incluso indiferente durante un período breve, o en un estado de desequilibrio aparente, cuando le invade el pánico o una sensación profunda de inseguridad. Esto prosigue hasta que los *Sefirot* y las triadas empiezan a trabajar de nuevo y la persona vuelve a hacer uso de la acción. Por ejemplo, el hombre con un *Geburah* excesivo con frecuencia es censurado severamente por los demás. Esto puede alcanzar un punto en el que ya no está seguro de lo que es el juicio o el discernimiento. Sin embargo, de esta reacción puede proceder una mayor tolerancia, generada por el paso de una pausa momentánea en el Yo, que está en la columna central, hacia la piedad de *Hesed*. Esto nos lleva a la noción de que la resolución de elementos opuestos es más que simple cansancio en una guerra de agotamiento, o tan sólo el cambio de acento, puesto ahora en otro sistema. Es la intervención de lo

que algunas tradiciones espirituales denominan la «tercera fuerza» o Gracia.

En todos los sistemas esotéricos existe, como hemos dicho, el principio de la Trinidad. En la enseñanza védica se les denomina *Rajas*, *Tamas* y *Sattva*, que corresponden a los principios activo, pasivo y condicionante del sistema de Gurdjieff; los que, a su vez, se relacionan con el *Yang*, el *Yin* y el *Tao* invisible y reconciliador del misticismo chino. En la Kábala, los tres reciben a veces el nombre de *Zajzajot*, o Esplendores Ocultos, que generan las tres columnas del Árbol de la Vida. La interacción de estos tres factores fue el tema de muchos estudios metafísicos, pues sus diversas combinaciones pueden multiplicarse y subdividirse en una complejidad cada vez mayor, mientras avanzan a través de los cuatro mundos. Para nuestros fines, basta reconocer que cualquier hecho nuevo sólo ocurre cuando se reúnen los tres principios. Cuando sólo participan dos de ellos, nada nuevo sucede, puesto que se limitan a oponerse o adaptarse uno a otro, pero cuando se introduce el tercer elemento, entonces cambia el enfoque y ocurre algo totalmente original. El ejemplo más evidente se observa en las relaciones íntimas. Dos personas pueden conocerse, pero no relacionarse necesariamente. No obstante, si hay una tercera fuerza, como un interés común, entonces puede surgir una situación totalmente nueva. No basta con que se crucen las vidas de un hombre y una mujer, sino que es necesario que exista esta tercera fuerza para que se enamoren. Puede ser el sexo, el temperamento o el karma, cualquier cosa que una al macho y la hembra (o el principio activo y el pasivo) en ellos, aun cuando puedan invertir o intercambiar periódicamente los papeles positivo y negativo. Estos papeles se ven en la Kábala como funciones, y el factor tercero o central es la conciencia, que puede actuar como un catalizador, incluso en un nivel oculto.

Lo mismo sucede en el interior de la psique. En un período determinado, puede ser necesaria una relación recíproca entre un par de elementos para mantener la estabilidad del ego, por ejemplo, pero llegará un momento en que esta situación refre-

nará una adaptación importante, como un cambio de actitudes que podría salvar un empleo o un matrimonio. Entonces la tercera fuerza, sea ésta lo que fuere, incita a la persona a pensar o actuar de otra manera. Por ejemplo, un hombre podría interesarse mucho, de forma repentina, por su trabajo si le amenazaran con el despido, y el descubrimiento de una querida ha hecho que muchas esposas valorasen de nuevo a sus maridos desatendidos por ellas. Este tercer factor pasa desapercibido con frecuencia, ya porque es un elemento inconsciente, ya porque es tan remoto que sigue siendo oscuro pero, con todo, potente. Ejemplo de ello es el sueño sorprendente que hizo emigrar a una mujer, o la presión del desempleo que estimuló a un hombre a abandonar el estancamiento de su ciudad natal. En ocasiones la intervención es directa, como en el caso de la mujer que no podía tomar una decisión. Un día decidió casarse de súbito, al descubrir que sólo se sentía feliz con el pretendiente al que rechazaba constantemente. El Yo se lo había mostrado en un momento de claridad mental, que galvanizó el ego y liberó las columnas laterales, trabadas por un conflicto de elementos opuestos.

La progresión, la regresión y luego la síntesis es un proceso continuo dentro de la psique, que avanza día tras día, en cada nivel. En cualquier momento dado, algo se disuelve y algo más se resuelve. Si no ocurriera así, no aprenderíamos nada y se detendría nuestro crecimiento interior. La locura es un estado en el que demasiadas funciones y reciprocidades se han anudado en el Árbol. En esta situación no hay movimiento, excepto para repetir una serie de cortocircuitos que, a veces, eliminan toda posibilidad de cambio. Cuando esto sucede, la psique se convierte en un conjunto de elementos divididos que no pueden responder al principio unificador encarnado en *Tiferet*. En la psique sana, las restricciones y los equilibrios son flexibles pero firmes, a fin de poder acomodar los diversos mecanismos psicológicos y ayudar al proceso de desarrollo interior. Los periodos de barbecho que todos experimentamos de vez en cuando son la manera que tiene la psique de hacer que nos detengamos mientras sintetizamos el pasado y el futuro.

Kábala y psicología

Jung aconsejaba que uno se tomara tiempo libre para este mismo propósito, permitiendo así, a cualquier cosa que necesitara alterar su centro de gravedad, el espacio para hacerlo. En la Kábala, el ciclo diario de recordar quién es uno, dónde está y QUIÉN más está presente tiene la finalidad de facilitar tales cambios mientras uno recorre el Camino del Señor. Sin embargo, este camino no es fácil, porque nos acosan no sólo los gritos y los chirridos de los procesos internos como los que hemos descrito, sino también los dioses y demonios que habitan el mundo *yetzirático* de la psique. Éste es un dominio cuya existencia fuera de la imaginación admitirán pocos psicólogos, pero todas las tradiciones esotéricas reconocen la posibilidad de intrusión y posesión y la tienen en cuenta. Aquí es donde Freud trazó el límite en su rechazo de lo oculto.

46. LA POSESIÓN

Los mundos superiores de la Existencia se consideran como clases diferentes de realidad por derecho propio. Muchos místicos han descrito su topografía y su dinámica con gran detalle. Las tradiciones esotéricas del Tíbet y México, así como las de Europa, Oriente Medio y la India, comparten visiones similares de estos reinos superiores, lo cual indica que constituyen un fenómeno objetivo. Jung descubrió relatos similares sobre estos mundos no físicos, tanto en la mitología de una gran variedad de culturas como en los sueños y visiones de muchas personas. En la Kábala se acepta la realidad de esos mundos. Sin embargo, lo que nos interesa en especial son las numerosas observaciones de sus habitantes, a los cuales llamaban *Malajim* y *Sheddim*, o ángeles y demonios.

Si consideramos que la psique es un organismo *yetzirático*, debemos diferenciar entre lo objetivo y lo subjetivo. Lo objetivo es lo que reside en el inconsciente colectivo y es común a toda la humanidad. Los elementos subjetivos son todas las cosas que han pasado a través de un ego individual para ser almacenadas en el inconsciente personal. Como tales, estos recuerdos tienen un aroma muy subjetivo, según el tipo psicológico de persona, su etapa de desarrollo y la manera en que acepta o rechaza las experiencias que ha tenido. El elemento colectivo es muy diferente, pues está demasiado enterrado para que influya gran cosa en el nivel del ego. Ejemplo de ello es la creencia universal en los espíritus de la naturaleza, aun-

que pueden haberles dado mil nombres diferentes en todo el mundo. El hecho de que las personas consideradas educadas no crean en ellos, no los hace desaparecer. Esta división de la psique en áreas objetiva y subjetiva es esencial, pues explica muchas cosas que para muchos psicólogos son turbadoras, porque no pueden ir más allá de su visión mecanicista de la psique.

Jung consideraba el aspecto objetivo de la psique como el reino de los arquetipos, algunos de los cuales eran de escala cósmica y otros más psicológicos. Ésta era la diferencia entre los niveles colectivo y personal. También percibía que, además de los elementos simbólicos, también existían muchos arquetipos menores que eran entidades por derecho propio. Algunos de éstos se relacionaban con los elementos divididos de la psique de una persona, y otros no.

En la psique normal, la que está relativamente equilibrada, los arquetipos juegan un papel remoto en la vida del individuo. La pauta de una aventura amorosa puede pasar al noviazgo y seguir hacia el matrimonio, lo cual constituye una progresión natural de arquetipos en activo. Cada miembro de la pareja es estimulado para que responda al otro, a medida que el *anima* y el *animus* pasan a través de las diversas etapas de reacción y fusión física y, a continuación, psicológica, antes de que ambas ingresen en el arquetipo universal de una unión marital. En la mayoría de los casos, los arquetipos actúan a través del inconsciente personal, y cada miembro de la pareja tiene la sensación de estar atrapado en algo mayor de los dos juntos, lo cual ocurre realmente. Sin embargo, nunca se pierde la facultad de elegir, y muchos novios y novias se han desviado del proceso que parecía inevitable antes de que se completara. Las razones pueden ser reales o fantásticas, pero el individuo tiene la posibilidad de seguir adelante o negarse a hacerlo, cosa que no sucede a quien está *poseído* por un arquetipo. Tales personas se rigen por un principio, sea la preocupación por el dinero o por su madre, una identificación total con el trabajo o la idea de que son Atila, el rey de los hunos. En este caso no hay posibilidad de elección. Ellos «son» la preo-

cupación... a menudo hasta tal punto que pierden la vulnerabilidad del resto de la humanidad y quedan reducidos a portadores de su ingobernable pasión o idea, como Napoleón, quien se convirtió en una caricatura de sí mismo en su papel de emperador de los franceses. Lo mismo puede ocurrirle a un inspector de Hacienda, el cual se identifica tanto con su tarea que deja pequeña a la Inquisición española. Ya nos hemos referido a esta clase de posesión, pero ahora vamos a considerarla de una manera algo diferente, para ver que no siempre es sólo un mal funcionamiento de la psique, sino algo intruso y extraño.

Jung veía los dioses de la mitología antigua como proyecciones de arquetipos en la psique. Sin embargo, la Kábala va más allá y afirma que los mundos superiores no sólo contienen principios simbolizados en activo, sino que poseen entidades objetivas reales que viven como nosotros, pero en otras latitudes. Muchos textos se refieren a esas entidades como espíritus buenos y malos. La idea de que tales criaturas existen era muy común en Occidente hasta la revolución industrial. En años recientes se ha producido un interés renovado por tales cosas, quizá como una reacción contra la tecnología. La Kábala consideraba a estos habitantes del mundo superior como criaturas que se dedican a sus cosas de manera bastante similar a como lo hacen las personas y los animales en el mundo físico. Sin embargo, además de los trasgos y las hadas, como los ven algunos, existen entidades humanas sin cuerpo. Esto puede ocurrir porque acaban de morir o porque acaban de abandonar el nivel inferior de *Yetziráh*. El motivo de esta circunstancia podría ser que no pueden aceptar el hecho de estar muertos o prefieren permanecer entre los mundos con la esperanza de encontrar un nuevo cuerpo sin pasar por los procesos postmortuorio y prenatal. Según la tradición, algunos vagan en busca de un viviente al que adherirse. A éstos se les llamaba *dibukim*, y trataban de apoderarse de psiques débiles o desequilibradas, a fin de poder retener algún contacto con la vida en la Tierra. Los psiquiatras han dado el nombre de «personalidad múltiple» al fenómeno de la coexistencia de dos o

más entidades en el interior de un cuerpo. Si bien esto puede ocurrir en ciertos individuos con la psique fragmentada, no siempre sucede así. En ocasiones, lo que se apodera de la psique no es sólo su sombra, o incluso un arquetipo reconocible, como la seductora o el avaro, sino un personaje distinto, con cualidades claramente diferentes a las del paciente. Ejemplo de ello es el hombre que desapareció de su hogar durante muchos meses y reapareció a muchos kilómetros de distancia, en una nueva ciudad y con otro nombre, donde había iniciado una clase de vida completamente nueva. Entonces «despertó» de repente, volvió a tomar posesión de sí mismo y regresó al lugar de donde procedía. Esto no fue ningún episodio psicótico ordinario, pues pareció totalmente normal en ambas personalidades.

Desde un punto de vista científico, el concepto de entidad desencarnada que entra en la psique y toma la iniciativa es medieval. Nos encontramos con una reacción subjetiva moderna cuando afrontamos aquello que no está contenido en el paradigma habitual. Cuando la Edad de la Razón destruyó la antigua imagen de un Universo de múltiples niveles en interacción, se perdió de vista a los mundos superiores. Por fortuna, estudiosos como Jung, que no escatimaron su interés por esas dimensiones, vieron más allá del nivel físico y volvieron a abrir la mente occidental a la dimensión del Universo. Muchos de los que han continuado su obra han empezado a reconocer que no era falso lo que decían los antiguos. En efecto, Jung vio que muchos de estos fenómenos, de los que hablan la Alquimia y la Kábala, se manifiestan en la sala de consultas del psiquiatra y en el manicomio, de manera que la noción de entidades y de posesión ya no se considera como mera imaginación. Un médico muy eminente llegó a confesar en privado que estaba totalmente seguro de que le ayudaban en su tarea unas entidades benignas. No todas las entidades son sinistras. Volviendo al tema de los dioses y los demonios, la Kábala dice que cada individuo tiene un ángel en un hombro y un demonio en el otro, los cuales instan a la persona para que siga su impulso bueno o maligno. La idea de que el Árbol tiene su

lado sombrío es del todo compatible con la noción de que cada *Sefirá*, triada o sendero, puede funcionar mal y producir un efecto negativo o demoníaco. Esto se ha observado en el guerrero cruel, o *Geburah* afligido, en el tramposo sin escrúpulos de *Hod*, que sólo puede engañar, y en el abogado opresor de *Bináh*, que se ve en el juez predispuesto a condenar a la horca. Hay demonios menos espectaculares en forma de ciertas actitudes, como quien siempre se condena a sí mismo y a los demás, o ideas y experiencias emocionales que bloquean la penetración psicológica. De la misma manera, los complejos distorsionados pueden desorganizar las armoniosas constelaciones de conceptos, de modo que en la psique tiene lugar una batalla interna entre ángeles y demonios. El problema de los demonios o intrusos que infestan la psique no se limita sólo a los trastornados o locos, sino que tiene una significación para quienes quieren profundizar su desarrollo interno y empiezan a ir más allá del lugar del Yo en *Tiferet*, pues hay un movimiento contrario para retenerles. Un sabio denominó esto como «ascenso del mal».

Ya nos hemos referido a la sombra, el demonio y el principio luciferino, pero ahora nos tropezamos con algo que es peculiar de la persona que ha logrado y establecido un contacto con el Yo en *Tiferet*. A este respecto, la sensación de logro así adquirida atrae al Tentador, quien a veces ofrece muchos beneficios en unas condiciones que parecen muy razonables. Ese momento suele llegar cuando menos se espera. Satán establecerá una situación interior o exterior en la que todo el lado sombrío de la psique es alentado para socavar y, no obstante, explotar todos los beneficios de años de trabajo. Podría tratarse de la creencia en que la iluminación le hace a uno especial, aunque la capacidad de ver lo que otros hacen no le otorga a uno superioridad. Muchas personas en el Camino han sido poseídas por su propia valoración de la importancia del Yo, y no son pocas las que han caído porque las sedujo su propio carisma. A este respecto debemos recordar que, según la Kábala, el Yo tiene tres componentes inequívocos. Si la *Keter* del cuerpo o la *Tiferet* de la psique y el *Malkut* del espíritu

están separados (y esto puede suceder por designio o negligencia), la división puede permitir que el arquetipo de cualquiera de esos niveles tome posesión de la persona. Por esta razón los locos inteligentes suelen tener unos rostros tan notables, como personajes bíblicos. Están en *Tiferet*, pero no existe conexión entre la Tierra y el Cielo. Sus delirios de grandeza se centran en el reino arquetípico de *Yetziráh*, que está lleno de cuanto puede imaginar una mente poseída por el Yo. Al no estar bajo la ley espiritual de *Briah* o la realidad refrenada *assiática*, viven medio desencarnados, aturdidos, en un arrobamiento o una agonía entre los mundos. Satán, el Tentador, se opone al Yo, para evitar que cualquier persona desequilibrada o indigna proceda más allá, pues ese punto es lo que todas las tradiciones llaman el «Camino». En la Kábala, este Camino se extiende desde el Yo hasta el lugar en donde se encuentran los mundos superiores. Como hemos dicho, a este sendero se le ha adjudicado la letra hebrea *jet*, que significa «esparto» o «temor reverencial». Aquí es donde el proceso al que Jung denominó «individuación» adopta una nueva dimensión, al unificar los tres aspectos del Yo, e ingresa en el Reino Espiritual de *Briah*. Examinemos con más detalle la individuación.

47. LA INDIVIDUACIÓN

Según Jung, el individuo inicia su vida en una condición de totalidad indiferenciada. De la misma manera que la bellota contiene al roble en potencia, así el individuo posee todos los elementos que constituirán su ser plenamente maduro, incluidos rastros de sus antiguos orígenes. Jung reconoció los efectos del ambiente y la influencia de los padres en el niño, pues gran parte de su estado psicológico y su relación se transmiten al niño junto con tendencias culturales y genéticas. Incluso llegó a decir que los sueños del niño no siempre son suyos, porque están en la órbita psíquica de los padres, y a veces actúan como espejo de los adultos. Esto deja su marca en la psique del niño antes de que evolucione y se convierta en una entidad independiente. Desde el punto de vista kabalístico, Jung percibía el embrión del organismo *yetzirático* emergiendo al nacer, para empezar a crecer y desarrollarse según las diversas fuerzas que actúan en él. Sin duda, el interés de Jung por la astrología le hizo tener en cuenta las tendencias fatales de la psique, que, en general, no se evidenciaban durante muchos años.

Diferenciar significa desarrollar y refinar, de modo que lo potencial llegue a su manifestación y función máximas. Ejemplo de esto es el proceso de la gestación, en el que la célula fertilizada se divide, multiplica y especializa, de manera que cuando el cuerpo ha llegado a su plena madurez, cada célula está en su lugar, realizando una tarea específica con relación

al conjunto. Lo mismo ocurre exactamente a la psique. La diferencia estriba en que el proceso desde un estado primitivo a otro complejo tiene lugar en una realidad más sutil.

Jung reconoció cinco fases claras de desarrollo: infancia, juventud, edad adulta juvenil, edad mediana y vejez, es decir, *Hod* mercuriano, *Nétzaj* venusiano, *Geburah* marcial, *Hesed* jovial y *Bináh* saturniano. La época lunar *yesódica*, cuando emerge el ego, se incluye en el período de la infancia, porque a Jung le parecía que los padres representaban al ego hasta que el niño desarrolla una memoria cohesiva. Hasta esa etapa el niño actúa dentro del campo paternal, pues los padres dirigen y refrenan sus impulsos instintivos. Cuando el modelo de los padres y la capacidad para percibir y reaccionar al entorno empiezan a establecerse, tiene lugar la primera diferenciación entre el niño y el mundo exterior. De ahí surge un «yo» primitivo que se convierte en el núcleo del ego. Así, el *Yesod* de la psique, junto con sus triadas adyacentes, empieza a actuar, a medida que pensamientos, sentimientos y acciones son activados en la parte inferior del Árbol. Más tarde empiezan a separarse las cuatro funciones de «sensación», «pensamiento» e «intuición», aunque inicialmente de una manera muy primitiva. Ésta es la primera fase de la diferenciación.

Las diversas etapas de desarrollo, como la escolaridad, la formación de relaciones fuera de la familia y la de conocer el mundo en general, llenan a la psique de experiencia. Como hemos visto, estas etapas pasan también por un proceso de diferenciación, en diversos agrupamientos de complejos y conceptos que se congregan alrededor de los arquetipos para crear un exquisito enrejado que cuelga sobre las columnas, *Sefirot* y triadas del Árbol. Jung observó que, al llegar la pubertad, aparece un factor totalmente nuevo que denominó «nacimiento físico», el cual se corresponde estrechamente con la noción esotérica de que los tres organismos del cuerpo, la psique y el espíritu se adaptan e integran de una nueva manera en ciertos puntos, como la pubertad. La súbita afluencia de energía en la adolescencia no es sólo una liberación de más energía hormonal, sino que es un aumento de la influencia de la psique sobre

el cuerpo físico. Los eslabones entre el cuerpo y la mente se fusionan con más eficacia cuando la *Bináh* y la *Jokmáh* del cuerpo se traban plenamente con la *Hod* y el *Nétzaj* de la psique, al profundizar la persona en su estado de encarnación. Este proceso de desarrollo tiene lugar tanto hacia arriba como hacia abajo, pues el *Yesod* de la psique y el *Daat* del cuerpo, al estar más plenamente integrados, se activan, el niño pasa de la etapa de sexualidad latente a la pubertad y participa más plenamente de la vida como entidad independiente.

La segunda etapa de individualización es cuando el adolescente empieza a apartarse del ambiente familiar y rechaza algunas costumbres y valores de sus padres, a fin de establecer su identidad personal. Es un cambio desde el lado estructural del Árbol al dinámico, es decir, de *Hod* a *Nétzaj*. Cuanto más fuerte es la restricción impuesta por los padres, mayor la resistencia mientras el joven trata de encontrar su individualidad. Quienes no son lo bastante fuertes como para romper el ambiente familiar, se rebelan interiormente, alimentando con frecuencia un profundo resentimiento porque no se les permite crecer, es decir, ser capaces de pasar de *Nétzaj* a *Tiferet*. Esta atrofia del proceso de individualización suele estar en la raíz de muchos trastornos psicosomáticos y psicológicos. La solterona amargada, que se queda en su casa y atiende a un padre anciano al que odia, aunque externamente parece una mujer abnegada, es un ejemplo clásico de encierro en la columna izquierda de Rigor, como se la llama a veces. Sin embargo, quienes se alejan demasiado de lo que ha sido protección paterna, a menudo oscilan excesivamente hacia la otra columna de la pasión y el amor, como reacción. La ex colegiala que ha estudiado en un convento tendrá una relación amorosa prohibida. Parecido es el caso de antiguos estudiantes rabínicos que se han hecho musulmanes y visten como los árabes palestinos. Todas éstas, y muchas otras estratagemas similares, son intentos de liberar al individuo del poder del superego. Este proceso inicialmente inconsciente de intentar llegar al Yo en la columna central requiere mucho más que irse de casa o violar los códigos tribales. Muchos jóvenes renegados se han encon-

trado en alguna tierra lejana y extranjera luchando con sus padres en el interior de su propia psique, porque aún les dominan las funciones de las columnas laterales. Muchos son derrotados y vuelven a ser lo que su sociedad consideraría un miembro ideal de la misma. Para la mayoría de la gente esto podría ser correcto, pues todavía no han pasado de *Yesod* a *Tiferet*. Ejemplo de ello son los dos compañeros de escuela que siguieron siendo amigos aun cuando uno se hizo rico y fue alcalde de la ciudad mientras que el otro nunca dejó de ser el repartidor de la leche, como su padre. Ambos seguían bajo la influencia de su superego-ideal del yo, a pesar de sus diferencias sociales.

Se recordará que, en la Kábala, hay varios niveles de humanidad. El primero corresponde a la persona *malkutiana* elemental, que sólo valora lo material. Tales personas están tan identificadas con sus posesiones que sólo la riqueza las distingue. El segundo es el nivel vegetal o *yesódico*. Estas personas ven la supervivencia física y la comodidad como su prioridad principal. No buscan la individualidad, sino la seguridad en una sociedad conformista. La identidad se consigue siendo un miembro incondicional del sindicato o un ejecutivo contemporalizador con una pensión segura. Ni uno ni otro se esfuerzan por promocionarse, porque no desean correr los riesgos que los individuos en el nivel animal corren a fin de obtener el premio de estar en lo alto de la escala. Pero las personas en ese nivel animal, que se relacionan con la triada de *Hod-Nétzaj-Tiferet* procuran ser diferentes, aunque sólo sea para ir en cabeza de la masa, lo cual les proporciona esa cierta individualidad que tienen las personas de carácter independiente. Sin embargo, esto no es suficiente para algunos, pues lo ven todo al revés de la ilusión de una imagen mundana o el ídolo del amor propio. Las personas que acudían a Jung para que las tratara pertenecían con frecuencia a esa clase. Tenían la sensación de que les aguardaba algo más en la vida. Ésa es la obra de la Triada del Despertar, que les lleva hasta *Tiferet* y les da un atisbo del Yo.

Muchas personas llegan a ese punto en la mitad de la vida.

que, según la tradición, es la edad apropiada para iniciar el estudio de la Kábala. Esto se debe a que uno ha alcanzado la madurez plena y ha resuelto la mayor parte de los problemas y las crisis que tiene la gente ordinaria. Los hay que se proponen llegar a ese punto en la primera juventud, pero a menudo esto es un intento de rehuir la realidad y las lecciones del hado, evitando así las responsabilidades de su karma. Tales personas suelen retirarse en alguna clase de encierro introspectivo, en el que rezan o piensan en lo que deberían hacer. Esto no siempre tiene el efecto deseado, porque frecuentemente caen en la ensoñación o la fantasía, que es una forma de regresión infantil. La individuación requiere que uno afronte y domine los mundos interior y exterior, y, en efecto, los antiguos kabalistas no adiestraban a individuos que no pudieran sostenerse a sí mismos, externa e interiormente. Éste era el razonamiento tras el principio de no estudiar la Kábala hasta la madurez. Lo mismo es aplicable al análisis avanzado, que no se interesa tanto por la curación como por el desarrollo.

La individuación, tal como la veía Jung, era la diferenciación gradual de las diversas partes de la psique, su coordinación y subsiguiente integración, a fin de armonizarlas con la totalidad. Desde el punto de vista kabalístico, en el nivel corporal de *Malkut* se alcanza primero la madurez física, cuando las diversas tríadas de pensamiento, sentimiento y acción se desarrollan con relación al ego y el mundo exterior. Luego aparecen las cuatro funciones psicológicas, que completan la superficie inferior del Árbol como parte consciente de la psique, mientras que la inconsciente absorbe y diferencia la experiencia personal y colectiva. A continuación se transforma el ego *yesódico*, y pasa, de ser un administrador dominante a ser un servidor útil y obediente, cuando el amo, en *Tiferet*, se presenta a través del sueño, los pensamientos, los sentimientos y las acciones para guiar al individuo y enseñarle a reconocer la voz del Yo. Cabe decir que no se trata de un proceso precisamente fácil. La travesía está llena de tormentas, acosada por calmas chichas, arrecifes, torbellinos y monstruos, así como por piratas que tratan de saquear el navío de la psique, esclavizar a la

tripulación y matar al capitán. El libro *Pilgrim's Progress*, del escritor inglés John Bunyan, traza el mismo rumbo en la tierra, al igual que el relato de Cenicienta y muchos otros sobre la individualización.

El propósito de la individualización es encontrar una manera cada vez mejor de expresar el Yo a través de las múltiples habilidades y artes aprendidas gracias a la experiencia durante la travesía. Esto requiere una gran vigilancia y una integridad profunda, porque es posible naufragar en cualquier momento. Por ejemplo, algunas personas, al descubrir que son realmente individuos, creen que pueden hacer lo que quieran, porque están por encima de las leyes que rigen para la mayoría de la humanidad. Muchas personas de elevada individualización han sucumbido a esta tentación y se han abandonado a la locura o la ignominia. Semejante experiencia puede oscilar desde un momento que preferirían olvidar, si es una falta pequeña, a la prisión física o psicológica, donde toda credibilidad desaparece. El notable mago Aliester Crowley decía: «Haz lo que te venga en gana», y paga por ello, como Oscar Wilde, que no hizo caso del código sexual de su sociedad. Estas personas, de gran talento y muy individualizadas, cayeron cuando estaban en la plenitud de sus facultades y murieron en medio de la miseria. La individuación significa vivir el propio sino en un nivel superior y más profundo, de modo que podamos encontrar nuestro destino y ver cómo encajamos en el Gran Designio. Consideremos esto con más detalle, a fin de percibirlo como una pauta detrás de la individuación.

48. PAUTA

El hado es una pauta de desarrollo, adjudicada al nacer y basada en el karma, que, a su vez, está formado por las demás encarnaciones por las que ha pasado el individuo. Esta cadena de encarnaciones sigue una línea clara, llamada «destino», interesada por los objetivos de esa entidad humana concreta y su lugar en la Existencia. Así, el individuo y su entorno tienen una relación específica. Nadie nace en una fecha o un sitio al azar. Sin embargo, el libre albedrío permite la modificación personal, y por ello un individuo puede progresar o retroceder de una vida a otra, o incluso permanecer estancado durante un período, hasta que el flujo le hace seguir adelante.

Según la tradición esotérica, cada hado está designado para dar la máxima oportunidad de crecimiento cuando pasa por las diversas etapas de desarrollo físico y psicológico. Esto proporciona muchas combinaciones posibles de situaciones, porque no hay dos personas que se encuentren en la misma etapa de evolución. Algunas, por ejemplo, se encontrarán bien situadas, y otras en desventaja aparente. El lisiado con una gran perspicacia, el don Juan playero sin seso, la muchacha pobre de belleza asombrosa y mucha inteligencia y el aristócrata privilegiado que no tiene ninguna, no son meros accidentes. Todo el mundo está exactamente donde debe estar a fin de conocer las circunstancias y las personas adecuadas y ayudarles a corregir desequilibrios y seguir adelante en su travesía del destino.

Como hemos dicho, a cada uno se nos muestra el perfil general de nuestra vida antes de nacer. Este recuerdo suele perderse para la conciencia poco después del nacimiento, pero algunas personas retienen un resto, que podrían recordar cuando conocen a una persona o un lugar que están seguros de haber visto aunque no pueden recordar dónde. En ocasiones, los sueños permiten acceder a este programa interior, y a veces se nos muestra lo que nos aguarda con unos atisbos premonitorios. Esta pauta, enterrada en el inconsciente, es parecida a una carta astral interior del nacimiento, pues describe la configuración general y el camino que recorrerá una vida determinada. Algunos psicólogos argüirían que ésta es una pauta rígida y decretada de antemano, pero el kabalista la ve entre los polos de la fijación y la libertad total. Fijémonos, por ejemplo, en un muchacho campesino inteligente, el cual puede considerar la vida como una esclavitud de trabajo penoso en la que ha estado condenado por el hado a nacer, vivir y morir, o puede considerarla como un desafío que hay que afrontar y superar. Muchos campesinos se han quedado donde estaban y han muerto en la casa donde nacieron, habiendo aprendido poco o nada, mientras que otros en la misma granja se han puesto a la altura de la situación y han llegado a ser dueños de sí mismos en todos los aspectos. Algunos han abandonado el terruño para abrirse paso en el ancho mundo y convertirse en editores o presidentes de naciones. Vemos, pues, una pauta que no es fija, sino lo bastante flexible para acomodar el desarrollo. Lo que está decretado no es uno u otro aspecto particular que la persona deba representar, sino que ciertas situaciones sean necesarias para estimular la respuesta adecuada, de manera que el muchacho campesino pueda aprender acerca de la tenacidad y el espíritu práctico, cosa que no habría podido adquirir en la familia de un catedrático de Oxford. La muchacha tímida que ha soslayado las dificultades de la vida gracias a una herencia, finalmente tendrá que aprender a valerse por sí misma cuando se la haya gastado, pero podría acortar y hacer más fácil la lección si afrontara el problema mientras todavía está en buena situación financiera. Podría decirse que el hado tiene la finali-

dad de proporcionar a la persona la conciencia de lo mismo que quizás ha evitado en su vida anterior, y así uno puede tener que aprender sobre los problemas de la tentación, la corrupción, la responsabilidad y las consecuencias del uso y el mal uso de todo ello. La buena y la mala suerte no son siempre lo que parecen. La pauta tiene muchos repliegues y dimensiones contrarias, así como líneas amplias y dominantes.

Jung reconoció muchos de los principios a que acabamos de referirnos y sin duda los tuvo en cuenta en su trabajo con personas analizadas. Sus ideas sobre la sincronía (las coincidencias significativas y sus orígenes) se acercan mucho a la comprensión esotérica de los presagios. La noción de que un incidente importante puede ser un indicio del futuro es antigua. Su principio estriba en que, como el Yo tiene acceso al mundo de *Yetziráh*, la psique puede llegar a ser consciente de un acontecimiento próximo a producirse, al reconocer los signos de la pauta que se despliega. Estos signos pueden tener la forma de proyección selectiva, la cual llama la atención sobre algo que simboliza lo que va a acontecer. Por ejemplo, la caída de un árbol favorito puede significar el fin de una época, o uno puede soñar con una ciudad determinada a la que debe ir a fin de encontrarse con cierta persona. Tales precogniciones no son infrecuentes, como tampoco lo es el fenómeno de lo *déjà vu*, lo «ya visto», en el que la gente experimenta algo que ha sucedido con anterioridad. Los psicólogos descartan estos incidentes, considerando que se deben a un funcionamiento defectuoso del cerebro. Es posible que esto sea cierto con respecto a algunos, pero en cualquier caso hay un número considerable de ellos que no se explican fácilmente. Muchos incidentes tienen la cualidad de ser familiares, bien porque ya están en el inconsciente desde el período prenatal, bien por algún acontecimiento coincidente, como el hombre que, en medio de un colapso nervioso, descubre que su casa tenía un enorme defecto estructural. Tales sincronías, a las que Jung otorgaba gran importancia, son obra de la Providencia o el mundo de Creación, que es responsable de la organización y despliegue del Universo. Puede verse un paralelo en la técnica analítica

del «camino crítico» usada por los constructores, que han de planear el momento de aportar cada componente, de modo que todo se encuentre en el momento y el lugar apropiados. La Naturaleza usa el mismo procedimiento cada año, como lo hace el embrión durante la secuencia de la gestación. La dinámica procede de *Briah*, el formato de *Yetziráh* y la manifestación tiene lugar en *Assiah*.

Ahora bien, mientras que los sueños precognitivos y los presagios pueden considerarse como emanaciones de la Providencia o el Yo, que ve la situación objetivamente, esto no significa que se haya de aceptar el inicio, pues siempre tenemos la opción de escoger, lo cual permite la alteración del hado. Sin embargo, semejante alteración es muy infrecuente, porque sólo es posible cambiar el flujo fatal mediante un esfuerzo consciente, y la mayoría de nosotros actuamos por hábito y repetimos la pauta vieja y preparada de antemano, hasta que aprendemos nuestra lección. Pensemos, por ejemplo, en la mujer que decidió no casarse porque era algo demasiado difícil y confuso. No obstante, tendrá que enfrentarse a su *animus* en alguna situación. El hado no significa que uno vaya a casarse con una persona determinada, sino que repetimos nuestra lección con esa clase de individuo, pues la psique proyecta sus necesidades sobre el mundo exterior y atrae a la persona requerida. Puede que no sea nuestra alma gemela, porque la mayoría aún no estamos preparados para ello. Quienes se inclinan hacia la columna derecha, como los que sólo piensan en el trabajo, se encontrarán inevitablemente demasiado atareados en la ciudad o el campo, mientras que los de la columna izquierda, como el hombre temeroso, siempre tendrán miedo, al margen de lo bien que puedan protegerse. El libre albedrío actúa cuando uno se libera del dominio de las columnas y las tríadas funcionales, y su actividad se desarrolla a partir del yo de *Tiferet* en la columna central, donde puede hacerse algo en un momento de intuición profunda, pues la conciencia ilumina y ofrece una solución. Sólo esto puede alterar nuestro hado. Los maestros ha dicho que vivamos en el presente, y no en el pasado o el futuro, que están fuera de nuestro alcance.

En la secuencia normal de desarrollo, todas las fases descritas se despliegan de una manera general, por lo que el cuerpo y la psique pasan por una forma que es apropiada para cada período, hasta que se ha establecido la madurez física y una estabilidad mental generalizada, que la mayoría de la gente toma por carácter adulto. Sin embargo, se ha observado que muchos individuos no están psicológicamente maduros. Algunos siguen siendo básicamente bebés y sus vidas están dominadas por deseos infantiles, mientras que otros siguen dedicándose a juegos juveniles o retienen valores de la adolescencia. El hado de cada nivel suele estar bien controlado por diversos contrapesos de estas discrepancias, los cuales posibilitan la continuidad de su desarrollo. Eso también es obra del mundo de Creación *bríático*, que se ocupa de la pauta superior, de modo que todo el mundo pueda encontrar su lugar en el Universo. El Ser Supremo es misericordioso en extremo.

La mayoría de la gente no repara en el pensamiento extraordinario que se ha centrado en su hado, a causa de la represión, la proyección y una docena de otros mecanismos de defensa que le impiden ver lo que ocurre realmente. Una tradición esotérica llama a esto «sueño» o *Katnut*, el estado inferior. Debido a sus problemas, muchos se consideran víctimas de las circunstancias, y tienen razón, pero no tal como ellos lo ven. Su hado es el resultado directo de su propio esfuerzo o la falta del mismo. Otros, más abiertos a la realidad, buscan lo que podría ser causa de sus dificultades y aprenden por el método de prueba y error a alterar su pauta. Quieren, desean el crecimiento interior, madurarán rápidamente en cada vida y se convertirán en adultos que extraerán una enseñanza de cada acontecimiento. Aceptan la vida tal como es y explotan cada momento para obtener el máximo beneficio de su situación. Sin embargo, los hay que profundizan más y se interrogan por el objetivo de la Existencia. A éstos se les muestra, con sólo que se fijen en las señales, la pauta que subyace en su vida y la del prójimo, de manera que empiecen a ver la forma tenue de una pauta cósmica en la que todo el mundo está implicado. A veces se retira el velo y atisban una cadena de vidas,

Kábala y psicología

a medida que los antiguos recuerdos regresan de otros tiempos y lugares. Esto puede conducirles a un punto en el que reconozcan una dirección clara que indica cuál podría ser su destino, y entonces nos hallamos en el borde de una dimensión totalmente diferente.

49. LA DIRECCIÓN

Existen tres etapas generales de desarrollo. La primera es la biopsicológica, la segunda de educación y ocupación, y la tercera la del alma y el espíritu. Casi todos los individuos pasan por las dos primeras etapas sin demasiada dificultad y encuentran su lugar en la sociedad, ya sea como sacerdote, político, mercader o trabajador, pues la mayoría de la gente puede encajar en las cuatro castas básicas de la humanidad. Naturalmente, existen también los inadaptados. En un extremo se hallan los criminales, que actúan como el elemento demoníaco de la humanidad, y en el otro los *outsiders*; los que, por alguna razón, no encajan en la pauta convencional. En los tiempos antiguos, tales personas acudían al sabio local para que les aconsejara. Si el problema era sólo psicológico, a menudo se resolvía, pero si el asunto era más serio, las enviaban al chamán o mago, el cual comprendía algo de lo que hay más allá de los problemas ordinarios. Más tarde, sacerdotes y rabinos realizaron la misma función. Esto indica la diferencia entre los curanderos y quienes están interesados por el desarrollo. En nuestra época tenemos especialistas curanderos que se ocupan de la psique, profesionales que abarcan desde los behavioristas mecanicistas hasta los practicantes de terapias alternativas.

Ambos extremos tienen unos criterios limitados que, sin duda, a veces pueden resolver problemas que necesitan su clase de solución, como la cirugía para el hombre que tiene un

tumor cerebral o el espiritismo para la mujer que ha sido curada gracias a una conversación con su madre fallecida.

Freud y Jung ocupan el punto medio del espectro, Freud orientado a la biopsique y Jung a la psique espiritual. Ambos trataron a personas atraídas por su peculiar manera de trabajar, según la ley de la atracción entre iguales, que también forma parte de una pauta fatal. Así, una persona que tiene problemas relacionados con sus padres o de tipo sexual recurrirá a los análisis freudianos, mientras que los individuos en busca de sí mismos encontrarán el enfoque junguiano más apropiado. Esta búsqueda de la ayuda apropiada es esencial, y pueden ser precisos muchos años y varios intentos fallidos hasta llegar a la puerta de la persona concreta que uno necesita. Según una máxima esotérica, «cuando el alumno está preparado, aparece el maestro». Esto no se relaciona tanto con el proceso de curación como con la tercera etapa del desarrollo, en la que uno quiere llegar a ser algo más que una persona llamada normal. No obstante, antes de que se pueda llegar a esta etapa hay que establecer un equilibrio en la psique, porque es muy peligroso profundizar en el crecimiento si existe una discrepancia importante en la mente, que podría agrandarse y producir una locura más grave que cualquier trastorno psicológico ordinario. El neurótico o psicótico corriente sólo suele dificultar su propia vida y las de su círculo inmediato, pero el loco altamente desarrollado puede hacer mucho daño. Un ejemplo clásico es el de Shabbertai Zvi, quien vivió en el siglo xvi y afirmó ser el Mesías esperado, y como tenía un gran carisma y un profundo conocimiento de la Kábala, convenció no sólo a los judíos ordinarios, sino también a muchos rabinos de que era realmente el Ungido. Cuando su creciente movimiento mesiánico se convirtió en una amenaza política, el sultán de Turquía le dio la elección de convertirse al Islam o morir. Se convirtió al instante en musulmán y en honorable portero del sultán. Millares de judíos, muchos de los cuales habían vendido cuanto poseían, deseosos de regresar a la Tierra Prometida, sufrieron una tremenda conmoción. Este hecho sacudió hasta tal punto al mundo judío, que se prohibió la Kábala a los

menores de cuarenta años, pues se creía que ese conocimiento podía volver loca a una persona inmadura.

Para la mayoría de la gente, una investigación de los niveles más profundos de la mente es algo turbador, pues se trata de la zona inconsciente de lo irracional y lo espiritual, y ambos elementos podrían constituir una amenaza para la razón de ser el ego. Quienes buscan ayuda para resolver problemas estrictamente personales suelen recibir un tratamiento mediante técnicas de observación y análisis, hasta que llegan a un punto en el que perciben la dificultad. Entonces pueden resolverlo deshaciendo el nudo y pasando a la siguiente fase de equilibrio de su Árbol psicológico. Esto puede prolongarse durante muchos años o bien depender sólo de un número limitado de sesiones en las que el paciente y el psicoterapeuta examinan un problema determinado. Método que puede ser correcto para quienes desean curarse, pero que no lo es para las personas cuya finalidad es el desarrollo interior. Muchos individuos han pasado décadas sometidos a análisis sin llegar a ninguna parte, y lo único que han conseguido es ahondar más sus problemas, porque las sesiones carecen de la dimensión espiritual. A menos que el analista o terapeuta tengan esa conexión o dirección, el proceso psicológico sólo puede trazar un círculo *yetzirático*. El curandero también tiene que ser un sacerdote o un rabino, una persona conocedora de los mundos superiores y estar familiarizado con su realidad, pero es muy difícil encontrar esa clase de personas debido a la división producida en Occidente entre ciencia y religión desde la Edad de la Razón. Afortunadamente, está en marcha un proceso de corrección, pues hay un renovado interés por lo esotérico, incluso entre los psicólogos. Por ello se escribe un libro como éste.

El término indio *Guru* significa «maestro espiritual». En la Kábala esa persona se denomina *Maggid*. Pero antes de que uno pueda recibir sus enseñanzas, debe ser supervisado por un *Moreh*, palabra que significa «inspeccionar». El analista tiene, hasta cierto punto, la misma función, pues se sienta en la posición de *Tiferet* en el Árbol de la persona analizada, de la que actúa como Vigilante en *Yesod*. Los freudianos, en cambio,

no establecen una relación personal con el analizado, de manera que existe una conexión relativamente objetiva entre los dos. Esto permite la emergencia de cualquier proyección del ego *yesódico* por parte del analizado, y se ve en la pantalla el blanco de la persona profesional del analista. Esta técnica es muy útil para revelar elementos inconscientes, tales como el deseo de aprobación, manipulación y resentimiento, que pueden haber echado a perder la vida de la persona. Cuando los ha percibido, el analizado puede corregir antiguos desequilibrios, eliminar bloqueos y disolver fijaciones que han distorsionado su Árbol. La habilidad e imparcialidad del analista en este proceso se pone a prueba hasta el límite, pues tiene que evitar su propia contraproyección. Por ejemplo, si el analizado ve al analista como una figura paternal, el segundo no debe reaccionar como si lo fuera, pues entonces la relación perdería su objetividad y ambos repetirían una pauta antigua. Esto requiere que el terapeuta conozca muy bien su propia psique, y por ello la mayoría de los analistas se han sometido a su propio análisis. A este respecto, debemos decir que todavía estamos tratando de la operación curadora de equilibrar el Árbol.

El sistema junguiano difiere un poco del de Freud. En este caso el análisis entra en una relación personal con el analizado, como un amigo que tiene unos antecedentes analíticos, es decir, que se establece una relación de *Tiferet* a *Tiferet*, lo cual crea un flujo mutuo en el que todo lo que emerge se analiza francamente y sin ninguna doblez *yesódica*. Vemos, pues, la trayectoria de la sinceridad entre *Yesod* y *Tiferet* en acción. La franqueza y la aceptación que se generan permite que salgan muchas cosas a la superficie, de manera que la «transferecia», esto es, cualquier proyección emitida por el analizado, recibe un trato discreto pero firme por parte del analista, el cual actúa como el *Moreh* o supervisor. Ejemplo de ello es cuando el analizado ve su propia agresión en el analista, de modo que el ego *yesódico* del primero percibe como una amenaza todo lo que el segundo dice o hace. Si el analista aceptara el papel de agresor, entonces el analizado adoptaría inevitablemente el polo de víctima, y su Árbol mutuo estaría some-

tido a tensión. En cambio, si el analista refleja la situación desde *Tiferet*, el analizado podría darse cuenta de lo que hacía cuando salía de la vieja pauta del ego y avanzaba por el sendero de la Sinceridad hacia el Yo. Todos estos métodos y muchos otros recursos han sido usados por los kabalistas durante siglos, tanto en el asesoramiento como en la enseñanza. Un rabino del siglo XII preguntaba: «¿Cómo esperáis que sea perfecto cuando estoy lleno de contradicciones?» Esta es una definición muy precisa de los problemas de diferenciación e integración. Sin embargo, la principal diferencia entre el psicólogo y el kabalista es la *dirección*, que en este sentido significa ser instruido por un maestro, lo cual es un proceso inequívoco y distinto al de la terapia psicológica.

En la Kábala, el *Moreh* actúa como tutor de un alumno durante muchos años, y en este tiempo se enseña la teoría de la psicología y la cosmología, a la vez que se practican muchas técnicas de observación de uno mismo. Esto es común a todas las tradiciones esotéricas. Es cierto que la psicología kabalística no utiliza términos modernos y que existen diferencias de nomenclatura incluso en la Tradición, pero la estructura y la dinámica básicas de la psique son idénticas. El id es el *Nefesh* o *Nafs*, como lo llaman los sufíes, y la descripción de *Yesod* y las tríadas circundantes son, como hemos visto, una exposición muy precisa del ego y sus funciones. Se trata simplemente de traducir los términos al lenguaje moderno. Al principio de su adiestramiento, el kabalista ha de familiarizarse con todos los aspectos de la psique inferior. Los ejercicios de acción, pensamiento y sentimiento proporcionan experiencia de estas tríadas y muestran cómo funcionan a través del ego en *Yesod*. Más adelante, el alumno aprende a distinguir entre *Yesod* y *Tiferet* y a observar las cualidades de todas las *Sefirot*, así como a reconocer el carácter de cada tríada y columna. Los tutores instruirán al alumno en el trabajo en grupo y la consulta privada, efectuando comentarios sobre el equilibrio de su propio Árbol y el efecto de la pauta. Se examinarán los sueños, así como los presagios o los incidentes de sincronía. Estos acontecimientos se considerarán a la luz del desarrollo general del

alumno y de su aplicabilidad al presente. Se realizan informes de los progresos, estudios avanzados y ejercicios, en clases dirigidas por tutores y seminarios que aumentan la comprensión de los senderos y la Tradición por parte de alumno, es decir, la dimensión colectiva que incluye el estudio de la mitología, la historia, la metafísica y la filosofía, así como prácticas más incisivas. Esto sólo puede llevarse a cabo en una escuela kabalística que esté bajo la dirección de un maestro.

Los maestros o *Maggidim* son muy escasos. Freud y Jung fueron maestros de su generación de psicólogos, y vieron mucho más que los investigadores normales, e incluso brillantes, de su tiempo. Abrieron a la ciencia la puerta del inconsciente, de la misma manera que un maestro kabalista, como el *Maggid* del siglo XVIII Baal Shem Tov, introdujo la dimensión espiritual a los que caracían de aprendizaje rabínico. Tales *Maggidim* son originales. Ésta es la cualidad creativa del mundo de *Briah*, que cambia las formas psicológicas de *Yetziráh*, las cuales, a su vez, afectan al mundo cotidiano de *Assiah*. Sir Isaac Newton fue de esta clase, como lo fue Rabbi Azriel, de la escuela catalana de Gerona, en el siglo XIII, cuya formulación de la Kábala en términos filosóficos condujo a su amplia aceptación entre los místicos judíos y cristianos que avanzaban por el camino del desarrollo. Tales maestros forman parte de una larga cadena de seres humanos evolucionados que, a lo largo del tiempo, han ido ocupando escalones entre el primer hombre plenamente realizado, Enoch, y el recién nacido más inocente, que nunca ha sido encarnado con anterioridad. En algún lugar, en el medio de esta Escala de Jacob de la humanidad, están los que desean levantarse por encima del dominio del id-*Nefesh*, el ego *yesódico* y el superego, para convertirse en verdaderos individuos. Los junguianos llamarían a este proceso el «Viaje interior», los kabalistas «el ascenso de la Escala». No hay ninguna diferencia entre ambos términos. En la mayor parte de las tradiciones esotéricas se le llama sencillamente la «Obra». En hebreo, la palabra *Avodah* significa tanto «obra» como «adoración». Jung tropezó con ese término en la alquimia, donde se habla de la «Gran Obra».

50. LA OBRA

En la Kábala, la relación entre tutor y alumno tiene mucho en común con el moderno enfoque psicológico. No obstante, los objetivos difieren, ya que la Kábala se interesa directamente por las dimensiones espiritual y divina. Como método de trabajo, ha evolucionado a lo largo de milenios. Esto significa que pueden evitarse muchas de las trampas en las que cae el buscador solitario, gracias a la experiencia acumulada. Por ejemplo, un individuo puede encontrarse en un callejón sin salida psicológico y no tener conciencia de ello. Puede hacer ejercicios, tales como observar el mecanismo interno de *Yesod* y sus triadas, que eran correctas cuando empezó a estudiarlas más allá de su punto crítico. Esto podría volverle egocéntrico en exceso, si no tuviera conciencia de ello. Un tutor le indicaría que necesita un cambio para poder seguir adelante de acuerdo con una progresión que se relacione con el Árbol. Una persona no puede percibir su situación objetivamente, y necesita ayuda, no sólo consejo, sino también cierto estímulo o freno. Esto significa que, al principio, se requiere un alto grado de confianza entre el tutor y alumno. Esa situación comporta riesgos, pero la Tradición tiene maneras de equilibrar las discrepancias, refiriéndose siempre a los principios objetivos del Árbol *sefirótico*.

En el método junguiano, el Yo es el *Maggid* que guía al analista y al analizado a través del proceso de terapia. Los sueños, los acontecimientos personales corrientes y la situación

que se despliega durante cada sesión analítica harán que ambos accedan a muchas zonas que deben llevarse a la conciencia. En el caso del kabalista hay, además del Árbol, un amplio cuerpo de tradición al que uno puede referirse. Sin embargo, en última instancia, el contacto interior que tutor y alumno tienen con su propio y común *Tiferet* es el único importante. El mismo Yo da acceso a lo consciente en todos nosotros. Ese lugar donde confluyen los tres mundos inferiores es la primera etapa del Camino Espiritual. Examinemos la situación teórica a fin de ver los paralelos entre los métodos kabalístico y psicológico.

Como hemos visto, *Malkut* es el punto de contacto con el mundo físico y externo.* Aquí el alumno aprende a observar los acontecimientos a la luz del marco general. Se observan y analizan los fenómenos sociales y psicológicos, para ver la interacción del macrocosmos y el microcosmos. Esto impide que la tendencia en la obra psicológica se limite demasiado a lo personal. *Malkut* también se relaciona con la manera en que un alumno participa en la vida ordinaria. ¿Puede ver la lección que presenta la Providencia y cómo responde a ella? Éstas son las preguntas que el tutor plantea o hace que los alumnos se formulen a sí mismos. La comprensión de lo que sucede interna y externamente es esencial, porque algunos acontecimientos son claves esenciales en el proceso de desarrollo. Una serie de contratiempos, el ofrecimiento de un nuevo empleo o relación, se ven como indicaciones de conflicto o cambio interno. Los acontecimientos sincrónicos en el nivel personal y colectivo se observan con gran interés, pues pueden revelar algo sobre el Gran Designio y dónde encaja la escuela o el individuo. Ejemplo de ello fue el traslado de Freud desde Viena a Londres y el paso de la actividad psicoanalítica al mundo de habla inglesa, lo cual abrió la puerta a una nueva época en la psicología, que preparó el terreno para un renovado interés por la Kábala unas décadas más tarde, porque Freud había puesto los cimientos para el autoexamen y la exploración interior.

La observación de *Yesod* se lleva a cabo día tras día. La expresión junguiana «ser un desconocido para uno mismo» des-

cribe exactamente la noción kabalística de observar el ego desde *Tiferet*, lo cual comporta un conocimiento constante de los diversos procesos en la superficie inferior del Árbol. Los budistas lo llaman «atención». Sin embargo, en este ejercicio se actúa sobre las tríadas para lograr el equilibrio si uno es débil o demasiado fuerte. De esta manera, el alumno no sólo llega a conocer cómo funciona la mente ordinaria, sino que puede corregir cualquier discrepancia. Por ejemplo, quizá tenga que desarrollarse una de las cuatro funciones psicológicas, de modo que el ego no se decante en una dirección u otra. Lo que *Yesod* proyecta es de gran importancia, y así los alumnos observan con gran detalle la imagen que el ego presenta. Los destellos de conciencia *Tiferet* revelarán muchas cosas de la persona y mostrarán si hay algún impulso inconsciente que influye en lo que siente, piensa o hace. Una vigilancia continua por parte del alumno, en conjunción con el tutor, le enseñará la manera de observar imparcialmente y seguir hasta el final el flujo de la vida, pues la psique responde a la situación tanto interna como externamente. Esta objetividad es vital para que uno pueda percibir quién es y dónde está.

El examen del nivel *Hod-Nétzaj* de la psique es la etapa siguiente, y en ella el alumno aprende la teoría y lleva a cabo la práctica, es decir, el estudio de los principios de la Kábala y su aplicación. La teoría se aprende observando el Árbol en cada clase de campo. Por ejemplo, una situación dada se analiza de acuerdo con los diversos *Sefirot*, tríadas, senderos y columnas, de manera que se ven la pauta y el equilibrio de la situación y su trayectoria. Esta clase de contemplación se combina con la práctica de la meditación y la acción consciente, a fin de reunir la *Hod*, el *Nétzaj* y las tres tríadas del ego. Así, una persona puede tener una relación amorosa, por ejemplo, y verla como una manera de desarrollo, pues cada uno se explora a sí mismo y al otro miembro de la pareja. Sin embargo, esto puede originar problemas, como sabe toda pareja, tanto en el análisis como en el amor, pero también proporciona un elemento de desarrollo a la situación, la cual, si se maneja correctamente, puede enriquecer la relación.

El sendero entre *Yesod* y *Tiferet* es el de la integridad. Si ésta falta entre tutor y alumno, no podrá tener lugar nada que valga la pena. Toda interacción debe ser sincera, porque el tutor, como el analista, actúa, por lo menos durante un tiempo, como la *Tiferet* del alumno. Cuando éste llega a ser igual a su mentor, los Yoes de ambos pueden combinarse para producir una situación peculiar en la que pueden revelarse cosas que estaban ocultas en el inconsciente de ambos. En esa situación pueden ocurrir muchos acontecimientos notables. El comentario de un sueño puede dar acceso al profundo panorama de lo transpersonal, donde se discierne la dimensión cósmica. Un comentario al parecer casual puede convertir una conversación en una profunda revelación personal. El sendero de la sinceridad no sólo da acceso a *Tiferet*, sino a toda la psique. Se ha observado que también puede liberar a la Sombra y el principio luciferino, y que esto requiere toda la habilidad y la integridad del kabalista para identificarlos y afrontarlos. El lado oscuro de la psique es un enemigo mezquino, como lo es el intruso externo desde el mundo astral de *Yetziráh*. Esta apertura al dominio de lo invisible o inconsciente es una de las razones por las que la Kábala se consideraba peligrosa, pero también lo es enamorarse, tener un hijo y, desde luego, vivir.

El nivel de *Hesed* y *Geburah* actúa en un estrato mucho más profundo. Aquí es donde la persona vive su vida emocional, en general totalmente inconsciente. En el caso de personas bajo disciplina kabalística, el poder e influencia de este nivel es esencial, pues a partir de ahí actúa el superego, que utiliza los complejos y conceptos almacenados en las tríadas laterales por encima y por debajo del Juicio y la Misericordia. Estas zonas deben llevarse a la conciencia por medio de la observación atenta de todo lo que se piensa, siente y hace. Después de mucho trabajo, uno reconoce lo que aprendió de niño, lo cual es puramente convencional, y lo que es real en lo que respecta, por ejemplo, a la moralidad. Cuando esto ocurre, empieza a establecerse un código interior de ética, no acorde con la costumbre aceptada, sino con las leyes eternas. Cumplir con los Mandamientos en este nivel psicológico puede significar que

se contravengan las regulaciones locales, como ocurre con el *apartheid* o con un código militar, si van contra lo que es esencialmente justo. Así empieza a desarrollarse una conciencia verdadera, que no recompensa ni castiga según el modelo paternal, sino que actúa en línea con el corazón de la psique o la tríada *Hesed-Tiferet-Geburah* del alma.

La realidad de *Jokmáh* y *Bináh*, en el nivel del inconsciente colectivo, sólo puede evidenciarse tras años de estudio y práctica, o en un destello de visión. Se trata de un dominio en el que, al principio, sólo se puede esperar una comprensión mínima, aunque muchas personas creen que pueden captar el significado de esos *Sefirot* una vez los han etiquetado. Poseer sabiduría y comprensión requiere toda una vida, si no muchas, y para la mayoría de nosotros es el esfuerzo colectivo de la Humanidad lo que no permite discernir este nivel cósmico y espiritual. Los mitos y las leyendas, ya sean de la Biblia o de algún remoto pueblo, señalan la dimensión espiritual en la que se trasciende la personal. Los encuentros a este nivel, a través de diversos ejercicios de meditación y visualización, proporcionan al kabalista la sensación de una vasta pauta que se despliega a lo largo de los siglos. Esa comprensión se adquiere mediante acumulación y mucha reflexión, lo cual es un proceso lento y minucioso que tiene lugar en las profundidades de la psique. La sabiduría es algo que puede darse en una revelación, pero esto no siempre se comprende. Tiene que haber una combinación de *Bináh* y *Jokmáh* en el kabalista, de manera que su *Daat* o la no-*Sefirá* del conocimiento pueda ofrecer a *Tiferet* un momento de comprensión. Esa circunstancia puede darse en lo alto de una montaña, en la cama, durante la cena o mientras uno está con su tutor. No es algo que pueda imponerse sino que lo concede la Gracia, lo cual se encuentra más allá del alcance de la psicología. La percepción que tuvo Newton de la ley universal al ver la caída de una manzana perteneció a ese orden. El cristal oscuro de *Daat* se aclaró e iluminó de repente.

La obra llevada a cabo por un tutor y su alumno, o un analista y su paciente, es una de las experiencias humanas más

completas. Su trayectoria les llevará de un lado a otro, a veces en línea recta y con gran rapidez, y otras casi inertes. En algunos momentos la Obra podrá parecerles inútil, y muchas personas abandonan el proceso en tales etapas, aduciendo para ello cualquier razón. El motivo, que puede darse en cualquier lugar a lo largo del Camino, suele ser ocultar algún bloqueo o rechazar alguna dificultad que podría apartarles de lo familiar y seguro para hacerles entrar en la temible zona del cambio, donde sienten que su psique será transformada y que se perderán a sí mismos. Esto, naturalmente, no puede suceder, pues el Yo no se altera. Puede crecer, variar su equilibrio o su intensidad, pero nunca dejará de ser el Yo, pues es una expresión del YO eterno. Este proceso de desarrollo lo describen gráficamente muchas tradiciones con el símil de la mariposa, que pasa por las etapas de oruga y crisálida hacia su exquisita realización. Se pasa por tales fases en cada nivel: se activa la columna derecha y entonces se consolida la izquierda, antes de emerger finalmente como la Corona de *Keter* en lo alto de la columna donde confluyen los tres mundos superiores de la psique, el espíritu y la Divinidad. Las personas que participan profundamente en la Obra confían en el proceso, y aunque puedan ser veteranos con una experiencia inmensa a sus espaldas, sigue asombrándoles inevitablemente cuanto sucede, porque siempre contiene lo milagroso. Para poder apreciar la Obra (pues ningún libro puede transmitir su realidad) vamos a comentar una vida individual que nos permitirá tener un atisbo del hado, los caminos de la Providencia y la senda de la autorrealización.

51. UNA VIDA

En este capítulo examinaremos los rasgos esenciales de una vida concreta, con el fin de ver en acción algunos de los procesos que hemos examinado. Sarah Álvarez nació en Inglaterra en los años treinta, hija de padres españoles que habían emigrado porque previeron el estallido de la guerra civil española. Sarah fue fruto del amor (*hado*) y su nacimiento no presentó dificultades (*Malkut*), en contraste con su hermana mayor, cuyo parto fue muy duro para su madre. Pasó su infancia (*Yesod*) en Londres, donde trabajaba su padre como artesano del cuero, tradición familiar que había practicado en Córdoba, antiguo centro de este oficio. Sus primeros recuerdos (superficie inferior y ego) eran del pisito en el que vivía, al norte de Londres, y las calles circundantes. Todo el mundo era pobre en aquella época, pero su padre, que era un buen artesano, podía mantener a la familia. Su madre era una mujer amable (*hesédica*), con bruscos cambios de humor de vez en cuando, pero su padre era severo (*gebúrico*) y conservó muchas de sus costumbres españolas (inconsciente colectivo). No olvidaba encender velitas la noche del viernes, aunque nadie sabía por qué hacían tal cosa (*superego*). Regularmente llevaban a misa a Sarah y su hermana, y esto produjo una profunda impresión en Sarah, lo mismo que en su hermana, la cual mantenía a Sarah firmemente en su sitio (inconsciente personal). La madre procuraba no mostrar ningún favoritismo hacia Sarah, pero la niña mayor lo percibía de todos modos y

forzaba continuamente a la pequeña a adoptar una postura reflexiva y defensiva (introvertida sensorial intuitiva), aun cuando en lo más hondo se sentía completamente segura del amor materno (*Hesed-Yesod*). El padre también prefería a Sarah, pero por justicia y deber hacia su primogénita mostraba una marcada diferencia en su comportamiento con la hija mayor (*Geburah-Bináh*), cosa que agravaba a Sarah (*id-Nefesh*). (Obsérvese la fuerza invertida de la columna masculina y femenina en los padres.)

Tenemos, pues, todos los signos de una situación kármica dentro de un marco de culturas cruzadas. Sarah ha nacido en una fecha determinada y una familia concreta porque los acontecimientos en una encarnación anterior la han llevado ahí para que aprenda ciertas lecciones. Tiene un tipo físico racial y colectivo específico que interactúa con una clase individual de psicología y hado establecidos en el momento de nacer. Supongamos que su sol está en Escorpión, que su luna es Virgo y que tiene un Ascendente Libra, es decir, que el Yo está fijado y tiene una cualidad acuosa y sondeadora, mientras que el ego es mudable, terreno e interesado por los detalles. El Ascendente daría lugar a un físico gracioso y atractivo. Esta combinación situaría al sol en la Casa de la posesión, generando un deseo de adquirir un caudal de experiencia sexual, emocional y espiritual. La luna en la doceava Casa de la intimidad dotaría al ego de una tendencia a la reserva y el análisis. El tipo de Sarah sería el de una muchacha bien parecida, inteligente, enérgica pero introvertida, con la necesidad de adentrarse en lo que hay más allá de la vida y explorarlo.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, la familia de Sarah se trasladó al campo, mientras el padre se alistaba en el ejército británico y le enviaban al extranjero. Exteriormente, la infancia de la muchacha transcurrió sin acontecimientos relevantes. Excepto por alguna incursión aérea, la guerra no fue más que el trasfondo de su conciencia *yesódica*. No obstante, esta vida semirrural no excluyó del todo una fuerte sensación de unidad nacional que prevalecía en Inglaterra durante la guerra, pues la niña era vagamente consciente de lejanos

acontecimientos históricos (inconsciente colectivo) que afectaban a su vida y las de sus familiares. Sarah sabía que su madre estaba preocupada por la suerte de su padre (triada emocional izquierda), pero cada carta que llegaba de algún lugar en el norte de África indicaba que seguía bien (triada emocional derecha). Quizás el recuerdo más importante de aquella época no fue la gran batalla de El Alamein, sino el concurso escolar para elegir a la Reina de Mayo. Como era bonita e inteligente, Sarah fue seleccionada como candidata, cosa que encantó a su madre. Su hermana fingió orgullo familiar, pero estaba celosa (*id-Nefesh*) y lo reveló con una observación desdeñosa (mortido) cuando Sarah quedó en segundo lugar, pues se llevó la corona la niña más popular de la escuela (*anima*). La conducta de su hermana trastornó profundamente a Sarah y dejó una cicatriz (inconsciente personal) que le hizo darse cuenta de que los familiares no siempre son leales y afectuosos, como le habían hecho creer (superego-ideal del yo). El otro recuerdo importante de esa época fue el traje regional español que le hizo su madre y se puso en la fiesta de disfraces del Día de la Victoria. Esto agitó algo en lo más hondo de su ser (inconsciente colectivo). Era como si hubiera llevado aquel vestido en muchas otras ocasiones (memoria prenatal). También desencadenó algo aún más profundo en su alma, que hizo de aquella fiesta algo más que un episodio infantil agradable. Tuvo la sensación de que era una forastera que permanecería con su familia sólo hasta que estuviera preparada para salir y encontrar algo o alguien en el futuro (precognición de su pauta fatal).

Hacia los dieciséis años, Sarah era una muchacha de largas piernas, dotada de talento y buena estudiante (*Hod*) en una escuela de arte. Cuando terminó la guerra, la vida se convirtió en una rutina: la madre no hacía más que las labores domésticas, mientras el padre, y ahora también la hermana, iban todos los días a Londres, donde trabajaban (nivel vegetal). El único drama era la vida amorosa de su hermana, que elegía muchachos desordenados (*Nétzaj*). Su padre lo veía todo pero no decía nada. Algo terrible le había ocurrido durante la gue-

rra (división entre *Yesod* y *Tiferet*) y se limitaba a quedarse sentado y entregarse a los recuerdos de su país natal (*Yesod*). Su madre (*Tiferet*) decía que la España del padre se había desvanecido con la guerra civil. A Sarah le fascinaban los relatos de su padre (recuerdos antiguos). A los dieciocho años se enamoró de un muchacho que era todo lo opuesto a ella. La belleza morena y el carácter reservado de Sarah contrastaban con el cabello rubio y la extraversión del muchacho (*animus*). Esta experiencia despertó (*Hod-Tiferet-Nétzaj*) toda la sexualidad escorpiónica de la joven, hasta que él le pidió que se acostaran. La educación católica (inconsciente colectivo) más el ego Virgo le impidieron sucumbir (libido), aunque su cuerpo (*Yesod-Malkut*) deseaba ser poseído. El muchacho la dejó al no conseguir lo que quería, y ella estuvo afligida durante todo un año, aunque no sabía con seguridad por qué (triada del sentimiento). Esta experiencia despertó un anhelo profundo de un alma similar a la suya. Sarah confiaba en conocer a la persona adecuada en la escuela de arte de Londres, pero no la encontró allí. Sus estudios avanzaban bien, pero en su fuero interno (*Tiferet*) percibía que la época de estudiante era un adiestramiento para alguna tarea que le habían designado (destino). Tenía muchos admiradores, pero ninguno respondía a los criterios de su luna Virgo, que esperaba la perfección (proyección del *animus*). Además, en lo tocante al sexo, su superego no le permitía ceder terreno. Esto le creó problemas (*Nétzaj* contra *Geburah*), y se volvía neurótica cuando le reprochaban que excitaba a los hombres por su manera de vestir y moverse (persona monja-cortesana). Ella lo veía (*Tiferet*) pero no podía aceptarlo (*Yesod*). A los veintidós años se marchó de su casa, en un acceso de rebelión. Sus padres dijeron que aquello iba contra las costumbres españolas, pero ella siguió adelante, aduciendo que era inglesa (colectivo), para compartir un piso en Londres con otras tres muchachas. Consiguió trabajo en un estudio de artes gráficas, donde conoció a un diseñador que parecía tener todas las cualidades que ella buscaba en un hombre (imagen *yesódica* de su *animus*). Se enamoró profundamente (*Hesed*) y decidió perder su virginidad (*Nétzaj*). Tras

la conmoción inicial (para el superego) la relación se convirtió en un idilio (*Hod-Yesod-Nétzaj*). Fueron de vacaciones a España y visitaron Córdoba, que conmovió profundamente a Sarah, pues tuvo la extraña sensación de haber estado antes allí (alma), sobre todo en la Judería, que le pareció increíblemente familiar. Cuando le preguntó a su padre por la historia familiar, tocó una cuerda sensible en él (*Tiferet*) y le dijo que descendían de judíos conversos. Sarah se sintió especialmente conmovida (*Geburah-Tiferet-Hesed*) cuando supo que siempre había habido una Sarah en la familia. Esto le hizo comprender por qué encendían las velas la noche del viernes (*Sabath* judío), aunque habían olvidado el motivo mucho tiempo atrás (colectivo). Su investigación se interrumpió bruscamente cuando creyó que estaba embarazada y su estupenda relación amorosa se disolvió de la noche a la mañana (*Yesod-Malkut*), porque su amante no pudo enfrentarse a la realidad. Cuando resultó ser una falsa alarma, el hombre quiso regresar, pero ella le rechazó. La fantasía no tenía futuro. Ella tenía que crecer.

El año en que cumplió los veintinueve (retorno del ciclo de Saturno) fue de total desolación y desesperación (crisis del superego-ideal del yo). Pensó en el suicidio, pero su inconsciente colectivo católico, y ahora judío, se lo prohibió. Todos sus sueños *yesódicos* se habían marchitado. Ahora sabía que no era un genio ni, a lo que parecía, era capaz de tener una relación auténtica. En su momento de mayor desesperación tuvo un sueño memorable (*Tiferet-Yesod*), en el que vio como una anciana sabia (Yo) le ofrecía un libro, el cual contenía todos los secretos de la vida. Al día siguiente, cuando despertó, se dio cuenta de que algo había eliminado su depresión (síntesis). Aquella tarde decidió convertirse en diseñadora independiente, idea que siempre había acariciado, pero la voz de su madre (superego) siempre decía que ser demasiado independiente no era bueno para una mujer. Ahora Sarah hizo caso omiso de este consejo. Se mudó a un piso propio y se estableció como una mujer profesional (tríada del Despertar).

Dos años después era una renombrada diseñadora de por-

tadas de libros. Sus tratos con los editores le habían enseñado mucho acerca de sí misma y de su oficio, y se hizo un lugar en el mundo. A los treinta y cinco años había llegado a la cumbre, pues su estilo estaba de moda (hado). Vivía bien y de vez en cuando tenía amantes (id-*Nefesh*). A través de una serie de coincidencias (Providencia), conoció a una mujer que parecía poseer la misma clase de conocimiento profundo (Kábala). Era analista de profesión, y aunque se encontraban en reuniones sociales, tenían muchas conversaciones importantes sobre psicología y temas espirituales, que ahora interesaban a Sarah más que ninguna otra cosa (estado de Buscador). Más o menos por la misma época (fatalidad) conoció en una fiesta a un editor, a quien creyó reconocer. Tenían mucho en común (reciprocidad astrológica). Pronto resultó evidente que había algún proyecto que debían desarrollar juntos (karma) y que sólo podía terminar en matrimonio. Hubo problemas de tipo religioso, pero no fueron insuperables. Se casaron y durante un año vivieron muy felices (Árbol marital equilibrado).

Durante este tiempo, la amiga sabia de Sarah (actuando como *Tiferet*) la presentó a su grupo de estudio, del que era autora. Allí vio un diagrama del Árbol: era el mismo dibujo que había visto en el libro de su sueño memorable. Además, el grupo estaba formado por buscadores, como ella misma. Aquella era su verdadera familia (grupo anímico). Se lo dijo a su marido, pero él no pareció comprenderla. Le invitaron a reunirse con el grupo y fue una vez, pero no quiso volver, pues sentía hostilidad hacia la tutora (ego contra *Tiferet*).

Esto trastornó a Sarah, pues la obra de desarrollo del Yo era ahora vitalmente importante (*Tiferet*). A su marido le gustaban las cosas tal como estaban (*Yesod*). Hacían el amor (*Yesod-Malkut*), pero ya no existía la sensación de unión (alma). No deseaba que los Yoes se unieran, aun cuando tenía un contacto de *Tiferet*. Empezaron a distanciarse. Ella tenía que elegir entre su marido y la Obra, y no sabía qué hacer. Pero entonces intervino el inconsciente. Su marido tuvo un sueño memorable en el que iba con Sarah a otro país, donde iniciaban una nueva vida. Cuando se lo dijo a su esposa, ella lo interpretó

como un presagio acerca de su relación, pero él lo entendió como un signo acerca de una oferta de trabajo en Canadá. Aceptaría el puesto y Sarah le acompañaría. Los sentimientos de ella estaban divididos, pues amaba al hombre (alma similar), pero ir a Canadá significaba abandonar su vida en Londres y, sobre todo, a su familia de buscadores. ¿Qué hacer (*Yesod* contra *Tiferet*). Decidió ser una buena esposa (prevalece el superego-ideal del yo).

El mismo día en que recibieron los documentos para ir a Canadá, Sarah se encontró (triada del Despertar) en una reunión de la Kábala, escuchando una discusión sobre el símbolo de la Tierra Prometida. Los participantes eran israelitas que, tras haber dejado atrás la esclavitud de Egipto, se dirigían al país del Espíritu. Fue entonces cuando Sarah comprendió el verdadero significado del sueño de su marido. Lo habían entendido literalmente. De repente todo estaba claro (*Daat*). ¿Qué deseaba, esclavitud o libertad (crisis del Camino de la Sinceridad)? Aquella noche informó a su marido de su decisión (triada anímica). Él se enfadó mucho, y al cabo de unas semanas de relaciones turbulentas, se marchó a Canadá. Sarah lamentó profundamente la ruptura de su matrimonio, pero sabía que debía ser fiel a su Yo, obedeciendo a algo más grande que la convención social. Aquello fue su prueba más difícil (iniciación) de integridad. El tiempo confirmó lo acertado de su decisión, porque su vida empezó a florecer de un modo totalmente nuevo. Ahora espera ver qué más le aportará el hado. Quizá, cuando haya aprendido las lecciones más vitales, la Providencia le mostrará cuál es su destino.

Este relato, compuesto con la experiencia de varias personas, muestra cómo el hado establece pruebas para que el individuo las afronte y siga adelante. No siempre será fácil, pero la oportunidad de desarrollo está presente, sobre todo en momentos cruciales de la vida. En tales momentos es cuando hay que tomar una decisión importante, y ésa es la prerrogativa del alma, que es el agente del libre albedrío.

52. EL ALMA

El alma es uno de los principales componentes de la psique. Desde el ángulo del Árbol, es la tríada *Geburah-Tiferet-Hesed*. Como tal está a medio camino entre las superficies superior e inferior de la psique, y adyacente a las tríadas emocionales activa y pasiva. Es una tríada psicológica o *yetzirática*, totalmente independiente de los Árboles físico y espiritual. Esto le otorga la facultad peculiar del libre albedrío. Es ahí donde la persona toma sus decisiones, elabora la experiencia y desarrolla la conciencia del Yo. En la Kábala tiene varios nombres, por lo que aquí usaremos la palabra «alma». Algunas personas consideran que el alma es lo mismo que el Yo, pero esto no es cierto. El Yo se ocupa de la totalidad del ser, mientras que el alma se relaciona principalmente con la psique y con esa persona en particular, pues los *Sefirot* emocionales del Juicio y la Misericordia se equilibran y refrenan mutuamente en conjunción con *Tiferet*. El alma es un vehículo de la conciencia más que una función, porque está anclada en el Yo, y gira en torno a éste. Desde su posición central, actúa como el monitor y sintetizador de la actividad consciente e inconsciente en el interior del Árbol.

Como hemos visto, la psique se compone de muchos sistemas, los cuales están en constante movimiento y se esfuerzan por realizar su trabajo. En el proceso de individualización estos procesos se dispersan en configuraciones complicadas y sutiles que se congregan alrededor de varias *Sefirot* para for-

mar una jerarquía de trabajo. A veces, sin embargo, se oponen hasta tal grado, como la pasión contra el sentido común, que un conflicto importante puede generar muchos trastornos, desde un nerviosismo moderado hasta un estado psicótico en el que hay una división de la psique. La «función trascendente», como la denominó Jung, tiene la tarea de resolver estas confrontaciones dentro de la psique y aportar armonía o, por lo menos, una cooperación tolerante. Esta función trascendente es obra de la tríada anímica, la cual tiene la facultad de poder maniobrar y ajustar el equilibrio. Ejemplo de ello es el conflicto que puede tener una mujer a causa de dos admiradores, hacia uno de los cuales se siente atraída porque es vital y le proporciona placer sensual y seguridad, mientras que el otro le gusta porque es intelectual y espiritual y le ofrece paz.

La mujer se encuentra en un dilema, pues quizás atraíera una época de elección fatal. El interior de su psique está confuso, pues ninguna de las tríadas laterales puede tomar una decisión, y cada una clama por su propia satisfacción, mientras su *animus* inferior basado en el id-*Nefesh* se opone a su *animus* superior, que se alimenta del Espíritu. En esta situación podría sentirse desgarrada, sobre todo si su sombra sado-masoquista interviene y destruye ambas relaciones. En ese momento el alma, bajo los auspicios del Yo, puede reaccionar a la crisis si la persona desea una solución verdadera. Si ocurre tal cosa, *Geburah* verá los límites y *Hesed* apreciará los beneficios obtenidos por cada relación. Entonces el Yo en *Tiferet* considerará el equilibrio de esa situación y su efecto sobre las almas de la mujer y los dos hombres a largo plazo. La conclusión a que se llegue puede ser que ninguno de ellos es un compañero adecuado, y así el alma, en su papel de conocimiento del Yo y conciencia, aconsejará a la mujer que renuncie a ambos pretendientes. Este proceso, inconsciente en su mayor parte, saldrá luego a la superficie en forma de pensamientos, sentimientos y, finalmente, acciones. Si, a pesar de todo, ella se compromete y elige a uno de los hombres, debido a una necesidad del ego, el alma le hará saber que algo no está bien,

quizás a través de un sueño o algún presagio manifestado externamente, como pelearse con uno de los hombres. Si ignora los signos, el proceso iniciado proseguirá hasta que el problema surga de nuevo. Si la mujer sigue rechazando el consejo del alma, el proceso continuará hasta que finalmente la realidad de la situación se afirme en años posteriores, con la ruptura del matrimonio, pero si la mujer reconoce lo que el alma le indica, puede producirse una síntesis, que le permitirá ver la inadecuación de ambos pretendientes, lo cual facilitará otras posibilidades a su alcance, como saber perfectamente quién es la persona adecuada para casarse cuando la conozca. Éste es el distintivo del nivel en el que opera el alma.

El proceso de síntesis, en el que los elementos están relacionados a través de un orden superior de conciencia, tiene lugar de diversas maneras. Por ejemplo, ciertos problemas ocuparán al alma durante años, hasta que se resuelvan, mientras que otros asuntos se resolverán en un destello de penetración, pues el conocimiento del Yo ve en un instante la esencia de un problema. El proceso de síntesis es vital para el equilibrio de la mente y tiene lugar continuamente, bajo el control del alma, que ayuda a la psique para que adapte lo que los procesos automáticos no pueden manejar. Esto significa un cambio de estructura dinámico y continuo en el Árbol. Semejante flexibilidad sólo es posible gracias al alma. Ningún animal ni ángel tiene esa capacidad particular de sintetizar y, en consencuencia, desarrollar. Por ejemplo, si el alma está aislada, como ocurre en la psicosis, entonces la psique cesa de desarrollarse hasta que se establece un equilibrio de funcionamiento y la tríada anímica puede operar de nuevo. Una vez esto ha sucedido, la lección aprendida puede incorporarse por medio de la penetración psicológica, el discernimiento o la aceptación, que son las cualidades de *Tiferet*, *Geburah* y *Hesed* que componen el alma, el lugar donde la persona se valora, donde toda la experiencia obtenida a través del cuerpo, la psique y el espíritu se individualiza. Así, mientras que un hombre y una mujer pueden tener una aventura amorosa como otros diez millones que se dan al mismo tiempo, el alma de cada

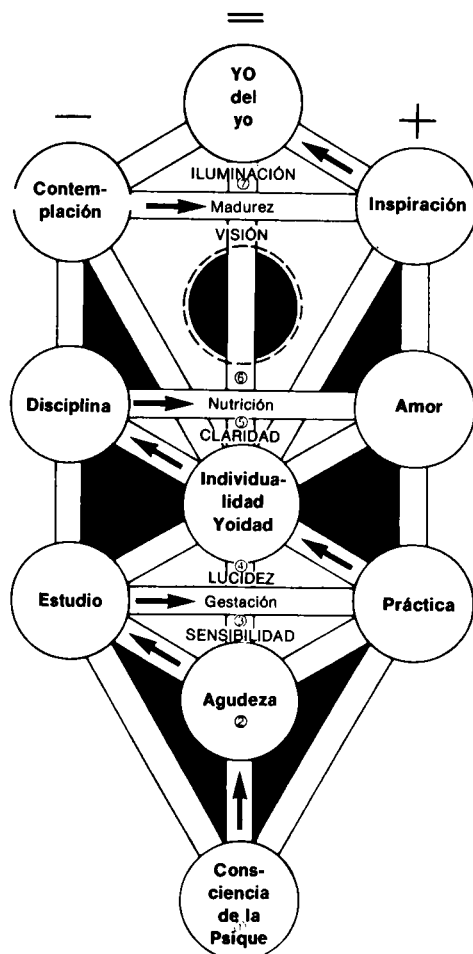
uno será lo que hace a la suya única. Las conversaciones en la cama y los clichés pueden ser arquetípicos, pero será el alma lo que transforme la relación en algo especial. Las personas que hacen el amor sin la conexión anímica experimentarán pasión física o alguna atracción psicológica, pero no habrá una intimidad auténtica. Un hombre puede proceder del mismo medio y compartir los mismos intereses en arte o deportes que una mujer, e incluso podrían adaptarse bien físicamente y tener egos que corresponden perfectamente al nivel social, pero si no existe la conexión anímica, no puede haber una relación profunda y única. Cuando dos personas tienen este elemento en común se produce un encuentro fatal que es mucho más que el acoplamiento de *animus* y *anima*. La sensación profunda de reconocimiento mutuo en esa situación se debe a que, o bien tienen un karma común que resolver, o bien son almas similares que por fin se han encontrado. Esto es infrecuente, pero ocurre. La mayoría de las personas no actúan en este nivel, porque sólo se relacionan mediante el cuerpo, el ego o las dimensiones colectivas, y no reconocen a su auténtico compañero cuando lo encuentran. Por ello los matrimonios auténticos son tan escasos.

El estado del alma es esencial para la salud de la psique, la cual depende, inicialmente, de esta condición al nacer. Al ser la esencia de ese individuo, el alma aporta a la encarnación todo lo que le ha sucedido antes a la persona. Como nivel emocional de la conciencia, tenderá a tener una carga más *gebúrica* o más *hesédica*, según el karma que se haya contraído. Así la persona empieza, quizá, con una tendencia a ser optimista, o incluso lo contrario. Aquí es donde la carta astrológica resulta más útil. Por ejemplo, el planeta *gebúrico* Marte podría estar en Aries, donde es muy poderoso, dando al alma un comportamiento impetuoso, o puede estar en Piscis, que embotará su agudo discernimiento. Por otro lado, Júpiter, el planeta de *Hesed*, podría estar bien colocado y apoyar al Marte de Tauro, dándole un poder fijo y firme. A la inversa, Júpiter podría hallarse en un aspecto difícil en Géminis, alimentando un exceso contraproducente o neutralizando la potencia emo-

cional en un *Geburah* ya indeciso. Hay muchas combinaciones posibles de estos dos planetas, y un buen astrólogo puede reunir muchos datos acerca del estado del alma al nacer, considerando su relación con el Yo del sol.

En general, la mayoría de las almas se encuentran en un estado bastante equilibrado, porque las leyes que rigen la encarnación elegirán una situación en la que se conceda a la persona la combinación planetaria apropiada para que pueda recibir las lecciones necesarias. Pero en algunos casos la configuración de Marte, Júpiter y el Sol revelará un don o un problema determinados que han de usarse o afrontarse. Ejemplo de ello es la persona con un conjunto de Marte y Júpiter en la Casa de la Asociación. Esto podría indicar problemas de conciencia en el matrimonio o cualquier asociación legal a largo plazo. Desde un punto de vista psicológico, esa persona podría encontrarse con que su superego entre en conflicto con lo que siente realmente respecto a los compromisos formales, como el soldado que desprecia a su jefe, pero cuyas órdenes obedece por disciplina. Para el kabalista, esta situación sería decididamente kármica y una oportunidad para desatar algún nudo antiguo y profundo que había vuelto a unir a los dos hombres, de modo que no repitieran vida tras vida. Como el ego puede estar atrofiado por semejante fijación, así el alma puede estar distorsionada por una inclinación excesiva hacia *Geburah*, que la hace demasiado estricta, o demasiado *Hesed* que le permite ser laxa. Un alma también puede estar totalmente en contra de lo que es correcto, pues el libre albedrío puede usarse tanto para lo bueno como para lo malo. Ejemplo de maldad es el delincuente que tiene una profunda penetración de la psique y usa ese conocimiento para manipular a otras personas a fin de lograr sus propios fines. La moralidad comienza en este nivel, porque la posibilidad de elegir abre la clase de opciones que están cerradas a las triadas laterales e inferiores de la función psicológica. La persona que se rige por su ego ni siquiera percibirá ningún problema moral, porque reaccionará de acuerdo con la costumbre local, como aceptar la esclavitud o el *apartheid*.

El alma es el lugar donde el individuo llega a conocerse a sí mismo, es donde se mantiene la esencia de la persona. Esto puede expresarse de manera particular o simbólica en un sueño. Así, un hombre podría ver su alma como un cazador o una mujer percibirla como una sacerdotisa. Se sabe de personas que han representado el estado de su alma en forma de ciudad abandonada o de templo delicado. Algunas personas encapsulan inconscientemente el estado del alma en un lema personal, como «soy una roca» o «estoy a la espera» o incluso «he nacido perdedor». Estas frases con frecuencia surgen espontáneamente, cuando el alma insinúa en frases reveladoras cómo manejar las lecciones de esta encarnación. Como parte del proceso de individuación, el alma juega un papel de lo más importante. Es el principal agente de la observación del Yo, pues mantiene una posición independiente entre las triadas laterales y las superficies superior e inferior del Árbol. Como tal, puede participar en la mayor parte de los procesos, aunque también puede ser denigrada por los elementos inferiores de la psique. Esto se describe simbólicamente en el relato de Cenicienta, la cual, como el alma, está desposeída de su auténtico lugar en su propia casa, por la madrastra o lado sombrío del ego. Obligada a vivir y trabajar en el sótano, el nivel inferior simbólico del cuerpo y la psique, Cenicienta es ayudada por el hada madrina del Yo, de modo que pueda conocer al príncipe del Espíritu. Sin embargo, este proceso es bloqueado por la madrastra, que favorece a las dos hermanastras feas, las cuales representan a las triadas laterales distorsionadas que se cubren con sus personas, pero que no pueden igualar la belleza de Cenicienta, ni siquiera reconocerla después de la escena de la transformación, cuando los ratones y la calabaza, o los niveles animal y vegetal, se transforman, gracias al Yo, en caballos y una carroza, a fin de llevar el alma de Cenicienta al baile, donde el príncipe no tiene ojos para nadie más, pese al intento del ego de impedir la unión a que Cenicienta está destinada. Examinemos ahora el palacio del Espíritu que existe en lo profundo de la psique, donde tendrá lugar el sacro matrimonio del Rey y la Reina interiores.



12. LAS SIETE CASAS INFERIORES

Este diagrama describe la visión kabalística del desarrollo psicológico. La secuencia sigue un flujo ascendente de consciencia, desde ser consciente del cuerpo y la superficie inferior de la psique, a través de las Casas del Alma y el Espíritu, hasta el séptimo nivel en la Corona donde el yo y el YO se comunican con la Divinidad.

53. EL ESPÍRITU

Al igual que el alma, la tríada del espíritu es de conciencia y no de función. Compuesto por *Jokmáh*, *Bináh* y *Tiferet*, ocupa la parte inferior de la superficie de la psique. Esto significa que cubre la superficie inferior del mundo espiritual o creativo de *Briah* y, en consecuencia, corresponde, en el nivel psicológico, a lo transpersonal. Esto quiere decir que, al contrario que el alma, no le interesa tanto el aspecto individual como el cósmico de la psique. El espíritu proporciona la sensación de ocupar un lugar en el universo, aunque nos demos cuenta de que no somos más que una mota en la inmensidad del Espíritu. Ésta es la vasta dimensión que algunas personas experimentan en visiones y sueños, meditaciones y contemplación de la parte transpersonal de su ser. Situado en el centro de este gran triángulo, formado por la Sabiduría, la Comprensión y la Verdad, está el espejo oscuro de *Daat* o el Conocimiento, el velo ante el *Yesod*, o Fundamento, del vecino Mundo de la Creación, que se encuentra debajo del inconsciente colectivo.

Jung decía que el inconsciente contiene el complemento de lo consciente, de modo que cualquier cosa observada en el mundo exterior se reflejaba en el espejo de la mente. Por ejemplo, cuando miramos el cielo nocturno, sólo percibimos lo que es innato en nosotros. Con radiotelescopios vemos más, pero también esto está limitado por lo que sabemos. Lo mismo puede decirse de la psique. Cuando penetramos en el cosmos

del inconsciente, sólo reconocemos aquello de lo que tenemos conciencia. Profundizar en nuestro conocimiento del mundo interior es alcanzar esa misma dimensión cósmica. Muchos místicos (y, desde luego, psicóticos) que han penetrado intencionada o inadvertidamente en esta dimensión transpersonal nos dan descripciones de lo que sólo podría denominarse un universo interior que facilitaría la percepción interior del macrocosmos externo. Un hombre, físico de profesión, mientras estaba sentado en una playa vio súbitamente que todo cuanto le habían enseñado se transformaba en una realidad viva, y percibió la danza cósmica a su alrededor. Esta experiencia espiritual se convirtió en la base de un libro que relacionaba la metafísica antigua con la ciencia moderna. Existen muchos relatos de experiencias similares en el transcurso del tiempo. Algunos lo llaman «conciencia cósmica», mientras que otros hablan de «experiencia cumbre» y otros «visión de las casas celestiales».

Para la mayoría de la gente este nivel cósmico está tan alejado como la Vía Láctea, debido a que sólo tienen ojos para los acontecimientos terrenos. La vida cotidiana es más que suficiente para tenerles ocupados y no son conscientes de los cambios sutiles pero grandes que tienen lugar en el Universo y el inconsciente colectivo. Un profeta es una persona sensible a esta realidad, que percibe las tendencias de la época. En ocasiones, tales personas pueden discernir los acontecimientos inminentes con mucha exactitud. Esto es posible si uno tiene acceso a las pautas y formas creadas en la parte superior del mundo de *Yetziráh*. Las personas que han desarrollado en su interior la tríada *Bináh-Tiferet-Jokmáh* en su interior pueden percibir el estado de una sociedad y pronosticar su futuro, de la misma manera que los médicos predicen las pautas de crecimiento y enfermedad. Desde el punto de vista kabalístico, la profecía es una percepción de la actividad de la Providencia. Así, una persona que actúa desde la tríada espiritual de la psique, en ocasiones puede ver de qué manera se desarrollarán los acontecimientos. Por ejemplo, en el siglo xvi hubo un vidente llamado Brahan que predijo el ferrocarril. Esta clarivi-

dencia era frecuente entre los hechiceros pieles rojas y otros chamanes primitivos. Estas personas podían discernir formas que aún tenían que manifestarse en el mundo físico. Es un don que requiere o bien muchos años, incluso vidas enteras, de desarrollo, o bien un acto de gracia que a veces concede tales visiones. En la Biblia se les llama profetas menores. En el lenguaje moderno se les llama *médiums*. Debemos decir que, en cuanto a la interpretación, estas personas no siempre son dignas de confianza, porque trabajan en la columna lateral, no en la central, y, en consecuencia, a menudo están influidos por una función dominante.

La tríada de los espíritus se ocupa de la apreciación *yetzirática* y psicológica de los Principios Universales. Esto se observa en las formulaciones arquetípicas, tales como los mandalas. Por ejemplo, los sesenta y cuatro hexagramas del *I Ching* son una serie de imágenes metafísicas de la interacción de los procesos básicos que rigen el Universo, mientras que el sistema astrológico es una visión de Oriente Medio del cosmos interior y exterior. Otra formulación es el alefato o alfabeto hebreo, en el que está escrito el drama de la Creación. La visión que tuvo Ezequiel del Carro, el Trono y el hombre en llamas es una imagen *yetzirática* del Universo, como lo son los libros de Enoch y las Revelaciones, procedentes de la tríada psicológica formada por la Comprensión-Belleza-Sabiduría, pues no existe ninguna forma más allá del Mundo del Espíritu. En el centro de esta tríada está la no-*Sefirá*, *Daat*, el agujero negro del Conocimiento Cósmico. Aquí es donde uno llega a la conciencia cósmica. Es el nivel en el que Buda vio la cadena de todas sus vidas anteriores en un instante, cuando la superficie superior de *Yetziráh* se unió a la superficie inferior de *Briah* y permitió que la luz del Mundo Divino de *Atzilut* fluyera a través de la puerta oscura de *Daat* para iluminarle. Buda fue uno de los más grandes profetas.

Si examinamos un Árbol maduro de la psique a la luz de lo que hemos aprendido, veremos que está compuesto de muchas partes diferentes que se han ido acumulando lentamente y han ido refinando su capacidad con el transcurso de los

años. Si esto fuera lo único que ocurre en el desarrollo, no seríamos más que una colección de mecanismos psicológicos ordenados por un sistema de control central. Pero no es así, pues también existe un proceso de integración y unificación que aumenta nuestra capacidad. Así, una persona que contiene en su cuerpo los reinos mineral, vegetal y animal y los diversos paralelos humanos en su mente, puede abarcar esos niveles y relacionarlos con el Universo. Esto es lo que hace que los seres humanos formemos parte de un proceso mayor y nos da acceso a la experiencia colectiva. Así, una persona puede saber lo que otras han hecho, pensado y sentido en cualquier tiempo y lugar, si han alcanzado el grado cósmico de conciencia que representa *Bináh-Tiferet-Jokmáh*. Esta tríada psicológica del Espíritu es el contacto del individuo con el Gran Designio y le permite *ver* dónde encaja en el flujo y manifestación del tiempo y el espacio. Esto se refiere al punto a que han llegado en su desarrollo, y dónde pueden actuar más efectivamente como una unidad útil en el despliegue de la Evolución.

Fijémonos en la persona que presenta un desequilibrio en las columnas laterales. No podrá confiarse en que ese individuo sea objetivo con respecto a la relación entre hombres y mujeres. Sin embargo, un individuo que ha logrado realmente una mezcla de los elementos masculino y femenino en su interior y puede relacionarse ecuanímente con ambos, es útil en extremo, porque su consejo será comprensivo y sabio. Es decir, ha casado su Adán con su Eva. Tales personas llevan a cabo un gran servicio al Universo de diversas maneras. Son los andróginos psicológicos de los que Jung hablaba. Ni bisexuales ni carentes de sexo, tienen la capacidad de apreciar ambas columnas, porque han juntado al Rey y la Reina, a *Jokmáh* y *Bináh*. Cuando un individuo alcanza ese punto de desarrollo interior, su centro de gravedad cambia de lo individual a lo transpersonal. Esto significa que es capaz de percibir desde un nivel objetivo, aun cuando pertenezca a uno u otro sexo. Esto es posible gracias a que la integración de la tríada espiritual centra la conciencia personal, y su complemento incons-

ciente, en una alineación con lo Colectivo en el lugar donde se encuentran los tres mundos inferiores en el Yo, dándole la visión Universal. Además, la adición de la dimensión espiritual al lugar del Yo, pone lo físico y lo psicológico en contacto directo con lo Cósmico, de manera que el individuo puede llegar a conocer quién es y cuál es su destino.

Para la mayoría de las personas, el aspecto cósmico de la vida carece de significado, aunque puedan percibirlo en su cultura y su religión, que son proyecciones externas de ese nivel. El judío, el cristiano y el musulmán devotos pueden tener diferentes versiones de la dimensión espiritual, pero, si vieran detrás de la «forma» *yetzirática*, percibirían la misma realidad esencial que los hindúes, los confucianos y los seguidores de otras tradiciones. Los arquetipos cósmicos de la humanidad —como observó Jung— pueden variar de estilo, pero no existe una verdadera diferencia entre ellos. El Bien y el Mal, el Orden y el Caos se reconocen universalmente. La vida y la muerte, el crecimiento y la decadencia se observan en el reino estelar lo mismo que en el nivel de las plantas y los animales. Sin embargo, los seres humanos pueden actuar en cualquiera de los Mundos, de manera que les es posible percibir, experimentar y trabajar, en el lugar de su elección, si tienen la voluntad para desarrollar todos los aspectos de sus posibilidades divina, espiritual, psicológica y natural.

Desde un punto de vista cósmico, la especie humana lleva en la Tierra un tiempo relativamente corto. Quienes llegaron al principio y han tenido muchas reencarnaciones, durante las que han aprendido acerca de la vida, han madurado y dirigido a los miembros más jóvenes de la humanidad, que han ido descendiendo generación tras generación para encarnarse, durante los últimos milenios. Algunos de esos individuos antiguos nos son bien conocidos como profetas, sabios y santos, pero muchos pasan desapercibidos como personas que hacen la historia. Por ejemplo, algunos son los que han introducido importantes ideas o invenciones. Nadie conoce el nombre de quien llevó desde China los tipos de imprenta a Europa, pero esto cambió el curso de la historia occidental, pues los libros

impresos dieron acceso al conocimiento a millones de personas. Ese viajero procedente de China fue un instrumento del destino. Nunca sabremos si fue consciente del resultado de su acción o no, pero algunos individuos ven, en efecto, su tarea, como el hombre que compiló un diccionario de una lengua muerta mucho tiempo atrás, que hoy es el idioma hablado en Israel.

La originalidad es el sello distintivo de la Creación. Las personas que actúan desde el nivel *briático* alteran nuestra visión de la existencia al introducir algo nuevo, como el griego que dijo que el mundo era redondo, o los norteamericanos que demostraron la posibilidad de volar. Estos descubrimientos cambian la percepción humana de la realidad. Esta tríada facilita el acceso a la atmósfera celestial *briática*, donde se origina la inspiración. Freud y Jung se basaron en este nivel cuando abrieron la mente occidental al cosmos interior de lo inconsciente. Su obra ha afectado a la ciencia, el arte y el comercio, la guerra y la publicidad, la actividad policial y la educación. Gracias a ellos se produjo un avance en el mismo momento en que la religión ortodoxa empezaba a desdibujarse y a perder el control que había ejercido sobre mucha gente que buscaba la entrada en el Camino del Espíritu. Es interesante observar que tanto Freud como Jung nacieron en el tiempo y el lugar adecuados, de modo que pudieran conocerse y luego separarse, a fin de fertilizar y estimular la psicología clínica, sacándola así de su fase mecanicista. Ésta es la obra de la Providencia, que actúa a través de la tríada espiritual del inconsciente individual y colectivo para abrir lo que está oculto tras la no-*Sefirá* de *Daat* que cubre el *Yesod* de *Briah*. Cuando una persona es elegida para llevar a cabo alguna tarea cósmica, no es concebida y dada a luz según las leyes ordinarias del karma o hado sino las del destino, que adiestrará y luego dirigirá a ese individuo hasta el tiempo en que todo su ser esté preparado, interna y externamente, de modo que el microcosmos y el macrocosmos puedan actuar al unísono.

La tríada de la Sabiduría, la Comprensión y la Belleza es el sexto nivel de las siete «Casas» dentro de la organización ka-

balística de la psique. Una persona entra en esta Casa cuando llega a la tercera etapa del Yo. Esto significa que son los amos de su cuerpo y de la psique inferior, pueden controlar las tríadas laterales y son conscientes en el nivel del Alma, lo cual les permite contener los mundos de *Assiah* y *Yetziráh*, así como trasladarse a voluntad a *Briah*, de modo que pueden caminar, hablar, pensar y sentir y, no obstante, estar en contacto con el Mundo del Espíritu. Este logro indica que el proceso psicológico de maduración está casi completo. La última y superior Casa de la psique es la tríada formada por *Bináh-Jokmáh* y *Keter* de *Yetziráh*, por debajo del lugar donde se encuentran los tres mundos superiores. Aquí, en la Corona de la psique, el individuo entra en contacto directo con el mundo divino del Adán Kadmón.

54. LA DIVINIDAD

La dimensión divina de la psique está contenida en la tríada de la Sabiduría, la Comprensión y la Corona de *Yetziráh*. Aquí el ápice del organismo psicológico toca el lugar donde confluyen los tres mundos superiores. Como tal tiene acceso al límite más elevado de la psique, la zona central del Espíritu y el nivel más bajo del reino de la Emanación, lo cual proporciona a ese lugar una cualidad especial, como si fuera el lugar donde la luz de la Divinidad toca a la psique, dándole una comprensión del mundo de las *Séfirot*. Desde el punto de vista de la experiencia humana, hace variar la conciencia, desde el aspecto físico, a través de las formas en constante cambio de la psique, a los profundos espacios del Espíritu y la Eternidad. Ese momento se concede a todo el mundo en algún momento de su vida. Algunos lo ven como un momento de iluminación profunda, otros como un atisbo de lo que mantiene la cohesión de la Existencia, y los hay que lo ven como un instante de autorrealización.

La imagen de pura conciencia simbolizada por la Luz procede directamente del mundo de *Atzilut*, a través de la *Keter* de *Yetziráh* o la Corona de la Formación, para pasar directamente por el eje central de la psique y llegar al Yo, donde el espíritu, el alma y el cuerpo la perciben. Quien haya experimentado esta conexión divina se dará cuenta de que, de hecho, siempre está reflejada en el «espejo luminoso» de la *Tiferet* psicológica. Sólo cuando nos separamos del dominio del cuerpo

y pasamos por las limitaciones del inconsciente personal y colectivo, vemos la fuente de la iluminación que fluye de la triada *Bináh-Keter-Jokmáh* en lo alto del Árbol psicológico. Símbolo de este nivel es el ojo siempre abierto utilizado para indicar el YO Superior.

Desde el punto de vista kabalístico, este YO superior, en el que confluyen las tres triadas superiores, es el Vigilante del Yo, en el que se centran los tres mundos inferiores. Entre ellos se encuentra el *Daat yetzirático*, que no sólo vela la Luz *atzilútica* que procede de la Corona, sino que oculta el *Yesod briático* o Fundamento de la Creación. También está aquí el *Ruah Ha-Kodesh* o Espíritu Santo, cuyo mensajero, el arcángel Gabriel, actúa como heraldo cuando el YO desea dirigirse al Yo. Paradójicamente, *Daat* o Conocimiento es el telón oscuro que cuelga entre una persona y su «Señor». Tradicionalmente, es el Nombre Divino dado al *Malkut* de *Atzilut*, a través del cual el YO se expresa en conjunción con la *Tiferet* del Espíritu y la *Keter* de la psique. Juntos componen un punto de comunicación cósmica y divina con la Corona de la psique. Ejercen un efecto muy profundo sobre el inconsciente, pues son el fundamento de la realidad interior de la psique. Sin estos dos niveles superiores que afectan a la psique, la vida es ruda, mezquina y sin objeto. Las personas que niegan estas dimensiones superiores se encuentran en un terrible dilema, pues nada tiene sentido para ellas, todo es un accidente, la muerte es el fin y su existencia es inútil. Ejemplo de ello es el físico brillante para quien la psique es un producto del cerebro. Teme la locura y la muerte porque ve a Dios como una proyección humana. Para él no hay nada más allá de la conciencia del ego o la tumba. Esta posición está muy alejada de la Luz de *Atzilut*, y se encuentra en lo que algunos llaman la «Oscuridad Exterior».

En el extremo superior de la escala, para quienes ascienden a esta triada superior de la psique y llevan a cabo la unión de *Jokmáh* y *Bináh*, o los *Sefirot* de la Revelación y la Razón, está el contacto directo con el mundo de *Atzilut* cuando alcanzan la *Keter* de *Yetziráh*. Este último proceso unifica la psique y pone al Espíritu y a la Divinidad en una relación consciente.

A este estado de exaltación se le llama «estar ungido», cuando la Gracia desciende e impregna al individuo. El significado de ser «ungido» es que cualquiera que llega a esta etapa de integración realiza su YO plenamente en la Tierra. Se dice que siempre tiene que haber un ser humano en la Tierra consciente de este nivel mientras está encarnado. Según una tradición, todo el mundo pasará por esta experiencia en algún momento de su viaje de evolución, aunque sólo unos pocos serán reconocidos públicamente, como Buda y Jesús de Nazaret. Muchos místicos han dejado señales de haber alcanzado ese estado sublime. Plotino decía: «Esta luz es del Supremo y es el Supremo.» Los sufíes llaman a la persona que ha llegado a esa posición «Katub» o «Eje de la Era», y lo hacen así por una buena razón, pues esos individuos son, en ese momento, el pináculo de la humanidad encarnada y su contacto con la Divinidad a través de la Corona de su psique.

Se dice que, para obtener este nivel de conciencia divino, se requieren muchas vidas, un intenso esfuerzo físico, psicológico y espiritual o un acto de Gracia. Sin embargo, no todos los que buscan este objetivo tienen una motivación verdadera. No pocos, incluido por lo menos un emperador romano, creyeron que ellos eran divinos. Tales personas, en términos junguianos, están con frecuencia poseídas por el arquetipo de la Deidad, el cual se expresa en una megalomanía en la que un Yo luciferino adora a su propia imagen. Por otro lado, es muy posible que los buenos y fieles reciban una iluminación que procede del contacto directo con la Divinidad, la cual otorga a tales personas la extraña cualidad de estar inundados de Luz. Moisés y Mahoma poseyeron esa luminosidad, debido a sus encuentros con Dios, y ambos tenían que cubrirse el rostro con velos, es decir, clausurar el *Daat* y ponerse una persona *yesódica*, de modo que la gente pudiera relacionarse con ellos. Un rastro de esta cualidad divina se observa en ciertos niños, monjas y religiosos, rabinos y sufíes que tienen una conexión *atzilútica*. Esta presencia radiante se observa también en felices mujeres embarazadas, personas realmente enamoradas e individuos muy evolucionados, pues la Luz de la Divinidad

desciende la Corona de la psique para entrar en el cuerpo y darle una inequívoca cualidad luminosa. Los que se dedican a la meditación a veces adquieren este brillo, al igual que los contemplativos profundos y las personas que siempre tratan de actuar desde lo más elevado de sí mismas. Esto indica lo potente que puede ser un instante de conciencia divina, acontecimiento que no es tan infrecuente como puede parecer, pues la mayoría de la gente ha tenido por lo menos un encuentro con la Divinidad. Muchos rechazan esto como un efecto luminoso o un curioso estado mental, pero algunos lo ven tal como fue, es y será, como uno de los momentos más memorables de su vida, aquel en que vieron que todo es Uno.

Desde un punto de vista estrictamente psicológico, no hay manera de definir esa experiencia. Se dice que el misticismo es una forma de locura, pero éste no puede ser el caso, porque el místico no ve más que belleza, orden y finalidad, mientras que el psicótico suele percibir todo lo contrario. El loco puede tener un atisbo de los mundos superiores, pero su percepción no es la misma que la del místico, que es disciplinado, centrado y con dominio del Árbol psicológico, de manera que los rayos de la Luz Divina y los Vientos Cósmicos no irrumpen y desbaratan la superficie inferior de la psique. Ésta es la razón por la que los Hijos de Israel tenían prohibido subir a la Montaña Sagrada. No estaban aún lo bastante desarrollados para recibir la Radiación Divina que descansaba en la cima del Sinaí, que representa la Corona de la psique. Aquí el Fuego o la Luz de *Atzilut* y la Nube, que es una mezcla del aire y el agua de *Briah* y *Yetziráh*, coinciden en el lugar superior de la Divinidad, el Espíritu y la psique. En *Éxodo XIX: 21*, Dios le dice a Moisés: «Baja y advierte al pueblo que no se esfuerce para mirar a YHVH, pues si lo hacen muchos de ellos perecerán.» Sin embargo, en el siguiente versículo se dice: «Pero deja a los sacerdotes que se acerquen al Señor, aunque deben santificarse, para que el Señor no irrumpa contra ellos.» En esta traducción libre se establecen dos niveles claramente diferenciados. Están los sacerdotes todavía no desarrollados, simbolizados por los israelitas, y los sacerdotes que poseen cierto cono-

Kábala y psicología

cimiento y experiencia. Aun así, estos iniciados tienen que prepararse y ser santificados para el encuentro con la Divinidad. Esto significa un largo y arduo adiestramiento bajo una dirección competente. Aquí es donde la psicología alcanza su límite y la progresión se convierte en una disciplina espiritual, que tiene un orden de criterios totalmente distinto. El camino espiritual es un compromiso profundo con la Obra de Unificación, como se la llama en la Kábala. Ese compromiso debe establecerse no con uno mismo, sino con el YO.

En términos junguianos, el arquetipo del YO es el Principio Divino de Unidad que, como tal, trata de reunirlo todo en una totalidad, haciendo que Adán Kadmon pase de la inocencia a la experiencia. Enviados al nivel más bajo de la Existencia, lentamente recorreremos nuestro camino a través de todos los mundos, vida tras vida, en un viaje de individuación que diferencia e integra la parte particular de la que procedemos en el Adán Kadmon. Según la tradición, cuando todo el mundo haya realizado su destino, la educación del Adán Kadmon estará completa. En ese último momento de contemplación del YO, la mirada y la reflexión se unificarán, cuando Dios se contemple a Sí mismo en la imagen de la Divinidad. Entonces, se nos dice, todas las *Sefirot* se fusionarán en un punto de conciencia total conocida por el sagrado nombre YO SOY EL QUE SOY. Hasta ese momento, dejemos que prosiga la Obra de Unificación.

Amén: Así sea.

ÍNDICE

Prólogo	9
Prefacio	24
Introducción	26
1. La observación	30
2. La revelación	35
3. Los orígenes	41
4. La escalada de Jacob	46
5. Los seres humanos	51
6. Los cuatro niveles	56
7. La transfiguración	62
8. Los hados y el destino	69
9. La muerte	75
10. Intermedio	81
11. La gestación	88
12. El nacimiento	94
13. El paradigma	100
14. La reencarnación	107
15. La percepción	112
16. La orientación	118
17. Formación del ego	124
18. La identidad	130
19. El aprendizaje	136
20. La sociedad	142
21. Las circunstancias	149
22. La educación	155

Kábala y psicología

23. Maduración	161
24. Realizaciones	167
25. Id- <i>Nefesh</i>	173
26. Ego- <i>Yesod</i>	179
27. El superego-ideal del yo	185
28. Sistema de trabajo	191
29. Mecanismo de defensa	197
30. El inconsciente	204
31. La madurez	211
32. Los sueños	217
33. La psicopatología	223
34. La locura	230
35. La crisis	235
36. Jung y Freud	241
37. Funciones	248
38. El inconsciente personal	254
39. El inconsciente colectivo	261
40. Los arquetipos	268
41. La persona	275
42. La sombra	282
43. El Yo	289
44. Interacciones	295
45. La síntesis	302
46. La posesión	309
47. La individuación	315
48. Pauta	321
49. La dirección	327
50. La obra	333
51. Una vida	339
52. El alma	346
53. El espíritu	353
54. La divinidad	360